JOAQUIN

EL COMP



R.M.

EL COMPADRITO

IMP. DE V. RICO. — PASEO DEL PRADO, 30. — MADRID

JOAQUIN BELDA

EL COMPADRITO

NOVELA



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino (6.ª edición).
¿Quién disparó? (2.ª edición).
Memorias de un suicida (2.ª edición).
Saldo de almas (3.ª edición).
La Farándula (3.ª edición).
La Piara (2.ª edición).
Alcibiades-Club (2.ª edición).
El pícaro oficio.
La Coquito (6.ª edición).
Una mancha de sangre (2.ª edición).
Aquellos polvos... (3.ª edición).
Más chulo que un ocho (2.ª edicion).
Carmina y su novio.
Las noches del Botánico (2.ª edición).
La pregunta de Pilatos (2.ª edición).
Memorias de un sommier (3.ª edición).
Las chicas de Terpsícore (2.ª edición).
Un pollito «bien» (2.ª edición).
Traviatismo agudo (2.ª edición).
El alumno interno.
La Diosa Razón (2.ª edición).
La bajada de la cuesta. (2.ª edición).
El Compadrito.

TRADUCCIONES

La Piara, directa al alemán con el título *Saubande.* Casa editorial Haas. Berlín, 1917.

Manolo abrió el balcón, acodóse en su barandal, y dejó vagar la vista por toda la Avenida.

Había llegado a Buenos Aires hacía una hora, y cuando el gerente del hotel le preguntó qué clase de habitación prefería, el viajero, mirando el magnífico ascensor que junto al despacho de la gerencia estaba, replicó:

—Una que esté muy alta.

—Entonces, una en el cuarto piso.

—Magnífico.

No era mucho lo que desde ella se veía del total grandioso de la ciudad; la espina central de la Avenida de Mayo, allí a los pies, con su hormigueo inverosímil de automóviles; el principio de alguna de las calles que desembocaban en la gran arteria, y al fondo, a la derecha, la cúpula gigante del Palacio del Congreso, con magnificencias de gran templo civil. Y nada más; por encima de los tejados fronteros alguna torre, alguna casa que sobresalía más que las otras, y los hilos de la luz y del telégrafo.

Eran las cuatro y media de un día de los finales de Mayo—el Noviembre argentino—, gris y brumoso; la noche anunciaba ya su visita, y al recién llegado le hería un poco aquella primera impresión de la ciudad que él había soñado pletórica de claridades latinas, y ahora se le ofrecía como un aguafuerte sajón, visto a través del agua turbia de un estanque.

Temió ser injusto: eran, sin duda, la hora y el día sin Sol; habría que esperar a la mañana siguiente para con-

firmar o rectificar la sensación primera, que casi siempre suele ser la imborrable.

Aún le parecía tener en el oído la frase del viejito Carmona, que, con el más puro acento criollo, no había cesado de repetirle en las veinticuatro jornadas de la travesía:

—Usted se va a encontrar con una linda ciudad... liiiinda... liiiinda...

Y se quedaba extasiado en la última palabra, como el hombre que va saboreando con los ojos de la imaginación aquello de que habla.

A Manolo le entró prisa por verlo todo; acabó de arreglarse y se echó a la calle; en el bolsillo llevaba un plano y una guía de la ciudad, que en el barco había venido estudiando con la minuciosidad de un general que examina el campo probable de una batalla definitiva. No se perdería, y si llegaba a perderse, tanto mejor.

De un golpe se le había exacerbado toda aquella prisa, todo aquel ansia por llegar, que había sido el tormento de sus días felices del barco.

¡Los días del barco! Al recordarlos ahora, le parecían un sueño, una felicidad muy lejana, imposible de volver, y de la cual, mientras se gozaba, no se había uno dado muy clara cuenta. Su viaje a América, decidido como un recurso, como un bálsamo de olvido a raíz de la ruptura amorosa con aquella histérica de Encarna, que le había entretenido durante todo el invierno, había sufrido después una radical transformación: fué una gran curiosidad, un deseo vehemente de conocer un rincón de la Tierra del que todo el mundo hablaba, y al que aureolaba una leyenda construída con unas cuantas verdades y un puñado de hipérboles.

Cuando embarcó en Barcelona, ya lo del recurso, lo del bálsamo de olvido, había desaparecido; de la golfita madrileña había olvidado hasta el nombre, y únicamente quedaba el viaje en sí como fruto—el único verdaderamente grato—de aquellos amores.

Sólo unos amigos le despidieron en el muelle barcelonés; los suyos, la familia, había quedado en Madrid. Y fué en el minuto preciso de zarpar el barco, en el momento en que el gran cetáceo de hierro se despegaba materialmente de la tierra española, cuando el viajero —que nunca había sentido la menor vacilación al pensar en su viaje— notó la desgarradura de la separación.

En el muelle, unas damas muy enlutadas decían adiós con el pañuelo a un joven colocado junto a Manolo en la borda de la cubierta del comedor. Una de las señoras debía ser la madre del que se marchaba, pues le miraba como sólo miran las madres; pero los pañuelos de todas cesaban de agitarse en el aire con harta frecuencia para acudir a limpiar unas lágrimas. El viajero, muy pálido, hacía también esfuerzos para no llorar.

Y Manolo, ante aquello, pensó si no sería una gran estupidez todo esto de los viajes largos, de las infinitas separaciones. El oro, la fortuna, el bienestar que por medio de ellos podía conquistarse, ¿valían acaso la pena del dolor de aquellas mujeres? ¿Es que existía en la vida la compensación suficiente a aquella amargura de un alejamiento tan parecido al que impone la muerte del ser amado?

Fué una cobardía, el momento de debilidad que siente todo el que huye, cuando ve a las claras la importancia de su huída. Si él pudiera deshacer lo hecho, ¡de qué buena gana desembarcaría en Málaga a la tarde siguiente, dando allí por terminada la aventura!

Le duró todo el día la tristeza..., aumentada por el hecho de no haberse acostado la noche antes, pasada toda ella en los *cabarets* y demás sitios placenteros cercanos a las ramblas. Fué preciso que llegara la mañana del segundo día de navegación para que el corazón se le despejase, y todo el brillo del Sol y del mar se le metiera en el alma como un canto guerrero de partida.

Sí, había que viajar, era preciso tonificarse un poco

con el dolor de la separación, fecundo como casi todos los dolores. El mundo era muy grande, y resultaba necio centralizarlo en un solo punto porque él hubiera tenido el honor de vernos nacer; y si el viajar mucho, el estar siempre en continuo movimiento, era un síntoma grave de desequilibrio mental, el petrificarse en un paraje de la Tierra no era ciertamente una garantía de normalidad psíquica.

Los dos días de navegación hasta Cádiz fueron días de desorientación: el pasaje no estaba completo ni mucho menos, y Manolo no acertaba a personificar los pasajeros, y, sobre todo, las pasajeras. Aquella rubia alta, espigada, de los andares voluptuosos, ¿era la misma que él había visto subir en Barcelona con la cara envuelta en gasas y velos, como si fuera huyendo y no quisiera que la viesen? La dama gruesa y digna, que no miraba a nadie, ¿era la compañera de viaje de aquel señor de los bigotazos frondosos, que parecía un sargento de Carabineros en la primera reserva?

Lo más difícil era constituir las familias. ¿De quién eran hijos estos rapaces que pasaban el día corriendo y chillando por la cubierta superior, como una de aquellas bandadas de gaviotas que daban escolta perpetua al barco? De aquellas seis muchachas enlutadas que hablaban con dejo tropical, ¿cuál era la casada y cuáles las solteras?

Y así mil problemas de catalogación. No era simple curiosidad: era que Manolo Villena sabía que en el próximo *handicap* de murmuraciones, a que muy pronto habría de entregarse todo el pasaje, convenía mucho estar enterado; corríase, si no, el riesgo de colarse, como se había colado uno de los viajantes catalanes no hacía aún media hora. Ocurrió que, como pasara por el café de verano una morenaza sugestiva, que vista por la espalda parecía un embutido, el viajante —un tío dicharachero, que se llamaba Renols— dijo a un sujeto menudo que tomaba café a su lado:

—¡Vaya una tía! ¡Qué revuelco tiene!

—No lo sabe usted bien—replicó el otro con mucha flema.

—¡Caray! ¿Y usted sí?

—¡Ya lo creo! ¡Como que es mi mujer!

Renols no supo qué decir, pero comprendió que había que decir algo o tirarse al mar.

—¡Vaya! Pues... por muchos años, ¡eh!

Lo mejor era no hablar en los primeros días. Manolo, fuera de los pocos conocidos que iban a bordo —el tenor Canetti, la tiple española Orsini, que iban a hacer en Buenos Aires la temporada del Coliseo, el violinista Sallén, y algún otro—, no se comunicaba con nadie ni por señas.

Ya desde Cádiz varió la cosa: al volver al barco en la mañana de la partida, Villena atravesó la bahía en el mismo remolcador que un matrimonio interesantísimo. Es decir, la interesantísima era la mujer; pero al marido—un tipo hosco, cetrino, aunque no exento de cierta simpatía—se le había pegado algo del interés que despertaba la mujer, cosa que ocurre con bastante frecuencia en los matrimonios.

La dama en cuestión no era un portento de belleza: rubia, de rostro muy blanco y ojos grises; a Manolo empezó a mirarle desde el primer momento como si le examinara, y el muchacho, que no creía en los tenorios... pero sí en doña Inés, hubo momento en que tuvo que bajar la vista, pues la cosa, delante del marido, le parecía demasiado fuerte y demasiado rápida.

Llevaban consigo dos pequeños muy guapos—niña y niño—, al cuidado de una francesa, desde luego más guapa que la señora; la madre no parecía fijarse mucho en ellos, como si fuesen dos bultos más del copioso equipaje de cámara que les acompañaba.

Desde el primer momento la rubia se propuso torear a Manolo: le ayudaba la circunstancia de formar parte

el marido de una de las dos partidas de *poker*, constituídas en sesión permanente en el *bar* del trasatlántico desde antes de la salida de Cádiz. Las tales partidas eran algo famoso: se formaban a las diez de la mañana y se alzaban muchas veces después de las tres de la madrugada siguiente, y cuando se extendía por todo el barco el sonido del cornetín que anunciaba las horas de las comidas, los jugadores experimentaban una contrariedad mucho mayor que si les hubieran mentado a la mal dre. Se levantaban refunfuñando, llegaban siempre tarde al comedor, comían de prisa, como para batir un *re cord*, y con el bocado en la boca se trasladaban al *bar* a continuar la historia, que iba a durar veintitantos días.

Quiere decir que la rubia descarada gozaba a bordo de mucha más libertad que las muchachas solteras. El día antes de llegar a Canarias, Manolo, después del te- escribía unas cartas en uno de los escritorios de la biblioteca; en la mesita de enfrente sentóse otra persona, en la que él no se fijó al principio, pero una de las veces alzó la vista y la vió: era la rubia.

Manolo era un hombre tímido con las mujeres, sobre todo con esas mujeres decididas que parecen animar constantemente al hombre con la mirada; la experiencia le había enseñado que en la gran mayoría de los casos, estas que se timan sólo pretenden divertirse con el infeliz que recoge el reto. La rubia era de esas; en los dos días anteriores, las invitaciones visuales habían llegado al colmo, hasta el punto de ser una de las muchas comidillas del pasaje, y por si faltaba algo, este detalle de ahora de ir a sentarse frente a él estando desocupados los demás escritorios de la biblioteca, era ya lo definitivo.

Pero con las mujeres no puede nunca decirse cuándo han llegado al colmo. Muy atareado en escribir su carta estaba Manolo Villena, cuando notó que le hablaban:

—¿Quiere usted tener la bondad de decirme qué fecha

es hoy? Estoy que ni siquiera sé el día en que vivo.

¡Ya estaba! Era la rubia la que le hablaba, y no hacía falta más; porque en un barco, como en un balneario, lo importante es cambiar la primera frase; a veces de un «¿ha visto usted qué día tan rutilante?», dicho con la mayor indiferencia, nace una amistad o un amor que luego dura una... quincena.

A Manolo le pareció ridículo seguir haciendo el casto José, y se entregó.

Después de Canarias iniciaron una vida común; por las mañanas, Delia—que así se llamaba la ondina— salía muy tarde del camarote, y ya el galán estaba esperándola en la cubierta superior; paseaban juntos como dos novios de provincias o se acodaban en la borda cara al mar, que en aquellos momentos era lo que menos les preocupaba, y así seguían después del almuerzo casi toda la tarde, hasta que, cercana la hora de la comida, Delia bajaba a vestirse, mejor dicho, a desnudarse o cambiar el vestido relativamente sencillo de la mañana por otro más vistoso y de menos tela. Pero, sobre todo, eran las horas eternas de la noche las que la pareja aprovechaba como más propicias a las confidencias. A veces, deseando aislarse, subían a la cubierta de botes, casi siempre solitaria, alarmando con su actitud a los dos canarios que el capitán tenía en sendas jaulas en la plataforma que precedía a su camarote.

De cuando en cuando, en sus paseos por la cubierta de los salones, pasaban ante los ventanales del *bar*, donde los jugadores de *poker* se pelaban bonitamente; allí estaba el marido, absorto, abstraído, empuñando las cartas y muy inclinado sobre la mesa, como quien analiza en el laboratorio la vida privada de un microbio. Delia, indefectiblemente, aminoraba la marcha en aquel paraje, y procuraba extremar con Manolo los gestos y las actitudes afectuosas; era igual: el marido estaba tan sumergido en el juego, que hubieran podido delante de

él ultimar el adulterio, sin que se le hubiera puesto de punta uno solo de los pelos de la cabeza.

En cuanto a eso de ultimar el adulterio... Desde el primer momento el diálogo entre los dos amigos había tomado un tinte de singular franqueza; sin nombrarlo ni una sola vez, la rubia decía que despreciaba a su marido, que era partidaria de que en el mundo cada cual hiciera lo que le diera la gana, y dejó ver su decisión de buscar por el mundo su tipo de hombre, como el comprador de ganado que busca en la feria un semental en buenas condiciones para padrear.

Otras veces sus confidencias tomaban un matiz romántico exagerado. ¡El amor material! ¡Bah! Era cosa que no tenía ninguna importancia, y había que prescindir de él si se quería dar a las pasiones un giro duradero. Esto ocurría preferentemente en las horas calladas de la noche, cuando solos los dos en el último piso del barco, era Delia casi la única que hablaba: alzaba los ojos al cielo, adoptaba un trémolo de desmayo en la voz, y se idealizaba como una sonámbula que ha saltado de la cama en paños menores. Por cómico contraste, era aquella la hora del día en que Manolo sentía más punzantes que nunca los aguijoncillos de la carne: Venus lucía en el cielo desde primera hora, y él, de ordinario, se entregaba a la influencia del astro con todo su cuerpo.

Era también el momento propicio que él aguardaba para decidir a Delia a pasar el puente: no el puente del barco, precisamente. Todo parecía ayudar: la noche, la soledad del sitio, la presencia de la pareja de canarios del capitán, que, a falta de otra cosa, bien podían actuar de alondras. Todo menos el estado de ánimo de la interesada, que era lo más importante.

Tímidamente se lo propuso una vez, y ella hizo un gesto de asco, mientras decía:

—¡Oh! Lo mismo que mi marido.

Y así iban pasando los días. En uno de ellos, cerca ya

de Montevideo, Villena se llegó a enfadar; iba viendo que aquella señora le había tomado como pasatiempo para no aburrirse demasiado durante las largas horas del viaje, mientras el marido jugaba al *poker*... y hasta puede que ganando. ¡Quién sabe si no estaría de acuerdo el matrimonio!

Y le planteó la cuestión muy seriamente:

—Delia, pasado mañana nos vamos a separar tal vez para siempre, y yo quisiera que esta noche llegásemos a algo definitivo.

Estaban parados los dos frente al recinto diminuto que servía de jardín en la cubierta alta: era la hora del atardecer, y Manolo Villena tuvo el presentimiento de que ahora o nunca. Ella quedó callada un gran rato mirando al mar, como si analizase el pro y el contra de una operación que le proponían.

—Tenga paciencia. Espere; confíe en el destino. Yo, siempre que me he entregado a él, he tenido grandes éxitos en la vida.

—¿Esperar? ¿Esperar, qué? ¿Usted cree que nosotros nos vamos a volver a encontrar en el mundo?

Realmente no era fácil: el marido de Delia era el agente de una importante casa de Seguros francesa en el norte de España, que había sido enviado a Chile para establecer y dirigir una sucursal. En Chile se quedaría el matrimonio a vivir, mientras Villena, según sus planes, pensaba estar de regreso en Madrid para el otoño. Si no era una casualidad muy grande, ¿qué otra cosa podría reunirlos?

Pero a tal argumento contestaba ella con un dejo de burla:

—¡Cálmese! Tenga calma.

Y el muchacho acabó de perderla del todo. Irritado, fuera de sí, pero sin alzar mucho la voz, para evitar el escándalo, fué exponiendo todo un rosario de quejas. Se había burlado de él, le había tomado bonitamente

el pelo, alucinándolo todo el viaje con la esperanza de una recompensa material que no llegaba nunca; y lo que más sentía era que por seguir el juego de su estúpida coquetería había despreciado otras cosas más fructíferas, por ejemplo: los lindos ojos y las carnes apetitosas de aquella española rubia que viajaba con la madre y un perro, y que, seguramente, no se hubiera mostrado tan rehacia en el momento de saldar la cuenta.

—Aún está usted a tiempo—le dijo Delia, sonriente.

Ya en plena grosería, replicó él:

—Eso es cuenta mía, ¡so zorra!

Y entonces ella, sintiendo el latigazo, se revolvió digna:

—Y si está usted seguro de que no nos volveremos a ver más, ¿qué interés tiene en que pasemos a mayores? Esas cosas tienen sabor cuando son el principio de algo: de lo contrario, son un asco.

No supo qué contestar: el razonamiento era aplastante, y avergonzado de su gran torpeza, hizo mutis por una de las escalerillas que llevaban a la segunda cubierta, como huye Mefistófeles por escotillón al final de la ópera, comprendiendo que ha hecho el ridículo.

Bajó al camarote, y en el pasillo, solitario y conventual en aquella hora del crepúsculo, vió marchando delante de él la mole rubia y jacarandosa de una de las camareras; en más de una ocasión habíala gastado bromas así al pasar, y hasta le había dado pruebas palpables de su afecto en ese sitio donde la espalda abomina de su nombre; pruebas que la muchacha acogió con cara adusta, pero en silencio. No era guapa, pero sí una catalana apetitosa y frescota, que después de quince días de no comer más que carne de frigorífico, resultaba completamente comestible.

Casi a la fuerza la metió en el camarote, y allí, sobre la litera, de prisa, como quien pone un telegrama urgente, la inmoló.

Ella estuvo diciendo que no hasta última hora, pero con la boca nada más. A Manolo, al terminar, le pareció que ya estaba vengado de los desdenes de Delia; si no hace aquello hubiera salido deshonrado del barco, ya que un viaje trasatlántico sin la correspondiente aventura amorosa—aunque sea una aventura completamente de *office*—es como un cine con luz.

Al salir del camarote se tropezó la pareja con uno de los treinta y seis frailes que iban en el barco, y que tenía el dormitorio frente al de Villena. El buen padre, a pesar de que tuvo que apartarse para dejarles paso, hizo como que no los vió.

Durante aquella noche, y al día siguiente, Manolo y la camarera tuvieron la certeza de que el religioso denunciaría el hecho al sobrecargo y la muchacha perdería su empleo. Pero el santo varón—¡en los altares se vea!—optó por callarse.

Sin duda el reverendo pensaría que hoy por ti y mañana por mí, y que todos somos hijos de Dios.

....

El viaje tuvo una coda inesperada. Aquella misma noche, sin duda para romper la habitual monotonía de la velada, ocurrió un incidente sabroso. Desde Barcelona venía, en camarote de lujo, un muchacho alto, rubio, simpático, que alternaba con todo el pasaje, haciendo gala constantemente de un buen humor envidiable; sólo algunas veces se refugiaba en un rincón del barco, con preferencia en la cubierta alta, rehusando el trato con la gente, pero mostrándose siempre afable y cortés con el que le dirigía la palabra sacándole de sus abstracciones.

Por el barco empezó a decirse que era un morfinómano empedernido, y que a ello se debían sus ratos de expansión jubilosa, así como sus murrias solitarias; podía ser verdad, o podía ser uno de tantos chismes como crecen a bordo cual plantas naturales de la ociosidad de la travesía.

Había vivido mucho tiempo en Chile, donde tenía diversos negocios, y ahora volvía allí.

—Tengo muchos proyectos—le decía a Villena, sentados los dos ante una mesita del *háll*, tres noches antes de llegar a Montevideo.

A la mañana siguiente, Villena estaba en el despacho del sobrecargo, hombre simpatiquísimo a quien todos los días daba un rato de tertulia, cuando llegó el joven rubio con la pretensión de que le cambiaran en pesetas un billete de diez duros. Estaba de un humor excelente y gastó varias bromas a propósito del cambio y de las pesetas que le daban, que él aseguró estaban hechas en la sevillana Alameda de Hércules.

Por la tarde, nadie le vió en todo el barco; Manolo se cruzó con él un momento al sonar el primer toque para la comida.

—He estado toda la tarde ocupado en hacer el equipaje.

Y no mentía. Hora y media después, en punto de las nueve de la noche, mientras el pasaje tomaba el café en el *hall* y en la galería interior, el muchacho, que no había bajado al comedor, se instaló con su butaca en la terraza delantera del camarote del capitán, mandó subir una botella de champán, la bebió de un trago, sacó del bolsillo un revólver diminuto, y se pegó un tiro.

Lo había dejado todo muy bien arreglado: varias cartas escritas, entre ellas una dirigida a uno de sus compañeros de mesa, diciéndole lo que habían de hacer con el equipaje... y con su cuerpo. Aunque había tiempo para darle sepultura en Montevideo, quería que lo tiraran al mar.

Así se hizo a las cuatro de la tarde del día siguiente, constituyendo el acto un espectáculo para todo el pasaje.

En el momento en que el cajón de madera descendía al mar sujeto por dos cuerdas, Ripollés, un zapatero de Mahón que había hecho su fortuna en Buenos Aires, y

se había pasado los veinte días de la travesía contando las millas que andaba el barco y haciendo pronósticos respecto a la fecha exacta de la llegada, dijo a Viliena, que estaba a su lado:

—Éste ha terminado el viaje antes que nosotros. ¡Dichoso él!

Y se puso a reirse su propia gracia, viendo que nadie se la reía.

Aunque sólo habían pasado unas horas de todas estas cosas, Manolo las recordaba como muy lejanas en el momento en que salió del hotel para explorar por vez primera las calles de Buenos Aires.

Era casi de noche, y en la Avenida de Mayo había ya muchas luces encendidas. Sin propósito deliberado echó a andar hacia la izquierda; cuando ya había pasado la primera cuadra quiso encontrar la calle Florida. Recordaba que al venir del muelle, en el *taxis*, Emilio Díaz, que trabajaba con su compañía en el Victoria y había ido a esperarle al barco, le había dicho:

—Mira: esa es la célebre calle Florida.

Y miró, pero apenas vió nada. Una calle como las demás que, a derecha e izquierda, desembocaban en la Avenida.

Ahora no quería consultar el plano que llevaba en el bolsillo; prefería encontrar a la ventura la famosa calle, de la que, en fuerza de leer y oir cosas, habíase formado una idea brillante.

Por toda la Avenida llegó a la Plaza de Mayo; iba leyendo los nombres de las calles sin tropezar la que buscaba. ¿Cómo era esto? O estaba muy confundido, o era de la Avenida de donde partía la celebérrima arteria.

Se había hecho de noche; en cada bocacalle era un problema para el viandante el cruce de una a otra acera: los *taxis*, los carruajes, y en algunas de ellas los tranvías, se iban amontonando de un modo fabuloso, en cuanto el vigilante, colocado en el centro de la calle, al-

zaba la maza pintada de blanco, que era como un resorte para suspender el tránsito rodado.

La luz y la animación eran un derroche en esta hora amable de todas las grandes ciudades, que, como las mujeres que han vivido un poco, resultan algo marchitas a la luz del día.

Villena, volviendo sobre sus pasos, estaba furioso consigo mismo. ¿Es que la Intendencia había suprimido del plano de la ciudad la calle Florida? Era la primera vez que se despistaba de este modo, él, acostumbrado a andar solo desde el primer momento por casi todas las capitales europeas.

Le pareció más cómodo preguntar a un vigilante que consultar el plano allí, entre los codazos de la gente, que, en su mayoría, andaba muy de prisa.

—Dígame: ¿la calle Florida?—preguntó al policía, alto, fornido, tipo inglés, que estaba parado en la primer bocacalle.

Al agente no le chocó la pregunta, acostumbrado a ellas en una ciudad donde a diario volcaban los vapores en el puerto contingentes numerosos de gente nueva.

—Esta—dijo extendiendo el brazo a su derecha.

Pero Manolo, que acababa de pasar por allí hacía un minuto escaso, miró el letrero colocado en la fachada de la primera casa. «Perú», decía de manera muy clara. Sin saber qué pensar miró de nuevo al guardia y al letrero. El agente le adivinó el pensamiento, y tornando a extender el brazo, ahora de un modo más violento, como quien se desperezа, le dijo:

—Empieza allí, señor; en Rivadavia.

Siguió el camino que le señalaba aquel brazo inexorable y... se encontró en plena calle Florida.

Por un momento se le ocurrió la divertida idea de que él había hecho el viaje desde Europa sólo por conocer y pasearse por esta calle. Era la vía amable y recogida—en el momento en que una de estas calles fuera amplia

ya no había nada en ella—de todas las grandes ciudades: la Carrera de San Jerónimo madrileña, el Coso romano, la calle de la Paz parisién... Todas iguales, todas atrayentes y un poco viciosas, como un compendio, como una condensación de todos los encantos de la urbe, que en el resto de ella están como perdidos en la inmensidad y en el ruido.

Estas calles parece que huelen un poco a *boudoir*, a alcoba tal vez, como si fueran ellas la antesala en que los ojos y las bocas invitan para ir a matar el deseo en otra parte... no muy lejos. Son la tentación eterna, el señuelo de mil alondras que pasan por ellas, muy de prisa al principio, como asustadas, para volver luego más despacio, mejor vestidas, con algo sobre el cuerpo de lo que han admirado en la magnificencia de sus escaparates, verdaderos alcahuetes de la mayor parte de las caídas.

Esta de Florida se cortaba al principio por el trazado de lo que sería con el tiempo la diagonal Sáenz Peña, hermosa calle, adorno futuro de la ciudad cuando ésta se decidiera a abandonar el culto de las líneas perpendiculares, que reviste ahora caracteres de idolatría. La unión de las dos calles formaba como una plaza que era un respiro; y pasada ésta se entraba ya en la verdadera Florida. A esta hora se prohibía por ella el paso de carruajes, y la gente paseaba por el centro; no era el caminar afanoso de los transeuntes del resto de las calles bonaerenses; el público se concedía a sí mismo una tregua, y Villena, detenido en alguna de las esquinas, creyó observar que tan pronto el paseante salía del límite estricto de la vía, aumentaba la velocidad de la marcha, como si le impulsase un poder superior a su voluntad.

Se veían caras lindísimas de muchachas, vestidas como portadas de periódicos de modas, en grupos, solas algunas, sin miedo al asedio callejero, que aquí no era más que un asedio platónico de miradas.

Villena las iba recordando: eran sus antiguas amigas,

las mismas del veraneo en San Sebastián, sobre todo en los años anteriores a la guerra. El grupo de muchachas argentinas, el ramillete de *lindos bulines* que en el Casino, en el Ulía y en las mañanas de nácar de la playa, eran el principal atractivo, por su belleza, por su elegancia, y, ¡sobre todo!, por la delicia de su modo de hablar, mezcla divina de cubano y andaluz. Los pollos madrileños, suponiéndolas a todas millonarias, iban tras ellas durante dos meses como el gato tras la ratita; después, en las postrimerías de Septiembre, las chicas levantaban el vuelo para ir a posarlo en París, y los pollos se volvían a la corte con las orejas caídas.

Algún verano el propio Manolo Villena las había cultivado soñando—¡sueño remotísimo, eso sí!—con tener un suegro argentino, una estancia en la pampa y una cuenta corriente en el Banco de la Nación. Y ahora, al cabo de unos años, se las volvía a encontrar aquí, en su propia salsa, como flores que no han sufrido el suplicio delicioso de la trasplantación. Y no sabía cómo le gustaban más: si allá, vestidas de verano, envuelto el cuerpo en leves telas vaporosas y muy desnudo el cuello, como el tallo de un nardo, o aquí, defendiéndose contra el frío, asomando las caritas risueñas por encima de la estola de piel, que parecía un estuche.

A lo mejor, en mezcla un poco cruel, pasaba una dama de las del honor en remate, guapa, por lo menos a esta hora del día, no muy provocativa por lo común, y vestida casi como las otras. Iba a lo suyo, a ganarse la vida en el mismo sitio en que los demás la derrochaban con el descanso momentáneo de una horita de paseo; para ellas, en cambio, esta era la hora de oficina, la del trabajo serio y metódico. A veces una de ellas volvía con disimulo la cabeza, y al notar que la seguían, doblaba cautamente la primera esquina, andaba todavía un par de cuadras y se metía en una de las amuebladas, en que era harto pródigo el barrio.

Salían grupos de muchachas de tomar el te en la galería Güemes, o, ya al final de la calle, en lo de Harrods; de Richmond, en cambio, eran casi exclusivamente hombres los que salían, tipos muy ingleses, que a lo mejor resultaban ser españoles de Santander, o argentinos de la Rioja o de Corrientes.

En una de sus vueltas por la calle, Villena se metió por la galería de Güemes: a mitad de ella había un cine —un biógrafo, como les llama todo el mundo en Buenos Aires—, por cuya escalera de bajada entraba y salía mucha gente. Manolo se detuvo junto a un grupo de muchachos que parecían haberse plantado allí, ofreciéndose para que las mujeres que pasaban eligiesen el que fuera más de su gusto y se lo llevasen a casa.

Entre las que salían estaba una mujercita rubia, con los ojos enormemente agrandados por el carbón y los labios enrojecidos hasta el incendio. Resultaba guapa, y aunque iba vestida con relativa sencillez, no engañaba a nadie respecto a su profesión. Villena notó que la individua le miraba de un modo persistente, y con esa petulancia de todo hombre, pensó:

—¡Vaya! No hecho más que llegar y ya ha caído una.

Pero llenóse de confusión cuando vió que la rubia, sonriéndole, separábase de la masa de gente que salía con ella a la calle, y venía a él muy decidida. Agarrándose a su brazo le dijo:

—¡Manolo! ¿Cuándo has venido? Sabía que estabas en viaje.

¿Aquella voz? Le era muy familiar al muchacho: una de esas voces que se han oído mucho tiempo y se han quedado grabadas en la conciencia, pero que, al volverlas a oir, no se sabe adjudicar a una persona determinada.

La muchacha le notó en la cara que no la reconocía.

—Pero, chico, ¿tanto he cambiado en dos años?

—No, es que, así, al pronto...

—Soy Pepita.

Y no dijo más: sabía que era bastante.

—¡Pepita! ¿Tú?

—¡Claro! No, no me mires: es que me he pintado de rubio.

– Ya, ya veo; pero, hija, es que como yo no tenía la menor idea de que estuvieras en Buenos Aires, pues es como si me hubiera encontrado aquí a la Cibeles.

Dió un suspiro muy grande y añadió:

—Pues sí, aquí estoy.

Insensiblemente se habían puesto a andar hacia el fondo de la galería, por la parte de San Martín.

—¿Cuándo has llegado?

–Hace unas horas.

—Leí en los periódicos que venías. Además, me lo dijo Teresa...

—¿Quién es Teresa?

—¿Tampoco te acuerdas? La que vivió conmigo en la calle de Belén.

—¿También está por aquí?

—También, hijo; se vino hace medio año.

A Villena, por lo inesperado, le había emocionado un poco el encuentro con la madrileña Pepita, la golfa que empezó yendo a citas en casa de doña Pilar Azcárate, siendo aún oficiala de un taller de sombreros de la calle de Serrano, y después tropezó con Nicolás Estellés, que la hizo su querida, la puso coche, la cubrió de alhajas, la colocó, en una palabra; tuvo en Madrid un momento de popularidad, y de repente, cuando estaba gozando de él, desapareció para ir a la feria de Sevilla... y aún no había vuelto.

Villena la conoció al acaso, no recordaba si en un baile de la Comedia o en la última hora de Maxim's; fué su amigo, pero sin llegar a entablar relación carnal con ella, acaso porque a ninguno de los dos le interesaba el hacerlo; en su casa de la calle de Belén entraba y salía

casi a diario, y durante una temporada larga—hacía de esto cuatro años—fué el confidente de la entretenida y el encargado de traer al redil a Nicolás Estellés, siempre que entre los dos amantes surgía una ruptura.

Por la calle de San Martín habían salido en seguida a la Plaza de Mayo. Manolo observó que en el corto trayecto Pepita volvió la cabeza dos o tres veces, como buscando a alguien.

—Conque de emigrante, ¿eh?

—Ya ves, de emigrante. ¿Y tú? ¿A qué has venido?

—Pues .. de emigrante también.

—Oye: ¿has venido solo?

—Completamente.

—¿De veras?

—¡Claro, mujer! ¿Con quién iba a venir?

—¿Para mucho tiempo?

—No sé, ya veremos.

—¿Quieres un consejo?

—Venga.

—Vete cuanto antes.

—Mujer, que he llegado esta tarde...

Pepita decía todo lo anterior como distraída, por no estar callada, mientras no cesaba de escudriñar por toda la extensión de la plaza, como buscando a alguien que debía estar allí. De pronto separóse bruscamente de Manolo, y echando a andar hacia la escalera de bajada al tren subterráneo que había en medio de la plaza, le dijo a gritos:

—Oye, vete mañana por la noche a comer a casa. Vivo en Alberti, 509. Te espero, ¿eh?

Y salió corriendo.

—¡Bueno!—dijo Manolo con cierta indiferencia.

Echó a andar hacia la Avenida y, pensando en aquella huída repentina de la golfa, recordó aquella otra huída de Madrid para ver la feria de Sevilla. A lo mejor ahora también tardaría dos años en volverla a ver.

Sintió una súbita curiosidad y se volvió a mirar; en aquel momento Pepita llegaba a las escaleras del subterráneo; junto al barandal la estaba esperando un joven alto, mitad señorito, mitad obrero, aunque con más inclinación a lo primero. La agarró del brazo y, durante un largo rato, estuvo recriminándola; sin duda le reñía por la tardanza. Ella pareció protestar al principio; pero muy pronto inclinó la cabecita sumisa, mientras el otro seguía manoteando en el aire, y juntos los dos descendieron por la escalera.

Villena, cuando los perdió de vista, volvió a encogerse de hombros, a decir:

—¡Bueno!

Y a seguir su camino en dirección a la Avenida.

Cuando llegó al hotel, le entregaron en la portería una carta.

¿Quién le escribiría tan pronto?

De las tres firmas que llevaba el escrito, sólo una le era conocida: la de Suárez Troncoso, el celebérrimo crítico y autor argentino, a quien Villena había conocido en Madrid algunos años antes, simpatizando en seguida. Las otras dos eran las de Julio Solar y Marcelo Insausti, escritores, y autores nacionales también. Se trataba, simplemente, de rogarle que les esperase a las ocho en punto, pues querían llevarlo a comer, y después de la comida... donde se terciase.

Villena quedó encantado de la gentileza de aquellos muchachos que, sin conocerle dos de ellos más que de nombre — y ya era una gentileza más, conocer su nombre a través de sus escritos—, se brindaban como amables cicerones en sus primeros pasos por la gran ciudad. Era una grata impresión de cortesanía, de don de gentes en los de un oficio en el que, por lo general, en España y en el resto del planeta, los compañeros no suelen buscarse más que para romperse algo o para leerse un drama.

Lo invitaban a comer y... a lo que saliera pa en cenando. Seguramente saldría algo pintoresco, ya que su primera noche en Buenos Aires no iba a dedicarla a rezar el rosario. Y subió a la habitación a esperar el momento de la cita. Faltaba muy cerca de una hora, y, no teniendo mejor cosa que hacer, tiró de pluma y empezó un soneto.

Porque—perdona, lector, que no te lo hayamos dicho hasta ahora—Manolo Villena era poeta: un poeta especial, mezcla de culterano y de vulgar, de plebeyo y de refinado; acaso por eso era, quizá, el único poeta actual español que vendía bien sus tomos de versos, hasta el punto de vivir casi exclusivamente de lo que con ellos ganaba.

Desde hacía algún tiempo, violentando un poco su personalidad, habíase dedicado a cultivar una clase de poesía amatoria, en su sentido carnal, en la que el amor era siempre una cosa triste y corrompida a un tiempo, impregnado de un sentimentalismo muy Armando Duval, en el que el enamorado era casi siempre un romántico sinvergüenza.

En los llamados círculos literarios—que suelen ser unos cenáculos en los que se sirve un café muy malo y se cobran los recibos con *forceps*—, el poeta Manuel Villena, como tal poeta, no tenía prestigio alguno: su poesía era indefectiblemente tachada de pornográfica, palabreja inventada hacía poco para bautizar aquello que producía dinero y era algo divertido.

Pero, por fuera de esos corrillos de comadres, Villena se había hecho un público suyo, incondicional, que esperaba ansioso sus nuevas producciones, y las saboreaba como una droga fatal, verdadera salsa de la vida. Ese público se componía de *cocottes*, estudiantes, socios de los círculos elegantes, que hacían una vida de ocio, y sacerdotes de digestión fácil, para los que la existencia venía a ser como un «Te Deum» continuado.

En las casas de citas y en las de las entretenidas más... entretenidas, era dificilísimo encontrar cajoncito de mesa de noche en el que no hubiese, al lado de la cajita de artículos de goma y del cabo de vela de uso problemático, un tomo de poesías de Villena, con señales inequívocas de haber sido leído en el lecho. Y desde que se puso en moda entre las golfas románticas recitar alguno de sus sonetos como aperitivo de los momentos de explosión, el poeta venía prestando serios servicios a la procreación de la raza, que en su día daríanle derecho a una estatua.

Él lo sabía muy bien, y cuando iba por la calle y se cruzaba con el bautizo de un rorro, miraba a éste con cierta melancolía, pensando que tal vez en el cultivo de los espermatozoos que habían contribuído a darle forma de cachorro humano, tenía él una parte no despreciable. Sentíase padre con mucha frecuencia, gracias a lo expresivo de algunas de sus cuartetas o de sus décimas.

El poeta, como todo el que lo es de algo más que de nombre, disfrutaba de una fecundidad asombrosa: cada tres meses aparecía en los escaparates de las librerías un nuevo tomo de sus poesías, adornado casi siempre con un título que, por lo expresivo, le daba la mitad del éxito. Tenía unos *Sonetos puerperales*, que habían sido un vértigo de venta; de las *Flores de alcoba* había vendido en un año tres ediciones, y la aparición de su poema bárbaro *Memorias de un edredón*—que ya estaba traducido al yugo-eslavo—, fué un acontecimiento tan sonado como la aparición del *Quijote*.

Después de Weyler, el poeta Manolo Villena era el hombre más popular de España; parte de esa popularidad se la debía a sus atrevimientos: en cierta ocasión, no sabiendo cómo terminar un romance dedicado a Ninón de Lenclos, dióle la puntilla con estos dos versos:

«eres, Ninón, como un feto
que haya nacido al revés.»

En un soneto a Mesalina habíale llamado a las ligas del corsé «los aparejos rústicos de un ave de corral».

Hemos dicho que Villena era el hombre más popular de España y, en rigor, nos hemos quedado cortos: en América, los versos del vate madrileño los recitaban de memoria hasta los changadores—mozos de cuerda—de las estaciones y del puerto. Dos años antes habíase enterado el poeta de que en Buenos Aires, en Montevideo, y en algún otro punto, se habían hecho copiosas ediciones clandestinas de sus obras, de las que él, no había que decirlo, no percibía ni un céntimo. El amigo que desde la República Argentina le escribió la noticia, le decía, a modo de consuelo:

—Lo mismo que con tus obras han hecho con *La Iliada.*

Era la segunda vez en su vida de poeta que le daban un trato igual que al padre Homero: la primera había sido en el artículo de cierto crítico madrileño que, juzgando uno de sus libros, empezaba así: «El poeta Manuel Villena, que, como Homero, es un decidido partidario del salmón con salsa tártara...»

Pero lo del parangón con el genio de la Hélade, si en principio le halagaba, al tratarse de lo de las ediciones clandestinas le llegaba a lo vivo: estaba bien que Homero no se enterase de la estafa, porque para eso era ciego; pero él, que, gracias a Dios, tenía la vista sana, no debía consentir, en lo posible, que le metiesen la mano en los bolsillos de aquella manera descarada.

Y cuando lo del viaje a América se formalizó, Manolo pensó que bien podía intentar algo; por lo menos enterarse sobre el terreno.

A las ocho menos cuarto tenía ya empezado un soneto, dedicado a la calle Florida, que empezaba así:

«Como atrio de un quilombo poblado de odaliscas...»

No pudo seguir: tocaron en la puerta. El camarero le anunció que abajo le esperaban tres señores.

—Voy en seguida.

Dejó la pluma, asomóse de nuevo al balcón, y echando una mirada por aquel parque de luces que era la ciudad a aquellas horas, dió un suspiro, y pensó:

—Eso del quilombo podía ser un programa.

Tomó el sombrero, se colgó al brazo un abrigo, y bajó al vestíbulo del hotel.

Puede que fuera el soneto, pero lo cierto es que tenía hambre.

Julio Solar era un tipo alto, de fisonomía simpática, con ese aire de viveza latina muy marcado que tiene la gente de ingenio.

Y eso era: un hombre de ingenio, que a costa de él vivía, repartiéndolo en las cuartillas de sus novelas y de sus obras para el teatro nacional—«un platal, amigo Villena—le decía al poeta—, con el que gano más que usted con todos sus versos»—, y en su trato con las gentes. Su gracia natural le hacía incurrir en mordacidades e ironías, que eran célebres en todo Buenos Aires, y por las cuales tenía cierta justificada fama de mala lengua. Ahora figuraba entre los redactores de *La Tarde*, periódico de público inmenso, en el que ejercía la crítica de teatros con un estilo ágil y divertido, que era como un aire refrescante en medio de la seriedad algo pedante de la mayoría de los periódicos porteños.

Suárez Troncoso era más serio... cuando escribía, porque en su trato, en su vida, en su persona toda, resultaba el escéptico burlón de conversación más amena que hubiera podido imaginarse. Se le oía hablar durante horas enteras, sin que el oyente experimentase la menor fatiga, pendiente siempre de la idea brillante y de ese nimbo de grata evocación de que sabía rodear todas las cosas, aun las más vulgares en la realidad. Crítico del primer periódico de Buenos Aires, era también, sin disputa, el número uno entre los autores del teatro nacional, en el que había dado normas que ahora seguían muchos, acaso sin darse cuenta de que las seguían.

Troncoso había viajado mucho por Europa, y en Ma-

drid, donde Villena y él se conocieron, había triunfado con algunas de sus obras en el teatro de la Comedia; triunfo que no explotó lo debido por el rápido regreso a su patria.

De los tres visitantes que aguardaban a Villena en el vestíbulo del hotel, era Marcelo Insausti el único español: vasco de nacimiento, pero residente en Buenos Aires desde niño, resultaba una mezcla de criollo y bizcaitarra muy interesante, habiendo perdido ese aire adusto y algo sombrío del vasco que no ha salido nunca de las húmedas praderas de su tierra. Era también autor nacional del género de los alegres y divertidos, es decir, de aquel grupo de muchachos que se dedicaban a hacer gratas las veladas teatrales con que los bonaerenses descansaban del trabajo de todo el día.

Había tenido suerte Villena: de haberlos escogido, seguramente no habría elegido nada mejor, en cuanto a simpatía, en la república de las letras argentinas.

A la puerta del hotel pararon un *taxis* de los que sin cesar desfilaban por la Avenida. Descendieron a la puerta de Conte, un restorán de Cangallo, en el que ya les tenían reservada una mesa.

Pero tardaron en llegar a ella: en una de las más cercanas a la entrada había otro grupo de amigos; se acercaron todos a conocer al recién llegado; tenían curiosidad por ver cómo era el sujeto, cuyo nombre tanto escandalizaba desde hacía diez años.

Uno de los que le saludaron se creyó en el caso de darle un abrazo de doble vuelta; era un español gordo, risueño, optimista, maestro de música, que llevaba veinte años *acá*, y parecía tener treinta de edad. El maestro Tayá, que así se llamaba, le dijo, mientras le estrujaba como una uva:

—¡Hombre! Usted no puede figurarse las ganas que yo tenía de conocerle; me sé de memoria todas sus atrocidades.

Y lo decía con un gesto tal de bonachonería, que Villena le agradeció en el alma el piropo... algo berebere.

Se instalaron en la mesa. El local tenía esa animación jubilosa que tienen siempre los sitios donde se come bien y donde el dueño no escatima la intensidad del alumbrado. Al fondo, casi encima de la mesa ocupada por Villena y sus amigos, había una tribuna alta, en la que un sexteto—el consabido sexteto de muchachas vestidas de blanco, *muy opereta vienesa*, que había en casi todos los hoteles, cafés y restoranes de Buenos Aires—amenizaba la comida con unas piezas alegres que eran la mejor de las salsas: trozos de óperas no muy pesadas, valses de una voluptuosidad de alcoba en atardecer, tango, sobre todo, el divino tango, tocado con ese aire lánguido y cachondo con que lo tocan siempre en la Argentina, tan distinto del ritmo saltarín que le dan las orquestas en Europa.

Villena empezó a notarse en su elemento desde el primer plato: un *consommé* con ancas de rana que era un poema. Notó que poco a poco se disipaban las nieblas sajonas de su primera impresión de la ciudad aquella tarde.

Los comensales hablaban tanto como comían: abrumaban a preguntas al recién llegado, todos querían saber cosas de allá, de la gente de letras de Madrid, de los viejos maestros y de los jóvenes que empezaban a destacarse. El que llevaba la voz cantante era Suárez Troncoso: como había hecho bastante vida madrileña, era amigo de todos, y quería sus noticias, sus detalles íntimos, como quien pide nuevas de un amor lejano, pero no olvidado.

El poeta contaba lo que sabía: chismes nuevos, anécdotas inéditas de los grandes hombres, y también de los pequeños; explicaba el por qué del último éxito o fracaso de algunas obras, que a distancia nadie se había explicado en Buenos Aires. A veces no tenía contestación

para algunas de las preguntas que con voracidad insaciable le hacían los comilitones.

—¿Qué ha sido de la actriz Fulanita?

—¿Con quién se ha casado la Perengana?

—Y ¿por qué fué la pelea de la Zutana con Dionisio Molero?

—¿Es verdad que Pérez se ha dedicado al hermafroditismo con todas sus consecuencias?

De alguna de estas graves cuestiones Villena estaba tan enterado como los mismos que le preguntaban, es decir, no sabía una palabra. Entonces hacía a su vez nuevas preguntas. El también quería saber. ¡Fantaseaban tanto los que volvían de acá, acerca de sus éxitos y de su buena suerte!

—¿Qué hizo aquí Fulano?

—¿Es cierto que ganó tres mil pesos con una sola conferencia en el Odeón?

—¿Es verdad lo del sablazo de Bermúdez al presidente de la República?

—¿Qué le pasó a Zutano con la tiple aquella...?

Era la historia completa, aquí y allá, de las relaciones artístico-literarias de España y la mayor de sus hijas; casi siempre, la trama de estas relaciones era un rasgo de audacia, una aventura económica de los eternos bohemios del Arte que iban a América en busca de plata, como fueron aquellos otros bohemios de la conquista y de la colonización, hacía varios siglos. América, para el escritor como para la tiple o el banquero arruinado, seguía siendo la mina de oro a cuyo pozo se descendía, y del que resultaba ridículo salir con las manos vacías. Era también como la mamá o la abuelita lejana a la que el estudiante acude en sus apuros de últimos de mes, pidiéndola dinero: aquí la madre daba sablazos a la hija, que era más rica que ella.

Pero lo malo es—pensaba Villena—que lo mismo que España hacían Italia, Francia y el resto de Europa.

Aquí el símil de la madre y la hija fallaba, y los europeos no se habían preocupado de sustituirlo para poetizar la emigración.

Después de la comida, quisieron acompañar a Villena a echar un vistazo por los teatros más céntricos.

El indispensable *taxis*, tan usual y necesario en Buenos Aires como en otras partes el tranvía, les fué dejando a la puerta de unos cuantos.

Fueron primero al teatro de Buenos Aires, donde Villena conoció a Muiño, un gaucho muy simpático, que ahora se caracterizaba para hacer un riojano algo montaraz.

—Bueno, señor Villena, ¿qué va usted a beber?

—¿Es obligatorio?

—Sí, señor, porque esta noche tengo gana de chafarme unos centavos en obsequio a usted y a estos señores.

Se bebió. Muiño era un tipo rudo y, por lo mismo, un actor que entraba en seguida en el público desde que pisaba la escena. Villena aprovechó el entreacto para hablar con él... en andaluz.

—Mire usted—le decía el actor con su voz bronca de buen mozo—, ríase de los que le hablen del argot criollo. Yo digo en esta obra una porción de palabras andaluzas.

Y empezó a recitarle trozos de su papel. Manolo le interrumpía a veces; le gustaba enterarse y pedía una aclaración:

—¿Qué es eso de chefún?

—El funche al revés. Oirá usted con frecuencia palabras con las sílabas cambiadas: es una moda como otra cualquiera. Al tango le llamamos gotan; para pasar el rato nada más.

—De manera que chefún... ¿es funche?

—Exacto.

—Bueno, y ¿qué es funche?

—¡Ah! ¿No lo sabe?

—Le advierto, Muiño—dijo sonriendo Troncoso—, que Villena ha desembarcado hace seis horas.

—Pues mire.

Fué a una percha que había en el fondo del camerino y, tomando de ella un sombrero, dijo:

—A esta clase de sombrero le llamamos chefún.

Manolo experimentó la satisfacción del que despeja una incógnita en un problema matemático.

Pero la carrera iba a ser larga y la noche era corta; del Buenos Aires fueron a la Opera, un espléndido teatro de los mejores de la ciudad, y que antes de existir el Colón había sido, de acuerdo con su nombre, el templo de las grandes temporadas líricas italianas. Ahora estaba dedicado al género nacional, como la mayoría de los teatros de Buenos Aires, en la creciente derrota del género español, que llevaba camino de ser muy pronto total. Vittone y Pomar reinaban en él con una compañía en la que abundaban las mujeres guapas, gracias a Dios.

Vittone que, según decían, no se sabe si como elogio o como censura, procedía del circo, era un buen actor, especializado en la imitación de los tipos italianos, que realizaba de una manera perfecta, hasta el punto de llamar la atención en una ciudad donde todos los actores tenían una rara habilidad para copiar al gringo, al gallego o al ruso.

Pomar, hijo de catalán, era un muchacho joven, gran tipo, un hombre de cama insustituíble, si no engañaban las apariencias. El y Vittone se vestían en el mismo camerino, un amplio salón con dos mesas de tocador fronteras la una a la otra, en las que los dos actores hacían diabluras de caracterización.

A Villena llamóle la atención, desde que entró allí, la profunda fe religiosa de Pomar; se veía que era un hombre de creencias arraigadísimas, a quien la existencia de Dios le preocupaba muy en serio, pues se pasaba la vida maldiciendo de él en catalán y en un sentido

maloliente, y ya es sabido que nadie ejecuta ciertas operaciones higiénicas en cosas de cuya existencia no está muy seguro.

De la Opera, siguiendo por Corrientes, fueron al Royal, el teatro jocundo y divertido de Buenos Aires, algo así como nuestro Chantecler, pero en un sentido más amplio; su público, compuesto de gente muy joven o muy vieja, rara vez se veía integrado por algún elemento femenino, salvo la media docena de girantas—golfas que hacen la carrera—que se acomodaban en los palcos altos, para salir en los entreactos a hacer *cabaret* a las mesas del amplio vestíbulo o de la galería del primer piso.

A la salida despidióse de ellos Troncoso; tenía que ir al periódico, y dejó encomendada a Solar e Insausti la tarea de guiar al poeta por otros círculos de la vida nocturna bonaerense.

—De la poca vida nocturna, porque—dijo a Villena al despedirse—, como usted verá, aquí apenas se hace vida de noche. Esta es una ciudad en la que, desgraciadamente, todo el mundo trabaja; yo creo que es un concepto equivocado de la vida, pero así es.

Los tres amigos—Manolo notaba que, a pesar del poco tiempo, ya lo eran—, fueron a un café de Esmeralda, casi frontero al teatro San Martín, después de haberse asomado un momento a la sala al solo objeto de que Villena la viera; el teatro era alegre, con ese aire íntimo de los teatros no muy grandes. Era uno de los cuatro en los que aún se cultivaba el género español. Villena lo miró como a uno de los últimos baluartes en que se bate con tesón un ejército en retirada que lleva en el alma la melancolía de la próxima derrota.

En el café se agregó al grupo un componente más: un muchacho moreno, de rostro afeitado, que en el habla y en los modales parecía un sevillano algo desengañado de las cosas brillantes de la vida; Miguel Terrero, que

así se llamaba, era compañero de redacción de Solar en *La Tarde*, y autor también de varias piezas de teatro nacional.

—¿Será que en Buenos Aires no hay tíos antipáticos?—pensó Villena, al notar que, hasta ahora, no se había tropezado con ninguno.

Se había iniciado entre los tres autores una discusión importante, que continuó luego en la calle mientras iban los cuatro al encuentro de un auto.

—No, hombre, no seais sonsos. El mejor es el de Cangallo.

—Mira, el de Lavalle, esquina a Andes, es tan bueno y sólo cuesta cinco pesos—dijo Insausti con su sentido económico de vasco.

—¿Y por qué no vamos a Junín?—propuso Terrero—. O a Lima: en Lima hay ahora una italiana, morena, maciza, que se llama Tina, que a Villena le ha de entusiasmar. Es como el tipo que describe usted—dijo al poeta—en la *Sonatina canalla*.

—¡Hombre!—mugió Villena, y se pasó la lengua por los labios como quien se prepara a saborear un plato de natillas.

—Yo insisto en que vayamos a Cangallo: es lo mejor. Usted verá una cosa linda, mi hijo.

Manolo, a quien le pedía el cuerpo guerra, y que, además, quiso terminar aquella discusión, dijo:

—Señores, y ¿por qué no vamos a todos?

—Eso es, empezaremos por Cangallo.

Solar, al decir esto, paraba un *taxis* que cruzaba por Sarmiento; hizo subir a todos y dió al chófer la dirección del célebre quilombo, famoso en toda la República.

Porque se trataba de visitar quilombos: ya lo habrá adivinado la perspicacia y el buen apetito del lector. Si se hubiera tratado de un escritor serio, fundamentado, de esos que mojan la pluma en una disolución de masa encefálica, los amables cicerones lo hubieran llevado a

visitar el Museo Mitre o el Consejo Nacional de Educación, a pesar de lo intempestivo de la hora. Pero se trataba de Manuel Villena, del poeta de los sentimentalismos amorosos, más o menos enfermizos; del hombre que reclutaba casi la totalidad de sus ejércitos de lectores entre las pupilas y los parroquianos de ciertas casas, y lo natural era que una de sus primeras visitas en Buenos Aires fuera para ellas.

Era lo lógico, y además una prueba de gratitud.

El quilombo de Cangallo, ya lo hemos dicho, era una institución en Buenos Aires; resultaba la más cara de las casas públicas de la población—diez pesos la... consumación—y a todo ciudadano del mundo que, estable o de paso en el Plata, no lo visitase, cubriríale igual máscara de ridículo que al hombre que volviese de Roma sin visitar al Papa.

Pasada la espléndida Avenida de Callao, a las dos o tres cuadras, había un edificio nuevo, flamante, casi señorial por fuera, y de un gran aspecto recoleto por tener muy cerradas sus puertas y ventanas. A la hora en que Villena y sus acompañantes llegaron a sus umbrales estaba también cerrada la gran puerta de madera barnizada que daba a la calle; Solar oprimió un timbre, y la fortaleza tardó poco en abrirse a los invasores.

Un hombre alto, bien vestido, con un gran bigote negro, les acogió pleno de dignidad, de tanta dignidad en el tipo y en los modales, que Villena creyó que se habían equivocado de casa. Parecía la entrada a la consulta de un médico famoso o al bufete de un abogado celebérrimo.

Una puerta de cristales esmerilados—distintivo en la ciudad de todos los edificios que se dedicaban a idéntica industria—era la verdadera entrada a aquel santuario del amor. Se abrió también, pero aún quedaba un amplio biombo japonés de sedas brillantes ocultando el interior a miradas profanas; se cultivaba bien el misterio en

aquella casa, sin duda para dar una completa sensación de harem.

Un gran patio cubierto, un hermoso patio de columnas de jaspe—imitado, pero era igual—fué lo primero que se ofreció a la vista del poeta: a la izquierda se abría un saloncito donde una madame gruesa y rubia les hizo pasar; era una habitación tapizada de azul, estilo Imperio, con dorados y molduras suntuosas, en la que el mobiliario, una gran mesa en el centro y una sillería, estaba también a tono con el estilo de la época.

El visitante siguió creyendo que se habían equivocado de casa: aquel debía ser el despacho del ministro de la Guerra.

Los dejaron solos; Julio Solar dijo a Villena:

—¿Qué le parece, amigo? Está esto bien.

—¡Ya lo creo! Ya había yo oído decir que en Buenos Aires tenían ustedes las oficinas públicas muy bien instaladas.

Rieron los demás, sin duda por cortesía.

Manolo esperaba el momento en que un ujier galoneado penetrase en la estancia para decirles:

—Su excelencia no recibe. Acaba de salir en este momento para el Campo de Mayo.

De vez en cuando llegaban hasta allí gritos y palabras sueltas.

—Margot... Suzanne... Ketty... ¿Tiene cambio de cincuenta pesos, madame?

—Serán las mecanógrafas del Ministerio—pensaba Manolo.

Pero bien pronto salió de su error. La madame gruesa y rubia, que no tenía trazas de pertenecer a la familia de ningún ministro, volvió a entrar.

Debía ser vieja amiga de Insausti y de Solar, pues éstos empezaron a... macanearla con cierta fruición. Ella, acostumbrada a aquel trato de favor, no les hacía mucho caso.

Hízoles pasar a otra habitación mayor, decorada en idéntico estilo: la tapicería de muros y mobiliarios era aquí de un amarillo oro. De pronto, en una fila casi perfecta, penetraron en la estancia ocho mujeres: dos de ellas iban en camisa, pero las demás vestían trajes de *soirée*, algunas con plumas y adornos en el tocado, como si acabasen de llegar de una fiesta mundana.

Eran guapas, o lo parecían, cosa que tiene más mérito. Todas llevaban el cabello admirablemente ondulado—¡oh, los reflejos y los oleajes de la maravillosa ondulación Marcel!—y en sus ojos y bocas, agrandados por las barritas de color, había como una invitación al revuelco.

Villena fijóse en una menudita, pequeña, rubia auténtica y con una cara de muñeca de precio que parecía mentira que sólo valiera diez pesos. Debía llevar muy poquísimo tiempo en el oficio, pues no había en su cara el menor dejo de fatiga.

—¿Vamos?—le dijo.

—*Allons*.

Dió un salto y desapareció.

—Señores, hasta ahora—dijo el poeta a sus amigos—: voy a tomar un refresco.

Ligera, como una corza que huye, atravesó la francesita el patio, luego un pasillo, y por fin entró en su habitación. Iba tan de prisa que a Villena le parecía que fuese huyendo de él, y que él, cazador furtivo, la hubiese de alcanzar por fin, y poseerla a viva fuerza.

Pero por poco que tardó el joven en llegar a la alcoba, tuvo tiempo de ver unos cuantos hombres que esperaban muy tranquilos, acomodados en los sofás y sillas del gran patio y del pasillo. Con alguno de ellos había una de las mujeres de la casa sentada sobre sus rodillas o simplemente de pie, tratando de convencerlos de la oportunidad de encerrarse los dos en una de aquellas habitaciones cercanas para hacer un simulacro de maternidad;

pero la mayoría estaban solos, aislados, contemplativos, sin afectar gran prisa.

Eran los fieles, los que venían allí, no en busca de la mujer en general, del pedazo de carne que con su temperatura y su movimiento calma el hambre de este otro pedazo de carne que se llama hombre, sino en busca de Fulana o de Mengana. Tenía que ser ella y no otra, y si al llegar estaba ocupada en las labores de su cargo, ellos sabían esperar, sabían sentarse, a veces a la puerta misma del gabinete de trabajo de la amiga, para ver salir por allí, abrochándose el pantalón, al sujeto que la había retenido durante unos minutos.

A veces era un gesto especial, una caricia nueva la que conquistaba para siempre al parroquiano: estos individuos violentaban un poco el carácter de la casa pública, lugar donde generalmente se va a matar el hambre, sea como sea. Ellos acudían como quien acude a ver a la novia, esclavos de una fidelidad que tenía no poco de pintoresca.

Otros eran sencillamente espectadores: allí no se le negaba la entrada a nadie. Los había que, sin un centavo en el bolsillo, se metían allí simplemente a ver durante una hora mujeres apetitosas, y a tomar apuntes para operaciones posteriores. Sólo que aquí, a los que iban a dar la pelma, como diríamos en España, nadie les hacía caso; las mujeres ya los conocían y pasaban por delante de ellos como si no los vieran.

Los sábados y domingos el patio y los pasillos estaban siempre llenos de un público que esperaba; en estas noches no eran, por lo general, ni contemplativos ni fieles de una sola mujer: era, sencillamente, que todas las pupilas de la casa resultaban pocas para atender a la parroquia. La prostitución, que siempre es cosa poco poética, se ejercía en estas casas de Buenos Aires tan suntuosas de un modo harto descarnado: no había ese último pudor de las casas europeas, en las que se procuraba que,

en lo posible, los parroquianos no se viesen los unos a los otros.

Aquí se veía salir al sujeto que había calentado el lecho en el que uno se iba a revolcar, caliente aún. La cosa, a pesar de todas las sedas y los gabinetes Imperio, resultaba repugnante, tanto como en los prostíbulos de arrabal establecidos para solaz de las guarniciones militares.

La rubita menuda, a pesar de sus pocos años, sabía bien su obligación; aún no hablaba ni palabra de español, y en francés le fué contando a Villena su diminuta odisea.

Había llegado hacía quince días a Buenos Aires, en el vapor español *Balmes*; con ella venían cinco muchachas más, todas francesas, acompañadas por dos *macrós* que hacían de pastores de aquel rebaño.

Villena conocía aquella emigración constante, que era un argumento más para los que hablan de estrechar lazos con América.

Sabía que todo barco que aparecía en la rada del Plata, fuese cual fuese su nacionalidad, llevaba un cargamento análogo, no muy numeroso, para no llamar mucho la atención, pero sí muy constante. Europa, a cambio del trigo, de las carnes congeladas argentinas y de los nitratos de Chile, enviaba a América aquella otra carne, no menos necesaria para la vida.

Era un intercambio comercial que mantenía en el fiel la balanza.

Se trataba, además—sobre todo en Buenos Aires—, de cubrir un déficit; la mujer porteña, salvo en casos rarísimos, no era huésped de ningún quilombo, y había que evitar que los hombres tuviesen que entregarse al vicio solitario.

Tan seria resultaba la cosa, que aun las mismas Compañías españolas que tenían más fama de levíticas y religiosas, las mismas que prohibían al sexteto de sus

grandes trasatlánticos que tocasen el tango argentino, por estimarlo cosa nefanda, llevaban en su seno en cada viaje el precioso cargamento de muñecas diabólicas.

Villena había venido con seis de ellas, pastoreadas por un señor respetable de barba blanca, que parecía un consejero de Estado.

En el barco todo el mundo lo sabía; era el secreto a voces. Pero resultaban las pasajeras más serias y más modositas. Desde luego, ninguna de ellas hubiera sido capaz de jugar a lá coquetería insustancial, como jugó con Villena la rubia esposa del agente de seguros.

Al cuarto de hora de haber entrado en la habitación con la pequeña, ya estaba Manolo reunido con sus amigos en el salón amarillo.

Faltaba Solar, que había ido también a tomar un refresco con otra de las odaliscas y aún no había regresado.

Llegó al poco tiempo, dando fuertes chupadas a un cigarrillo inglés, como si quisiera disipar pronto un gustillo raro que le había quedado en la boca:

—Ché, mi hijo, ¿qué tal?

—Pues ya ve: se vive.

Salieron a la calle, después de haber hecho Terrero una caricia a la madame rubia.

Insausti quiso recoger del huésped algo así como el juicio sintético que le había merecido aquello.

—Ché, Villena, ¿qué le ha parecido?

—¡Admirable! Pero sigo diciendo lo que decía al principio: nos hemos equivocado de casa. Eso no es un prostíbulo: es un Banco.

Siguieron a pie hasta Callao, y entraron en *El Tropezón*, un restorán de última hora que venía a ser uno de los parnasillos del Buenos Aires literario e intelectual. Allí se reunían por las noches periodistas, autores, novelistas y algún aficionado.

Pero nuestros amigos no entraban allí a hacer literatura: iban, simplemente, a reparar fuerzas.

Solar pidió un vaso de leche grande, muy grande, y, cuando parecía que iba a bañarse en él, se lo bebió de un trago.

Después, relamiéndose los labios con fruición, dijo:

—Vea: ya tengo en el organismo superávit de jugo lácteo.

Al día siguiente, Villena no fué a comer en casa de Pepita, la golfa madrileña.

Cuando, de vuelta del teatro Marconi, donde había pasado la velada oyendo una opereta italiana, siguió andando por Rivadavia arriba para gozar un poco de la tibieza de la noche invernal, vió en una de las esquinas un letrero que fué como un remordimiento: «Alberti».

Era la calle en que la muchacha le había dicho que vivía. En rigor no podría asegurar si es que se le había olvidado la cita o era que, acordándose, no le había concedido importancia. Lo cierto es que había faltado a ella.

A la mañana siguiente, al pedir el desayuno, el camarero le trajo una carta que acababan de dejar en la portería. Era de Pepita y decía así: «Ya sabía yo que eras un sinvergüenza: te estuve esperando hasta las doce de la noche. Gracias a que, a última hora, no faltó quien se comiera tu cena... y casi la mía. Como no estoy dispuesta a esperarte más, no te cito de nuevo; ya sabes que siempre me han molestado los hombres que se han dado importancia: si has venido a Buenos Aires a darte lustre conmigo, te prevengo que te has equivocado. Adiós, charrán.»

A pesar del estilo, y a pesar de que tenía razón, se veía que no estaba enfadada.

Villena pensó hacer un rato aquella tarde e ir a verla. Mientras se vestía vió que era imposible: no tenía la

más remota idea del número en que le había dicho que vivía.

—¡Bueno!—dijo para sí el poeta mientras se hacía el nudo de la corbata. Aquella palabra era la fórmula de sus renunciaciones definitivas.

Por la tarde, ya casi de noche, el poeta miraba unas estupendas carteras de piel en uno de los escaparates de Florida. Su paso por la famosa calle no había sido esta vez deliberado: volvía de ver a un vendedor de libros de la calle Reconquista y, sin darse cuenta, se encontró en Florida a la hora mágica.

Dos señoras vinieron a pararse a su lado ante el mismo escaparate; Manolo no las miró. Al principio hablaban entre sí, pero en voz tan baja que casi no se las oía; después una de ellas elevó el tono, como quien habla para que lo oigan.

—¡Qué va a comprar, si es un amarrete! Por no gastar la plata no la lleva nunca encima... ¡Es un estúpido! Yo no sé a lo que ha venido a Buenos Aires.

Ahora sí miró el poeta; en la voz había reconocido a Pepita.

Se quedaron los dos mirándose y riendo un largo rato. Por fin dijo ella:

—¡Anda con Dios! Te advierto que estábamos hablando de ti.

Se volvió a la compañera y le dijo:

—Mira: ¿no te acuerdas de este atorrante?

Era Teresa, la compañera de cuarto de Pepita en la calle de Belén; Manolo la conoció en seguida. Era una criatura insignificante, ni fea ni guapa, ni alta ni baja, ni simpática ni antipática, uno de esos seres anodinos que parecen haber nacido para pasarse la vida en un rincón, y en un rincón se la pasan efectivamente, aunque estén siempre en medio.

¿A qué habría venido a América Teresita?—pensaba Villena en un momento—. A no ser por cruzar el mar dos

veces... Seguramente ésta sería de esas que luego al volver a su tierra dicen, con esa lógica especial de todo el que fracasa:

—En América los hombres son unos miserables. No dan dinero a las mujeres.

La chica también le había conocido.

—Sí; es Villena.

Y no dijo más. Siempre decía cosas tan originales y profundas como esa.

Pepita, al ver que Manolo no se daba por aludido, le preguntó:

—¿Has recibido una carta mía?

—¿Yo?

—¡Claro!

—No he recibido nada. ¿Dónde la has mandado?

—La ha llevado al hotel mi muchacha esta mañana.

—Pues no...

Hizo ella un mohín de verdadero disgusto.

—Pues pídela cuando vayas: allí debe estar.

Manolo quiso recrearse en la suerte.

—Bueno, y ¿qué decía la carta?

—¿Cómo que qué decía? Tú, ¿por qué no fuiste a comer anoche a mi casa?

El siguió haciéndose el idiota.

—¿A tu casa?

—¡Claro!

—Pues... no sé.

—¿No recuerdas que te lo dije anteanoche, cuando nos separamos?

—¿A mí?

—¡Mira, vete al cuerno!

Era su frase favorita. Enojada de veras, hizo ademán de marcharse con su amiga. Manolo vió que si lo hacía se le acababa a él la diversión, y dijo:

—Os convido a tomar el te.

—¡Jesús! ¡Qué fino está el tiempo!

—¿Venís, o qué?

Se dulcificó un poco la dama.

—Bueno, mira, te advierto que ahora, ésta y yo no podemos perder mucho tiempo.

Bajó del todo la voz para decir:

—Estamos trabajando. Es nuestra hora de oficina.

—En un cuarto de hora despachamos.

—Bueno: vamos aquí, a lo de Gath y Chaves.

Señaló a un hermoso edificio de la acera de enfrente, de grandes vidrieras en todos los pisos; era la famosa casa-bazar, paraíso de los chicos y de las personas mayores, en la que se vendía desde el vestido de *soirée*—en uno de los anejos esquina a la Avenida—hasta el mazo de palillos para los dientes.

Villena quiso lucir sus conocimientos urbanos.

—No: el salón de te de lo de Gath y Chaves está cerrado desde la huelga.

—¡Qué bárbaro! ¡Qué bien enterado estás! Llevas aquí dos días y ya lo sabes todo.

—Es que yo soy muy listo.

—Bueno, vamos por acá.

Volviendo por la misma Florida un largo trecho, llegaron hasta Viamonte, y allí, torciendo a la izquierda, subieron a Esmeralda.

Villena cruzó aquellas calles, verdadero corazón de la ciudad a tales horas, congestionadas de público, sin que le importase un rábano el que le viesen acompañando a aquellas gacelas, que ya debían ser tan populares en el barrio como la torre 43. No le importaba: aunque el oficio no era muy lucido, él sabía que la mayor parte—por no decir la totalidad—de aquel público no conocía personalmente al perverso autor de *Sonetos puerperales*. Y si le hubiera conocido, mucho mejor: siempre era una excelente propaganda de los productos de la casa aquel paseíto en compañía de aquellas dos girantas.

Algunos de los pollos instalados en grupos ante la en-

trada de las galerías Güemes, o en las esquinas de Corrientes, que sin duda eran habituales de la hora y del sitio y se sabían de memoria a las dos españolas, sonreían irónicos al paso de Villena.

—¡Qué tipo!— debían pensar.

—Va haciendo el gran papelón.

O acaso cosas peores.

Y el poeta, que ya se había asimilado dos o tres timitos del país—«¡Pucha!» «¡La gran siete!» «¡La gran flauta!»—iba diciendo por lo bajo... y a modo de pararrayos, por si acaso:

—¡Que lo recontra!

Tomaron el te en una confitería de Esmeralda, y al final de él Pepita tuvo un rasgo.

—Oye—dijo a Villena—¿qué tienes que hacer esta noche?

—Voy al Colón.

—¡Uy, qué elegante! Oye, y ¿no te es lo mismo ir otra noche?

—¿Por qué?

—Hombre porque yo había pensado que ya que anoche estuviste tan guarro conmigo, nos fuéramos a comer los tres a mi casa.

Manolo no contestó al principio: en el Colón hacían *Loreley*, ópera que a él venía a producirle poco más o menos el mismo efecto que el aceite de ricino. El iba por conocer el teatro y porque Solar le había enviado una de las butacas de *La Tarde*. Pero, tenía razón Pepita: podía ir otra noche.

—Bueno; lo que tú quieras.

—¡Olé los hombres! Te perdono lo de anoche. Anda, paga y nos vamos; verás qué casa más linda tengo.

Al salir a la calle propuso que fuesen a la Avenida a tomar el subterráneo.

—Vosotros vais en él hasta la estación de Alberti, que queda a cinco cuadras de casa, y yo me apearé antes en la de Pasco: tengo que comprar unas cositas.

—Nada de eso—dijo Manolo—; atrapamos el primer *taxis* que encontremos libre.

En dos días se había aficionado de tal modo a los *taxis* de la ciudad, que los tomaba con cualquier pretexto, y a veces para hacer trayectos ridículos. Eran una cosa espléndida: amplios, limpios, recién barnizados, a veces con adornos coquetones en el interior, como el ramito de flores entre los vidrios delanteros, o la bombilla de colores en el centro del techo, que al encenderse daba al viajero un aspecto fantástico. De todas las poblaciones que conocía, no recordaba ninguna cuyo servicio público de automóviles pudiera compararse con éste, habiéndolos además en abundancia tan fabulosa, que el transeunte, al paso, podía casi siempre elegir entre cuatro o cinco el que más le gustase.

La gente daba explicaciones algo fantásticas a esto: se decía que muchos ricachos, durante los días de la semana que pasaban encerrados en el escritorio o en el almacén, colocaban un taxímetro junto al volante de sus coches, desposeían al mecánico de la librea o del uniforme, y los lanzaban a las calles a ganar muy buenos pesos. Puede que fuera verdad: gracias a esta repugnante avaricia de unos ricos que no sabían serlo, el público, por muy poco dinero relativamente, podía disfrutar de unos autos, para ir a los quilombos o a Palermo, como los que en otras partes sólo poseen los millonarios o los personajes oficiales. Sólo por ellos valía la pena de venir a Buenos Aires y quedarse aquí una temporadita.

No tuvieron que andar mucho. En la misma Esmeralda tropezaron uno estupendo, pintado de rojo y tapizado de paño gris perla. El chófer quiso escapar.

—Voy a comer, señor—dijo a Villena que, antes de que parara, ya había echado mano a la portezuela.

—Y nosotros también.

Subió e hizo subir a las damas.

—Vamos a Alberti, 509.

Al principio de Rivadavia mandó parar Pepita. Apeóse ante una confitería, y volvió al poco rato cargada con una montaña de paquetes.

Después hizo detener el coche ante una tienda de comestibles, y luego ante un comercio chiquitín, por cuyo solo hueco había que entrar de lado.

Cuando volvió con las manos vacías dijo, como para justificar aquella parada absurda:

—En este bolichito venden el mejor vino Trapiche del barrio. He mandado que lleven en seguida a casa media docena de botellas.

—¡Qué barbaridad! ¿Se trata de emborracharnos?

Pero la cosa se fué poniendo pesada. Pepita, poseída de una verdadera fiebre mercantil, bajaba del auto a mitad de cada cuadra. Unas veces regresaba con un pollo, otras con un mazo de espárragos, de aquí con una caja de palillos para la dentadura, de más allá con unos paquetitos misteriosos.

Villena empezó a protestar.

—Bueno, mira: o en tu casa no hay más que pan y queso, o quieres darnos un banquete monstruo.

—¿Pan y queso? Pues no hay ni lo uno ni lo otro. Aquí llevo las dos cosas... ¿Te gustan las aceitunas?

—Si son con anchoas, me enloquecen.

—¿Y las chauchas?

—¿Qué dices?

—Las judías verdes, hombre.

—¡Ah, vamos!

—¿Te acuerdas cómo las hacía yo en Madrid?

—Tú en Madrid hacías muchas cosas.

Pero faltaba que comprar algo, acaso lo principal. Y fué Villena—¡poeta, al fin y al cabo!—el encargado de remediar la falta.

Iban ya por Alberti: Pepita ¡por fin! había dicho al mecánico al volver de su última compra:

—A casa... Al 509.

De pronto, una cuadra antes de llegar, Manolo mandó parar violentamente.

—Esperadme tres segundos.

Estaban delante de una farmacia; desde el coche veían a Manolo examinar ante el mostrador las etiquetas de unos frascos que le iba presentando un señor anciano muy risueño. Al fin pareció decidirse por uno: pagó y salió.

—Toma, hija mía—dijo a Pepita, alargándole el frasco comprado.

—¿Qué es esto?

—Magnesia efervescente.

—¡Serás otario!

—Todo lo notario que tú quieras, pero ya verás cómo mañana me lo agradeces.

La casa de Pepita era una de esas simpatiquísimas casas de un solo piso, de las que aún está lleno Buenos Aires, y que, sin duda, resultan mucho más interesantes que los rascacielos de las proximidades del muelle; la gente las llama casas de la época colonial, y aunque la mayor parte sólo tienen treinta años de fecha, son como una nota castiza y evocadora en la ciudad de las estupendas imitaciones.

Apretando un timbre desde la calle se abrió la puerta de madera, y tras unos cinco escalones había otra de cristal, como en el quilombo que la noche antes confundiera Manolo con el Ministerio de la Guerra. El centro de la casa, que servía también de vestíbulo, era un gran patio a la andaluza, del que salían las habitaciones y pasillos.

Pepita se volvió a Villena y, mientras entregaba a la muchacha que había salido a abrir el montón de paquetes, le dijo:

—¡Ay, si tú hubieras visto cómo tenía yo este patio hace medio año!

Lo dijo con tal melancolía, que Manolo se pasmó.

—¿Qué pasaba? ¿Lo tenías embaldosado de oro?

—Poco menos; mira: tenía un tapiz ahí, cubriendo todo ese frente, que cuando lo vendí, robándome, me dieron por él dos mil pesos.... Y una araña, aquí en el centro... ¡Bueno! Que te diga ésta. ¡Ay! Pero esta América...

De aquellos esplendores no era, en verdad, mucho lo que quedaba: en el sitio del tapiz había ahora un cuadro representando la doma de un potro salvaje, pintado por un artista que, por lo visto, estaba también por domar. Donde fué la araña, pendía ahora un sencillo aparato de luz, en cuyo flexible jurara Villena que se habían formado más de dos telarañas.

—Mira: pasa aquí, en lo que yo me quito estas cosas.

La primera puerta, que abría al lado de la de entrada, era la del comedor.

—La única habitación decente de la casa...—le dijo Pepita al dejarle en ella.

En efecto, aquello estaba bien: los muebles eran cómodos y de precio; la cristalería y una vajilla de metal brillaban sobre trincheros y aparadores; hasta un par de botellas de champán lucían el dorado de sus cuellos dentro de dos cubetas de metal. Sin embargo, parecían estar allí más bien de adorno, y Manolo tuvo que mirarlas al trasluz para convencerse de que no estaban vacías.

La mesa estaba puesta, pero la criada entró a añadir un cubierto más; Villena notó que, mientras lo hacía, no cesaba de observarle con esa curiosidad ansiosa de la persona que espera la salvación del azar, y al ver una cara extraña se pregunta:

—¿Será éste el que vendrá a sacarme del atolladero?

La comida empezó muy pronto; fué un menú algo anárquico, pues Pepita, fuese por la precipitación con que había realizado las compras, o acaso porque no tuviese muy desarrollado el instinto de ama de casa, había hecho verdaderas diabluras; así, después de una sopa ri-

quísima, venían unas anchoas viudas, luego unos espárragos, carne fiambre, un pollo...

No iría el condumio por su mitad, cuando sonó el timbre de la calle. Pepa se alarmó un poco.

—Oye—dijo a la muchacha—: di que no hay nadie.

Hubo unos minutos de espera. Por lo visto, al que llegaba no se le podía engañar, porque subió la escalera dialogando con la muchacha.

Teresita, que por lo visto tenía el oído más fino, dijo a la amiga:

—Parece la voz de Leo.

—¿Ahora?... Me chocaría mucho.

Una mezcla de susto y sorpresa se diluyó en el rostro de la golfa. Villena siguió comiendo muy tranquilo, pues sabía, por larga experiencia, que en estos casos lo mejor es esperar órdenes de la dueña de la casa. Y como ésta nada le decía...

La muchacha entró a decir, con un poco de apuro:

—Es el señorito Leónidas.

Pepa, ya repuesta, le dijo, como reprochándola el misterio:

—Bueno; pues que pase.

Pero, por lo visto, el recién llegado no era de los que necesitan permiso, porque antes de que Pepita hubiese acabado de hablar, ya estaba él dentro del comedor.

—Ché, ¿no sabes que no he cenado?

Al ver una cara nueva—la de Villena—se creyó en el caso de saludar.

—Buenas noches.

—Muy buenas.

Pepa comprendió que una presentación era el mejor remedio.

—¿No os conocéis? Mi amigo Manolo Villena, escritor español. Mi amigo Leónidas Acacio.

El recién llegado abrió la boca, los brazos, el pecho, se diría que se abrió todo él para gritar:

—¡Cómo! ¿Este señor es el poeta Manuel Villena?... ¿El de los *Sonetos puerperales?* ¿El de las *Memorias de un edredón?*

—El mismo, hombre, el mismo. ¿No te dije ayer que estaba en Buenos Aires, y que era muy amigo mío?

—¡Ché, viejo, venga acá! Usted para mí es más grande que Víctor Hugo, mi hijo.

Villena tuvo que alzarse en el asiento para recibir el abrazo de aquel formidable admirador.

—Me sé de memoria casi todos sus versos. ¡Es usted grande, badajo!... ¡Villena! Pero, ¿éste es Villena?

Era un tipo alto, muy alto; tanto, que la espalda se le encorvaba un poco; las piernas, y sobre todo los brazos, eran larguísimos: unos brazos de mono, que se le escapaban de las mangas, muy estrechas; la frente, corta, parecía también querer escapársele hacia atrás, y toda su figura tenía un aire más bien simiesco que humano. A pesar de todo, resultaba simpático y hasta guapo.

El poeta le reconoció en seguida; era el mismo sujeto que hacía dos noches había estado aguardando a Pepa en la escalera del subterráneo de la Plaza de Mayo, y había estado accionando ante ella con aquellas manazas que parecían aspas de molino.

Se le hizo un hueco en la mesa, y empezó a devorar y a charlar por los codos. Antes de que llegaran a los postres, ya Manolo, sin que nadie se lo hubiera dicho, sino deduciéndolo él de lo que veía y oía, y de lo que casi se mascaba en el ambiente, estaba enterado de la situación del joven Leónidas en aquella casa.

La línea, el gesto, hasta el modo de hablar, pregonaban en él al compadrito pura sangre, el chulo-señorito de nuestros madriles, amo y señor de una mujer, unas veces, las menos, para vivir a su costa, y otras para no dejarla vivir, como el perfecto perro del hortelano.

La golfa madrileña, trasplantada a las márgenes del Plata, seguía siendo la eterna mujer que paga un mo-

mento de debilidad con toda una vida de esclavitud. De país a país variaban los nombres de las cosas; pero era igual: chulo, macró, caften, compadrito, malevo... ¿Qué más daba?

La cuestión era divertirse gratis. Tirar del carrito, como decían los porteños.

En el teatro Colón se estrenaba aquella noche el *Tríptico*, de Puccini, y Julio Solar, como hacía casi a diario desde que Villena estaba en Buenos Aires, había tenido la gentileza de enviarle una de las butacas del periódico.

El poeta tenía deseos de conocer por dentro el famoso teatro: por fuera lo había visto ya más de una vez, pues en sus callejeos de exploración por la ciudad había enderezado hacia él sus pasos con harta frecuencia; le atraía la fama del hermoso edificio, del que hablaban los artista de ópera en Europa como de una nueva Meca del arte, en la que se pagaban a los divos y divas sueldos fabulosos.

Enfundado en el frac, penetró en el suntuoso recinto con alguna emoción: le tenía miedo al desencanto que suele surgir ante la contemplación de lo que nos han ponderado mucho.

Faltaban cinco minutos para la hora de la función, y en la sala no había nadie, aparte los acomodadores; en esto, por lo visto, variaban poco las costumbres del viejo al nuevo mundo. Manolo aprovechó aquella soledad para recorrer a su sabor parte del teatro.

Cruzó el vestíbulo; subió por la amplia escalera a los salones de arriba, verdaderas salas de un palacio; se asomó a la galería, que venía a dar sobre el *hall* de entrada; vió los ascensores, la sala de café, un poco mezquina para la totalidad del edificio, y se encaramó también a las localidades altas: eran amplias, cómodas, sin ese aspecto de banquillo de los acusados o de aparatos

de tormento que tienen sus similares de los viejos teatros europeos. Visitó también la cazuela, la clásica cazuela de casi todos los teatros de Buenos Aires, invención española, ya desaparecida de España, y en la cual, a mitad de la noche, y por la aglomeración de señoras solas, se notaba un tenue olorcillo a convento de monjas.

El teatro era, realmente, un soberbio teatro, cómodo y suntuoso, más atractivo por dentro que al exterior, con aquel tono gris de la fachada, que le daba aspecto de fábrica de cemento.

Las butacas—las plateas, como las llaman— eran amplias, con amplitudes de dormitorio, construídas sin duda para que, tumbado en ellas, pudiera oirse todo el repertorio wagneriano. El tono general de la sala era de *confort*, de bienestar material y moral, en el que todo, hasta la luz, que caía discreta en vez de brillar a raudales, contribuía a infundir serenidad en el cuerpo y en el espíritu.

La orquesta empezaba las notas preliminares de *Il Tabarro*, primera obra del *Tríptico*, y Villena fué a ocupar su butaca. El telón se abría al poco rato, y la vista empezaba a disfrutar el regalo de los primores escénicos; era el escenario la realidad misma, pero embellecida, purificada por el arte.

Estábamos debajo de uno de los grandes puentes del Sena, en París: mas no era un puente de teatro, sino un arco gracioso, en el que se parecía tocar la piedra, que avanzaba hacia el público en un alarde escenográfico. Y todo era allí verdad: las aguas del río, la barcaza, verdadero escenario de la obra, en la que al final había de morir ahogado el tenor por las garras del barítono celoso; las luces de la ciudad allá en lo alto; las nubes del cielo, un cielo melancólico, que desde el principio parecía profetizar la tragedia.

Y ¡qué justeza, qué perfección en los cambiantes de luz! ¡Qué maravillosa gradación la de aquel crepúsculo

hasta convertirse en noche cerrada! Era difícil que en teatro alguno del mundo se presentasen las obras mejor, y Villena comprobaba que en esto no había mentido la fama.

Il Tabarro...; si el poeta hubiera tenido ganas de hacer un chiste, se habría dicho a sí mismo que su música era una tabarra. Puccini, el maestro indiscutible de las grandes fórmulas pasionales, aunque otra cosa digan los que confunden el pentagrama con un aparato de laboratorio, parecía que en esta su última obra no se había encontrado a sí mismo, persiguiendo la emoción a través de toda la partitura, sin lograr encontrarla.

El libro, un perfecto folletín, interesaba más que la música, y el público se distraía con sus incidencias, esperando el golpe final, cuando el patrón de la barca cubre con su capa —con su *tabarro*— el cadáver aún caliente de su rival, y, así envuelto, lo echa en brazos de la mujer traidora.

Hacia la mitad del acto, a Manolo Villena dejaron de interesarle libro y música: se ausentaba con el espíritu del escenario, para fijarse en algo fantástico que estaba ocurriendo en la hermosa sala.

Poco a poco, sin ruido, en palcos, plateas y butacas, que hasta entonces, por estar vacías, sólo habían lucido las galas de su decorado, iban apareciendo unas figuras femeninas, tenues, ligeras, vestidas de tonos claros en su mayoría, con esa elegancia de la mujer porteña, que acaso no supere ni la misma parisién.

Vistas así, en la semipenumbra de la sala, todas parecían bonitas, pues la poca luz no permitía distinguir las líneas de las facciones, y sólo quedaba flotante en la relativa obscuridad el contorno tentador de la silueta. Ahora era este palco entresuelo el que se poblaba de cuatro lindas muñecas, y en seguida, al extremo de la sala, aparecía un nuevo grupo en aquel palco platea de la derecha; luego eran tres que avanzaban por el pasillo

central, sin que se percibiese ni el más leve roce de sus pasos, como si caminasen entre nubes. Parecía que un mecanismo secreto fuese haciendo funcionar ocultos resortes, a cuyo impulso surgiesen aquí y allá las figuras de un cuadro vivo.

Terminó el acto, y la sala se iluminó a plena luz: estataba ya casi llena y el efecto era mágico. Un hábil escenógrafo parecía haber estado preparando todo aquello en las tinieblas, para que ahora, de repente, brillase con esplendores de apoteosis.

Si la vista es capaz de festines y de orgías, aquello era una borrachera visual. Villena quiso ir curioseando una por una, con ayuda de los gemelos, todas aquellas caras, pero no le fué fácil al principio. El conjunto, la totalidad del cuadro, le había deslumbrado de tal modo, que tuvo que aguardar unos minutos hasta saturarse bien.

De pronto, casi encima de su cabeza, en uno de los palcos bajos, vió algo que fijó ya su atención de un modo definitivo: era una muchachita que no tendría más de doce años, con el pelo suelto aún—una madeja de oro que le caía por hombros y espalda como protegiendo su inocencia—, y de una belleza tan frágil y tan prometedora a un tiempo mismo, que daban ganas de caer ante ella de rodillas balbuciendo una oración. Por coincidencia, los ojos de ella, llenos de pureza, se cruzaron con los de Manolo cuando éste alzó la cabeza para mirarla, y al punto ella los retiró, mientras en sus mejillas aparecían dos diminutas amapolas... El poeta bajó también la vista, arrepentido: era un degenerado y un bárbaro; a una criatura así no se la debía mirar como él la había mirado.

Para alejar el mal pensamiento, fué pasando una visita de inspección a la sala.

Pronto llegó a una conclusión: era acaso la primera vez en su vida en que de una reunión de mujeres podía decir, sin hipérbole, que la gran mayoría eran guapas. In-

dudablemente la mujer era el supremo encanto del país argentino: podrían estos americanos del sur presumir de trigo y de carne; podrían las gentes de la vieja Europa acudir a estas riberas del Plata inflamadas por la sed del oro y por la codicia del lucro; no importaba: la verdadera grandeza de la tierra, el orgullo de la casta, era la mujer, y, sobre todas, esta divina mujer porteña, tan elegante o más que la de París, hermosa como los ejemplares de una raza en que se hubiera puesto sumo cuidado en los cruces y en las selecciones, y con ese aire de languidez voluptuosa que no era la dulzarrona dejadez tropical, sino una sinuosidad felina y maliciosa que justificaba todas las locuras.

Manolo Villena las contemplaba ahora, luciendo como joyas en este estuche soberbio del teatro Colón, y acababa de encontrar una completa justificación a su viaje: aunque sólo fuera por verlas, por saborearlas... con la vista, valía la pena cruzar una y mil veces el océano. En todos los rincones del mundo había mujeres guapas: sostener otra cosa era ridícula vanidad patriotera; pero lo que era difícil encontrar es un país donde el número de guapas fuera tan crecido y donde las feas se diesen un tan supremo arte para disimularlo.

Cuando iba a empezar el segundo acto, *Suor Angélica*, llegó Julio Solar y se sentó en su butaca, que era la contigua a la de Villena.

—Así deben ser los hombres, ché: puntuales. ¿Qué tal el *Tabarro* este? Tengo que hacer la crítica mañana y... Pero ¿qué mira usted con tanto empeño?

Había sorprendido a Manolo mirando como en éxtasis al palco de la rubita infantil, tan absorto que casi no se había dado cuenta de su presencia.

—¡Ah, sí!... ¡Lindo bulín, badajo! Luego le contaré la historia de esa chica.

Villena temió una profanación en labios del eterno maldiciente, y, un poco alarmado, le dijo:

—Pero... ¿ya tiene historia?

—Sí, mi viejo: esa pequeña es un símbolo. Este es un país macanudo, créame.

—Las que son macanudas, o de órdago a la grande, como decimos nosotros, son las señoras.

Pero un joven muy grave que había en la fila anterior, volvió su rostro afeitado y cubierto casi todo él por las vidrieras de unas gafas descomunales: no dijo nada, pero con la mirada quiso decir:

—¿Quieren ustedes callárse? Yo he venido aquí a oir la música, y ustedes no me dejan. El teatro es una cosa muy seria y a él no debe venirse a hablar de frivolidades.

Se callaron, pero Solar dijo aún por lo bajo a Manolo:

—Este es un hombre serio. Si vuelve la cabeza le entrego mi tarjeta y mañana nos batimos.

Porque el crítico era un espadachín formidable: sus desafíos sumaban ya varias docenas; se batía con el menor pretexto, como si sintiese la necesidad física de hacer de cuando en cuando gimnasia de brazos empuñando un arma. Llevaba siempre encima una especie de pitillera diminuta hecha a la medida de las tarjetas, que era lo único que llevaba dentro: unos trocitos de pergamino en los que no decía más que: «Julio Solar, redactor de *La Tarde*»; pero que para el que las recibía después de una palabra o de una mirada impertinente, venían a ser como una sentencia de muerte. A veces—Julio Solar, en el fondo, era un escéptico — había indulto, y la sentencia de muerte se transformaba en una invitación para almorzar en casa de Conte o para comer en el *Sportman:* era que la cuestión de honor había terminado por un acta, y como secuela de ella se reunían en ágape fraternal ofensor, ofendido y padrinos.

La tal *Suor Angélica* era una lata de las que sólo se resisten atado a la localidad: las tribulaciones de una monja tienen que ser realmente muy divertidas para

que le interesen a la gente; si encima de eso se las pone música, entonces para aguantarlas hay que apelar decididamente al narcótico.

Llegó por fin el entreacto, y Solar llevó a Villena al café del teatro; una vez allí, solos los dos en una mesa, le contó la historia prometida.

—Esa muchacha es Casildita Martínez Astrarena...

—¡Ah! ¿Una Astrarena?

—Le suena el apellido, ¿verdad?

—¿Cómo no?—replicó Manolo, que, sin notarlo, se iba americanizando un poco en el lenguaje—. ¿Es riquísima, entonces?

Solar pareció dudar en la contestación.

—Sí... sí lo es. Los Astrarenas se arruinaron cuando la última crisis; pero con estas ruinas de las grandes familias argéntinas pasa los que les pasa a ustedes con las grandes casas de la nobleza española: los que eran fabulosamente ricos se quedan en millonarios simplemente... Esta chica, cuando herede, tendrá una fortunita de ocho o diez millones de pesos.

—Veintidós millones de pesetas españolas.

—Poco más o menos, eso es. Con esa cantidad usted y yo archivábamos la pluma definitivamente y nos dedicábamos a vivir de ilusiones. ¡Cosa bárbara!

—¡Cosa rica! Bueno, pero ¿dónde está la historia de la chica?

—Es una consecuencia del dato que le acabo de dar. Fíjese en que la criatura tiene ahora doce años: es casi una porota.

—Naturalmente.

—Bueno, pues ahora, cuando volvamos a la platea, fíjese en un pollo que hay detrás de ella.

—Ya me he fijado.

—Es un patotero, ¿no?

—¿Un qué?

—Un chulo, como dicen ustedes en Madrid: un compa-

drito de frac. Tiene diez años más que ella y es... su novio.

—Oiga, amigo, pero en Buenos Aires las chicas, a los doce años, ¿tienen novio?

—Al decir novio, quiero decir el que se casará con ella, infaliblemente, dentro de cinco o seis años, si en ese tiempo no se muere uno de los dos. Ella puede que aún no se haya enterado, pero así lo tienen decidido desde hace mucho tiempo ambas familias, y así será.

—¿Y si ella no quiere?

—Querrá. Como quiso su madre en trance análogo, como quiso su abuela. El es un niño «bien» de una familia distinguidísima, que tiene poco dinero; para que esa familia continúe siendo distinguidísima a través de las generaciones, necesita tener plata, mucha plata, y así, cuando el niño, hijo único, llegó a la edad de poder ganar esa plata, se le adjudicó en matrimonio a Casildita. Se han criado casi juntos; si llegan a quererse algún día se querrán como hermanos; pero no importa, se casarán. Eso, en nuestra sociedad, es ya un hecho consumado: tanto, que no hay cuidado de que cuando la porota vaya creciendo, ningún muchacho le haga el amor; es terreno acotado... De modo que ¡si le parece poca historia!

—Sí, porque resulta que esa criatura tan linda ha venido al mundo con la única misión de ser la esposa de ese mequetrefe.

—Y ¿le parece poco? Mi hijo, es un gran honor ser la mujer propia de uno de estos compadritos de cuello planchado, que entre nosotros sustituyen a los gomosos de las aristocracias europeas.

La última ópera de las tres que formaban el tríptico se llamaba *Gianni Schichi*, y, en rigor, era la única que estaba bien; el libro ayudaba: una comedia casi bufa del siglo **XV** florentino, que tenía más gracia que un salero. Villena, y el público todo, la oyeron con gusto...

Es decir: ¿podía, en rigor, afirmarse que a aquel público grave y solemne le había satisfecho aquello?

Villena, que era siempre muy sincero consigo mismo, planteóse la cuestión. Lo venía notando desde el principio, pero hasta ahora no se daba clara cuenta: a aquel público elegante, suntuoso, lleno de riquezas y de hermosuras, como en parte alguna del mundo, le faltaba... soltura. Eso era: soltura. Se diría—¡cosa absurda!—que todas aquellas damas y todos aquellos galanes se habían vestido por primera vez el traje de gala y andaban por eso cohibidos dentro de él.

Tomaban la cosa demasiado en serio: aquellos caballeros sin una flor en la solapa del frac, porque no era distinguido llevarla, y sin atreverse a pasar de las puertas de la platea en los entreactos para ver a las chicas; aquellas damas que no reían, y cuando se atrevían a sonreir corregían en seguida el mohín delicioso, como si hubiesen cometido una grave incorrección; aquellas muchachas alineadas en la barandilla del palco desde primera hora, sin moverse en toda la noche..., daban al espectáculo el aspecto de una solemnidad académica verdaderamente aplastante.

Y a pesar de tanta mujer guapa, de tanta embriaguez de luz y de tanto esplendor, salía uno del teatro con esa melancolía un poco grotesca con que se sale de las funciones de gala y de los banquetes oficiales.

Por Buenos Aires pasaba una ola demasiado espesa de moralidad: esa ola de cándida rigidez que inunda de tiempo en tiempo las grandes poblaciones, y que, felizmente, pasa sin dejar rastro.

Julio Solar se lo había dicho a Villena desde el primer día, lamentándose como un nuevo Jeremías al revés:

—Parece que el Intendente municipal se ha enterado con tiempo de que iba usted a venir y ha tomado sus precauciones. La ciudad, sobre todo de noche, ya no es lo que era: nos ha entrado una fiebre de moralina verdaderamente pintoresca.

Y ahora se lo repetía mientras, en unión de Miguel Terrero, corrían por la Avenida de Mayo en dirección al paseo de Julio.

—Ché, mi amigo: nos van quitando lo poco pintoresco que teníamos; ahora no va usted a ver más que ruinas; sitios donde hubo cosas, pero que ya no son más que puertas cerradas.

Se trataba de una excursión nocturna para que Villena se fuera enterando; hay sitios que no se mencionan en ninguna guía de forasteros y que son, indudablemente, los más pintorescos. Eran las once: habían comido en un restorán de Florida y pensaban hacer la digestión asomándose a diversos antros.

Dejaron el *taxis* a la esquina de Veinticinco de Mayo y siguieron a pie. No hacía apenas frío: las noches del invierno bonaerense, aparte algo de humedad, tenían una dulzura que enervaba un poco. El ruido fatigoso de

la ciudad cesaba casi de pronto a pesar de que el centro quedaba muy cercano; sólo se oían esos ruidos nocturnos de los barrios que rodean a los grandes puertos de mar: un acordeón que se queja, eterno atacado de un incurable mal de tripas; un silbato lejano, un chapoteo misterioso en el agua.

Desde la misma entrada del paseo, y antes de meterse bajo las grandes arcadas que le dan tanto carácter, se veía la puerta de la casa rosada que servía de palacio presidencial: ante ella un soldado vestido con uniforme de los tiempos de la dominación española, daba guardia paseando muy lentamente con el fusil al hombro.

La silueta del militar, alumbrada por la luz de un farolón, parecía en medio de la noche como un anacronismo, como una supervivencia de algo que huyó para siempre. ¡Cuán lejos quedaba ahora—y estaba a dos pasos de allí—el Buenos Aires moderno, la gigantesca ciudad cosmopolita, con sus rascacielos y sus calles convertidas en hormigueros de hormigas laboriosas a las que la fiebre del negocio mantenía en continuo afán! Villena, que no era ciertamente un patriotero, sintió cierta emoción ante aquel soldadito que parecía estar paseándose allí desde hacía siglos; y, en un instante, adivinó que de todo lo que viera aquella noche, era aquel cromo colonial el que iba a dejar más huella en su espíritu.

Otros soldados subían por la rampa del paseo: llevaban idéntico uniforme al del centinela y, vistos así en grupo, parecían la guardia de la fábrica de tabacos sevillana en el primer acto de *Carmen*; Manolo esperaba que de un momento a otro surgiese don José y empezase a cantar aquello de

«Mía matre vedo ancor,
a si rivedo il mío vilagio...»

A los pocos pasos había aún un establecimiento abierto e iluminado a plena luz: era una librería, y a Manolo,

por el sitio y por la hora, le olió el comercio a cosa de regocijo. A la vista había casi los mismos libros de todas las librerías del centro, aunque con mayor abundancia de folletines y novelas policíacas: algunos ejemplares de obras distintas de Manolo Villena se veían aquí y allá.

Solar tomó uno al azar y le preguntó al dependiente, un alemán muy rubio y muy ceremonioso:

—¿Se vende esto mucho?

—¡Oh, ya lo creo! Y ahora, con motivo del viaje del señor Villena a Buenos Aires, mucho más.

Hablaba el español con una dificultad enorme, como si las palabras tuviesen espinas y se le fueran clavando en diversas partes de la boca.

—Ah, pero ¿Villena está en Buenos Aires?—preguntó Julio, mirando de reojo a sus amigos.

—Por lo menos yo así lo he leído en los periódicos—dijo el alemán.

—Bueno, y... libros más instructivos ¿no tiene usted?—demandó Solar con una sonrisa picaresca.

Y sin duda por aquello de que la sonrisa forma parte del idioma internacional, el ex súbdito del ex kaiser le comprendió a maravilla. Fué al fondo de la tienda y, buscando en un cajón, volvió con un libro grande de pastas verdes.

—Hay esto... y algunas cosas más.

Era un puro asco: uno de esos libros plagados de láminas optimistas en las que todas las mujeres son de una hermosura esplendorosa y todos los hombres están dotados como para tomar parte en un concurso de material de artillería.

En aquel momento a Terrero se le ocurrió llamar a Manolo por su nombre desde el extremo de la tienda, donde se hallaba curioseando unos libros.

—Villena, mire usted qué traducción de Verlaine.

El librero lo pescó al vuelo.

—El señor es el señor Villena, ¿verdad?

—Para servir a usted—replicó el interesado.

Y entonces el rubicundo germano comenzó un discurso de bienvenida, que en una ceremonia oficial lo habrían aplaudido a cuatro manos.

—El ilustre poeta ha venido a honrar este modesto boliche de librero, donde sus obras, al lado de las de Hugo y Goethe...

Julio Solar, que era un pícaro en todos los sentidos de la palabra, quiso sacar provecho de aquellos momentos de lirismo cordial; al mismo tiempo actuaba de pararrayos cortando el sermón.

—Bueno, y tratándose del señor Villena, a quien usted tanto admira, ¿por qué no le obsequia este librito? No es tan bueno como los suyos, pero no deja de ser un poema.

La cara del orador se transfiguró: parecía que acababan de darle un puntapié en los riñones. Echó mano al indecente tomo como quien defiende a un hijo que le quieren raptar, y exclamó:

—¡Regalar! Sería para mí un placer y un honor inmenso, pero... por ser para el señor Villena, se lo daré en diez pesos. En Montevideo los venden a quince uruguayos. Pero yo, por ser para usted...

—No, si no es para mí; es para una tía mía.

Y Villena rompió la marcha hacia la calle, comprendiendo que allí nada tenían que hacer.

Bajo los arcos, que con su mole apagaban la luz que venía de los focos del paseo, fué una caminata por entre ruinas.

—¿Ve este cafetín donde ahora no hay más que tres atorrantes aburridos?—decía Solar parado a la puerta de un local con mesas y un escenario al fondo—. Pues esto era antes un sitio estupendo, mi hijo: había unas camareras guapísimas, brasileras casi todas, que si pedía usted algo, aunque fuera un wisky, le preguntaban invariablemente si lo quería solo o con leche: y si uno con-

testaba que con leche, le hacían pasar a unos gabinetes maravillosos que hay allá al fondo y...

—Sí; se la servían a uno condensada.

Miguel Terrero abrió su pecho a la esperanza.

—Parece que en el *bar* Venecia hay algo: mirad la gente que se detiene a la puerta.

En efecto: un grupo de soldados y marineros, en el que se mezclaba algún que otro canillita—vendedor de periódicos—se empujaba ante el cuadrado de luz de una gran puerta. A medida que Villena y los suyos se iban aproximando se percibía más clara la voz de una mujer que en tono lánguido y tristón cantaba una canción criolla. Era una música suave, como la que podría tocarse en el entierro de un niño, y en la que más que pena había resignación por un dolor lejano.

Sonaba de un modo extraño aquel canto en medio de la noche de invierno: el poeta sintió que no podría estar oyéndolo mucho tiempo sin experimentar la irresistible necesidad de dormirse.

Llegaron al grupo, miraron hacia dentro, y todo el optimismo de Terrero se desvaneció. Tampoco allí había nada: del fuego pasado no quedaba, no ya el rescoldo, pero ni siquiera las cenizas. Un cafetín como todos, un tablado en el centro y sobre él, acomodados en tres sillas, una mujer—la cantora—y dos hombres tocando la guitarra. Los transeuntes se paraban a la puerta porque no tenían en todo el paseo sitio mejor donde hacerlo.

Solar se indignó.

—¡Esto es un asco! Ya que quieren acabar con lo pintoresco so pretexto de moralidad, que acaben de una vez: ¿qué hacen ahí esa pobre mujer y esos desgraciados? Han debido cerrar a piedra y lodo todos estos locales o poner en cada uno de ellos una casa de remates... ¡Viva el negocio, amigo Villena! ¡Si usted hubiera visto esto hace un año!

Y para suplir la sosería del presente vino una descripción brillante del pasado.

¡Las noches del paseo de Julio! Eran ese cuadro al aguafuerte, ese capítulo de novela de bajo fondo que se compone con tintas bien simples: luz escasa y envuelta entre brumas, olor a aguardiente, un suelo de fango, el sonido del acordeón a lo lejos, y la silueta de una golfa barata que se pasea bajo la llovizna y que al ofrendar sus caricias a un transeunte borracho parece que pide una limosna. Los muelles del Támesis, la Villette de París, el Botánico madrileño, el Paralelo de Barcelona...

—Pero aquí—decía Solar exaltándose—había acaso más vida, público más variado cada noche y, desde luego, menos ambiente sombrío. Cada café de estos era un raudal de luz y de canciones; se cantaba y se bailaba durante seis horas como en una fiesta pagana; unos vendedores de confites y de chucherías circulaban continuamente por bajo los arcos; se oían músicas que parecían brotar del centro del paseo, y hasta las aguas del Plata, donde reposan los monstruosos trasatlánticos de sus grandes travesías, semejaban tomar parte en la fiesta. Claro que de vez en cuando un cuerpo humano caía al suelo herido de una puñalada, o un tiro aumentaba la algarabía del barrio, como si fuese el número de fuegos artificiales del programa. Pero la cosa no tenía importancia: los vigilantes corrían, la gente se aglomeraba y los cantos y músicas de los cafetines no interrumpían su alboroto...

Se habían echado al centro del paseo: la gran mole de la Casa de Correos en construcción aumentaba las sombras del lugar. Terrero se detuvo, solemne, ante la valla que limitaba la obra, y dijo:

—Hasta esto se ha acabado. Aquí venían a estas horas las inválidas de la prostitución a ganarse unos cobres con el trabajo honrado de sus manos. Parroquia no

les faltaba nunca: toda esa gente que sólo dispone de unos centavos para saciar su naturaleza y que no puede permitirse el lujo de visitar un quilombo por modesto que sea.

—¿Y también las han arrojado de aquí?

—¡Ya lo creo!

—¿Y qué hacen ahora?

—¡Qué sé yo!

Pero Julio Solar sí lo sabía.

—Algunas, muchas de ellas, aprovechando la habilidad dactilar adquirida en tantos años de práctica, se han dedicado a mecanógrafas. ¿Usted no ha observado, amigo Villena, la abundancia de mecanógrafas que hay en Buenos Aires?

—Hombre, sí.

Continuaron la marcha, y penetraron por los jardines que ya en el mismo muelle bordean los pabellones de los grandes almacenes y de la Aduana. El jardín era un verdadero bosque, con árboles corpulentos y macizos de plantas que rezumaban humedad. La luz de los grandes focos, cortada en seguida por el ramaje de los árboles, apenas llegaba al suelo, que era todo él un tejido de sombras.

El paraje estaba vacío: muy de tarde en tarde se veía entre dos masas de vegetación la sombra de un obrero que regresaba de los muelles o de un vagabundo que buscaba un sitio confortable donde dormir. El sitio parecía arreglado por un escenógrafo hábil para que en él se desarrollasen todas esas escenas de crimen o de vicio que son la enjundia de los viejos folletines; pero estaba vacío. Era como un escenario preparado con todos sus detalles para la representación, pero en el cual la función hubiese de tardar un rato en empezar.

Volvieron hacia las arcadas de la acera. Por la cuesta de Lavalle, una de las raras pendientes que había en la ciudad, bajaba un grupo no muy numeroso: los que fue-

ran venían de prisa, no con el aire del que va paseando por matar el tiempo. Se empezó a oír como un aullido, como una queja continuada, que era un ladrido en un idioma extraño. Instintivamente apretaron el paso Villena y sus amigos para salir al encuentro del grupo que bajaba en dirección a los arcos.

Poco a poco se fueron precisando las figuras: dos vigilantes llevaban sujeto por los brazos a una especie de gigante enlutado que llevaba a la cabeza un a modo de turbante blanco.

Esto parecía de lejos; pero al acercarse más, se veía que era una negra, pero una negra de estatura descomunal, vieja ya y que tenía convertidos en rizosas hebras de plata todos los pelos de la cabeza. Iba pronunciando frases incoherentes, maldiciones extrañas que nadie entendía, y llorando de un modo raro que no se parecía nada al llanto de los seres humanos, sino que era más bien el quejido de una bestia a la que estuvieran abriendo una herida.

Detrás otra pareja de vigilantes traía sujeto a un hombre: era joven, llevaba al cuello un gran pañuelo de seda blanco que le caía en dos largas puntas por delante, cubriéndole todo el pecho, y a la cabeza un sombrero blando del cual se escapaba por detrás y por los lados el alboroto de una melena negra de indio.

—Es un compadrito—dijo Terrero.

Manolo se fijó en él con verdadera atención.

—Hombre, tenía ganas de ver uno en su propia salsa. ¡He oído hablar tanto de ellos!

—Pues también van quedando pocos en Buenos Aires; también contra ellos va la persecución. Pasa como en Madrid con los chulos organilleros; ¿verdad que ya quedan pocos?

—En los sainetes todavía salen, para dar lugar a unos amores sentimentales de la actriz, que suele ser una chica muy postinera y llevar un pañuelo negro de crespón.

—Algo de eso pasa aquí. Pero... vamos a ver lo que ha ocurrido.

Solar tiró de su carnet de periodista y se acercó a uno de los vigilantes.

—Pues nada, doctor—replicó éste—: un bochinche sin importancia; estos dos que han discutido, ellos sabrán por qué, y aquí, la dama que le ha arañado la cara al compadre.

—Esa mina asquerosa, hija de la gran siete—rugió el aludido—; la muy ranfañosa, que va y me tira de los pelos porque le he negao un tabaco. ¡Pucha, si me soltaran éstos...!

Era un lenguaje de teatro, como en los sainetes de Pacheco y de Navión; en la espléndida escenografía que formaban la noche y el lugar había surgido por fin el actor. Pero la escena duró poco: los vigilantes tenían prisa por llevar *aquello* a la Comisaría próxima, y el telón bajó.

Solar se quedó mirando un rato el grupo, que desaparecía en el túnel de los soportales, y, al fin, dijo riendo:

—Ché, Villena, a mí no me embroman éstos; se trata de una nota de color que han preparado para que usted la viera. Aquí debe andar la mano de Suárez Troncoso: esa negra debe ser el portero de *La Nación*, disfrazado. Sí, hombre; si el compadrito ya casi no existe; lo han derrotado el canfinflero y el caften.

—¿Qué dice usted, hombre?—preguntó el poeta, aún no muy familiarizado con cierta terminología.

—Canfinflero es el chulo, pero el chulo rufián, carne de presidio casi siempre, a poco que la Providencia se canse de ayudarle. El caften es el tratante de blancas, el dueño de quilombo; para honra de nosotros los argentinos hay que decir que el caften es casi siempre francés y, sobre todo, polaco... como los grandes violinistas. En cambio, el compadrito—que es el más simpático de todos—es un producto peculiar nuestro, como el mate y

como el tango, una cosa no ya argentina, sino porteña; es una mezcla del chulo español y del apache francés, y aun cuando a veces suele ser mala persona, las más de ellas es un infeliz que no tiene de valiente y bravucón más que los andares, la facha, la parada, como decimos acá. Cuando explota a las mujeres no es el comerciante, como lo es el caften: es el hombre guapo, el niño bonito que las domina a todas con sólo mirarlas, y más que en explotarlas en lo que sueña es en rendirlas a sus pies y luego dejarlas con el corazón hecho cisco... Pero el compadrito puro, ese que acaba usted de ver, de melena larga, pañuelo al cuello y andares de tigre, va muriendo poco a poco, y de sus cenizas va naciendo el otro de camisa limpia, el aristócrata, el patotero.

—Hombre, me gusta la palabra: patotero.

—Sí, señor; el digno individuo de la respetable cofradía de la patota. A ese le verá usted por las tardes, de cinco a siete, en las veredas de Florida; tomando te en lo de Harrods; en el Hipódromo los días de carreras; en el Colón y en el Coliseo las noches de turno elegante; a la salida, en el Pigall, metido en plena farra, y si va usted al Jockey le verá también allí, dándoselas de gran señor inglés y bebiendo el wisky en cubos. Pero no se fíe usted de las ropas: su moral es lo mismo que la de los otros; vive del ruido; domina a las mujeres por guapo y por ingenioso; si no tiene dinero para vivir bien, procura que se lo den ellas de grado o por fuerza, y la noche en que no ha terminado una farra burlándose de alguna infeliz, cree sinceramente que no se ha divertido. ¡Oh!, lo que es en Buenos Aires, son una verdadera plaga.

—¡Bah! En todas partes hay de esa fauna—dijo Villena.

—Sí, pero como aquí en ninguna; acá es que resulta de buen tono la compadrada, y además, a las mujeres les hacen una gracia loca los tipos así. Y con esos compadri-

tos no es fácil que acabe una nueva ordenanza de higiene como con los otros. Ya irá usted viendo, ya irá usted viendo...

Habían llegado frente a la calle de los Tres Sargentos: calle pintoresca, con su desnivel que parecía un vertedero de basuras hacia los muelles del río; uno de los escasos sitios en que la ciudad se olvidaba de su excesivo empaque de gran señora para vestirse con un harapo urbano, que la vista agradecía, siquiera como descanso de tanto señorío.

Decidieron volver atrás; era ya cerca de la una, y allí, decididamente, nada había que ver. Además, la humedad iba ya siendo excesiva.

Para volver abandonaron el centro del paseo y penetraron en los soportales: ahora ya la obscuridad era allí completa, y por ello les llamó más la atención una puerta iluminada que se veía cerca de la esquina de Villamonte.

Al llegar a ella vieron que sobre su dintel había un anuncio en colores chillones, en el que aparecía una mujer de una obesidad de elefante, vestida modestamente con una camisa muy corta. «La mujer más gorda del mundo», decía un letrero rojo. Y el pintor, sin duda para justificar aquella afirmación, había dejado en libertad a su pincel: los brazos y las piernas que se veían por fuera de la tela blanca eran algo así como las columnas del frontis del palacio del Congreso... si las tales columnas fuesen susceptibles de hincharse con la lluvia.

—Esto debe ser estupendo; vamos a entrar—propuso Villena.

—Hombre, sí.

Lo que servía de vestíbulo era un espacio cuadrado, limitado al fondo por una cortina roja; a la izquierda había un cajón puesto de pie con una abertura en el centro, sobre la cual estaba un letrero: «Boletería».

La entrada sólo costaba cincuenta centavos; no era mucho por admirar a lo más gordo del mundo.

Penetraron, alzando la cortina, en un local que venía a ser, en realidad, otro vestíbulo; unos aparatos sacaperras había alineados a lo largo de las paredes, y depositando en ellos una moneda de veinte centavos y asomándose a sus cristales, se saboreaban escenas pintorescas: episodios de la guerra europea, mujeres desnudándose para meterse en la cama, postales más o menos sicalípticas... En el local no había ningún escenario, ni asientos donde el público pudiera acomodarse; nada, en fin, que diese idea de una sala de espectáculos.

Terrero fué el que primeramente se impacientó.

—Bueno, pero ¿dónde se ve a esta señora?

Entonces un hombre muy delgado, tan delgado que hasta entonces no le habían visto, a pesar de que les iba acompañando desde que entraron, les dijo en tono muy humilde:

—Ahora mismo sale; ya no tardará.

Pasaron cinco minutos, y nada. Solar golpeaba el suelo de madera con su bastón; el hombre fideo sonreía indulgente ante aquellos golpes.

Por fin se alzó una gran puerta de cristales que había al fondo, y apareció en su marco la heroína.

El artista que había dibujado el cartel de la portada debía ser un hombre de una gran timidez; decimos esto porque positivamente se había quedado corto, mejor dicho, estrecho. Aquella mujer era mucho más gorda que su anuncio.

Vestía una cosa intermedia entre el traje de *soirée* y el salto de cama, iba bastante bien peinada, y haciendo un gran esfuerzo de imaginación para separarle de su rostro los promontorios de grasa que lo deformaban, se veía que era una mujer guapa.

Andando muy despacio—para andar de prisa hubiera tenido que aplicarse un explosivo en salva sea

la parte—, se dirigió al grupo de Villena y sus amigos.

—¡Hola! Buenas noches.

—Señora—dijo Julio Solar, haciendo una reverencia como si estuviera delante de Isabel la Católica.

La señora, sin duda para agradecer el saludo, alargó a cada uno de los tres unas cartulinas de un montoncito de ellas que tenía en la mano. Eran unas postales con su retrato de cuerpo entero y con la misma indumentaria que lucía en este momento; al pie decía el nombre y los apellidos de aquel baúl con funda, y los kilos que pesaba; desde luego los suficientes para pagar un exceso brutal.

Villena agradeció la fineza.

—Muchas gracias, señora. Guardaré toda mi vida este retrato, como si fuese el del Papa con dedicatoria.

—Son veinte centavos cada uno—dijo ella.

Solar alargó los sesenta del ala, y dió un beso a su postal.

Manolo Villena, poeta al fin y al cabo, sentía una inquietud especial desde que la mujerona había aparecido en la puerta de cristales. A él, cuando era pollo, le habían gustado las gordas con ceguera; desde hacía unos años, a medida que el tiempo iba llenando de arrugas su corazón, aquella afición habíase ido amortiguando hasta el punto de que casi había desaparecido. Pero ahora, a la vista de aquel monstruo que vendía postales, sentía como el resurgir de su atavismo, como si los años pasados desde sus tiempos de estudiante en que perseguía a las jamonas por las calles de Madrid con la lengua fuera, se hubieran borrado de pronto, y apareciese en él el jovenzuelo hambriento de carne, de mucha carne, para sus festines de alcoba.

El deseo se le presentó con un ímpetu de tortura: o lo satisfacía o... se ahogaba. En un segundo hizo su razonamiento: aquella mujer debía estar más allá de ciertas aberraciones de los hombres; hasta era casi seguro que

aquella exhibición bajo los arcos del paseo no fuese más que una propaganda para que fuera cayendo un caprichoso de cuando en cuando.

Se decidió: el apetito era tan fuerte que no vaciló en abrir su pecho a Julio Solar, exponiéndose a sus burlas con tal de que el crítico le ayudase en su empresa.

Aprovechó un momento en que Terrerito le hacía una especie de interviú a la tía gorda, preguntándole por sus creencias religiosas, cuántos idiomas hablaba y si estaba conforme con la política del presidente Irigoyen, para hacer un aparte con Julio y plantearle la cuestión.

—Oiga, Julito: usted es un buen amigo mío, ¿verdad? ¿Qué le parece esta mujer? ¿No cree usted que podríamos conseguir...?

En la mirada más que en las palabras le comprendió el otro lo que quería decir.

—Hombre, sí, amigo Villena; vamos a intentarlo. A mí también me gustaría...

El poeta se quedó como si le hubieran dado en la cabeza con uno de los ripios de sus poemas. ¿También el crítico? Es decir, que él buscaba un aliado y se encontraba con un rival.

Pero ya Solar hablaba en un rincón y en voz baja con el hombre delgadísimo, que parecía ser el secretario de la dama. Villena se acercó y oyó su sentencia de muerte.

—Sí, señor, es viuda; pero tocante a ese punto, se han equivocado ustedes.

—Ché, mire: nosotros le daremos la plata que ella pida. Dígaselo, no más.

—Es inútil. En ese terreno no admite a nadie.

—Pero, dígame, amigo: ¿es la casta Susana esta señora?

—No, no; ahí, en esas tarjetas que les ha *regalado*, dice su verdadero nombre.

Había terminado el espectáculo; el hombre de la Bo-

letería entró a decirles muy cortésmente que hicieran el favor de marcharse, porque tenían que cerrar.

Así lo hicieron, no sin lanzar una mirada melancólica á aquella virtud... romana, por lo que pesaba.

Frente a la puerta, ya en el paseo, había parado un coche de dos caballos.

—Debe ser el suyo—dijo Terrero.

—Pues vamos a esperar; debe tardar muy poco en salir.

En efecto: surgió en seguida, siempre escoltada por el hombre delgado que, junto a ella, parecía su paraguas. Sobre el traje se había puesto un abrigote de piel, que aumentaba hasta el infinito el volumen de la figura.

No sin trabajo subió al coche, que tenía la capota echada. Solar se fijó en los muelles del carruaje, que parecía iban a estallar. Manolo prefirió fijarse en la pantorrilla de ella, y estuvo a punto de sufrir un vahído.

El secretario subió también, y el coche arrancó al paso, después de tres tentativas inútiles de los caballos.

Solar y Villena le vieron desaparecer en medio de la calma sombría de la noche, como se ve esfumarse una ilusión que un momento se creyó prendida con los dedos.

Julio Solar, poniendo al poeta una mano en el hombro, le dijo:

—Tengo el pálpito de que el tipo ese fideo es el que se acuesta con la dama.

Y Manolo Villena, acordándose de que era madrileño, replicó:

—¡Toma! ¡Eso es histórico!

A la mañana siguiente, yendo a almorzar, Villena se topó en Cangallo manos a boca con don Leónidas Acacio.

El saludo fueron las dos manazas del pollo, cayendo como dos losas en los hombros del poeta.

—Ché, viejo, ¿dónde se camina?

Manolo no le reconoció al pronto: desde la presentación en casa de Pepita no le había vuelto a ver, y, además, existían en Buenos Aires tantos tipos exactamente iguales...

—Pues mire, voy a almorzar. ¿Y usted?

—¿Yo?... Yo, mi hijo, voy donde usted quiera; y en su compañía mucho más. Es usted un poeta macanudo, más grande que todos esos atorrantes que hacen versos a la pucha que los parió...

—Muchas gracias.

—Nada, hombre. Oiga, mire; le convido a almorzar. ¿Dónde quiere que vayamos?

—Hombre, eso usted...

—No, de veras; prefiero que elija usted el sitio. Es costumbre que tengo cuando convido, ¿sabe? Así, luego, si no queda satisfecho, usted mismo es el que se ha embromado, ¿no?

—Bueno, pues entonces vamos al pasaje Güemes.

—Vamos.

Villena tenía predilección por el célebre restorán de Florida, y siempre que no estaba convidado y comía solo, era allí donde lo hacía. Por casualidad había des-

cubierto el sitio un día en que vagabundeaba por el centro de la ciudad, de modo que la cosa, aparte otros encantos, tenía para él la de todos aquellos sitios en los que uno ha actuado de Cristóbal Colón.

Penetraron en el grandioso pasaje, un gigantesco túnel de luz y de lujo, con sus numerosos escaparates en los que la tentación asomaba vistiendo mil ropajes diversos. A esta hora del mediodía, el recinto, sin el brillo de ascua de las horas nocturnas, tenía esa placidez de buen tono de los clubs elegantes a la hora del vermú matutino. A pesar de no ser aún la una, ya entraba gente para la primera sección del cine, a cuya salida se había tropezado Villena con Pepita algunas tardes antes.

En uno de los muchos ascensores que había ante la escalera de la gran rotonda, se metieron Leónidas y el poeta: el artefacto empezó a subir como un globo, dejando abajo pisos y pisos, como quedan atrás las estaciones ante el paso de un expreso que no para en ninguna. En el piso catorce, que era el último de la casa—uno de los modernos rascacielos de Buenos Aires—, estaba situado el restorán; ocupaba toda la habitación, que, llena de grandes ventanales por tres de sus lados, parecía una gigantesca jaula de cristal, suspendida en el cielo encima de la ciudad. A uno de los costados se alzaba la célebre torre del cuarenta y tres, famosa en toda la ciudad, y llamada así por lucir en sus flancos un monumental cuatro y un no más pequeño tres, que de noche se iluminaban como un faro de un país de gigantes.

Les costó algún trabajo encontrar mesa: las ciento y pico que había en el local aparecían ocupadas, y fué un milagro que quedase libre a los pocos momentos una de las mejores, situada junto a uno de los ventanales en la parte que miraba a los muelles. Para Villena no tenía más que un inconveniente: que caía un poco lejos del tinglado del sexteto, en el que había una morenita casi tobillera que tocaba el contrabajo, y con la cual el

poeta se timaba a diario púdicamente entre plato y plato.

—¿Usted viene mucho acá, poeta?

—Siempre que puedo: me encanta comer a tanta altura del suelo.

—¡Qué grande!... A esta hora no está esto mal; pero por las tardes, para el te, se llena de una gente que parece escapada de un conventillo... ¿Se ha fijado en las chicas de la orquesta? Son lo mejor de la casa: a la del contrabajo se la pueden aplicar aquellos versos de usted... ¿Cómo son?

A Villena le molestaba un poco que se hablase de sus versos: cuando no se trataba de escribirlos... o de cobrarlos, prefería que la gente, y sobre todo los amigos, viesen en él al hombre antes que al escritor. Así que procuró mudar el tema de la conversación.

—Como sean; déjelos usted. ¿Y Pepita?

Acacio, que ya había atacado los entremeses, se quedó mirándole de un modo estúpido, como si le acabase de preguntar por un personaje desconocido.

—¿Pepita?... ¡Ah, sí! Es una gallega sucia, como todas... Bueno, usted no se ofenda: ya sabe que acá...

—Sí, ya sé que a los españoles nos llaman ustedes gallegos, sin distinción; me parece necio ofenderse: Galicia es una región muy simpática y muy pintoresca, y además yo no puedo olvidar que los percebes de La Coruña tienen fama en todo el planeta.

—Ya sabía yo que usted, como hombre grande, estaba por encima de todas esas macanas.

—¡Claro!

—Pues Pepita... pero ¿usted no lo sabe? ¿No se lo ha contado ella?

—Si no la he vuelto a ver desde la noche en que usted y yo nos conocimos en su casa.

—Pues esto ocurrió hace tres días.

—Pero ¿qué ocurrió?

—¡Un bochinche espantoso! Se empeñó en que tenía que llevarla por la noche al Pigall. ¿Ya conoce usted el Pigall?

—Me asomé la otra noche un momento: es el eterno *cabaret* de lujo de las cinco partes del globo.

—Pero ¡mi hijo! yo estoy acostumbrado a acompañar al Pigall a las mujeres de más cartel de Buenos Aires: cuando yo me presento allí con una mina, es porque lleva encima en alhajas y ropas más de treinta mil pesos. Yo no soy un otario. Entonces yo le dije a mi gallega: «Y, ¿vos sabés que al Pigall hay que ir vestida como una reina? ¿Qué joyas tenés vos, ni qué trajes? ¿Vos querés que yo haga el pavo con vos?» La convencí, y entonces quedamos en que yo la acompañaría a la entrada y a la salida no más.

—Muy justo.

—Y así fué... al principio. Mas luego yo estaba en una mesa con unos tipos, y ella en otra con un vejete que, por las trazas, debía ser un gringo: tocan un tango, y va la Pepita y se me viene encima con la pretensión de que lo bailemos... Bueno, le aviso que ella baila el tango peor que un caimán, y luego, con aquella ropa... ¡Vamos, que yo no podía perder mi firma saliendo a bailar con ella! Se pone pesada, va y me agarra y me quiere levantar por la fuerza, y entonces yo la empujo, caemos los dos en la mesa de al lado, que estaba llena de vajilla, la doy unos golpes para calmarla, empieza ella a gritar diciendo que la he matado... Total: el gran bochinche.

—Hubo su miaja de farra.

—Sí, porque ya empezada la cosa, intervinieron todos. La orquesta paró, el baile se deshizo, cundió el ejemplo, y unos cuantos empezaron a pegarle a unas cuantas, otro la emprendió a silletazos con los aparatos de la luz...

- Y hay quien se hace la ilusión de que se ha acabado la guerra europea.

—La europea, no sé; pero la de acá...

—Bueno, y... ¿en qué acabó aquello?

—¡En nada! Yo me mandé mudar, porque no tenía ganas de terminar en la Comisaría.

—¿Y Pepa?

—No sé; recién ayer me escribió una carta diciéndome que estaba en cama y que fuera a verla. No voy. A las mujeres hay que entenderlas. ¿Qué quiere? ¿Qué vuelva a su casa?... No vuelvo.

—Hace usted bien.

—Le garanto que para mí se acabó. ¡Después de todo lo que yo he hecho por esa sonsa! Porque yo la tomé cuando acababa de llegar a Buenos Aires, y fuí su Providencia: yo la llevé a los sitios donde podía hacer clientela, la acompañé a comprar los muebles y los trastos para poner la casa, la presenté a tres o cuatro socios del Jockey, y, querido poeta, ¡hasta la enseñé a bañarse! Como buena gallega, no sabía.

—Tendría miedo a constiparse.

Manolo recordaba el estupendo cuarto de baño que Pepita tenía en su piso madrileño de la calle de Belén, y el verdadero vicio de zambullirse en el agua que a la golfa dominaba, hasta el punto de hacerlo algunos días hasta tres y cuatro veces. Pero era española, y en Buenos Aires, a más de la leyenda de nuestra pobreza y de nuestro delirio por las corridas de toros, existe también la de que nuestras golfitas no se bañan más que cuando las obliga a ello una pareja de la Guardia civil.

—¡No puede ser!—continuaba Leónidas, y como si hablase solo—; las mujeres no sirven: llegan aquí, uno las civiliza, y cuando ya medio saben andar solas, entonces es uno el que queda en mal lugar. No escarmienta uno nunca.

—¿Tiene plata la Pepa?

—¿Plata? Podía tenerla si se hubiera dejado guiar por mí; pero así, no tiene ni un cobre.

—¿No ha tenido suerte?

—Al principio la tuvo, y loca: ¡pucha!, que se lo pregunten a Luis Sedano, el estanciero de Mar del Plata, que se fundió por ella en quince días. Esa sonsa, hace un año tenía las mejores joyas de Buenos Aires, un auto estupendo, y... todo lo que quería. Estaba de moda, y aunque aquí la mujer española, como mujer galante, no medra mucho, ella tuvo sus meses de apogeo. Después, lo de todas: pasó la novedad, e insensiblemente, pero muy de prisa, se convirtió en una de tantas. Y eso es hoy: una de tantas.

—Y ¿por qué es eso? Está guapa, más que cuando vino: es una mujer muy joven, no ha llegado ni con mucho a ese momento en que en todas partes la mujer galante inicia su decadencia.

—En todas partes... menos en Buenos Aires.

—Ah, ¿sí?

—Usted, poeta, lleva muy poco tiempo entre nosotros, y no puede conocernos; pero como es usted un hombre listo, y se fija...

—Muchas gracias.

—Ya nos conocerá. Ché, mire, yo soy más claro que un mate mal cebado, y hablo de mi pais con toda sinceridad, sobre todo cuando estoy a solas con un tipo como usted. Este es el pais de la novedad: lo nuevo lo pagamos como nadie; pero ¡mi hijo! en cuanto una cosa deja de ser nueva, no le llevamos el apunte ni por casualidad. Usted mismo ha de verlo en su persona: el poeta Manuel Villena, conocidísimo aquí por sus obras desde hace años, llega a Buenos Aires y es el hombre del día; todos se desviven por agasajarle; los periódicos hablan de él acaso con exceso, solicitan su colaboración, le llevan y le traen; procuran por todos los medios hacerle agradable la vida, con esa cortesía del porteño, que indudablemente es maestro en ella.

—Es verdad: uno se siente abrumado, poseído del te-

mor de no saber corresponder nunca a tanta atención por mucho que se esfuerce.

—Pues esa cortesía de los días primeros, de las primeras semanas, si usted quiere, es sincera, absolutamente sincera: yo le estoy hablando con toda lealtad, mi hijo, y como le digo una cosa le diría otra. Después, poco a poco —usted no ha llegado aún a ese período—, el entusiasmo se va apagando, los nervios se van cansando de la tesitura gentil, que es al cabo una tesitura heroica, y, sobre todo, la novedad deja de serlo.

—Pero eso es natural.

—No digo que no lo sea, mi hijo. Acaso en todas partes pase lo mismo: sólo que aquí, como extremamos la nota de agrado al principio, la frialdad e indiferencia subsiguientes se notan más.

—Exacto.

—Bueno; pues su paisana de usted, la Pepa, no se dió cuenta de eso, como no se la dan la mayoría de los que aquí vienen, sean escritores, cómicos, mujeres galantes u hombres de negocios. Y perdóneme la vuelta que he dado para explicar el caso de la galleguita: discúlpeme también que le haya comparado con ella.

—¡Bah! No hay tanta diferencia.

—¡Qué grande! Da gusto hablar con personas que lo entienden a uno... Pepita está ya, desde hace unos meses, en ese período en que el viajero, pasada la cordialidad del recibimiento, queda abandonado a sus propias fuerzas: y las fuerzas de una mujer galante, si no hay quien la ayude, son tan pocas...

—Entonces, amigo Acacio, éste es un país al que no se puede venir más que por temporada.

—Y no muy larga. Ustedes tienen en su vieja crónica castellana aquella frase: «Esta es Castilla, que hace los hombres y los deshace.» Ríase usted de un pais gastando hombres, donde esté la Argentina. Si se ve hasta... en las mujeres de los quilombos. En Europa, como usted

sabe, es muy frecuente visitar una de esas casas después de un año o dos de no haber estado en ellas, y encontrarse las mismas mujeres.

—Es verdad: un poco más gruesas, pero las mismas. Hay en Madrid una alcahueta famosísima, que siempre que uno acude a ella para que le proporcione una entrevista con una mujer, le sirve la misma socia, aunque con el pelo pintado de un color distinto; no importa que hayan pasado muchos años: la mujer es la misma, mientras no se acaben los colores del iris.

—Bueno, pues acá el personal de mujeres de esas casas tiene que variar tanto como el tiempo: por muy linda que sea y por muy bien que conozca la que podríamos llamar técnica de su oficio una individua, los parroquianos se cansan de ella, y al poco tiempo hay que licenciarla.

—Eso me parece lógico: en la variedad está el gusto, y no creo que haya mucha gente que a ciertos sitios vaya a buscar otra cosa que el gusto de la carne.

El sexteto, cumplida su misión de llenar de armonías el almuerzo de los parroquianos, atacaba la marcha final y se disponía a marcharse. La mayoría de las mesas estaban ya vacías; Manolo, desde lejos, lanzó una mirada melancólica a la tobillera del contrabajo.

Era muy apetitosa la muchacha: con la cara blanquísima y el pelo muy negro, tenía unos ojazos enormes, rasgados como con un puñal, que le llegaban hasta muy cerca de las sienes; la boca, de labios muy gruesos, era también muy grande, una de esas bocas de pez, estilo Chelito, que, *en teoría*, son feas, pero que dan una impresión de voracidad terrible, ya que en ellas cada beso debe ser una ventosa. El cuerpecito apenas tenía formas aún: sólo las piernas se torneaban de un modo espléndido, como si las hubiera cincelado un artista.

Pocos días antes el poeta ocupaba una de las mesas que había al pie mismo del tinglado de la orquesta, que

se alzaba como un metro sobre el suelo; él miraba a la chica con verdadera voracidad, y ella no dejaba tampoco de mirarle, pero con una cosa rara y severa en la mirada, que parecía decir:

—No vaya usted a creer que porque le miro tanto soy pan comido. ¡Ni muchísimo menos!

Para tocar su instrumento la chica se ponía en pie; pero en los descansos entre pieza y pieza sentábase en una silla alta; una de las veces en que lo hizo, la falda quedó sujeta por el asiento y, a medida que el cuerpo efectuaba la flexión, iba descubriéndose una parte más alta de las pantorrillas, y todas ellas, hasta el tercio medio de los muslos, quedaron al descubierto en cuanto estuvo sentada. Villena contemplaba aquello con arrobamiento: las medias, negras y muy transparentes, daban la ilusión de una carne muy morena que estuviese allí ofrendándose para unos mordiscos; la pequeña llevaba unos pantalones muy cortos que terminaban a medio muslo en unos lacitos morados... Y el poeta pensaba en el gusto con que él se hubiera arrodillado ante todo aquello y hubiera desatado con los dientes aquellos lazos.

Recordaba que aquel día uno de los platos del almuerzo eran macarrones, y que a él le hicieron daño, poniéndosele todos muy tiesos en el interior de su organismo.

Desde entonces deseaba a la joven del contrabajo con verdadera furia; a la tarde siguiente se arriesgó a seguirla cuando ella bajó del restorán después del almuerzo: seguimiento inútil, pues la chica salió acompañada por el primer violín—un joven muy negro con unas melenas arbitrarias—y con él se fué Florida abajo hasta doblar una esquina.

Ahora, mientras aquel compadrito de Leónidas había estado teorizando sobre cosas que debía conocer muy bien en la práctica, el poeta no había casi dejado de mirar a la joven instrumentista; de lejos, pero la miraba:

si hoy, al sentarse, hubiera repetido la exhibición apetitosa de aquel día anterior, él, desde aquella distancia, no hubiera podido saborear nada.

Terminó el almuerzo, se marcharon los del sexteto, y el local quedó vacío: sólo los camareros corrían de un lado para otro limpiando las mesas y preparándolas para el te.

Villena y Acacio se levantaron también; aquél asomóse a una de las vidrieras y miró hacia abajo.

—¡Qué bien se ve desde aquí la ciudad!

Y era verdad: aquel inmenso tablero de damas que venía a ser Buenos Aires aparecía allá abajo a los ojos del espectador como si éste tripulase un aeroplano que se hubiese detenido en medio de la atmósfera. La mayoría de las casas, sobre todo en los barrios alejados del centro, eran muy bajas, de un solo piso, y entre ellas destacaba más la grandeza de los gigantes edificios modernos que se veían aquí y allá como pastores del inmenso rebaño. A la derecha y en primer término, era la mole del Plaza-Hotel, el mejor albergue de viajeros de Buenos Aires, aunque su interior no estaba de acuerdo con la majestad de la fachada; más allá, en dirección al río, la estación Retiro, con la gran torre que hay frente a ella, una afilada aguja que parece perforar el cielo; con unos buenos gemelos hubiera podido verse el cementerio de la Recoleta, un hospedaje de muertos que, por su coquetería, más parecía un *boudoir* al aire libre; venían luego las frondas salvajes de Palermo, y la magnificencia del Monumento de los Españoles, el más grandioso de Sudamérica, regalo inusitado de una madre a la hija que se emancipa, precisamente en la fecha en que celebra con gran regocijo esa emancipación...

Más lejos aún se adivinaba, pues verlo era imposible, el Hipódromo argentino, con sus tribunas y sus instalaciones de *sport* que eran verdaderos palacios, haciendo honor al gran vicio nacional.

Villena se volvía un poco a la derecha y veía, al final de la raya de la Avenida de Mayo, verdadero desahogo urbano de las angosturas del centro, la cúpula ciclópea del Palacio del Congreso, panteón de millones de pesos, en el que cada pieza ha costado su equivalente en diamantes; y volviéndose atrás, allí mismo, a sus pies, el rascacielos del paseo de Colón, la sencillez artística de la Casa Rosada o Palacio Presidencial, la columnata de la Catedral, los soberbios edificios de la entrada de la Avenida.

Y a su espalda el río; el río inmenso, infinito como el mar, que sólo en el color gris de sus aguas demostraba que no lo era, pero del que hubiera sido empresa vana pretender descubrir las márgenes. La ciudad, desdeñándolo un poco, había amontonado en su ribera lo más prosaico de su vivir: muelles, grúas gigantescas, almacenes, frigoríficos, y, hacia la parte de la Boca, los colosales puentes de hierro que llevaban a la isla Masiel, y que vistos desde aquí parecían la armazón de una futura gran ciudad.

—¿Verdad que es feo Buenos Aires?—preguntó de repente Acacio, sacando al poeta de su abstracción contemplativa.

—Pero, ¿por qué tienen ustedes los argentinos esa manía? Lo he oído ya varias veces en el poco tiempo que llevo aquí, y antes de venir lo había leído otras varias. Yo creo que hay en eso un poco de masoquismo colectivo.

—Es feo, ché; plano, gris, monótono, demasiado igual para lo grande que ya va siendo.

—Plano, sí; es nuestra llanura de la Mancha, en la que en vez de surgir unos molinos de cuando en cuando, ha surgido una gran ciudad. En conjunto, yo no le diré que sea una de las ciudades bellas del mundo; pero es que ¡hay tan pocas verdaderamente bellas! En cambio, aquí hay sitios y parajes deliciosos. ¿No es espléndidamente

hermosa esa Avenida de Callao, de la que ustedes los porteños no hacen ningún caso, y de la que yo no había oído hablar en la vida antes de venir? Y esa plaza de San Martín, ¿qué otra cosa es que un jardín de Versalles o de Aranjuez, rodeado de palacios imperiales? ¿Se atreverá usted a decir que es fea la Avenida Alvear?... Lo que pasa, es que las ciudades hay que saberlas ver.

—A mí no me gusta esto, mi amigo.

—Además, por lo que veo, Buenos Aires pertenece al grupo de las que yo llamo ciudades calumniadas: calumniadas por la estulticia del vulgo y por el espíritu borreguil de la gente.

El poeta respiraba por la herida; también Madrid, el Madrid de su alma, al que quería mucho más desde que estaba a tanta distancia de él, era una ciudad calumniada. Una porción de frases circulaban entre el vulgo provinciano y aun entre una parte de los madrileños: «Madrid no tiene alrededores.» «En Madrid no hay arbolado.» «Madrid es una población fea y vieja.» Y otras cosazas por el estilo; algunas de ellas pudieron ser verdad hace treinta años, pero hoy ya son un camelo, y la capital de España, con sus perspectivas admirables, debidas a lo accidentado del terreno, con su engrandecimiento urbano y con sus paseos fastuosos, es una de las ciudades más bellas y alegres del mundo.

Sólo que la belleza de Madrid, como la de Buenos Aires y la de Roma, no es cosa que se ofrezca a primera vista a los ojos del visitante. Hay ciudades—Barcelona, San Sebastián y otras del mismo tipo—que, por méritos de la que podríamos llamar su topografía urbana, tienen a la vista y agrupadas en un punto todas sus lindezas y todos sus encantos; son ciudades para vistas de tren a tren en el espacio de unas horas y salir de ellas enterado. Otras, por el contrario, hay que saberlas ver; hay que irlas descubriendo poco a poco y con el auxilio imprescindible del tiempo. Pero una vez que se las conoce,

¡cómo se las ama, cómo se las llora en la ausencia y con qué alegría se torna a pisar su tierra pletórica en evocaciones!

Desde el primer momento, Manolo Villena había catalogado a la metrópoli del Plata entre el grupo de estas ciudades poco propicias a la horteril admiración del vulgo; por eso se indignaba un poco siempre que oía decir a un porteño—creyendo, sin duda, halagar sus sentimientos de extranjero—que Buenos Aires era feo.

—No hay razón—le decía a Leónidas—para que no admitamos más que un tipo de belleza urbana: el de las clásicas ciudades europeas. Saliéndonos un poco de él, yo afirmo que Buenos Aires es una ciudad hermosa; si no otras, tendrá siempre la hermosura de la planta que crece de prisa, la grandeza del pueblo que domina al tiempo y marcha casi volando a un esplendoroso porvenir.

El poeta miraba allí a sus pies la superficie, ya enorme, de la ciudad que más de prisa ha crecido en el mundo. El primitivo caserío colonial se había transformado en algo más de un siglo en una urbe de cerca de dos millones de habitantes. Se contaban milagros de rapidez de esta transformación, historias que parecían cuentos fantásticos en los que hubiera intervenido un hada mágica con su varita de virtudes; viajeros que se ausentaban a Europa para cuatro o cinco años, y a la vuelta se encontraban convertidos en calles con edificios espléndidos, terrenos que ellos dejaron como arenales en los que crecían unas matuchas raquíticas; barrios enteros que se habían alzado robando sus cimientos a las aguas del río; chozas que se convertían en palacios en menos tiempo del que dura en Europa una sesión de Cortes.

—¡Vaya si es bonito Buenos Aires! Y lo que será: no creo que haya hoy día en el mundo ciudad más preñada de porvenir que ésta... Y perdone usted lo de *preñada;* lo he dicho en el buen sentido de la palabra.

—¡Qué grande!

Había que irse a la calle; bajando en el ascensor, el poeta propuso al compadre:

—Hasta las cinco no tengo nada que hacer; son las dos y media: ¿y si fuésemos un rato a casa de Pepita?

Don Leónidas le miró sorprendido. No concebía que después de lo que le había contado se atreviera a proponerle aquello. Sin darse cuenta le apeó el tratamiento, para decirle de modo definitivo:

—Dejate embromá.

Cuando un porteño pronunciaba esta frase, era lo mismo que si un madrileño dijese:

—Ni a la ventana te asomes.

Sin embargo, Leónidas Acacio quiso completar su pensamiento.

—Dese cuenta que yo en casa de la gallega nada tengo que hacer: en la carta me dice que por mi culpa tiene para cuarenta días de cama. ¡Cosa bárbara! ¿No?

—¡Muy bárbara!—pensó Villena, sin atreverse a decirlo.

Desde que había oído lo anterior, a Manolo le había entrado una prisa enorme por separarse de don Leónidas. Felizmente, éste parece que le adivinó el pensamiento, porque al llegar a la esquina de Rivadavia, dijo:

—Ché, viejo: yo me espianto; tengo un bulín esperándome aquí en una amueblada de Sarmiento...

—¡Caramba! Eso es sagrado. Vaya usted. Y a ver si ese bulín sustituye a la Pepita.

—¡Qué grande! Adiós, poetazo; ya le buscaré.

Manolo fué a la Avenida, y en la estación de Perú tomó el subterráneo, que en cuatro minutos le dejaría en Alberti.

Tenía prisa por ir en casa de Pepa. ¿Qué habría hecho con ella aquel bárbaro? Porque—no quería engañarse a sí mismo—más que romántica compasión por la infeliz maltratada, era una curiosidad muy grande por saber lo que había pasado, lo que sentía.

Aquello de los cuarenta días de cama era todo un programa: no le asustaba a él mucho eso de pegarle a las mujeres; sabía que, en la mayor parte de los casos, a más de una necesidad, era para ellas un festín. Pero ¡pucha! Una cosa era pegarlas y otra muy distinta... hospitalizarlas.

Al abrirle la puerta la criada, le dijo:

—¡Ay, señorito! ¡Cómo me alegro que venga! Iba yo a ir a llamarle al hotel, de parte de la señorita.

—¿Pasa algo grave?

—No; lo que tenía que pasar ya ha pasado; pero como no viene nadie a verla...

—¿Está en cama?

—Sí, pero por su gusto; el médico le ha dicho que se levante cuando quiera.

—¡Estas mujeres!—pensó Manolo—. ¿Conque cuarenta días?... ¡A que va a resultar que tiene razón Acacio!

La criada le había llevado a la puerta de la alcoba. La enferma le había conocido en la voz y le mandó pasar.

La alcoba era amplia, como todas las habitaciones de la casa: en los detalles, o mejor dicho en la falta de ellos, se veía que aquel mostrador tenía ya poca parroquia.

Pepita estaba en la cama, y sólo tenía el brazo derecho fuera del embozo; al verle se echó a llorar.

—¿Qué te pasa?

—Nada, siéntate.

Villena iba a hacerlo en la cama, en el lado que correspondía al brazo izquierdo de ella, y la enferma dió un grito, mientras se cubría con el derecho aquella parte de su cuerpo.

—¡No! Aquí no... Da la vuelta y siéntate en este lado.

—¿Qué tienes ahí? ¿Una criatura?

—Mira lo que tengo.

Tiró abajo el embozo hasta la cintura, y sobre una almohadilla apareció el brazo izquierdo, pero un brazo monstruoso, elefantiásico. Manolo se fijó: el miembro estaba enyesado, desde el hombro hasta cerca de la muñeca.

—¡¡El brazo roto!!

—Sí, hijito; estos patoteros de aquí las gastan así. En Madrid me pasa a mí esto, y a estas horas hay un hombre en la cárcel.

—Pero, ¿qué dices?

Quería hacerse de nuevas; por ahora no le diría que acababa de almorzar con el autor de aquella gracia. Así ella le haría el relato a su manera, y entre las dos narraciones acaso pudiese adivinar la verdad.

—Esto no es más que el resultado de una juerga, de una farra, como dicen aquí. ¿Te acuerdas de ese muchacho que te presenté aquí la otra noche? Leónidas...

—Sí; tu chulo, hablando en madrileño.

—¡No seas estúpido! ¿Tú también?

—¡Ah!; pero ¿es que a mí me quieres tomar de panoli?

—Bueno, lo que sea: el caso es que la otra noche se empeñó en que fuéramos al Pigall. A mí no me gusta ir al Pigall, lo primero porque, te seré franca, no tengo ropa para ir como a mí me gusta, y luego porque siempre que he ido me he visto metida en unas broncas espantosas. Aquí, la muchachada, como ellos dicen, si no hay palos no se divierte. Pero esa noche, porque no dijera, fuí; al llegar él se encontró con unos amigos que estaban ya sentados en una mesa, y nos sentamos con ellos; en el grupo no había más mujer que yo, y ¡claro! lo que pasa, empezaron todos a embromarme, a decirme cosas: «¡La gallega!» «¡Cómo vienes, hija!» «Ese trajecito te lo habrás comprado en lo de Gath y Chaves, ¿no?» Y cositas así. Tocan un tango, y uno de los pollos que estaban con nosotros, Titino Gálvez, un caradura, que es muy amigo de Leónidas, sale a bailarlo con una de las girantas que había por allí, y apenas lo había hecho empieza mi amigo a decirme que si era una tal y una cual, y que si tanto me gustaba Titino que había estado toda la noche haciéndole el amor en sus propias narices... En fin, mil burradas por el estilo. De pronto, viendo que yo no le hacía mucho caso, va y me larga una bofetada; yo agarro una botella por el cuello, y voy a darle con ella en la cabeza; pero él se me adelanta, y con esas manazas que tiene, va y me coge por la muñeca izquierda, me la retuerce, y qué daño no me haría que me caí al suelo de dolor; al caer me cogí el brazo con todo el peso del cuerpo, y aquí lo tienes.

—¿Quebrado?

—¡Digo! Por encima del codo.

—¡Vaya por Dios!

—Oye, y a ti, ¿cómo se te ha ocurrido venir?

—Pura casualidad.

—No sabes lo que me alegro: estoy sola con la muchacha.

—¿Y Teresita?

—Se ha ido a Montevideo hace tres días.

—¿Qué va a hacer allí?

—Va a trabajar como corista en el Casino: un teatro que hay allí, como aquí el Royal. ¡La pobre! Aquí había días que no sacaba ni para mal comer... ¡América! ¡Si lo supieran las pupilas de la Milagritos y de la Encajera, que todas sueñan con venir acá! Chico, yo he ganado mucho dinero, pero te garanto que cuesta el triple que allí: no creas que esto de Leónidas es un caso raro; la mayoría de los hombres tratan a las mujeres como si fueran mulas.

—Y lo sois: la prueba es que cuanto peor os tratan más los queréis.

—La que los quiera. ¡Lo que es yo! Te juro que lo que es Leónidas se ha acabado para mí.

—A pesar de lo cual le has escrito una carta rogándole que venga.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Acabo de almorzar con él en la torre cuarenta y tres.

La enferma no supo qué decir; quedóse un gran rato mirando al poeta, callados los dos: al fin ella, sin gran estrépito, mansamente, echóse a llorar.

—Vamos, mujer, vamos: no sé a qué vienen esas lágrimas. Ya comprenderás que a mí nada de eso me sorprende. Tú le quieres, y lo demás debe tenerte sin cuidado: el que ahora no quiera venir, nada significa; volverá, yo te lo garanto, como decís aquí. Y si él no vuelve en cuanto pasen unos días, yo me encargaré de traértelo. Volverá: a romperte el otro brazo cualquier noche, pero volverá.

Como si aquellas palabras la hubiesen consolado, fué tranquilizándose poco a poco.

—¿Qué te ha contado él?

—Lo mismo que tú, sólo que completamente al revés.

—Pero, ¿qué dice?

—¿Qué te importa lo que dice? Ya te lo puedes figurar: que tú has tenido la culpa de todo, que él no hizo nada, y, vamos, poco menos que el brazo te lo has roto tú misma por gusto.

—Es de lo más caradura...

—Es decir, a mí no me ha hablado de ningún brazo roto: yo he venido porque me he figurado que te habría pasado algo, pero sin saber a punto fijo lo que era. Puede que él tampoco lo sepa, porque a mí me ha dicho que él se quitó de en medio en plena batalla.

—¡Ya lo creo! Para no ir a la Comisaría... Pero sí lo sabe: se lo he dicho en la carta.

—Bueno, hijita. No pienses más en eso: ahora lo importante es que te pongas buena pronto. ¿Por qué no te levantas? Me ha dicho la muchacha que el médico te ha dado permiso.

—¡Claro! ¿No ves que no tengo fiebre? Pero, ¿qué hago yo levantada, con el brazo en equilibrio todo el día? Mejor estoy aquí.

—Eso también es verdad.

—Cuento contigo para que me hagas compañía, ¿verdad? ¿Tendrás algunos ratos?

—Todos los que pueda; pero ya sabes que no podrán ser muchos. He venido a Buenos Aires con el tiempo justo, y tengo infinitas cosas que hacer.

—Y, ¿cómo van tus asuntos? ¿Estás contento?

—¿De haber venido? ¡Ya lo creo! Me parece que no voy a perder el viaje.

—¡Dichoso tú!

En la calle acaso no fuera de noche aún, pero dentro de la alcoba ya apenas se veía. Sin embargo, ninguno

de los dos sintió la necesidad de encender luz: se encontraban bien allí, en aquella oscuridad tan propicia a la confidencia, en aquella sombra melancólica en la cual sólo resaltaba como nota de un relativo optimismo el blanco de las sábanas y del enyesado del pobrecito brazo roto.

—¡Ay! ¡Quién me iba a decir a mí esto hace un año!

—Estabas bien, ¿verdad?

—¡Hijo mío!

Influída por el medio, víctima de aquella penumbra triste, la golfa, con la voz un poco quebrada, empezó a relatar al amigo su historia de emigrante del amor. Fué una confesión absoluta, un vaciar completo del alma, que acaso, seguramente, a la luz del Sol, en otro sitio, no se hubiera atrevido a llevar a cabo.

Se lo contó todo, recreándose en los detalles de su propio martirio.

—A mí me sacó de Madrid la ambición: tú sabes cómo yo vivía allí. Había logrado todo lo que puede lograr una de nosotras: un hombre fijo que me mantenía, una casa bien puesta, mi abono de coche y alguna alhaja de cuando en cuando. Pero yo veía que aquella vida tenía que acabarse alguna vez, y cuando se acabase, como yo no podía ahorrar una peseta ni un solo mes, ¿qué era lo que me esperaba?

—¡Claro! Eso de que el Estado no se decida a incluiros en el presupuesto de Clases pasivas...

—Alguien murmuró a mi oído la eterna canción: «Hay un país en el mundo donde las mujeres ganan en un mes lo que aquí en un año: los hombres, como tienen mucha plata, son espléndidos, son generosos, y una mujer lista, con tres o cuatro años allá vuelve rica y dispuesta a reirse de todos los cabritos y de todas las alcahuetas.»

—Y ¿quién te decía eso?

—No; si así en concreto no era nadie. Eran palabras sueltas que una oía: en la sobremesa de una comida en

mi casa, en la conversación de la manicura que ha vivido aquí muchos años... Y luego, lo que más arrastra, el ejemplo: «Fulanita ha vuelto de Buenos Aires. ¡Y cómo viene! Trae una de alhajas... Además ha comprado una casa en la calle de Segovia.» «Zutanita ha llegado de Méjico. Bueno, ha encontrado allí un viudo millonario que se quería casar con ella; pero ella no ha querido. Se trae un automóvil que vale lo menos cincuenta mil pesetas.» Total, que yo un día, sin decírselo a nadie, sin despedirme de nadie, me escapé de Madrid.

—A la feria de Sevilla.

—Sí, pero en Sevilla sólo estuve dos días; al tercero me marché a Cádiz, y al siguiente embarqué en el *Reina Victoria Eugenia*. Y ¡ríete tú de la que diga que tiene suerte! Para suerte la mía. En el barco, comiendo en la misma mesa que yo, me encontré a la Divina Providencia.

—Me han hablado de un tal Luis Sedano.

—Pues ese es. ¿Quién te lo ha dicho?

—Leónidas.

—¡Charrán! ¿Y aún se atreve a nombrarle? Ya verás la faenita que me hicieron entre los dos.

—Bueno; prosigue, sin divagar.

—Antes de llegar a Canarias, Luis y yo éramos ya amigos, y el día antes de pasar la línea...

—Tuvisteis un hijo.

—¡No seas estúpido! Lo que tuvimos fué la primer bronca. Pero una bronca espantosa, formidable, como las gastan por acá. Un bochinche del diablo. Allá, cuando un hombre y una mujer se pelean, generalmente quien más chilla suele ser la mujer, y si llega la hora de pegar, el que pega más es el hombre.

—Sin embargo, se dan casos en que...

—Bueno, pues acá, siempre, el único que chilla y que pega es el hombre.

—¡Gran país!

—No tienes idea de la que se armó: fué a las doce de la noche y en la cubierta de los botes, y la cosa fué tan espantosa, que acudió el sobrecargo y nos amenazó...

—Con echaros del barco.

—Con instruirle a él sumaria por malos tratos.

—¡Macanudo!

—Hicimos las paces al día siguiente, y cuando llegamos a Montevideo, yo, sin haber pisado tierra, ya podía decir que había hecho la América. Tenía en mi poder un cheque contra la cuenta corriente de Luis en el Banco de la Nación, por valor de cincuenta mil pesos. El era riquísimo: argentino y porteño, había pasado dos años en Europa, y ahora volvía a su patria. A mí me puso un piso en la calle de Córdoba, entre Florida y Maipú, que era una monada; me compró un *auto* y me dijo que me daría todos los meses tres mil pesos para mis gastos; pero no hubo ni uno en que entre extraordinarios y regalos no me diera lo menos el doble. El jugaba mucho en las carreras, y un día en que había ganado un platal, se me presentó en casa, y a los postres de la comida sacó unos papelotes del bolsillo y me los puso en la mano: eran las escrituras de compra, a mi nombre, de dos terrenos sin edificar en el barrio de Flores.

—«Los he comprado baratos: sesenta mil pesos los dos; pero dentro de un año valdrán el doble.» Y no me engañaba. Yo, desde que llegué a Buenos Aires—que excuso decirte que me parecía la ciudad más hermosa del mundo—no tenía más que una pena, un remordimiento.

—¿Cuál?

—El de no haber venido antes. El del tiempo que me había pasado en Madrid haciendo citas a cien pesetas en casa de Pilar y de *la Loca*. Pero bueno: al grano. Entonces, ¡agarráte!, como dicen aquí, ¡conocí a Leónidas! Me lo presentó el mismo Luis, de quien es muy amigo; fuimos una noche al Argentino a ver a Parravicini; él esta-

ba en una butaca y Luis lo mandó llamar a nuestro palco... Después he pensado mucho en aquella llamada y me he convencido de que, desde el principio, estaban de acuerdo.

—Pero, ¿de acuerdo para qué?

—Ya lo verás. Ya te he dicho que Luis jugaba mucho en las carreras; yo, sin que él me lo dijera, conocía cuándo ganaba y cuándo perdía. Si ganaba, venía a casa muy contento, me llevaba a comer con él a Conte o al Sportman, o hacía traer a casa la comida de alguno de esos sitios; me llevaba al teatro, y a veces me traía alguna joya.

—Me han dicho que llegaste a tener muy buenas alhajas. ¿Qué has hecho de ellas?

—Ya llegaremos a eso. Los días en que Luis había perdido, ni aparecía por casa, ni tenía la menor noticia de él. Y era inútil que yo preguntase por teléfono al Club del Progreso, de donde es socio: nadie sabía nada de él. Un día se me presentó Leónidas en mi casa de improviso: no había estado nunca en ella; nos habíamos visto mucho en el teatro, por los restaurantes, pero siempre delante de Luis. Aquel día, según me dijo, venía a hacerme un gran favor.

—Sí; a acostarse contigo.

—...Ese fué el final, pero... no venía a eso. Venía a ponerme en guardia: Luis se estaba arruinando; había vendido ya la magnífica estancia que tenía en Mar del Plata y las cinco casas de Buenos Aires; ahora la había emprendido con las cédulas hipotecarias... Dentro de poco estaría completamente fundido. Yo, como tú comprenderás, no tenía por qué desconfiar de aquel muchacho; me entró miedo, un miedo a quedarme en la calle, a tener que buscar de nuevo, en una ciudad desconocida, y, sobre todo, ese terror instintivo que siente uno en la vida cuando nota que le quiebra la racha de la buena suerte.

—Y Leónidas se aprovechó de ese miedo.

—Ni más ni menos.

—Es un caso muy vulgar.

—Empezó a aconsejarme: yo lo que debía era procurar salvarme antes de que llegara el hundimiento definitivo. Ir alejando poco a poco a Luis hasta llegar a sustituirle; cuando me decidiera a esto último debía avisarle; él me presentaría a tres o cuatro tipos de lo mejor de Buenos Aires. «¡Un platal cada uno, mi hija!» Yo podría elegir al que más me conviniera. Pasaron unos días: hacía quince que yo no había visto a Luis ni había tenido la menor noticia de él; Leónidas, en cambio, casi puede decirse que vivía en mi casa. Una tarde, cuando yo me disponía a salir con Teresita, ¡pam!, se me presentan en casa los dos.

—¿Luis?

—Y Acacio. A petición suya nos encerramos los tres en esta misma habitación, y Luis se echó a llorar; se había fundido, fundido por completo. Venía a despedirse de mí y a pedirme un favor: que le devolviera las escrituras de compra de los terrenos que algunas semanas antes me había regalado; sus cálculos iban resultando fallidos, pues dichos terrenos, en vez de subir de precio habían bajado un poco; pero aun así, vendiéndolos a como se los quisieran pagar, tendría para hacer frente a algunos compromisos de momento... y evitaría el tener que pegarse un tiro.

—¿Se las devolviste?

—¿Cómo no? Yo quería a Luis, no diré de un modo loco, pero le quería, y, sobre todo, le estaba agradecida. Así que no tuve ni un momento de duda; pero si alguna hubiera tenido, me la habría desvanecido Leónidas en el acto: estaba colocado de pie a espaldas de Luis, y me hizo un gesto que quería decir muy claro que hiciera lo que me pedía. Luis me besó las manos, me llamó ángel no sé cuántas veces, se marchó a la calle y... no

le he vuelto a ver. Sé que vive en Rosario, bastante mal el pobre, pero él nada me ha dicho. Aquella misma noche, a la hora escasa de haberse marchado los dos, volvió *don* Leónidas.

—A traerte dinero, seguramente.

—Pues mira, no vas muy descaminado. Sin darme ninguna explicación de la escena anterior, me dijo de sopetón: «Ponte el traje y las alhajas mejores que tengas, arréglate lo mejor que puedas, y vámonos.» «¿Dónde?» «No me lo preguntes: esta noche te juegas tu porvenir; si eres lista y sabes aprovecharte, te vas a reir muy pronto de Luis Sedano.» Salimos, y por el camino, en el *taxis*, fué un poco más explícito: íbamos a comer con tres tipos que eran de los más ricos de Buenos Aires; me dió sus nombres, y, en efecto, a dos de ellos les conocía yo mucho de oídas; al tercero, no, pero me supuse que no sería ningún atorrante. Socios del Jockey los tres, personas de lo más *caché*, hombres serios que cuando tenían una querida la utilizaban como anuncio de sus fortunas fabulosas, y las cuidaban tanto como a un ejemplar que hubiesen de llevar a la exposición rural de Palermo. «Bueno, pero yo, ¿qué voy a hacer con los tres?», le dije. «Tú no tienes más que dejarte querer, y al que mejor se porte, a ese le haces cara.» La comida fué en un pisito de Talcahuano que tenía alquilado uno de ellos para sus trapicheos; realmente fué una cosa espléndida, servida por el Jockey y amenizada por una musiquilla que no pude enterarme de dónde salía. Yo me emborraché un poco, pero no tanto que no me diese cuenta de lo que allí estaba pasando.

—¿Qué pasó?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Como lo oyes; absolutamente nada. Aquellos señores me estuvieron tratando toda la noche con un gran respeto, como a la querida de Leónidas que les ha he-

cho el favor de ir a comer con ellos para alegrarles un poco la comida; me dirigieron tres o cuatro piropos completamente correctos, como hubieran podido dirigírselos a una señora de su clase, e hicieron varias alusiones a Luis Sedano y a su ruina, mirándome con cierta lástima como a una víctima irremediable del hundimiento de aquella fortuna. Total, que yo saqué el convencimiento de que aquellos señores habían ido allí de buena fe, sin ánimo de conquista alguno, y sin que Leónidas me hubiera preparado el terreno para nada. El, lo que quería era poder decir que había cumplido su palabra de presentarme a unos cuantos tipos de los más ricos de Buenos Aires, y que yo, por sonsa, había desperdiciado la ocasión y no había sabido enganchar a ninguno de ellos. En efecto, desde el día siguiente y siempre que yo me quejaba de lo mal que se me iban poniendo las cosas, él no sabía más que decirme: «¡Claro! Como que vos sos una estúpida, una gallega de mierda, que no tenés habilidad para nada; si llega a ser una francesa la que va conmigo a la comida de aquella noche, a estas horas uno de aquellos tipos estaría ya volteado con toda su fortuna.»

—Y puede que en eso no le faltara razón al buen Leónidas.

—¿Tú tambien?

—No te enfades, hijita; pero las golfas españolas, por lo general, sois demasiado honradas... Bueno, sigue.

—No, si ya hay poco que contar: yo, al ver que Luis me había dejado definitivamente, me mudé a esta casa más modesta, vendí algunos de los muebles que tenía en la otra, parte porque no me cabían aquí todos, parte porque necesitaba dinero, y... aquí me tienes. El último golpe—de eso hace relativamente muy poco—fué el de la casa de remates. ¿Tú sabes ya lo que es una casa de remates?

—¡Ya lo creo! Una de las instituciones nacionales ar-

gentinas: eso, las carreras y los frigoríficos, creo yo que son el triángulo de la nacionalidad.

—Eso debe creer también Leónidas, porque un día se me presentó diciendo que había encontrado un socio para poner en Florida una casa de remates estupenda, la mejor de Buenes Aires: un establecimiento maravilloso donde, a golpes de martillo, se venderían al remate desde terrenos en los mejores sitios de la ciudad, hasta unos zapatos de señora.

—¡Es un genio este Leónidas!

—Que su socio tenía mucho dinero, y además cedía el local en una casa suya, pero a él le había exigido que aportase alguna plata, no mucha, la suficiente para ayudar a los gastos de instalación. El no sabía dónde buscar ese dinero, y como la cuestión era de vida o muerte, pues necesitaba trabajar en algo, quería que yo le *prestase* algunas de mis alhajas para, con el producto de su empeño, reunir unos pesos; luego, ¡naturalmente!, se irían desempeñando con las ganancias mismas del negocio. Se las di y... me ha pasado lo que con Luis: no las he vuelto a ver.

—¿Y la casa de remates?

—No existe, ni ha existido nunca. Lo que pusieron con el producto de mis alhajas fué un escritorio en Florida: un escritorio donde llevan a todas esas chicas que pasean por ahí y que no querrían subir a una amueblada... Y aquí me tienes: haciendo hoy una cita por la que me dan cincuenta pesos; vendiendo al otro día un mueble o un vestido para pagar una trampa; paseando por Florida y la Avenida a la hora crítica, para ver si alguno se engancha, cae y puedo subirle un poco la tarifa. Es inútil que intente levantarme: acá la mujer no tiene más que una ocasión: pasada ésta hay que dejarse morir. Y todavía ¡si yo supiera que había de seguir siempre así! Por lo menos tengo mi casa, soy libre... Pero tengo miedo, un miedo espantoso a seguir en la cuesta abajo que ya he

empezado a recorrer: porque al final de esa cuesta yo sé que hay algo muy triste.

Enmudeció: había terminado la historia, y ambos se sentían fatigados como si, al par del relato, hubieran ido viviendo aquellas escenas agobiadoras. Pepita lloraba; mansamente, sin estrépitos, iban corriendo sus lágrimas, derramando la amargura de su llanto, más que por los esplendores del pasado perdido, por las tristezas del cercano porvenir.

Al poeta le pareció pueril consolarla. Sólo al cabo de un rato pronunció una frase, que parecía salir de las tinieblas, ya absolutas, de la alcoba:

—Pepita, ¿por qué no te vuelves a España?

—¡Oh! Eso, no: volver así...—rechazó ella, como si le hubieran propuesto un absurdo.

—Vente conmigo: yo te llevo. Dentro de dos meses, aproximadamente, me volveré yo; iremos juntos en el barco, como dos amigos, como dos hermanos, si tú quieres. Juntos... hasta Cádiz: una vez allí, nos separamos y cada uno sigue su camino. Alguna vez nos volveremos a encontrar. ¿Quieres?

—¡Nunca! Yo así no puedo volver: sería ridículo. ¡Poco que se iban a reir de mí ellos y ellas al verme llegar medio muerta de hambre! ¡Quita, quita!...

Era lo de siempre, era lo de todos: la suprema razón, el supremo terror que ataba, para siempre a veces, a la tierra ingrata de la emigración, al emigrante fracasado. Había que volver poderoso, hinchado de plata, para abofetear con ella a los infelices que quedaron allá..., o no volver. En los días que llevaba en Buenos Aires, Manolo Villena lo había visto muy claro: el emigrante era casi siempre un vanidoso que no podía transigir con la humillación de su vanidad; de la aventura de América había que retornar con las manos repletas de oro, pues volver con ellas vacías era la negación del mérito, de la belleza, del talento. Y allí estaban el sainetero aplaudido que

ahora arrastraba una vida miserable, y el artista que vino para dar sus conciertos en el Odeón y había acabado tocando en la orquesta de un cafetín del paseo de Julio, y la cortesana tamosa que ahora hacía de giranta en las altas horas de la noche por las inmediaciones de Callao...

Todos víctimas de la misma ilusión deshecha; todos atados a la tierra de su deportación por la cadena de su propia vanidad de fracasados.

Una noche, a eso de las siete, Manolo estaba en su cuarto del hotel; se disponía a vestirse para ir al Coliseo, donde el formidable De Angelis cantaba *Mefistófeles.*

Había estado lloviendo todo el día, y se notaba una humedad que calaba hasta los huesos y hacía apetecer una larga permanencia en la estufa de un baño turco.

En la gran puerta de cristales de la habitación dieron unos golpecitos: era el criado del piso, el mucamo, como les llama todo el mundo en Buenos Aires.

—El señor Donatello está abajo y dice que si puede ver al señor.

—¿El señor qué?

—Donatello.

—¡Que lo recontra!—dijo por lo bajo el poeta, y por si acaso se trataba de un camelo ofensivo.

—¿Qué digo?

—Bueno: que suba.

Eran ya muchas las personas, desconocidas aun de nombre, que había hecho subir hasta aquella habitación del cuarto piso, y a las que recibía acomodándolas entre la cama a medio hacer y el montón de ropa limpia que acababan de traer del lavado. Lo hacía así porque le resultaba más cómodo hacer subir a ellos que bajar él a la sala de visitas del primer piso.

El visitante de ahora le llamó desde el primer momento la atención: era un tipo alto, muy rojo, con unas grandes gafas—esas gafas gigantes de gruesa armadura ne-

gra que se ven tanto en Buenos Aires—y con la cara tan llena de peluchos punzantes que se veía muy a las claras que para él la operación del afeitado era una operación de las de fin de mes. Las ropas, todas de un color gris de panza de burra, aparecían ahora, gracias a la lluvia, adornadas con unos festones hidráulicos que mejoraban notablemente su aspecto: se diría que las ropas—el cuello del gabán, los cabos de los pantalones, las mangas de las prendas—necesitaban un afeitado tanto como la cara.

Entró en la habitación muy sonriente; en el curso de la conversación pudo observar Villena que aquel hombre sonreía siempre, aun para decir las mayores atrocidades; la sonrisa parecía en él una prenda más de su indumentaria. En conjunto parecía uno de esos tipos que salen en las comedias divinamente caracterizados, pero a los que, a pesar de su estupenda caracterización, no se ha encontrado uno nunca por ahí en la vida.

—¿El señor Villena?

—Servidor de usted.

El hombre hizo una reverencia que parecía que iba a besarse a sí mismo los pies.

—¡Oh! ¡Cuánto honor en conocerlo! ¡Si usted supiera la admiración que me ha inspirado siempre! Admiración y agradecimiento, sí, señor; gracias a usted, gracias a la magia infinita de sus versos, me he curado yo de muchas tristezas: una vez, con uno de sus magníficos sonetos, que parecen cincelados por Cellini, me curé yo un dolor de muelas.

Manolo vió en seguida muy claro: aquel hombre, o era un loco o un sablista; también podía ser las dos cosas: un sablista que se hubiera vuelto loco. Como vió que aquello iba para largo, le dijo:

—Le agradezco sus elogios, y usted no se molestará porque yo, en su presencia, me mude de ropa; tengo que ir al teatro y se me hace tarde.

—¡Por Dios! Molestarme... Será para mí un honor inesperado. Usted, ¡claro!, no me conoce.

—No.

—Soy Temístocles Donatello, librero en la calle de Corrientes, a la derecha, conforme se va a Callao.

—¡Ah!

—Es usted el autor español que más se vende en Buenos Aires.

—Ya he visto que aquí la gente es muy culta. ¿Usted es italiano?

—Mi padre lo era; yo nací en La Coruña, y mi madre era argentina. Tengo dos hermanos: uno chileno y otro cubano.

—Es decir, que su familia de usted era un mapamundi.

—¡Cómo se ve en usted al latino!... Yo llevo treinta años en Buenos Aires, y... Pero, ante todo...

Metió mano en uno de los abultados bolsillos de su gabán, y extrajo de él una caja de cartón, que... por la forma y el tamaño, parecía guardar una docena de cuellos.

—Hágame el favor de aceptar este pequeño obsequio, débil muestra de la fervorosa admiración de este su devoto lector y librero.

Instintivamente fué a replicar Villena:

—Le advierto a usted que yo no uso cuellos postizos.

Pero recapacitó que bien podría tratarse de otra cosa. ¿Otra cosa? Le entró miedo de pronto; aquel hombre tenía muchas trazas de loco, y aquel envoltorio podía encerrar un serio peligro: una bomba, un animal vivo, una serie de recibos sin pagar... Adoptó rápido una determinación: se retiró hacia el balcón, y dijo al otro, que casi no se había movido de junto a la puerta:

—¿Quiere hacerme el favor de desembalarlo usted mismo? No puedo perder mucho tiempo.

—¡Ya lo creo! Con muchísimo gusto.

Abrió la caja y sacó de ella un bultito de papel de seda: quitó éste y aún quedaba otro menos fino; despojó también de éste al envoltorio y apareció una cosita del tamaño de una naranja, pero más bien en forma de pera... sin rabo. Villena lo conoció en seguida: era un mate, uno de esos recipientes destinados a servir de taza para saborear la clásica yerba argentina; pero no un mate vulgar, de esos de tosca madera, que parecen las perillas de una cama vieja, sino una obra de arte, de un material riquísimo, avalorado con unas incrustaciones que parecían de marfil y unos arabescos caprichosos.

—Es obra mía—dijo, ofreciéndoselo con timidez el sonriente Donatello.

—¡Ah! Pero... ¿también orfebre?

—En mis ratos de ocio, sí, señor. No olvide que m padre era paisano de Benvenuto Cellini.

Manolo tomó en sus manos aquella joya: realmente el insigne artífice florentino no se hubiera deshonrado firmando aquello. Aunque hubiera tenido que falsificarse la propia firma.

—Gracias, muchas gracias; créame que se lo agradezco de veras.

—¡Oh! ¡Por Dios!.. Y ahora, mientras usted acaba de vestirse, ¿quiere que hablemos? Mi visita no obedece sólo al placer de conocerle personalmente y rendirle mi homenaje.

—Ahora es cuando viene el sablazo—pensó Villena.

—Yo sé a lo que ha venido usted a Buenos Aires, señor Villena; aquí le están robando a usted mucho en la cuestión de sus libros.

—¡Bah! No hay que exagerar.

—Si, señor, robando; yo estoy muy bien enterado. Y uno de los ladrones he sido yo.

—¡Pucha! Tome usted asiento. ¿Quiere que le traigan algo de comer?

—Es usted muy amable; pero yo, entre horas, no tomo más que aspirina.

—Como quiera.

—Sí, señor: el año pasado yo hice una edición de seis mil ejemplares de su obra *Memorias de un edredón;* los vendí como agua. Y este año lo tenía ya todo preparado para hacer una edición de sus poemas *El período de las diosas*, cuando me enteré por los periódicos de que usted estaba para llegar a Buenos Aires.

—¡Qué lástima! Si usted me avisa, yo retraso mi viaje.

—Al saberlo tuve una gran alegría.

—Me la figuro.

—Sí, porque yo, desde que vendí el último ejemplar de las *Memorias*, sentía un gran remordimiento de conciencia. «Es un robo lo que yo estoy haciendo», me decía al despertarme por las noches. «Me expongo a acabar en la cárcel.» Y yo, señor Villena, tengo seis hijos.

—¿Clandestinos también?

—Legítimos, y con el apetito de un tigre que hubiera tomado un vermú. Yo vi en su viaje mi redención: porque yo, después de confesarme con usted y pedirle perdón, voy a ser su policía. Aunque me esté mal el decirlo, de todos los ladrones yo he sido el más honrado: vamos, el que ha hecho menos ejemplares.

—¿Qué es? ¿Que le faltó a usted papel?

La sonrisa de Donatello se trocó en una carcajada de las de Mefisto en el jardín de Marta, que iluminó su rostro colorado y lleno de peluchos, como un rayo de sol un campo de maíz.

—Algo hubo de eso, sí señor.

Manolo Villena estaba ya en calzoncillos y camiseta: se desnudaba sin pudor alguno delante de aquel hombre, que le inspiraba ya una confianza tan grande como si fueran hermanos de leche. Ventajas de la sinceridad. Sentado en una silla fué a cambiarse las botas por unos zapatos de charol.

Donatello avanzó hacia él, se puso de rodillas a sus plantas, y exclamando: «¡Oh!, no puedo consentir que se moleste; permítame que le ayude», empezó a desabrocharle el calzado.

El poeta iba a protestar, pero una rápida consideración le contuvo: aquel hombre, que a costa suya se había metido unos cuantos pesos en el bolsillo, bien podía devolverle ahora en trabajos domésticos una parte de sus ganancias. Nunca habría existido ayuda de cámara tan caro.

Donatello le calzaba los zapatos—después de haberle mudado los calcetines—y hablaba:

—Pues sí, señor: yo he sido el que menos le ha robado a usted. Pero yo le restituiré con creces lo robado. Gracias a mí va usted a meter en la cárcel a dos o tres editores.

—¡Eh! ¡Eh! Que no se trata de eso: yo no he venido a Buenos Aires a meter en la cárcel a nadie. Lo hecho, hecho queda. Lo único que quiero es evitar que en lo porvenir me sigan robando.

Ya calzado, se puso de pie, y empezó a colocarse la camisa de frac que, ya preparada, tenía encima de la cama.

Donatello fué al lavabo, vertió sobre sus manos—sobre aquellas manos que habían robado al poeta– un chorro de agua caliente del grifo, y, para no mancillar las toallas, se las secó con el faldón de la camisa que Villena se acababa de quitar, y que yacía flácida sobre el respaldo de una silla, como una bandera que se arría. Una vez purificado—la confesión ya le había también purificado el espíritu—continuó ayudando al poeta en la prosaica tarea de vestirse. Le bajaba el faldón posterior, le ensanchaba con el dedo la cintita por donde había de pasar la corbata, le alisaba la tela sobrante en la espalda...

Y continuaba hablando:

—De manera que a usted lo único que verdaderamente le interesa es que el caso de las ediciones clandestinas no se repita. ¿No?

—Claro.

—Muy bien; yo sé que en este momento se están preparando, en un sitio que también conozco, unas ediciones de casi todas sus obras, para lanzarlas a la plaza en el momento en que el barco en que usted se vuelva a Europa salga de las aguas del Plata. Se trata, como usted habrá comprendido, de aprovechar el ruido hecho por la prensa alrededor de su viaje y la propaganda personal que siempre supone la presencia de un autor de público en una ciudad.

Había llegado el momento de que Villena se pusiera los pantalones. Humildemente, el señor Donatello se los sujetó por las puntas.

—¿Dice usted que conoce el sitio?

—¡Ya lo creo! Y me ofrezco para guiarle hasta él.

—¿Cuándo?

—Cuando usted quiera.

—Mañana mismo.

Villena pensó que la cosa podía ser divertida.

—Y ¿dónde es?

—¡Oh! Yo le llevaré hasta la misma puerta, y hasta entraré con usted. A mí ya me conocen; a usted... no sé si por el retrato le sacarán.

—Lo mejor sería que no me sacaran, como usted dice. Pero no es cosa de disfrazarse: eso sería dar al asunto un carácter de película.

—Puede que no haga falta.

Se ponía los tirantes; es decir, se los ponía el librero, abrochándole uno a uno los botones, mientras el poeta estaba con los brazos alzados como si fuera a poner banderillas.

—¿A qué hora vamos a ir?

—Lo mejor es por la noche; cuanto más tarde, mejor.

—A la hora que usted diga.

—Pues... de las doce en adelante. Yo vendré a buscarle aquí.

—Muy bien. Ahora vamos a hablar de otra cosa. Yo quiero visitar su librería.

—¡Oh! Será para mí un honor: es un bolichito sin importancia, pero no me quejo; me defiendo mejor que otros libreros de Florida, que tienen mucha fachada, mucha parada, pero yo le garanto que no tienen en plaza el crédito que yo. Pregunte usted, señor Villena, pregunte donde quiera por Temístocles Donatello, el de Corrientes, y todo el mundo le dirá que soy un hombre honrado, que no debo nada a nadie, y que jamás he devuelto una letra. ¡Son treinta años de trabajo honrado, señor!

—No apriete usted tanto la trabilla del chaleco.

—¡Oh! Perdón... ¿Está bien así?

—Así.

—En cambio otros, con mucho escaparate, mucha luz a la puerta y mucha dependencia, cuando les llegan los vencimientos tienen que tirarse de los pelos.

Villena estaba vestido.

—Me voy, amigo Donatello: no puedo esperar. Mañana, antes de mediodía, pasaré por Corrientes.

Le acompañó hasta abajo, y en la puerta del comedor se despidió: las zalemas, las cortesías, las reverencias, fueron tantas, que Manolo tuvo que dejarlo con la palabra en la boca.

A la mañana siguiente, en punto de las diez, el poeta, con el cuello del gabán subido, caminaba despacio por la acera derecha de Corrientes, en busca de la tienda de Temístocles; hacía frío, un frío raro en Buenos Aires, por lo intenso.

Iba llegando a Callao, y la librería no aparecía; veía otras, pero el apellido Donatello no lucía en ninguna de las muestras. Claro que él, la noche anterior, le había

dicho el número; pero era uno de esos números de más de dos cifras, tan comunes en la ciudad, y que, como no se apunten, no es fácil recordarlos.

En una especie de cajón, con un cristal delante, que había adosado a la pared, se detuvo a ver unos lapiceros que tenían cada uno los colores de las banderas de distintos países; al lado había unas postales de señoras sugestivas; más allá unas barajas francesas y unos libritos que eran letras de tangos y de vidalitas; en un rincón del diminuto escaparate, como el señor que está de visita en una casa donde no conoce a nadie, había también un libro: una novela con un título muy raro, editada en Montevideo.

Villena tuvo una corazonada y alzó la vista; en efecto, sobre una tabla que corría por encima de la vidriera y de una pequeñísima puerta adjunta, se leía en letras azules: «LIBRERÍA LATINA, DE T. DONATELLO».

Era la calle de Corrientes, de todas las de Buenos Aires, por la que con más frecuencia pasaba Villena: casi podía decir que se sabía de memoria cada uno de sus comercios, de sus teatros, de sus cines, de sus muchos restoranes italianos en los que los pollitos, ensartados en el asador, se asaban a la vista del público para mayor garantía. Y, sin embargo, nunca se había fijado en aquella estupenda *librería latina*, que, a juzgar por el título, debía ser un gran centro de cultura. Hasta juraría que la habían instalado la noche antes para darle a él una sorpresa.

Entró; por todas partes había montones de libros, de folletos, de letras de cuplés y de tangos; pilas que llegaban hasta el techo, en un desorden de casa en la que se acaba de hacer la mudanza. Entre aquellas columnas de papel y cartón surgía un mostrador que atravesaba el recinto. Lo que no se veía allí era alma viviente.

El poeta tosió, dió unas pataditas en el suelo, hizo todos esos ruidos que hace una persona cuando quiere que

se den cuenta de su presencia en un lugar. Por fin, al cabo de un rato, apareció una mujer vestida de negro, joven aún, y con ese aire de dejadez enfermiza que tienen las personas que comen poco.

—¿Qué deseaba?

—¿El señor Donatello?

La mujer no sabía qué contestar.

—No está... Es decir, sí... Pero está comiendo.

—¡Ah!, bueno; pues no le diga nada. Esperaré.

No era allí muy abundante la luz, a pesar de que el día en la calle era de los más claros; por eso Villena no pudo ver al propio Temístocles, que desde el fondo del local—un fondo interminable—avanzaba hacia él con una servilleta cayéndole del cuello a las rodillas, y la boca llena de alimentos que hacía vanos esfuerzos por deglutir aprisa.

—¡Señor Villena! Está usted en su casa; pase por aquí.

Levantó un trozo del mostrador, y por aquella brecha hizo pasar al poeta, que se encontró de repente sumido en plenas tinieblas; el instinto, y el ruido de los pasos del otro que iba delante, le guiaban únicamente; de cuando en cuando tenía que retroceder porque un montón de libros o de romances le cortaba el paso.

—Por aquí, por aquí—iba diciendo el librero continuamente—. La luz no es muy espléndida, y mientras no se acostumbra la vista...

Al final se veían claridades inesperadas; un olorcillo grato empezó también a acariciar la pituitaria del poeta. Tres pasos más, dos nuevos tropezones, y había llegado a la tierra de promisión.

—Le paso a usted aquí, al comedor, porque aquí no nos importunará nadie. Usted ya habrá comido, ¿no?

—Sí.

—Pues si a usted no le molesta, yo voy a seguir haciéndolo.

Hizo sentar al poeta en una silla, después de desalojar de ella a un gato que pacíficamente la ocupaba; el librero se acomodó en otra que había ante una mesa no mayor que el puño de un bastón, y siguió comiendo. En un plato había una verdadera pirámide de macarrones que se mantenía enhiesta por un milagro de equilibrio, y Donatello, que indudablemente era un técnico en aquello, iba sorbiéndolos uno a uno con tal arte, con elegancia tal, que el cordón de masa no tenía nunca solución de continuidad entre el plato y la boca del comensal; parecía que todo aquel montón formase una sola pieza.

—Son mi debilidad los macarrones. Esto es en mí algo atávico, porque como mi padre era italiano...

Villena pudo ver algo raro: el rostro del librero únicamente dejaba de sonreir en el momento de comer. Era un espectáculo inusitado, y sólo por presenciarlo ya se alegraba de haber venido.

Poco a poco, acostumbrado a la luz que venía del patio, fué examinando la habitación; la humedad del patinillo parecía penetrar allí también, poniendo unos costrones amarillentos en las paredes, que hacían las veces de *panneaux* artísticos. El mobiliario lo formaban la mesa en que el dueño de la casa comía, las dos sillas en que visitado y visitante se sentaban y un baúl forrado de lona.

No creemos que San Francisco de Asís estuviera instalado con más modestia. A Manolo, ¿por qué negarlo?, le produjo alegría aquella humildad. Le hubiera molestado mucho encontrarse al dueño de la librería latina instalado al modo principesco, en un comedor con muebles de caoba, comiendo faisán con patatas y haciéndose cantar en el gramófono unos discos de Caruso mientras comía... y pensar que todo aquel orientalismo lo pagaban las ediciones clandestinas de sus obras.

Pero ante aquella sencillez, ante aquella huelga de *confort* que un espartano hubiera creído exagerada, el

autor de *Sonetos puerperales* se planteó un dilema: o Temístocles Donatello era un miserable que todo lo que ganaba lo encerraba avaro en un cofre-fort del Banco de la Nación, o el de las ediciones clandestinas era un negocio mucho más fantástico que hacer seguros de vida en una necrópolis.

Como el menú de Donatello no se componía más que de un plato—los macarrones—, la comida terminó en seguida. Temístocles quiso que el poeta conociera la casa; le llevó al almacén, que no era otra cosa que una cueva atestada de libros, los cuales, cuando hacían falta, se extraían desde fuera enganchándolos con una especie de tenedor de madera.

El librero pescó uno al azar.

—Mire, este es uno de los pocos ejemplares que me quedan de la edición que yo hice de *Memorias de un edredón*.

Manolo Villena lo tomó en sus manos, le dió vueltas, lo examinó con cariño; por fuera resultaba exactamente igual a la edición de Madrid; por dentro, el papel era infame, un verdadero papel de envolver, en el que los caracteres, de una impresión detestable, patinaban como si tratasen de ganar un campeonato. Pero, feo y todo, no lo repudiaba; era como si se hubiera encontrado pidiendo limosna, al volver una esquina en una noche fría, al hijo ilegítimo tenido con una criada, y al que se conociera por una señal indeleble. Ilegítimo y sucio, pero hijo de nuestra sangre al fin.

Temístocles, viendo la emoción de él, le dijo:

—Se lo regalo. Acéptelo como recuerdo de nuestra amistad.

—Gracias, Temístocles.

Del almacén pasaron a la sección de Contabilidad y Teneduría de libros: era un cuartito muy bajo de techo, al final de la casa, y en el que una porota, que no tendría más de ocho años, iba contando y haciendo paquetitos

con unas hojas de papel que eran la letra del célebre tango *Flor de fango*.

—Una de mis hijas—presentó el padre—. Es la que más me ayuda: ella lleva al día la venta... y la correspondencia.

La chica sonrió con la misma sonrisa que el autor de sus días llevaba eternamente grabada en el rostro.

Encima de un cajón Villena vió otro de sus libros: era un ejemplar—clandestino también, *ça va sans dire*—de *El período de las diosas*.

Donatello tomólo en sus manos, y con gran timidez dijo al poeta:

—Señor Villena, yo quisiera pedirle un favor, pero... no va usted a querer... Bueno, si no quiere, hágase cuenta que no le he dicho nada... pero no se enfade conmigo.

—¿Qué es ello?

—Que yo quería... tener un libro de usted... dedicado... con su autógrafo. Este mismo, por ejemplo.

—Sí, hombre. ¿Por qué no? Venga una pluma.

Donatello, tembloroso de júbilo, se apresuró a facilitarle una. Villena escribió con ella en la primera página: «A Temístocles Donatello, padrastro de mis hijos. Muy agradecido.—*Manuel Villena.*»

El librero quiso besarle las manos, cosa que Manolo no consintió, porque había observado que después de comer los macarrones no se había limpiado la boca.

Salió a despedirle a la puerta de la calle.

—Hasta la noche.

—A las doce en punto.

A las once y media de la noche, Manuel Villena ya estaba listo para la expedición. Donatello podía venir cuando quisiera.

No había querido preguntar detalles, nada había querido saber; así la excursión conservaba su carácter de aventura divertida, en la que lo imprevisto pondría los mayores atractivos.

Había tomado un mínimum de precauciones; habíase vestido con el traje más viejo que tenía, se había peinado de un modo arbitrario, para borrar en lo posible el parecido con los retratos, y en la cabeza habíase colocado un sombrero flexible, forma buñuelo, que tenía para los días de lluvia, a pesar de que la noche estaba de una esplendidez de turquesa. ¿Armas? Guardó en el fondo del armario un revólver de cinco tiros que casi siempre llevaba consigo; no se trataba de matar a nadie, y, caso de que las cosas viniesen mal dadas y el muerto fuera él, sería ridículo que al registrar el cadáver le encontrasen un arma en el bolsillo con la que no había sabido defenderse. Como sustitutivo del revólver tomó un bastón algo hidrópico.

Lo que hizo fué despojarse del dinero, del reloj y de las sortijas; se quedó con algunos pesos para el gasto indispensable... y esperó a que viniera Temístocles. Así lo único que podrían quitarle sería la vida.

Y Temístocles llegó. Era el mismo hombre del día anterior, la misma indumentaria—¡acaso no tenía otra!—, la misma sonrisa. No se había creído en el caso de trans-

formarse para tomar precauciones; únicamente los peluchos de la barba tenían algunos milímetros más que ayer; bien es verdad que actuando de alambradas podrían servir de defensa a su rostro.

—¿Vamos?

—Vamos.

Manolo paseó por la habitación una mirada; le había tomado cariño a aquellas cuatro paredes, que todavía no habíanle dado ningún disgusto serio. ¿Las volvería a ver? Por si acaso, entonó entre dientes la romanza del tercer acto de *Tosca:*

«O dolci baci
o languide...

A la puerta del hotel tomaron un *taxis*. Donatello dió al chófer en voz alta una dirección que Villena hizo lo posible por no oir.

—Voy a bajar las cortinillas—dijo, una vez el coche en marcha.

—¿No quiere que lo vean?

—Lo que no quiero es ver yo.

El interior del coche, con las ventanas tapadas, quedó convertido en un baúl un poco amplio. En medio de aquellas tinieblas se habría podido matar a un hombre sin que se viera ni el brillo de la hoja del puñal.

Guardaban silencio los dos. Villena, replicando con monosílabos a algunas frases del otro, le dió a entender que no quería conversación.

Habían andado un buen rato: Manolo abrió una de las cortinillas, se asomó al exterior y preguntó a Donatello.

—¿Dónde estamos?

—En la Avenida Alvear.

Villena vió cómo el *taxis* dejaba a su derecha la mole inmensa del Monumento de los Españoles, que blanqueaba en las negruras de la noche como un gran bloque de hielo.

Tornó a bajar las cortinillas y a sumirse en el mutismo. Pasó otro rato y se repitió la operación.

—Y ahora, ¿por dónde andamos?

—Estamos en Cabildo.

El poeta se quedó en ayunas: afuera no se veían más que unas casas de un solo piso, casi todas iguales, y unas luces del alumbrado público que, por cierto, alumbraban muy poco.

Periódicamente Villena repetía sus preguntas, y periódicamente contestaba el otro.

—Esta es Federico Lacroze... Ahora caminamos por Zabala...

El poeta vió a la izquierda unas tapias muy altas que, a pesar de que el *taxis* iba muy de prisa, parecía que no se terminaban nunca.

—¿Qué es esto?

—La Chacarita. El cementerio de la Chacarita.

Había oído hablar de él, pero nunca había llegado hasta allí: era el cementerio popular de Buenos Aires, el de la gente pobre, algo así como nuestro cementerio del Este. Manolo se descubrió: los pobres muertos, como ahora de noche estarían dormidos, no iban a agradecerle el saludo, pero él se lo enviaba desinteresadamente.

Las tapias se acabaron por fin; Manolo no había vuelto a bajar la cortinilla y miraba ávido al exterior, pero apenas veía nada. Le parecía que abandonando ya la ciudad, corrían en pleno campo; pero de cuando en cuando el borde de una acera, dos casas juntas y en la misma alineación, venían a sacarle de su error.

Ahora eran unos jardines espléndidos los que quedaban a la izquierda.

—Es el Parque de Agronomía.

Villena aseguraría que había pasado ya una hora desde que salieron de la Avenida de Mayo.

—Oiga, amigo Donatello: el sitio donde vamos, ¿está

dentro de la provincia de Buenos Aires o pertenece a la Rioja o a Corrientes?

—Ya estamos llegando. Estamos en Caracas. Antes de cinco minutos echamos pie a tierra.

Y así fué: el *taxis* paró ante una valla de madera.

—Bajaré yo primero—dijo Temístocles.

—Sí, es mejor.

Estaban en plena película; Villena descendió del *taxis* y miró a derecha e izquierda. El alumbrado allí era casi nulo: unos bultos que se veían al frente, lo mismo podían ser casas que macizos de árboles. Estaban entre tinieblas, y más allá de lo que alumbraban las luces del coche no se veían más que porciones borrosas del caos.

—Vas a esperar—dijo Donatello al mecánico—. Hemos de tardar muy poco.

Se dirigió a la valla y abrió con un llavín una pequeña puerta que en ella había.

—Usted sígame; pise usted donde yo piso.

—¡Muy bien! Así lo que sea del uno será del otro.

—No hable, no diga nada. A todo lo que yo diga, por absurdo que le parezca, usted afirme.

Un sendero un poco húmedo y bastante largo les llevaba en dirección a una lucecita que la obscuridad hacía parecer más lejana de lo que estaba en realidad.

—Aquello sí debe ser una vivienda—pensó Villena—. No es verosímil que en lo alto de un árbol hayan colocado un farol.

Y lo era, en efecto. Llegaron ante una puerta, y el librero tiró con fuerza de un cordón que o no sonaba o su llamada debía sonar muy a lo lejos. Tardaron un gran rato en contestar: una voz de mujer... fea—las guapas hablan de otro modo—preguntó desde dentro:

—¿Qué badajo se le ofrece?

—Abre, Marciana: salud y mate.

Dijo por lo bajo a Villena:

—Es la consigna; sin pronunciar esa frase no le abren aquí a nadie.

El poeta volvió a pensar: «Estamos en pleno folletín, en plena película. Hasta ahora no va mal.»

Abrían, pero no era cosa fácil: primero descorrían un cerrojo, luego quitaban una cadena, después daban vueltas a una llave... y más tarde, durante un largo rato, volvía a reinar el silencio, como si estuvieran pensando que, *a pesar de todo*, acaso no debieran abrir.

Pero abrieron. A la luz de una bombilla eléctrica Villena pudo ver que la mujer fea que había contestado a su llamada... era un hombre.

—¡Hola, viejo! Pasáte vos...

Con la mirada preguntó quién era Villena.

—El señor es un gran amigo mío, librero en Antofagasta, que viene a hablar de negocios.

—¡Ah! Estoy solo, mi viejo... Se me han ido todos. Pasate por aquí.

A la izquierda de aquella especie de vestíbulo había una habitación pequeña con una mesa y varias sillas. Por todas partes se veían montones de papeles: eran capillas de libros recién salidas de la máquina.

El socio aquél era un viejo, también el clásico viejo del melodrama: pelo, poco y grís; ropas raídas; nariz muy larga, en forma de pico; mirada atravesada, y un eterno gesto de desconfianza. Se sentó junto a la mesa y los dos visitantes hicieron lo mismo: si hubieran esperado a que él les invitara habrían permanecido de pie toda la noche.

Donatello tomó la palabra.

—Pues este señor, que es dueño de la mejor librería de Antofagasta, quiere llevarse algunos libros: libros españoles, sobre todo.

—Hay ahora poco de eso, mi amigo.

—¿Sabes quién dice que tiene allí mucho público? Manuel Villena... ¿Vos no estás haciendo algo de él?

—Pero ¿y vos? ¿No tenés ejemplares?

—No me queda ni uno.

El viejo quedóse un rato pensativo. Al fin, dijo con cierta indecisión:

—Y ¿de qué título de ese Villena quería usted?

El poeta miró a Temístocles como preguntándole lo que debía contestar. Como nada dijera, habló él.

—Del que usted tenga. A mí lo que me interesa es la firma.

—Sí... algo tengo. Podíamos entendernos.

—Pero terminado, ¿tenés algo?

—No.

Miró al montón de capillas que tenía más próximo.

—Ahí hay, pero hace falta encuadernarlo.

Manolo se levantó, fué al montón y tomó el pliego de encima. Vino hacia el centro, buscando la luz de la única bombilla que había en la estancia. Se trataba de uno de sus tomos de versos, la serie de sonetos titulada *Bodas del Trópico.*

No estaba del todo mal la impresión: bastante mejor que las que hacía aquel sucio de Donatello: únicamente, sin duda para ahorrar papel, el paginado estaba hecho de un modo arbitrario, cortando el verso donde menos debiera cortarse.

El tener en la mano la prueba palpable de la estafa le indignó un poco, haciéndole perder el escepticismo de buen humor con que hasta entonces había mirado el asunto. En un momento sintió cierta desconfianza instintiva, aun hacia el propio Donatello. ¿Quién sabe si no estarían de acuerdo los dos? En tal caso lo peor sería la tomadura de pelo.

Para evitarla se decidió a proceder por su cuenta, emancipándose de la tutela de Temístocles.

—Pues de este libro—dijo al viejo—yo me llevaría todo lo que tenga. ¿Cuántos ejemplares ha tirado?

—No lo sé seguro, mi hijo: deben ser unos cinco mil.

—¡Ah! Pues me los llevo.

El rostro del anciano se iluminó con inusitados resplandores; la cosa marchaba, y calculando *in mente*, es decir, repitiendo el cálculo que ya tenía hecho mil veces en el papel, saboreaba la cifra de la ganancia total.

—¿A cómo me los va usted a poner?—le preguntó Villena, que deseaba enterarse bien hasta el final.

—Hombre, mire... Ya sabe que al público se venden a tres pesos... Yo a usted, llevándoselos todos, se los pondría a un peso ochenta.

—¡Imposible!

El viejo se puso en pie, como quien se dispone a defenderse de un ataque formidable.

—Y... ¿usted sabe el costo ahora de todo eso? El papel, mi hijo, vale un platal; los jornales cada día más altos... No puedo, no puedo... No ingresaría ni un centavo...

Se paseaba agitado por la reducida estancia, deteniéndose ante las pilas de papel impreso, como si quisiera defenderlas con su cuerpo de la audacia de un ladrón que viniera a robárselas.

—Yo, al cincuenta, es decir, a peso y medio, me llevo toda la edición; y no me importa que haya más de cinco mil, los que sean...

—¡Madona mía! ¡Al cincuenta!... Haría falta que yo hubiera robado el papel y la tinta de imprenta y hasta el trabajo de mis operarios.

Donatello estaba desorientado. ¿Qué se proponía Villena? Aquello no era lo convenido. Para evitar males mayores decidióse a intervenir.

—Yo creo que podían ustedes llegar a un acuerdo cediendo cada uno un poquito...

El viejo se le revolvió hecho un basilisco:

—¿Qué hablás vos? ¿Cediendo? ¡Lo que vos cedés cuando llega el caso! Vos sabés mejor que nadie lo que cuesta ahora una de estas ediciones; ¿qué se gana, vie-

jo? ¿Me lo querés decir? ¿Por qué vos habés dejado de hacerlas?

—¡Oh! No hablemos de eso...

—No hablemos, no hablemos... Ché, ¿de qué querés que hablemos? Entonces vos me traés a casa un cliente para que se lleve mis ganancias... No es esto lo convenido, Temístocles.

—Bueno, vamos a terminar. No vale la pena hablar tanto. ¿Usted no puede dármelos más baratos de uno ochenta?

—¡Pero qué he poder, mi hijo! ¿Quiere ver las cuentas? ¿Quiere que le muestre las facturas?

—Bueno, conformes. Me quedo con la edición entera a un peso ochenta. ¿Cuándo dice que estará lista?

—Pues... en toda esta semana que viene.

—¡Magnífico! Yo no me voy hasta la siguiente, de modo que...

El señor Jiménez—porque aún no hemos dicho que el anciano se llamaba Jiménez—no podía ocultar su gozo. Sin embargo, quiso concretar.

—Bueno: naturalmente que el pago es... al llevarse los libros.

—¡Ah, claro! Usted me manda la edición íntegra a la dirección que yo le voy a dar, y en el momento de recibirla yo entrego la plata.

Donatello estaba hecho un lío. ¿Qué se proponía el poeta? ¿Cómo iba a terminar aquello? ¿Estaría segura la salida de aquella casa a tales horas de la noche?

Pronto iba a verse. Villena sacó una tarjeta y escribió en ella con un lápiz. Se la alargó a Jiménez.

El viejo la leyó muy despacio, miró a Villena fijamente de arriba abajo, y volvió a leer.

—Bueno, ché; pero ¿qué ha puesto aquí?

—Hombre, pues está muy claro: «Manuel Villena. Hotel París.»

—Pero...

Donatello tuvo un rasgo genial. Adelantóse, colocóse entre los dos, y dijo:

—Sí, hombre; el señor es don Manuel Villena, el poeta. ¿Cómo no le había conocido?

El viejo Jiménez se quedó absorto. Miró a uno y a otro, se cruzó de brazos y, bailándole la rabia en la boca, dijo:

—¡La gran siete! Pero ¿qué badajo significa todo esto?

—Nada: que he querido tener el honor de conocerle a usted de cerca y... ya lo he logrado.

—Sabía que estaba usted por acá, pero no pensé que viniera a honrar mi pobre casa.

—Si hubiera usted hecho lo que Donatello, ir a verme a la mía, me hubiera evitado hacer de noche este viaje tan largo.

¡Donatello! El viejo casi no apartaba de él la vista, furioso desde que se había descubierto la verdadera personalidad del poeta. Era un traidor; le había vendido. De buena gana le habría saltado al cuello allí mismo, aunque mejor le parecía vengarse con las mismas armas.

—Ché, señor Villena: usted no sabe lo que yo le voy a decir. Este pendejo, este rantifuso ¡pucha parió!, ha sido el primero que ha hecho en Buenos Aires ediciones de sus obras de usted. A mí fué él quien me metió en ello. Desde ya le digo que a no ser por él, ninguno hubiéramos pensado en dar a usted el calote. Y ahora, ¿sabe por qué le ha traído aquí esta noche, mi hijo? Recién yo se lo voy a decir: este malevo, que por amor a la menega sería capaz de coger a su madre pucha que lo parió, este chancho, vino recién a decirme que hiciésemos a medias estas ediciones que usted ve aquí. ¡A medias! ¡Ni vuelta que darle! Yo pondría la plata y él... todo lo demás. ¿Qué opinás? Díjele que no, que si él estaba fundido, yo nada podía hacerle; y él ha ido y, para vengarse, le ha traído aquí.

Temístocles Donatello había dilatado su sonrisa hasta espacios casi infinitos.

—Ché, viejo; prepárame el baño y báñate vos. Todo eso que le contas al señor Villena se lo he contado yo antes de venir acá. ¿No es cierto?

—Sí, lo es. Lo sé todo.

—¡Ah! Bien. Le engrupió con una confesión para hacerlo llegar hasta acá... Pues vos, ¿sabés lo que te digo? Que yo podré ir a la cárcel, pero vos no te me vas a quedar fuera, ¡hijo de la gran flauta!

Villena tenía prisa por salir de allí, y habló, blandiendo un poco el bastón, arma inútil hasta aquel momento.

—A la cárcel no irá nadie por mi causa; ni usted, ni el señor, ni... el hijo de la gran siete, como usted dice. Esto lo vamos a arreglar de otra manera. En todo el día de mañana yo voy a tener en el hotel un papelito con su firma, en el que va a declarar que yo le he vendido una edición de cinco mil ejemplares en el precio de dos mil pesos..., cantidad que me entregará antes de un mes, comprometiéndose a no hacer ni un ejemplar más.

—¡Dos mil pesos! Pero usted quiere que yo me funda.

—Yo quiero una parte, sólo una parte, de lo que usted va a ganar. Le trato como si la edición se hubiera hecho con mi permiso, acaso un poco mejor.

Se fueron a la calle entre las protestas, los lamentos y hasta los lloros del viejo Jiménez. A la puerta misma del coche salió a suplicar al poeta que rebajara la cantidad pedida a la mitad.

—Si mañana a estas horas no tengo el documento en mi poder—le dijo Manolo—, pasado se hará la denuncia. Buenas noches.

El *taxis* arrancó, y Donatello pronunció esta frase inmortal:

—Ha estado usted muy bien. Pero yo le hubiera pedido tres mil.

Por Cerrito, a la una de la madrugada, volvían a pie Julio Solar y Manolo Villena. Venían del Coliseo, donde la Ottein, Schipa y Crabé acababan de cantar un *Barbero* estupendo.

No habían encontrado *taxis* a la salida, y aprovechando la dulzura de la noche de Junio, caminaban muy despacio hacia la Avenida.

Los dos amigos ya no se veían a diario; ya no era aquella explosión cordial de los primeros momentos, en que los amables cicerones se creían en el caso de acompañar al huésped a todas horas. Cumplido con exceso el deber de cortesía hospitalaria, y una vez el huésped orientado en la ciudad, lo iban abandonando a sus propias fuerzas, con el buen criterio del que sabe que lo más interesante de la vida no es lo que a uno le enseñan, sino lo que uno mismo descubre.

Ahora, sin embargo, aún le iba dando una lección el crítico al poeta.

—Estas gentes que usted ha visto en la platea esta noche son lo mejor, lo más selecto de Buenos Aires. Como que es el que hasta ahora ha sido el abono del Colón.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Sí, mi hijo, cosas de la política. Los actuales empresarios del Coliseo, esos dos señores tan simpáticos que nos han convidado a café en el segundo entreacto, eran, hasta el año pasado, los empresarios del Colón.

—Eso ya lo sé.

—Al quitarles la Municipalidad el teatro, ellos han to-

mado éste, lo han decorado de nuevo y todo el abono del Colón, como protesta contra los radicales de la Municipalidad, que, en suma, son los mismos del Gobierno, vamos, los del *Peludo*, se han venido acá.

—Y entonces, ¿qué gente es esa que llena el Colón las noches de abono?

—¡Mi hijo! Gente de mucha plata, de tanta o más que esta del Coliseo; pero... en estos países jóvenes que presumen de demócratas hay también sus jerarquías, su aristocracia. El abono antiguo del Colón, que viene a ser el mismo del Odeón, aunque ampliado, es la gente *bien*, la gente *caché*, la *élite* porteña. Los Ganzués, los Alomar, los Astrarena, los Fernández Madoz... ¿Por qué éstos son más distinguidos que los otros? ¿Dónde están sus pergaminos? Los guardan tanto que nadie ha podido verlos: son ricos desde hace más tiempo, y eso es todo.

—Ya es una razón.

—Para ellos, desde luego. Es la gente del Jockey, alejada de la política activa, porque le parece poco elegante; suspirando siempre por París, rompiendo cada día un poco más los vínculos que les unen con la tierra argentina, y dominados por un eterno afán de selección, que resulta ridículo. Ahora ya les parece el Jockey poco *caché*, y una minoría ha fundado el Círculo de Armas; yo estuve un día, y le garanto que se asfixia uno allá dentro. Le aseguro que me son poco simpáticos.

—Pero es porque profundizan ustedes demasiado. Yo, a mi ver, le garanto—ya ve que me voy acriollando—que esas mujeres que acabo de ver en la platea del Coliseo son muy hermosas en su mayoría; van vestidas con una elegancia y un buen gusto que casi se puede calificar de insuperable; sus cabezas, peinadas con verdadero arte, podrían servir de modelo a un pintor de princesas... Los hombres llevan bien el frac. ¿Por qué piden ustedes más? Las aristocracias no tienen ya, aun en la misma vieja Europa, más que una misión decorativa: un

duque es como un bargueño, un marqués es como un viejo tapiz, y una condesa guapa viene a ser cual un tríptico flamenco, que adorna tanto, que en la mejor parte de los casos empieza por adornar la frente del conde, su marido. Estas gentes de la *élite* porteña, ¿son decorativas? Pues son aristócratas: la razón está de su parte.

—Ché, viejo, esas son palabras de poeta; se ve en usted al hijo de Versalles y del Trianón.

—¡Que lo recontra, por las dudas!

—¡Genial!... Y el teatro, ¿le ha gustado?

—Hombre, no es el Colón; pero resulta muy agradable.

En efecto; a Villena le había impresionado favorablemente el tono de elegancia discreta de la sala y la distribución de luz, que, sin el brillo radiante de la del Colón, daba a ésta un tono más íntimo, como de *boudoir* de una pecadora de muchísimo postín. El mismo vestíbulo, sin las grandezas palatinas del análogo del teatro rival, tenía un tono de casa grande española del siglo XVII, que le hacía sumamente evocador en medio de la metrópoli del peso y del negocio. Además, el café que servían en el *buffet* de arriba era bastante mejor que el del Colón y... a Solar y Villena se lo pagaban los empresarios. *¡Old raight!*

Estaban ya en la Avenida.

—Véngase al París; le convido a chocolate —dijo Villena a Julio.

—No puedo, mi hijo; he de madrugar mañana, y poseo un sueño que me caigo... Oiga, se me olvidaba: mañana a las ocho en punto vendré a buscarle; vamos a ir a comer en casa de una paisana de usted muy simpática y muy guapa: Rosita Amerigo. ¿La conoce?

—De nombre, muchísimo: ignoraba que estuviera en Buenos Aires.

—Hace año y medio que vino. Verá qué g:an persona. Hasta mañana.

—Hasta mañana; es usted el más rico tipo de Sudamérica.

—¡Que lo recontra!, digo yo ahora.

¡Rosita Amerigo! ¡Ya lo creo que la recordaba! Tres años antes distrajo por unos días la atención de España entera el relato de un crimen que tuvo por escenario una ciudad levantina pletórica en flores y en mujeres guapas; fué un crimen romántico, uno de esos crímenes de la época de la *Dama de las Camelias*, en el que para darle más carácter figuraban un conde—el muerto—, un pintor—el matador—, y una mujer hermosa que salía de los toros—Rosita.

Los periódicos contaron la cosa a su manera, que venia a ser, por cierto, la más bonita: el aristócrata y el artista estaban enamorados de la mujer fatal; ésta, siempre en su papel, coqueteaba con los dos, exasperándolos, achuchando al uno contra el otro, y ofreciendo su corazón como premio al vencedor. Era el amor a la española, completamente morboso, que estaba pidiendo a gritos la prosa de Merimé y la música de Bizet. Un día ella iba a los toros con uno de los dos pretendientes; el otro aguardaba a la salida; el conde pegaba una bofetada al pintor, y el pintor descerrajaba unos tiros al condesito, que caía muerto a los pies de la hembra, después de salpicar con su sangre el traje de la pérfida. Y ésta no se iba acto seguido a cenar con el pintor para premiar su hazaña, porque el discípulo de Apeles ingresaba en la cárcel antes de que cayera el telón del último acto.

Villena, como todo el mundo, había visto el retrato de los protagonistas en los periódicos ilustrados: realmente, la tal Rosita era una mujer digna, no sólo de que por ella se mataran los hombres, sino que las naciones se declararan la guerra. Tenía cara de mujer mala, y el poeta daba gracias a Dios de no habérsela encontrado nunca en su camino; con aquella mujer, un rival y un re-

vólver, veinte años en Ocaña no hay quien se los quite a uno.

Y ahora, cuando menos podía esperarlo, cuando el suceso y sus héroes se le habían borrado de la memoria, a tanta distancia de la patria, la mujer fatal se atravesaba en su camino. Manolo Villena—ya lo sabe el lector—tenía un revólver: rivales no habían de faltar en Buenos Aires; de modo que el viaje a Ocaña era ya seguro.

El poeta hizo muchas cosas al día siguiente antes de las ocho de la noche: se afeitó, recibió la visita del clandestino Jiménez—que le entregó quinientos pesos a cuenta de mayor cantidad y le pidió benevolencia—, vió en el Ministerio de Relaciones Exteriores al simpatiquísimo y gentil Atilio Casilari, que ahora ocupaba allí un alto cargo, y a quien Villena conocía de sus tiempos de la Legación en Madrid; almorzó en la torre cuarenta y tres y se timó platónicamente con la joven del contrabajo, para no perder la costumbre; hizo una rápida visita a Pepa, a quien aquel día quitaban la escayola, y que..., sin duda en celebración del suceso, había hecho las paces con Leónidas; dejó una tarjeta en el periódico a Suárez Troncoso, al que no había visto en muchos días, y dió un paseo en *taxis* por Palermo, aprovechando la esplendidez de la tarde invernal. Mas a pesar de la necesaria distracción que aquellas cosas le habían procurado, Manolo pasó el día entero con una preocupación, con una idea fija. ¿Cómo sería, vista de cerca, aquella Rosita, por la cual había un hombre en el cementerio y otro en la cárcel?

Tenía deseos de que llegara el momento, y cierto temor también; cuando en el hotel le dijeron desde abajo por teléfono que el señor Solar le aguardaba, Manolo respiró satisfecho. Iba a salir de dudas.

Vivía la Amerigo en una linda casa de la calle de Santa Fe, antes de llegar a Callao. Por el camino el poeta fué tomando informes.

—Rosita vive—le decía Julio—con su hija, una porota rubia de cinco años, bonita como un ángel y mala como un demonio, y con su hermano, que ha venido hace poco de España.

—Y... ¿nadie más?

—Desde luego. Ella hará sus cosas; pero ahora, que yo sepa, no tiene a nadie fijo.

—¡Menos mal!—pensó Villena.

Trabaja en el Esmeralda, un biógrafo que hay en la calle de ese nombre, y, como la pagan bien, lo que es para vivir no creo que necesite más. Ahora, para todas esas cosas superfluas que esta clase de mujeres se crean como verdaderas necesidades, no sé, aunque me lo figuro, de dónde sacará la plata.

Habían llegado: el crítico entraba allí como en su casa. La criada, al abrir, le saludó como a persona conocida, y no le preguntó nada.

La distribución de la casa era casi igual a la de Pepita; pero ésta estaba mejor puesta, se notaba en ella un más seguro bienestar. Desde que se subían los pocos escalones que llevaban al patio central, un fuerte olor a incienso acariciaba el olfato.

—Esta mujer fatal huele a iglesia de un modo loco—pensó el poeta—. Debe ser para despistar.

Pasaron a un saloncito tapizado de obscuro y en el que había unos muebles antiguos de muy buen gusto. Solar dejóse caer en un espléndido diván a la turca que, lleno de cojines, ocupaba casi la cuarta parte de la habitación. Desde el sillón, *muy Felipe II*, en que el poeta se había acomodado, veíase por una puerta de cristales abierta, un comedorcito, muy lindo, muy coquetón, todo él en tonos claros, y en el que aparecía la mesa preparada ya para seis cubiertos.

La dueña de la casa tardó un rato en presentarse. El crítico se permitió hacer algunos chistes livianos a costa de esta tardanza.

—Estas mujeres están siempre tan ocupadas... Tengo el pálpito de que hemos llegado en un mal momento y que vamos a tener que escondernos los dos en un armario ropero... Parece que hacia el fondo de la casa se oyen unos mugidos...

Lo que se oyeron en el patio fueron unos pasitos menudos y recortados: si eran de *ella,* andaba admirablemente.

Eran. Su entrada en el cuarto vino a desvanecer todas las malévolas suposiciones de Solar.

Rosita era una mujer alta, de buenas formas, nariz aguileña, ojos muy vivos y boca roja llena de malicia: una guapa mujer. Ahora vestía de negro, un traje de una gran sencillez, bastante abierto, gracias a Dios, por el pecho y la espalda.

Julio hizo las presentaciones. Los dos se conocían de nombre, y hasta se hubiera dicho que se temían el uno al otro, a juzgar por la emoción que les invadió al estrecharse las manos. Al poeta lo que más le gustó de la artista fué la voz, una voz fuerte, entonada, pero, al mismo tiempo, musical y acariciadora.

Empezaron a hablar de cosas banales, interrumpidos a cada paso por Julio Solar, que se quejaba de hambre.

—¡Por Dios, Rosita! Aquí hemos venido a comer; déjense de romanticismos ahora.

Ella le trataba como a un chico travieso al que se le perdona todo.

—Fué mi mayor enemigo cuando debuté en Buenos Aires—le decía a Villena—. ¡Hay que ver los horrores que me ha dicho en su periódico! Me odiaba.

—Y la sigo odiando; me da rabia que sea usted tan guapa y no sea para mí.

—Es una mala persona, créame, Villena.

—¡Gracias a Dios!

La comida, además de ser espléndida, fué muy alegre; entre los platos hubo una paella tan divinamente hecha,

que los comensales repitieron ración en obsequio a Valencia y dieron varios vivas al Turia, a la Virgen de los Desamparados y a... Blasco Ibáñez. El champán, en vez de servirse en un momento dado, como en los banquetes, se tomaba a pasto, hasta con los entremeses.

Se hablaba de muchas cosas: de España, de los triunfos americanos de Rosita, de la mala lengua de Julio Solar, de algunas verduras, de todo menos de lo que Manolo Villena hubiera querido hablar: del crimen. Es decir, de lo que, en realidad, les tenía reunidos allí aquella noche, porque era seguro que, sin él, Rosita Amerigo no hubiera abandonado España.

Claro que el poeta comprendía que no era aquél el momento propicio; una paella y unas botellas de champán habrían hecho mala escolta a un preso y a un cadáver. Allí no se admitían más cadáveres que el de aquellos pollitos asados que vinieron como penúltimo plato, y que a Manolo inspiraron una lástima horrible.

A la mesa se habían sentado, a más de la dueña de la casa y los dos pelmazos invitados, el hermano de Rosa, un chicarrón guapote y fornido, de carácter abierto; la pequeña Rosita, que, en efecto, era un diablejo rubio, más lindo y más travieso que un cohete, y la señorita de compañía de Rosa, mujer agradable, sin ese aspecto de violín enfundado que suelen tener casi todas estas carabinas.

Los temas de conversación, antes de que se agotasen, eran sustituídos por otros, como si una mariposa fuese saltando de flor en flor hasta probarlas todas. Solar seguía haciendo de las suyas y justificando su fama de pésima lengua. Ocurría, por ejemplo, que Rosita decía a Villena, al que había hecho el honor de sentar a su lado:

—Yo soy una mujer muy de mis amigos; esta casa está siempre abierta para ellos. Pero de verdad. Usted, cuando quiera venir a comer, no tiene más que agarrar

el teléfono y decirme: «Rosa, esta noche voy a comer con usted.»

El crítico añadía muy serio:

—Y corre usted el riesgo, querido poeta, de que una voz baritonal conteste al aparato: «¡Eh! ¡Qué es eso! La señorita Rosa no come esta noche más que conmigo, y usted debe ser un otario a quien voy a voltear de un tiro.»

Ella se ponía colorada, y protestaba casi en serio:

—No le haga caso; lo que es eso, no. Yo seré lo que sea, pero en mi casa, con mi hija, no...; eso sí que no.

Seguía un silencio algo embarazoso; la pequeña Rosita venía a cortarlo provocando la riña de la dama de compañía, porque había tomado con ambas manos un espárrago más gordo que ella y lo zambullía en la copa del agua.

Pasaron a tomar el café a la habitación inmediata, donde Solar y Villena habían entrado al llegar de la calle; pasaron todos; pero al cabo de muy poco rato hubo un momento en que Rosa y Villena se encontraron solos. El hermano había ido a su cuarto; la pequeña y la *miss* estaban al fondo de la casa, y Julio Solar fué al patio a curiosear unos cuadros que no estaban allí la última vez que él estuvo en la casa.

El poeta aprovechó la ocasión.

—¿Cuándo salió usted de España, Rosita?

—En Noviembre del año pasado.

—Y ¿qué idea la dió de venir a América?

—Para hacer plata, como dicen acá. Yo no tengo ni una peseta... Además, por la niña...

—¿Qué le pasa a la niña?

—Su padre, o sea mi marido, porque yo soy casada y separada, me la quiso quitar. No, y si continúo en España me la quita.

—Entonces...

Villena se acercó a ella todo lo que pudo.

—¿Qué?

—¿No salió usted de España por... *aquello?*

—¿Por qué? ¿Por lo de la muerte del condesito?

—¡Claro!

—¡Oh! ¡No! Le juro que no.

Se miraban los dos a los ojos, como queriendo leerse el pensamiento; fué ella la que siguió hablando, con aquella su voz dulce y firme a un tiempo, que acariciaba el oído.

—Si yo en aquello no tuve nada que ver.

—¿Qué dice usted, hija mía?

—Lo que oye; se lo juro por mi hija.

—A ver, cuente...

—Los dos, el muerto y el matador, eran amigos míos, pero amigos nada más; usted ya me entiende. Como lo eran muchos en la población. Pero, además, aunque hubieran sido otra cosa, la cuestión no fué por mí.

—¿Por quién, entonces?

—Por otra mujer que ha tenido la habilidad de quedarse siempre entre bastidores, y a la que no seré yo quien saque a escena.

—¿Novia de los dos?

—No, de uno de ellos y del padre del otro. El día antes había habido una escena muy violenta entre esos dos; al encontrarse después el hijo y el otro, hablaron del asunto, se insultaron, y pasó lo que todo el mundo sabe.

—Pero y usted, Rosita, ¿por qué no habló claro? ¿Por qué no contó la verdad?

—¿Yo? ¿Para qué? Más vale que fuera yo la piedra de escándalo que no un señor muy respetable, casado, y que ningún mal me había hecho, Yo sé que el pobre viejo no sólo no me guarda rencor, sino que me está muy agradecida por mi silencio: ese agradecimiento es la mejor recompensa. En cuanto a la mujer, tampoco me había hecho daño alguno.

—Pero aunque usted callara, ¿cómo no hubo nadie que dijera la verdad?

—Porque a los pocos que la conocían, si hubieran hablado, nadie los habría creído. ¿No ve que todas las apariencias me condenaban? Es imposible convencer a la gente de que dos hombres que son amigos de una mujer de nuestra clase, que se exhiben con ella en público alternativamente y que se matan delante de ella, no se han matado por ella.

—Es verdad.

Lo que aquella muchacha iba diciendo resultaba de una lógica aplastante. Era el eterno caso de las apariencias ocultando la realidad, de la mentira verosímil destronando a la verdad inverosímil. Villena, sin embargo, seguía teniendo sus dudas. ¿Sería, en efecto, la verdad la que contaba Rosita Amerigo? Si lo era se trataba de un estupendo caso de abnegación, de un bonito sacrificio por medio del cual una mujer se ofrecía como víctima a la maledicencia y hasta a la execración del público, para salvar de ese mismo riesgo a dos personas desconocidas. Hay que convenir que el caso no es muy frecuente.

Una ráfaga de escepticismo burlón cruzó por la mente del poeta; acaso él hubiera estado haciendo el primo al pensar así, porque también con el pensamiento se puede hacer el primo. Rosita era artista, una artista en el doble y ambiguo sentido de la palabra; es decir, una mujer que vivía del público..., también en todos los sentidos del vocablo. ¿Qué perdía ella con el ruido, con el reclamo, que sigue siempre al protaganista de ciertos hechos? ¿Acaso estas cosas no son base firme de popularidad, cimiento el más seguro de reputaciones bullangueras?

—Y ¿qué tal la tratan a usted por Buenos Aires?

—¡Muy bien! He tenido mucha suerte.

—¡Mujer! No será todo suerte. ¿Hablaron mucho aquí de... *aquello* al llegar usted?

—En absoluto: como si se hubieran puesto de acuerdo todos los periódicos, ninguno dijo una palabra del hecho.

Ni este mismo Solar, que tanto se metió conmigo al principio, hizo la menor alusión. ¡Dios se lo pague! A eso me refería yo al hablar de mi buena suerte.

—Sin embargo, a usted, como artista, acaso la hubiera convenido.

Rosa hizo un gesto de asco; fué una mueca de rechazo llena de sinceridad.

—No, no; ¡por Dios! Mire, ahí, en el fondo de uno de los baúles, tengo los recortes de todo lo que publicó la prensa española acerca del suceso: los retratos de los periódicos ilustrados, las interviús, todo. De nada de ello he querido hacer uso acá. Y ya ve que me hubiera sido muy fácil hacerme la *reclame*. Pero no; ¡qué horror!

Manolo se arrepentía de sus dudas. ¿Por qué no había de ser sincera aquella mujer? Demostraba su sinceridad con hechos, no con palabras: no sería honrado no creerla.

Y, sobre todo, sincera o no, lo que positivamente iba resultando aquella heroína de tragedia, aquella mujer fatal, era un alma buena y sencilla, abierta a todas las simpatías.

Volvían poco a poco los demás: el primero fué el hermano de Rosa, y tras él no tardó en aparecer Julio Solar, que al ver juntos y de tertulia a los dos, dijo:

—¡Caray! Qué de prisa van las cosas... Bueno, no se sabe cuál de los dos corre más peligro, porque son ustedes tal para cual.

Rosita tenía que salir a la calle: trabajaba en su teatro tarde y noche, y la sección de ahora empezaba a las diez y media.

Como estaba vestida, fué sólo a ponerse un abrigo y un sombrero; salieron a la calle los cuatro: ella, la señorita de compañía, Solar y Villena. Atraparon el primer *taxis* que pasó y salieron corriendo hacia Esmeralda.

El coche era de los más pequeños que circulaban por la ciudad, y la ubicación de los cuatro, como decía Ju-

lio Solar, no era empresa fácil, ni mucho menos. Por fin la lograron, acomodándose las dos damas en el asiento de atrás, y dejándose caer el crítico en una especie de banqueta volante, no mayor que una ensaimada, que tenía el vehículo frente al vidrio delantero. El puesto de honor—¡y de peligro!—quedó reservado al poeta Manuel Villena: colocóse de rositas entre... Rosita y su acompañante.

El *taxis* marchaba de prisa y, por ello, cada vez que doblaba una esquina o hacía un movimiento brusco para abrir paso a un vehículo que viniera en dirección contraria, los cuerpos de sus ocupantes se inclinaban violentamente a un lado. Y ese lado, para Villena, era casi siempre el lado de la Amerigo.

Sin eso, aun en la marcha normal, toda su cadera derecha iba rozando con la pierna izquierda de la artista, una pierna que debajo del traje, asaz liviano, tenía una suavidad tan agradable y despedía un calorcillo tan enervante, que el poeta hubiera querido que, en vez de ir a Esmeralda, siguiera el viaje, por lo menos, hasta Río Janeiro.

Le gustaba a él la belleza levantina de aquella mujer, le gustaba su voz, le gustaba el olorcillo que despedía, y que no era uno de esos olores estrepitosos de perfumería, sino más bien un aroma íntimo, que, aunque artificial, parecía salir de la carne misma de la hembra.

Desgraciadamente estaban ya en Esmeralda; las luces del teatro se veían a lo lejos, y Manolo lamentaba aquella pronta separación. Llegaron; él ayudó a bajar a las dos, y, por un momento, como diera su mano a la artista para que se apoyara en ella al descender del vehículo, y como ella, al hacerlo, diera un liviano traspiés, el poeta pudo hacerse la ilusión de que tenía entre sus brazos aquel cuerpo por el que decía la fama que se habían matado los hombres.

Fué un segundo nada más; en la puerta misma se des-

pidieron, y Villena la vió desaparecer rápida por el vestíbulo del teatro.

Quedóse mirando cómo huía a vestirse para la escena, es decir, a desnudarse un poco, pues según las fotografías que en el vestíbulo del teatro se mostraban, en el cuplé de *La Segadora* salía completamente desnuda de pie y pierna.

Y a Manolo le hubiera gustado que aquella noche, ¡aquella nada más!, Rosita no se desnudase para que la viera tanta gente. No era egoísta, no quería que se desnudase para él: quería solamente que no la vieran los demás, que no la poseyeran con la mirada, que, al fin y al cabo, es acaso la forma más impura de la posesión.

«Querido Manolo: He visto que estás en Buenos Aires. ¿No te acuerdas de mí? Hemos estudiado juntos en el Colegio de primeras letras, y como yo tengo un teatro aquí, en Rosario, no te perdono que te vuelvas a España sin venir por acá siquiera cuarenta y ocho horas. Si en ese tiempo quieres dar unas conferencias, ya sabes que mi teatro está a tu disposición. Ven... y no te preocupes de lo demás. Yo corro con todo. A ver si vienes. ¡Semos o no semos!»

Así decía la carta de su amigo de la infancia, Pepe Melgar, que Villena leía un poco asombrado. No tenía la menor sospecha de que aquel «punto» anduviera por América, y menos de que tuviera un teatro.

Y al momento formó el decidido propósito de hacer una visita a Rosario de Santa Fe. Que no se lo agradeciera el amigo: no era sólo por su carta por lo que iba, ni tampoco por el cebo que suponían las problemáticas ganancias de las conferencias; no se pondría en camino por el deseo de conocer otra población argentina que no fuera Buenos Aires, y de ver aunque sólo fuera una parte pequeña del campo argentino. Todas estas podrían ser causas coadyuvantes del viaje, pero no la razón primordial.

La razón primordial era que...

Algunas noches antes volvía con Solar, Terrero, Insausti, y un periodista español simpatiquísimo, llamado Santiago Rendón, de un paseo nocturno por los falansterios de Junin, Lima y Cangallo, cuando, al pasar por Callao decidieron entrar en «El Tropezón».

«El Tropezón», ya creemos habérselo dicho al lector, era un café-restaurante muy simpático, donde, a última hora de la noche, se constituían diversas peñas literarias. Era de los raros sitios de Buenos Aires en que no se hablaba de la cosecha, de cédulas hipotecarias ni del valor de los terrenos; de todas las tertulias, presidía la mayor y la más clásica un tipo popularísimo entre la gente de letras de Buenos Aires; se llamaba Joaquín de Heredia, y era un hombre de unos cuarenta y tantos años, alto, con la barba y el cabello ennoblecidos por unos hilos de plata que enmarcaba una faz noble de amplia pureza nazarena.

Era uno de esos hombres que habiendo vivido mucho, llevan impresas en el rostro las huellas que deja la vida, y que acaso por ello se adueñan al momento de la simpatía de todo el que los ve por primera vez. Crítico de uno de los mejores periódicos argentinos, tenía, además, un puesto en las oficinas de la Cámara Legislativa, y el gran actor Casaux lo había llevado a la dirección artística de su teatro, como una garantía. Con todas esas cosas se ayudaba a vivir aquella vida de bohemio noctámbulo empedernido, que tenía por punto de partida la tertulia de «El Tropezón».

Allí, presidiendo su mesa, y haciendo a la una de la noche su primera comida del día, Joaquín de Heredia jamás pontificaba; hablaba en un tono amable y libre, por lo general, de acritudes, del último suceso literario, del chisme del saloncillo o de la redacción, o prefería volver un poco la vista atrás y evocar el Buenos Aires de hacía treinta años, con sus inquietudes de larva que va a convertirse rápidamente en mariposa gigante y sus auroras, que anunciaban ya la grandeza presente.

El poeta fué presentado a él, y aún no había dejado de estrechar su mano cuando ya se sentía atraído por la simpatía de aquel hombre. Le hizo sentar a su lado, y,

sin la cortesía empalagosa de otros, bajo la que se adivina la más zafia indiferencia, comenzó a hacerle preguntas de España, a contarle, a su vez, cosas de acá, a orientarle con sabios consejos, a recoger su impresión sobre la ciudad y sus habitantes...

A él, Buenos Aires, queriéndolo mucho, le iba inspirando cada día un poco más de desdén, por el rumbo demasiado material, neoyorquino y antilatino que tomaba poco a poco la ciudad; no lo decía, pero se transparentaba en sus palabras, en sus lamentaciones; y, más que desdén, acaso fuera una amargura muy grande, la amargura del padre que soñó con un porvenir determinado para su hijo y ve que éste, al hacerse hombre, se orienta por caminos opuestos...

A medida que le oía hablar, Villena íbase sintiendo orgulloso de su condición de español. Porque Heredia, con su figura de tipo de Greco, con sus aficiones noctámbulas, su vida relativamente ociosa y su despego algo romántico de las realidades presentes -elementos todos ellos que componían la atracción total de su simpatía—no era más que un producto neta y genuinamente español, castellano más bien: un resto de la influencia de esta calumniada Castilla en los que fueron sus retoños de América, que el poeta se lo encontraba ahora cenando un bife—un bisté—en el lindo café de la avenida Callao. Era ese tipo madrileño que aún existe por fortuna: vividores en el sentido noble y altísimo del vocablo, mujeriegos y buenos amigos, capítulos vivientes de mil historias en que la realidad se desgrana en mil pedazos: Luis Armiñán, Cristino Martos, Comenge y algún otro. ¡Lo mejor, lo más sabroso de Madrid!

Para que la evocación y el parecido fuera completo, Joaquín de Heredia derivó la conversación hacia el lado galante: fueron cien anécdotas picarescas, relatos de aventuras pasadas y descubrimiento de unos cuantos rincones pintorescos y ocultos que Buenos Aires tenía,

como toda gran ciudad, pero que sólo podían conocerse a fuerza de tiempo y de buena fortuna.

Y fué así como el relato, descendiendo un poco de plano, vino a parar en lo que vino.

—Todo eso no es nada—dijo Joaquín, comentando los elogios que el poeta hacía de los quilombos de la ciudad—comparado con lo de Rosario.

Villena creyó que se trataba de alguna dueña de mancebía que se llamaba Rosario, y preguntó ingenuamente:

—¿Dónde es lo de Rosario?

—¿Usted no ha estado en Rosario de Santa Fe?

—No, señor.

—¿Ni piensa ir?

—La verdad, no había pensado en ello.

—Lo digo porque en Rosario, en el barrio de Sunchales, está el quilombo mejor del mundo.

Manolo, con un brillo raro en los ojos, se afianzó en la silla.

—¡Qué dice usted!

—Lo que oye: yo soy enemigo de la hipérbole. El que llama allí todo el mundo, no sé por qué, la casa del Gobernador. Conozco gente que ha viajado mucho, que conoce las célebres casas de te del Japón, y todo lo que hay que conocer, y dice que como eso de Rosario no hay nada. Todo esto que usted ha visto en Cangallo y en Andes son bolichitos comparado con aquello.

Los demás, incluso Julio Solar, apoyaron la afirmación de Heredia. Villena púsose en pie y, muy serio, preguntó:

—¿A qué hora sale el primer tren para Rosario?

Fué una chufla general, y, casi a la fuerza, le hicieron sentar de nuevo. Ya sentado, aún decía:

—No, no: hablo en serio. Yo—como dicen ustedes—me mando mudar ahora mismo.

¿Iba él a volverse a Europa sin ver aquello? Hubiera sido un viaje estúpido.

Ahora que... no se fué al día siguiente, y, además, a medida que fueron pasando los días se le fué a él borrando de la imaginación la idea. Contribuyó mucho a ello—ahora con la carta de Pepe Melgar en la mano, se lo confesaba a sí mismo—el encuentro, la presentación a Rosita Amerigo, suceso que tuvo lugar por entonces.

No es que el poeta se hubiera enamorado de ella: Manolo Villena para enamorarse, al menos para eso que la gente llama enamorarse, acaso tuviera que nacer otra vez. Pero Rosita, desde que la conoció, además de inspirarle un positivo deseo carnal, le preocupaba seriamente.

La había vuelto a ver cuatro o cinco veces, todas ellas en su casa, en otras tantas comidas, menos una en que ella le llamó desde un palco del teatro San Martín: él, sentado en la butaca de abajo, no la había visto, y al subir se la encontró acompañada por dos jóvenes muy bellos, pero de aspecto y ademanes tan afeminados, que al punto comprendió que eran dos invertidos. En efecto. Rosa los presentó: eran dos pintores, dos de esos seres exquisitos que se dedican a confeccionar modelos de vestidos para lás artistas, y que duermen con camisa de lazos y hacen en cuclillas ciertas operaciones úricas.

Villena tuvo una gran alegría al comprobar que aquellos dos acompañantes de la Amerigo eran dos señoritas de compañía. Lo contrario le hubiera dolido mucho.

Siempre que se veían el español y la española hablaban de cosas indiferentes; es decir, hablaban por el placer de hablar el uno con el otro, pero sin importarles mucho lo que se dijeran: únicamente cuando, esperando la hora de la comida, se quedaban solos los dos en el gabinete que precedía al comedor, y que olía a incienso más que las otras habitaciones de la casa, el poeta, bajando un poco la voz, se atrevía a decirla:

—Sea franca conmigo, Rosita: ¿a quién tiene usted ahora?

Ella se turbaba un poco y decía en el mismo tono:

—A nadie: de verdad. No voy más que del teatro aquí y de aquí al teatro.

—Pero, ¿y cómo es eso? ¿Es que se han acabado las personas de buen gusto en Buenos Aires?

—No: pretendientes sí, tengo varios; no quiero engañarle. Pero no pasa de ahí.

—¿Por qué?

Y entonces ella contestaba siempre lo mismo: una cosa que parecía una broma, pero que para decirla se ponía muy seria:

—Porque no encuentro mi tipo: y yo, mientras no encuentre mi tipo de hombre no me decido.

Y hablaban de otra cosa.

Lo cierto era que a Villena, llenándole el pensamiento su paisana casi todas las horas del día, no le dejaba tiempo para pensar en Rosario. En la calle de Santa Fe, morada de Rosita, sí que pensaba mucho. Además, como la preocupación por la artista era puramente de un orden sentimental, no quedaba vagar en su espíritu para aquellas otras preocupaciones de la carne, que en todo varón equilibrado suelen traducirse en una variación de la postura habitual del imperativo categórico.

Pero ahora, al leer la carta de Melgar, se le abrieron de repente las ganas. Para no perder el tiempo la contestó en el acto, ultimando detalles, y cuatro días después, Manuel Villena emprendió el viaje.

Como era en los primeros días de Julio, es decir, en el centro del invierno, se hacía de noche muy pronto, y por ello el poeta, deseoso de ver el campo argentino, no quiso utilizar el tren rápido de la tarde, que era el más cómodo para trasladarse a Rosario.

Salió a las siete de la mañana de la espléndida estación Retiro; el día, con sol, era, sin embargo, muy húmedo, y el poeta, acomodado junto a uno de los ventanales del coche, se dispuso a saborear todo lo que se le fue-

ra ofreciendo a la vista durante las siete horas de viaje.

En la primera de ellas el tren no salia del recinto de la ciudad: era tan inmenso Buenos Aires que la línea del ferrocarril, como arrancaba casi del centro urbano, había de recorrer una buena parte de sus barrios antes de abandonarla. Pasaba primero por encima de las esplendideces forestales de Palermo, para seguir por Belgrano y meterse en una serie de lindas barriadas pobladas de hotelitos y jardines, cada una de las cuales tenía su correspondiente estación en la vía férrea.

Después, poco a poco, el campo iba ganando terreno a la ciudad, los hoteles disminuían, las tierras de cultivo sustituían a los jardines, y ya, más de tarde en tarde, se veían unos pueblos con su torre en el centro, pero pueblos verdaderos aislados en la llanura, sin vínculo alguno con la gran metrópoli absorbente, cuyos tentáculos no llegaban hasta allí... todavía.

Villena había oído hablar tanto de la fealdad del campo argentino, había leído tantas descripciones de la soledad y monotonía insoportables de la Pampa, que ahora, a la vista de la realidad, estaba verdaderamente sorprendido. El terreno, muy lejos ya de Buenos Aires, aunque llano casi todo él, se ondulaba de vez en cuando en formas caprichosas: grandes macizos de árboles, verdaderos bosques a veces, se veían con bastante frecuencia, y en las vecindades de los muchos pueblos que surgían en la ruta verdeaban las huertas con sus infinitas tonalidades del verde.

No era aquello el campo deshabitado y silencioso que tan bien servía para las descripciones de los poetas; con gran frecuencia, casi sin solución de continuidad, veíanse a derecha e izquierda de la vía grandes masas de ganado que roía la hierba de los prados o se dedicaba pacíficamente a triscar por el campo, como un enfermo nervioso al que han recomendado el aire libre. Eran to-

ros y vacas, grandes y lustrosos, con una enorme cantidad de buen sentido en la faz, sin la fiereza y bravura de nuestro ganado andaluz y colmenareño; yeguas y potros de aspecto salvaje, en cuyos lomos parecía imposible que un jinete, por hábil que fuera, pudiese dejarse caer nunca; ovejas grandes, de pelo muy largo y testa casi deforme; chanchos, nombre que dan en el país a los cerdos, animalitos simpáticos de diversos colores, en cuyos lomos iban formándose los depósitos de magras poco a poco.

Era la riqueza del país, el tesoro inapreciable de aquel rincón del mundo, la carne con cuyo importe se acuñaban los pesos, se labraban las fortunas fabulosas y se pagaban todos los esplendores de la mágica ciudad, maravilla del Plata. Y aquella riqueza, aquel valor positivo, estaba allí en medio del campo, solo, confiado a su propia custodia; porque era muy raro ver al pastor o al guardián que, montado en su caballo y cubierto con su poncho, cruzaba por entre los miles de animales, generalmente muy de prisa y sin mirarlos siquiera. Se diría que el exceso de mercancía depreciaba su valor, y que estaban allí sueltos al borde de los caminos y a disposición del primero que pasase.

En el mes anterior, y durante muchos días, la República entera había sufrido el azote de unas tremendas inundaciones: los campos se convirtieron en inmensos depósitos de agua, que por su estructura plana no tenían salida posible al mar, y que la tierra iba embebiendo poco a poco con glotonería de hidrópica. Ahora el agua se había secado en una gran parte, pero aún quedaban aquí y allá, dondequiera que el terreno fuera propicio, grandes charcos que fingían pintorescas lagunas, poéticos estanques, cuyas márgenes muchas veces se perdían en la línea indecisa del horizonte.

Los caminos eran todos un puro barrizal, en el que se hundían al pasar hasta los cubos de las ruedas los carros

del país, y en los que muchas veces, al cruzarlos un jinete chapoteando en el agua, daba la impresión de un centauro primitivo, que, como los héroes de Hernán Cortés, hubiera bajado a la tierra para asustar a sus enemigos.

Acaso todo ello contribuía a dar a esta parte del campo argentino un aspecto pintoresco, que Villena no hubiera nunca sospechado. Decididamente, los tópicos del vulgo no sirven nunca para dar idea de nada: cuanto más conocido es un país por referencias, cuanto más se ha oído hablar de él, mayores sorpresas se lleva uno al visitarlo. Y con las personas viene a ocurrir lo mismo.

Una hora antes de llegar a Rosario empezó a llover: una llovizna menuda que ocultaba el paisaje como una gasa. Y fué en medio de aquella lluvia, rezumando humedad y casi tiritando de frío, donde Villena vió aparecer la figura legendaria, el tipo clásico que él había buscado en vano desde que llegó a la Argentina, y que en en dos meses, salvo en el escenario de algún teatro, no había visto por ninguna parte.

Era un gaucho, el gaucho viejo de Santos Veiga, héroe de la Pampa, medula y fundamento de la nacionalidad. Con su sombrero blando, su bota alta, el pañuelo al cuello cayéndole en punta por la espalda, su pantalón bombacho y el cincho de cuero, el buen viejo, de barba casi blanca y melena que le caía por los ojos sirviendo de marco a un rostro de color rojizo de chocolate, estaba allí bajo la marquesina de la estación, mirando al tren como un artefacto ridículo, que había venido a perturbar el silencio augusto de la campiña.

El poeta le miraba con simpatía: símbolo de las cosas que van muriendo poco a poco, tipo exótico en su propio país, que seguramente si se hubiera arriesgado a pasearse con aquel traje por la Avenida de Mayo o por Florida, habría creído la gente que era el anuncio de una nueva marca de hierba mate.

Partió el tren, y el buen viejo, que no se había movido durante la parada del convoy, lo fué acompañando con la vista, en la que se reflejaba una suprema indiferencia. Por un momento, Villena se acordó de Solar: recordaba la noche que en el paseo de Julio se habían encontrado a la negra y al compadrito conducidos por los vigilantes. Recordaba también las frases del crítico: «A mí no me embroman éstos; el compadrito ya casi no existe en Buenos Aires; esto es que se han enterado de que usted, Villena, andaba por acá, y Suárez Troncoso le ha compuesto el cuadro para que vea algo típico».

¿No sería aquel gaucho viejo un amigo de Solar y de Joaquín de Heredia, un tertulio de la peña de «El Tropezón», que ellos hubieran hecho disfrazar, noticiosos de que el poeta tenía que pasar por allí?... Sin embargo, para ser una cosa preparada le faltaban detalles: le faltaba la guitarra, el lazo para el boleo, el hornillo al lado donde se estuviera cebando el mate, y ¡esto sobre todo!, la china guapa y cachonda, la compañera inseparable del gaucho en sus alegrías y en sus tristezas. Además, el hombre, a la detención del tren, debió haberse arrancado por alguna vidalita sentimental y lánguida:

«Qué caló con tanto viento!»

O aquello otro de:

«Teñida en negro retinto...»

Seguramente los viajeros conmovidos le habrían arrojado algunos centavos, y el héroe de Santos Veiga no habría perdido el día.

Villena entró en Rosario lloviendo; a las dos y pico de la tarde parecía casi de noche. La explanada de la estación estaba llena de un barro líquido y pegajoso, en el que los pies se clavaban.

Tomó un coche y emprendió, en dirección al hotel, un viaje sumamente pintoresco.

Las calles de Rosario recordaban mucho a las de Bue-

nos Aires alejadas del centro, con sus casas de un solo piso, estilo colonial, y su alineación perfecta, que hace de estas ciudades americanas un monótono tablero de damas. De cuando en cuando, en el arroyo, ocupando todo él de acera a acera, había un gran charco de agua: el carruaje, sin disminuir la marcha al trote de sus caballos, se zambullía en él, y cuando ya lo había hecho, empezaba a hundirse, a hundirse muy seriamente, hasta que el agua llegaba a los pies del poeta: entonces, dando un balanceo violento, volvía a salir el vehículo a la otra orilla del charco, y recobraba su marcha normal. La cosa se repetía cuatro o cinco veces en cada calle, de modo que el viaje tenía un parecido extraordinario con un paseo en góndola, y Villena pensó si se habría equivocado de tren, y en vez de llegar a Rosario de Santa Fe, habría entrado en Venecia.

Llegó al hotel, instalóse, y fuése en busca de Melgar.

Lo encontró en el despacho del teatro; los dos amigos hacía veintitantos años que no se veían, y en vista de eso, la primera pregunta que Villena le hizo fué la siguiente:

—Oye: ¿hacia dónde cae aquí el barrio de Sunchales?

—Pero, ¿qué dices, Manolico? ¡Badajo! Yo creí que habías venido a Rosario a verme a mí.

—Y a eso he venido, pero esta noche me tienes que acompañar a la casa del Gobernador.

—¡Ah, tigre! ¿Ya te han enterado?

—Enteradísimo; pero no me basta.

—Bueno, ¿has visto los carteles?

Los había visto: al venir de la estación, y ahora del hotel aquí, se había extasiado ante unas enormes tiras de papel, en las que con letras muy grandes se anunciaban las conferencias del poeta.

Pero no le interesaba nada de esto: daría las conferencias porque a ello se había comprometido, y además por los pesos que pudieran producirle; pero era indudable que él había venido a Rosario a otra cosa.

Pepe Melgar le acompañó a dar una vuelta por la ciudad. Rosario era una población relativamente pequeña, pero agradable: su calle de Córdoba, que era la central, era una de esas calles simpáticas, estilo Carrera de San Jerónimo, con mucha luz, mucho comercio, cerebro y escaparate a un tiempo de la ciudad entera.

En uno de sus cafés conoció Villena a unos cuantos literatos y periodistas locales, muchachos simpáticos, en los que la venida del poeta había despertado cierta expectación, y que le recibían con esa cortesía fraternal, en la que indudablemente son maestros los argentinos.

Ya de noche volvieron al hotel; había cesado de llover, y por el camino, andando muy despacio, Melgar iba evocando al poeta todos los recuerdos de la niñez.

—¿Te acuerdas del colegio de don José Ausejo?

—¡No me he de acordar!

—¿Y de doña Lucrecia?

—También; parece que la estoy viendo ahora mismo.

—Oye: de quien no puedes haberte olvidado es de Juanico Segarra, aquel que fué tantos años escribiente de tu padre en el Juzgado.

—Claro que no.

—Pues está aquí, en Rosario.

—¿Qué dices?

—¡Vaya! Lo traje yo; después de haber recorrido medio mundo y haberse gastado varios miles de duros que heredó de un tío suyo, se quedó sin un cuarto... y aquí lo tienes de inspector de tranvías.

—No quisiera marcharme sin verlo.

—Claro que lo verás; ¡pues poco que se alegró el pobre cuando se enteró de que ibas a venir!

—El que sé que está aquí desde hace tiempo es Vicente Molina.

—Ese se ha hecho rico; de poeta pobre se ha convertido en estanciero adinerado. También le verás... ¡Y puede que no le conozcas!

Villena quiso que el empresario le acompañase a comer. Después fueron a un teatro, y a la salida—una de la madrugada—tomaron un coche y se encaminaron al barrio de Sunchales.

¡Por fin!

Estaba lejos, cerca de la estación, y después de caminar un gran rato, Melgar bajó del coche con Villena a la entrada de una calle muy ancha y de casas muy bajas.

—Es mejor que vayamos a pie desde aquí; está cerca, y así verás el barrio, que tiene mucho de pintoresco.

A la entrada de la calle, muy iluminada, había una tienda en la que se servían comidas y que estaba llena de gente. Mucha había también en la calle, a pesar de la hora, paseando de un lado para otro, asomándose a las puertas de los quilombos, entrando en ellos algunos, aunque desde luego los menos.

Los quilombos empezaban allí mismo, y eran, a derecha e izquierda, todas las casas de la calle.

—Lo notable de este barrio—decía Melgar—es que en él, y sobre todo en esta calle, hay quilombos al alcance de todas las fortunas: desde veinticinco centavos a cinco pesos. Míralos.

Eran casas de un solo piso, con unas puertas de cristales esmerilados, detrás de los cuales había un verdadero raudal de luz, y que a estas horas ya se abrían sin cautela para que las pupilas de la casa se asomasen a ellas y exhibiesen así a la vista del público la mercancía. Abundaba en ellas ese tipo de mujer amulatado—uruguaya en su mayoría—, con el pelo de un negro espeso y brillante, que parece recién impregnado de aceite. Mujer de labios muy gruesos y trompudos, que, sin ser guapa, resultaba atractiva y de una gran maestría una vez tendida en el lecho.

—Mira: ese es uno de veinticinco centavos. Para soldados y changadores del muelle, como comprenderás... Aquél, en cambio, es de dos pesos... Y aquel otro de uno.

La diferencia no se apreciaba mucho desde la calle; y, una vez dentro, no era mucha tampoco. Algo más de belleza o juventud en la mercancía, su poquito más de limpieza en las toallas, y su miaja de esmero en el detalle de las habitaciones.

Doblaron una esquina, y se encontraron en una calle exactamente igual a la anterior, aunque peor iluminada.

—Aquí las casas ya son un poco mejores. Casi todas de dos pisos, y género francés en la mayoría.

En efecto, en las mujeres que se asomaban a las puertas se veía esa atracción, esa coquetería en el vestido, ese... *phisique du role* de la francesa, que la hace tan apta para el oficio venusino.

—¡Vaya, hombre! Ya estarás contento, ya tienes allá la casa del Gobernador, como tú la llamas ..

Y Melgar señalaba al fondo de la calle, a la izquierda.

Miró el poeta con avidez.

—¿Dónde? ¿Al lado de aquella fábrica de luz eléctrica?. . Porque supongo que aquello tan iluminado que se ve allí será una fábrica de luz eléctrica.

—¡Ca, hombre! Aquello es precisamente el célebre quilombo. Aquellas luces son las que salen por la montera de cristales del gran patio central de la casa.

—¡Estupendo! Vamos allá. Te juro que estoy emocionado.

Y fueron. Tuvieron que recorrer toda la calle, que era muy larga, y al final de ella, cuando el ruido y el bullicio de los otros quilombos populares había ya cesado, cuando la calle, antes de morir, se adecentaba del todo, había una casa no muy grande, pero de apariencia señorial; tenía aspecto de nueva, y las líneas arquitectónicas de su fachada la hacían asemejarse mucho a uno de esos hoteles de los barrios elegantes de las grandes poblaciones, en que las familias burguesas refugian sus anhelos aristocráticos. Tenía dos puertas: una grande, y

otra, a su derecha, más pequeña, algo así como una entrada de servicio; sobre la principal, una primorosa marquesina de cristal contribuía al tono severo y elegante del edificio.

Por fuera, aquello daba idea de cualquier cosa menos de un quilombo: no recordaba en nada a todos los que hasta entonces había visto Villena en América. Un coche de dos caballos que había parado a la puerta parecía esperar la salida de una dama muy respetable que, acompañada de sus nietos, saliera a darse un paseo.

El poeta oprimió, no sin cierta emoción, el timbre diminuto que había en el marco de la puerta: al poco rato abrióse uno de los ventanillos de cristales que en las hojas de la misma había, y apareció la cabeza de una mujer joven.

Por lo visto se asomaba únicamente por ver si los que llamaban eran personas decentes, porque tras una mirada rápida, dijo:

—¡Ah! Voy a abrir...

Así lo hizo; el poeta y su acompañante se encontraron encerrados en un pequeño vestíbulo a cuyo fondo había otra puerta de cristales esmerilados, que era la entrada verdadera de la casa. La que había abierto era una doncella de casa grande, vulgar pero limpia, vestida de negro, con delantal de peto y cuellos y puños blancos.

—Pasen por aquí.

Y abrió la puerta de cristales.

Se encontraron en un salón primoroso: al fondo, entre dos puertas semitapadas con regios cortinones de damasco, había una gran chimenea de mármol con un espejo encima que llegaba hasta el techo; sobre el tablero, un reloj y unos candelabros de bronce. El mobiliario era sencillo y de buen gusto, pero Manolo no tuvo tiempo de fijarse en él.

Hipotecaba toda su atención algo excelso que había en la estancia, una cosa diabólica a la vista de la cual, y

sin pasar de allí, comprendía por qué aquella tenía fama de ser la mejor casa de placer del mundo. En los dos muros laterales de la estancia, y a ambos lados de sendas puertas que en ellos había, admirábanse cuatro cuadros gigantescos que ocupaban casi toda la pared, y que eran unos retratos de otras tantas mujeres absolutamente desnudas, en tamaño natural. Sin picardía, diríase que casi sin malicia, aquellas mujeres se ofrecían a la vista del público en unas posturas que, sin ser lúbricas ni voluptuosas, servían para dejar bien al descubierto los parajes más secretos y deleitosos de su cuerpo.

Viendo el éxtasis de Villena, que paseaba como embobado la mirada de un cuadro en otro, Melgar le dijo:

—¿Qué? ¿Te gustan los cuadricos?

—¡Pucha! ¡Qué señoras! Si pestañearan...

—Pues han pestañeado, y alguna de ellas puede que aún ande pestañeando por ahí.

—¿Aquí, en Rosario?

—No. Las cuatro han sido pupilas de la casa: esta que medio se tapa el pecho con las manos, murió aquí hará cinco años o seis. Aquella tan morena que tiene el pelo suelto es una rusa que al volver a Europa se suicidó, tirándose desde el barco al mar. Y aquella rubita de pelo corto que se ríe como una niña, a esa la he conocido yo... en todos los sentidos de la palabra, no hace más de un año. Se volvió a París hará tres o cuatro meses. Por cierto que a un amigo mío de Santa Fe, un italiano muy simpático, le obsequió con unas ilustraciones gálicas que aún se las debe estar curando.

—¡Ah, poetisa!

—Y el hombre, agradecido, ¿qué dirás que hizo?

—Pegarla un tiro.

—Regalar ese retrato: estaban ya colocados esos tres y quedaba ese hueco vacío. Él habló con la dueña, hizo que el mejor fotógrafo de Buenos Aires hiciera esa ampliación, y lo regaló a la casa con marco y todo. Ahora,

siempre que viene a Rosario no deja de hacer una visita aquí: paga sus cinco pesos y, a una hora en que ya no hay parroquia y esto está vacío, se coloca delante del cuadro, rinde culto manual a Onam, y se marcha a la calle. Dice que a él, como no sea con la vista, no lo vuelve a mancillar ninguna golfa.

Manolo estaba emocionado. Él también habíase colocado ante el retrato y, poniendo los ojos en blanco, daba de cuando en cuando grandes suspiros. Melgar, que estaba a su espalda y no le veía las manos, se alarmó un poco y fué hacia él.

—¿Qué haces, hombre? ¡Que estoy yo aquí!

Pero había sido una falsa alarma: el poeta tenía las manos cruzadas sobre el pecho, como los místicos del medioevo cuando se les aparecía la imagen rutilante de su Dios.

—No; no temas, Paquico; no estoy imitando a tu amigo el de Santa Fe. A mí no me gusta gastar la pólvora en salvas.

Estaban solos en la estancia; muy cercano se oía al piano un tanguito, a cuyos sones alguien debía estar bailando. Villena fijóse de nuevo en los cuadros, uno por uno. A su vista iba considerando en la gran cantidad de idiotez y de impotencia psíquica que suponen todos esos desnudos académicos de cuadros y estatuas que pueblan los museos del mundo. La Literatura ha creado un tipo de belleza extática, muerta; unos cuerpos de mujer que se cubren púdicamente los senos o el vértice del sexo con las manos, con una hoja de parra, con la punta de un velo, que parece así caída al desgaire, o con mil artificios diversos; los literatos dicen que eso es belleza pura, sin mezcla alguna de lujuria ni de pornografía. ¡Macanas! A la vista de estos cuerpos de mujer, que sin gesto picaresco alguno no hacían más que exhibir lo que la Naturaleza les había dado, se comprendía lo absurdo de esa otra belleza fría, incapaz de despertar en

el que la contempla ese soplo del deseo, motor eterno de la existencia.

Estaban allí como en su propia casa; nadie salía a recibirles, nadie les hacía caso... Una muchacha rubia, con el pelo suelto y vestida con un traje negro muy corto, cruzó varias veces por la estancia; apenas hizo más que sonreirles, y volverse a marchar.

—Bueno, ¿pero aquí no sale nadie?

No había terminado de decirlo, cuando se abrió la puerta que había en la pared de la derecha, y salió un tipo alto, muy delgado, vestido de *smoking*, que al ver a Melgar vino risueño hacia él.

—¡Hombre! ¿Usted por aquí?

—Acompañando a este amigo.

Hizo las presentaciones, y el tipo, en cuanto oyó el nombre del poeta, se abrió de brazos y prorrumpió en las mismas exclamaciones de asombro y de alegría a que tan acostumbrado estaba Manolo desde que había pisado tierra americana.

—Pero, ¿qué hacen ustedes aquí tan solos? Vengan por acá.

Les hizo entrar en la habitación de donde él acababa de salir. Era un saloncito muy coquetón, en el cual, ante un piano, un joven, de amplias melenas, iba desgranando los compases de un tango, de aquel mismo tango que sonaba como una obsesión en los oídos de los visitantes desde que penetraron en la casa.

—Aquí vengo yo todas las noches unas horas y doy mis lecciones de baile a la parroquia y a las chicas de la casa. Si hubieran ustedes venido un poco antes hubieran visto qué academia teníamos aquí. Ahora todas se han mandado mudar: andan por allá dentro. Con permiso..., vuelvo en seguida.

En voz baja, para que no les oyera el pianista, que seguía tocando como si fuese un rollo mecánico, Melgar explicó a Villena:

—Este es el profesor de baile de la casa.

—Ah, pero ¿hay profesor de baile?

—¡Ya lo creo!

—Pero hombre, yo creí que la gente que venía aquí no tenía tiempo para bailar.

—Los hay que vienen a holgarse y después a aprender el tango.

—Bueno, pero en esta casa, ¿dónde están las mujeres?

Como obedeciendo a una llamada mágica, por una puerta casi secreta que había en el muro, apareció una dama: era una señora, una verdadera señora en toda la extensión de la palabra. Ama o encargada, el caso era igual, se puso a las órdenes de la visita.

Hablaba una mezcla de argentino y francés, que resultaba deliciosa.

—¡Oh! Tendrán que esperar: las señoritas andan casi todas por ahí conversando con sus novios.

El eufemismo, por lo delicado, conmovió al poeta.

—Dice usted que conversando...

—Sí; pero pronto vendrá alguna. ¿Por qué no pasan al patio? Está lindo.

El patio central, de donde salían las luces que a Villena tanto habían llamado la atención desde la calle, estaba inmediato al salón de los cuadros famosos, y era un amplio cuadrilátero de muros y columnas imitando jaspe, con una especie de fontana en el centro, y sin más muebles que unos bancos de terciopelo adosados a las paredes. Venía a ser una mezcla de patio andaluz e italiano, y aunque no había en él grandes alardes de decorado, resultaba una estancia espléndida, radiante de luz; las puertas que daban a él estaban todas cubiertas con tapices de tonos claros y alegres.

Dos parejitas, formadas por dos mujeres de la casa y dos parroquianos, cuchicheaban en dos extremos de la estancia, acomodadas en las asientos. Tenía razón la se-

ñora: aquello de *conversando* no había sido una figura retórica.

Pero nada de bullicio, nada de aquella aglomeración de clientes como en los quilombos elegantes de Buenos Aires, colas de cabritos que parecían aguardar la suscripción de un empréstito. Aquí todo era recogimiento, paz conventual de una casa religiosa en la que se rindiese culto a un dios complaciente y voluptuoso.

La rubia de antes volvió a pasar. Iba sola y Villena la señaló a la dueña.

—¿Le gusta?

—¡Ya lo creo!

—Margot.

Acudió solícita y risueña; era francesa, pero hablaba el español a la perfección.

—Este señor quiere ir contigo.

La respuesta fué echarle un brazo por el cuello y sonreirle más ampliamente.

—¿Vamos?

En el patio quedaron la dueña y Melgar hablando seguramente de política.

—¿Por qué no me has llamado? He pasado varias veces por delante de ti y nada me has dicho.

—Como ibas tan seria...

—Nos está prohibido dirigirnos a las visitas mientras ellas no nos llamen.

—¡Hombre, eso está bien!

Al fondo del patio, por una de las puertas, se llegaba a una especie de vestíbulo desde el cual se pasaba a una alcoba. La cama, el lavabo, el gran armario de luna, los demás muebles, eran realmente suntuosos; por otra puerta diminuta que había junto a la cabecera de la cama se veía el cuarto de baño, con su gran bañera de porcelana, su aparato de duchas, sus chismes accesorios e... higiénicos: todo limpio, todo brillante, todo reluciente como si se acabase de estrenar.

El poeta, mientras se despojaba de las ropas, preguntó a la joven:

—Oye, ¿son así todas las habitaciones de la casa?

—Todas.

—Pues aquí se pone un comedor ahí en el patio, y resulta un hotel de viajeros estupendo.

La muchacha, sin ser una belleza, resultaba una mujer agradable: el cuerpo era impecable; la carne, blanca, muy blanca, combinaba muy bien con el color del pelo, que le caía por la espalda como un haz de espigas: un cabello de un rubio oro muy limpio en el que se veía que nada debía a oxigenaciones más o menos disfrazadas.

La muchacha, de trato muy simpático, a más de pulsar todas las cuerdas del amor, sabía bien su oficio. Para el poeta Manuel Villena, aquella su primera noche de Rosario de Santa Fe fué un canto a Francia repetido varias veces. La hija de las Galias era de las que tienen marcado un tiempo fijo para la duración de ciertas expansiones, y aunque la víctima, saciada ya, gritase que ya tenía bastante y quisiera librarse de sus garras acariciadoras, ella seguía hasta el fin, produciendo esa mezcla de placer doloroso que es lo más refinado de la voluptuosidad.

A la tarde siguiente, cuando Manuel Villena, vestido de frac, salió al escenario del teatro a dar su conferencia sobre «Psicología experimental del amor», ante un público compuesto en su mayoría por señoritas candorosas, lucía unas ojeras que parecían dos calamares despachurrados. Un par de ojeras que venían a ser una garantía de que el conferenciante había estudiado a fondo el tema de que se proponía hablar.

Manuel Villena dió sus conferencias en Rosario, recogió su parte correspondiente de aplausos, se metió unos pesos en el bolsillo y se dispuso a hacer la maleta para regresar a Buenos Aires.

La mañana de aquel tercer día fué Paco Melgar a su cuarto del hotel y, poco menos que a la fuerza, lo levantó de la cama.

—Anda, hombre, que son más de las once y tenemos que ir a ver a Vicente Molina, que no está más que hasta la una en el despacho.

En la tarea le ayudó Juanico Segarra, el antiguo escribiente del padre de Manolo, el bohemio derrochador que después de haber viajado por medio mundo, había venido a la Argentina desde Jerusalén en viaje directo, a inspeccionar a los cobradores de los tranvías de Rosario.

La casa de comercio en la que el gran poeta levantino Vicente Molina prestaba sus servicios de tenedor de libros, estaba cerca del hotel donde se hospedaba Villena: sólo había que pasar unas tres cuadras.

Por el camino, mientras Segarra y Melgar hablaban de cosas vulgares—el primero se iba lamentando de lo mal que le habían sentado unas morcillicas asadas, comidas la noche anterior en casa del segundo—, Manolo recordaba el tipo y la figura del poeta: unos doce años haría que no le había visto, y era un hombre alto, delgado, con el pelo y la barba—una barba mora—muy negros como la tez, y una mirada que se clavaba siempre

en el aire muy lejos de él, tanto que, al andar por la calle, parecía caminar en pleno éxtasis.

Ya en el tren, desde Buenos Aires acá, había venido Manolo recordando y recitando para sí los versos más hermosos del cantor de la huerta. Era una poesía de una grandeza melancólica, impregnada de toda la fatalidad del alma mora de la vega, y de una suprema fuerza evocadora; al revés de estos versos castrados que hacen ahora algunos vates de voz femenina que parecen mojar la pluma en chantilly. Los de Molina eran lamentos viriles, quejas desoladas de una raza que no pide remedio a sus desdichas porque sabe que no lo tienen, sino que más bien se queja para atronar los oídos del que consiente desde arriba tales injusticias.

Llegaban. El comercio era un colosal almacén en el que se vendían toda clase de útiles de cultivo y de maquinaria agrícola. Pasada la puerta de cristales de la entrada, y ya en el almacén, se subía a la izquierda por una gran escalera de tramos de hierro: en el rellano, sobre una especie de tribuna desde la que se divisaba el recinto inmenso del almacén, había un gran mostrador, con unos libros enormes abiertos, y detrás de él una puerta de cristales, a través de los cuales se divisaba un despacho pequeño en el que había un hombre trabajando.

Melgar, desde la parte de acá del mostrador, llamó por señas a aquel hombre, que se apresuró a dejar su tarea y a acudir: era un señor grueso, casi calvo y con la barba más bien blanca, y con unos colosales lentes.

Paco los presentó. Cuando Manolo oyó que aquél era el poeta Vicente Molina, creyó que sus amigos, trayéndolo allí, le habían hecho víctima de una broma. Pero sí, era él· le reconoció en la voz y en un brillo rápido de la mirada—tan rápido que se apagó en seguida—que tuvo fuerzas bastantes para atravesar aquellos cristales de escafandra.

La conversación se deslizó al principio por los cauces obligados. Molina, por cortesía más que por verdadero interés, pedía noticias de España; el viajero dió las que supo, pero como él, al venir a visitar al cantor de la huerta no había venido a eso, dió un giro violento a la conversación.

—Bueno, y usted, Vicente, ¿cuándo vuelve por allá?

—¡Qué sé yo! Ganas no me faltan, pero no crea usted que es tan fácil.

—¿No se acuerda usted de la huerta?

—¡Ya lo creo que me acuerdo!

No era verdad, no se acordaba; se veía muy claro en la manera risueña y despreocupada de decirlo, y no hacía falta ser muy psicólogo para comprender que el recuerdo sentimental ya no existía; quedaría, si acaso, el geográfico.

Como Molina era un hombre listo comprendió muy pronto el efecto que sus palabras habían producido en Villena. Quiso sincerarse.

—Todo el mundo sabe cómo yo vivía allí; yo he tenido durante muchos años allá un destino que no me daba menos trabajo que este que ahora tengo acá, y cobraba por él la estupenda cantidad de ocho duros al mes. Aquí, por lo menos, vivo.

—Escribe usted poco.

—Si es que no tengo tiempo.

—¿Tanto trabaja?

El poeta miró a Melgar, y echándose a reir, dijo:

—No hay más remedio. Son muchas cosas; a mí crea usted que me hubiera gustado, de cuando en cuando, hacer un viaje por allá; pero es que no puedo desligarme, ni siquiera provisionalmente, de mil cosas que tengo aquí. Viéndolo desde fuera, mucha gente me dirá: «Pero hombre, ¿por qué no liquida usted lo que tiene por aquí y se vuelve a su patria a hacer versos a gusto?» Y eso no es posible; hay cosas que no

se pueden liquidar; habría que irse huyendo, abandonándolo todo.

Parecía que más que una justificación a los ojos de los demás, lanzaba razones para convencerse a sí propio.

—Luego allí... ya ve usted. Yo no servía, en el campo literario, para aquel ambiente de luchas mezquinas, de envidias. Cada éxito, por pequeño que fuera, parecía ser un daño gravísimo causado a los demás. Yo no sirvo para eso, usted lo sabe.

—¡Bah! No hay que hacer caso. Esas envidias, esas amarguras de los fracasados, son un homenaje para uno; no hay más que volver la oración por pasiva, y en vez de entristecer el triunfo propio con la maledicencia del compañero, acoger con regocijo esa maledicencia, porque ella representa un avance positivo en nuestro camino.

—Sí, pero yo no puedo... Es cuestión de carácter.

—Además, es que aquí, en su oficio de propietario y de hombre rico...

—¡Oh!—protestó Molina.

—... ¿no siente usted también los arañazos de la envidia, las salpicaduras de la bilis ajena?

—¡Ah! Claro que sí.

—¡Ya lo creo! Pues buenos son nuestros queridos compatriotas acá, en la emigración; salvo pocas excepciones, ralea de gente ruín y avara, que ve un enemigo más en cada español que penetra en el estuario del Plata. ¡Que los recontra a todos!

Vicente Molina reía de buena gana, y dirigiéndose a Melgar y a Segarra, les dijo:

—¡Qué pronto los ha conocido!

—¡Ya lo creo! Lo que pasa, querido Vicente, es que somos injustos con nuestra tierra; el emigrante, sea español, italiano, francés o chino, lo es casi siempre con la suya respectiva; se vió obligado a salir de ella... por

lo que fuera, y no siempre puede decirse, y cree justificar su salida guardando rencor y hablando mal del país donde nació. La lucha, las envidias de los compañeros de oficio, las dificultades del vivir cotidiano que allá nos parecen intolerables, acá las aguantamos de buen grado, porque sin ellas no iríamos a la conquista del peso.

—Sí... sí... Puede que tenga usted razón. Pero el caso es que yo, acá, vivo mejor que allí.

—¿Materialmente?

El poeta pareció vacilar; al fin, envolviendo sus palabras en una amplia sonrisa, que dejaba ver sus dientes blancos entre la maraña de pelos grises de la barba, dijo:

—Sí, materialmente, y, por consecuencia, espiritualmente también; porque como eso del espíritu y la materia no está muy claro...

Se despidieron; los visitantes marcharon a la calle y el poeta volvió a sus libros comerciales, que iba llenando de unos renglones cortos que, en la forma gráfica, tanto se parecían a los versos.

Melgar, camino del hotel, explicaba a Villena:

—Este hombre se ha hecho rico; tiene una gran estancia en Mendoza, y otra aquí, cerca de Rosario; en la ciudad tiene también unas cuantas casas; ahora está haciendo otra de nueva planta.

—Y si es rico, ¿por qué sigue ahí empleado?

—¡Ah! No sé; le dan un buen sueldo, pero yo en su pellejo ya habría dejado el empleo.

—¡Quién sabe!—dijo Villena—. Puede que tenga sus razones; no hay nada más estúpido que pretender explicarse los actos privados de los demás.

Manolo salía amargado de la entrevista; esperaba encontrar en Molina al mismo hombre de antes que, transigiendo con la realidad, sabía conservar incólume el espíritu por encima de aquellas transigencias. Y no era así: y era lo más triste que el poeta tenía razón.

¡Cómo no había de tenerla! Pensando en hombre práctico, siguiendo el derrotero actual de la vida, lo importante era el dinero, lo único interesante era hacerse rico, llegar a viejo envuelto en una capa de oro, para que los demás nos admirasen y nos envidiasen; esta envidia no hacía daño, como la otra literaria.

Ahora que si en el mundo había algún ser que no tuviera derecho a sumarse a la corriente, si de esa regla de avaricia universal era preciso admitir alguna excepción, la excepción tenía que ser el poeta, ese sujeto, hijo predilecto de los dioses, que, al forjar el primer verso, como el religioso al hacer sus votos, renuncia a todo lo que hay de dorado, a todo lo que de luminoso nos ofrece la vida.

Manuel Villena no habría experimentado tristeza alguna si el tipo a quien acababa de visitar fuese uno de tantos emigrantes enriquecidos en el país tras una vida de esclavitud. Su mismo desdén hacia la patria le habría parecido lógico, plebeyamente lógico. Pero del poeta había derecho a pensar ahora que toda su poesía anterior había sido una tremenda mentira, una farsa, un desahogo melancólico del aspirante a rico, que veía retrasarse el logro de sus aspiraciones.

Siendo así, Vicente Molina hacía muy bien; se había equivocado en su vida anterior y rectificaba. Pero también podía ocurrir que fuese ahora cuando se equivocase.

Aquella noche, antes de ir a la estación, varios periodistas y escritores obsequiaron a Villena con un banquete en un céntrico restorán; el local, bonito y agradable, tenía en cada uno de sus diversos saloncitos un aire de intimidad que les hacía parecer comedores de casas particulares. La comida fué por eso una cosa grata, un buen recuerdo que el poeta se llevaba de la linda ciudad, donde, en tan poco tiempo, había experimentado emociones tan diversas y tan agradables.

Agradables, sí, todas ellas a pesar de todo, porque siempre es grato asomarse a rincones nuevos, conocer aspectos diversos de la vida, aunque ese conocimiento vaya envuelto en una tenue nube de amargura.

Como una de las emociones más apaciblemente bellas, recordaba el paseo de aquella tarde. Fué en una hora en que después del almuerzo se quedó solo en el hotel. Salió a la calle, montó en el tranvía y se encaminó al puerto, hacia las márgenes del río.

Este río era en Rosario una cosa que quedaba al margen de la ciudad; en pequeño se repetía el caso de Buenos Aires, donde la mole urbana volvía la espalda a las aguas del Plata, despreciándolo hasta el punto de no querer apenas asomarse a él. Era un error que la ciudad, aunque algo tarde, lamentaba ya, comprendiendo la torpeza de los primeros constructores, que no sintieron la menor preocupación estética.

El día estaba nublado y húmedo; ello daba al paisaje una dulzura que seguramente no tendría en las jornadas espléndidas de sol. El tranvía abandonaba muy pronto la ciudad y empezaban a verse los almacenes del puerto, alternados con huertas y campos de cultivo, y empenachado todo ello con los palos y chimeneas de muchos barcos que, como desde el carruaje no se veía el agua, parecían estar varados en medio de campos de verdura.

A la derecha, separando el puerto de la ciudad, había a todo lo largo del camino una alta loma, una verdadera montaña, poblada de verdura en sus laderas, que quitaba al paisaje el aspecto un poco abrumador de la llanura. De pronto, en una vuelta del tranvía, apareció el río: era ancho, enorme, con las aguas de un color café con leche más obscuro aún que el que tenía frente a Montevideo y Buenos Aires, como si al encajonarse más en la tierra fuera recogiendo un poco de fango en las orillas.

Avanzó más el vehículo, y entonces, al frente, apareció algo que era realmente encantador: eran unas masas de verdura saliendo del cristal del agua, unos bosques flotantes en los que la niebla húmeda jugueteaba con sus jirones, y que se cortaban de pronto para dejar paso a unos canales, brazos del río, que se divertía allí en juguetear con la tierra.

Villena había oído hablar de estas islas de ensueño, excursión la más deliciosa que podía hacerse desde Rosario, con paisajes imprevistos en que el agua y la tierra se combinaban para ofrecer al espectador las más inesperadas y fantásticas perspectivas.

Vistas desde aquí parecían el fondo de una decoración de teatro, una de esas obras de artificio que deslumbran al espectador, y por entre cuyos esplendores va a salir el tenor en una barca cantando suavemente el principio de una romanza.

La visión era tanto más sorprendente en esta parte de la tierra americana, célebre por la pobreza de sus paisajes. Villena lamentaba lo breve de su estancia en la ciudad, que le obligaba a marchar de ella sin tiempo para ir allá, hacia aquel horizonte de ensueño, entre cuyas frondas también le hubiera gustado a él cantar alguna romanza.

Y si podía ser a dúo con la rubita de la casa del Gobernador, mucho mejor.

Regresaba el tranvía a la ciudad, y a la mitad del trayecto variaba el camino. Se metía por unas callejas de arrabal, el eterno barrio pobre vecino al puerto, de cuyas casas parece rezumar la humedad que traen a ellas a diario sus habitantes. Y de pronto, casi sin transiciones, Villena se encontraba otra vez en el centro de la ciudad, esquina a Córdoba... Rosario hacía poco caso de su río: no sería ciertamente porque lo tuviera lejos.

En la estación, la despedida fué muy cordial: el quilombo de Sunchales acaso no fuera el mejor del mundo;

tal vez la fama hubiera exagerado un poco en ello; pero lo que era indudable es que los amigos de la ciudad eran los mejores amigos del mundo, los más gentiles, los más cordiales. Poco tiempo les había tratado, pero Villena se separaba de ellos con tristeza; porque no es fácil encontrar, en ninguna de las cinco partes en que, arbitrariamente, se divide la tierra, gente que entregue su corazón y su amistad tan pronto y de un modo tan completo, almas tan comprensivas y tan sin hiel.

Cuando Manolo se encaramó en su cama del tren—en la de abajo venía durmiendo un bulto que él aún no había podido averiguar si era una persona—, pensaba en lo imprevisto de las cosas de la vida: él había venido a Rosario para holgarse un poco y conocer un sitio de placer que tenía fama en el mundo entero, y ahora, al hacer brevemente el resumen de aquellos tres días de viaje, lo que menos huella había dejado en su memoria era el quilombo famoso, con sus cuadros, que, en una Exposición de Bellas Artes organizada con sentido común, se habrían llevado todos primera medalla.

En cambio, la visita al poeta, el mismo encuentro con Segarra y Melgar, que tantos recuerdos de tiempos lejanos habían removido en su espíritu, la comida misma con que le habían obsequiado a última hora—¡qué pollitos a lo *spiedo*, y qué helado de frutas!—, iban a vivir en el mundo de sus recuerdos mucho más que la casa del Gobernador.

Pero era injusto; lo que ocurría, pensándolo bien, era que las caricias de la rubia gala—repetidas con mayor voracidad, si cabe, la noche anterior—habían matado provisionalmente en él todo apetito sexual. Y cuando falta el apetito no piensa uno en restoranes, por lujosos que sean y por buena cocina que tengan.

Al día siguiente, de vuelta en Buenos Aires, Villena hizo dos visitas: de cumplido, la una; por gusto y afición entera, la otra. Fué a ver a Pepita, y estuvo comiendo en casa de Rosita Amerigo.

Pepa estaba mejor, pero, con el brazo en cabestrillo, no se atrevía a salir a la calle: sólo alguna tarde Leónidas, en un arranque inexplicable de esplendidez, la había llevado a pasear por Palermo en *taxis*.

A la madrileña no le preocupaba el brazo: lo que le traía sin sueño, según le dijo hoy a Manolo, era lo otro... Y lo otro era lo muy rápidamente que se iba pronunciando el desnivel de la cuesta abajo por la que se iba deslizando hacía ya tiempo. Como no salía a la calle no tenía aquellos ingresos eventuales, pero nada despreciables, que en los últimos tiempos eran la base económica de su vida. Alhajas y muebles que empeñar o vender iban quedando ya pocos, y, siguiendo así, a no ser una intervención inesperada de la Divina Providencia, nada grato podía esperarse.

—Teresita—le decía a Manolo en su visita de hoy—me escribe desde Montevideo diciéndome que me vaya, que allí, las dos juntas, podemos hacer algo. Pero ya ves, mientras no tenga el brazo listo, ¿dónde voy yo?

—¡Claro! ¿Y el amigo Acacio?

—Pocas penas me quita ese; a él, por lo visto, no le preocupa el porvenir. Cuando le hablo de ello me contesta siempre con la misma monserga: «Si vos no fueras una otaria y hubieras atrapado a uno de aquellos tipos

que te presenté...» Así que procuro ya casi no hablarle de eso.

Manuel salía siempre entristecido de aquella casa: veía el final, pero ¿qué podía hacer él para evitarlo?

En casa de Rosita tuvo que esperar un buen rato, solo en aquel cuartito tan simpático, vecino al comedor: la artista no había vuelto aún de la calle, y el poeta se tumbó a lo largo en el amplio sofá, lleno de cojines, y estuvo así como en éxtasis, aspirando el penetrante y agradabilísimo olor a incienso de que estaba impregnada toda la casa.

Por la cuenta, él y la criada debían estar solos en ella, pues ni aparecía el hermano de Rosa ni se oía alborotar a la porota rubia por las habitaciones de adentro.

Fué un rato delicioso el que pasó el poeta en aquella soledad: le agradaba verse rodeado de aquellos muebles, de aquellos *bibelots* que había encima del arcón antiguo, de todas aquellas cosas con las que *ella* convivía a diario, revolcarse entre aquellos cojines en los que acaso *ella* se hubiese revolcado poco antes y que parecían conservar un resto de su perfume.

Le parecía que sólo con estar allí ya estaba más cerca de su persona. En la pared había varios retratos de Rosita: uno de ellos, en los que aparecía la artista de perfil, con los hombros y parte del pecho desnudos, estaba sobre una especie de estantería al lado de una lámpara antigua, y al alcance de la mano del poeta; sin cambiar su comodona postura, sin más que alargar el brazo, podía atraparlo.

Así lo hizo; estuvo contemplándolo un largo rato y, en esto, sonó el timbre de la puerta de la calle. Manolo dió un beso al retrato, lo volvió a colocar en su sitio, y se incorporó.

Era ella, efectivamente; sonó muy pronto en el vestíbulo su voz llena, de dulzura inconfundible. Al enterar-

se de que Villena estaba allí, y antes de quitarse el abrigo y el sombrero, entró a verle.

Manolo se permitió reñirla en broma.

—¡Vaya unas horitas de volver a casa! No pretenderá usted hacerme creer que se ha terminado ahora la sección de la tarde.

Eran las nueve.

—No, no; es que después hemos ido de compras.

—¿Hemos? Pero si ha llegado usted sola...

La muchacha se turbó un poco. Pero comprendió que había que decir algo.

—Rosita y la *miss* se han quedado ahí, en la confitería París, comprando un postre de dulce.

—¡Ya está usted buena!

—De verdad, se lo juro.

Prodigaba mucho estos juramentos, un poco vagos. Ahora, sin duda para cortar la conversación, fué a quitarse el sombrero y el abrigo.

Volvió en seguida; traía un papel en la mano, y se lo alargó a Villena, diciéndole:

—Hombre. ¿Quiere usted reirse un rato? Mire qué cosa tan graciosa.

Era una carta, y decía así:

—«Señorita: Yo no sé si usted se habrá fijado en mí; soy ese joven que desde hace doce días ocupa todas las tardes el asiento de la segunda fila de plateas que hay junto al pasillo. Me gusta usted tanto, que tengo el pálpito de que me va a ser muy difícil vivir sin su cariño de aquí en adelante; es por ello que yo quisiera conversar con usted y había de ser esta misma noche. A su salida del teatro yo aguardaré con un coche a la esquina de Corrientes; no tiene más que subir a él y me hará feliz. Conoceré que accede usted a mi súplica en que entre los cuplés de esta tarde cantará el titulado «Mimí se aburre», en el que sale usted tan linda; si no lo canta es que debo renunciar a todas

mis esperanzas. Reciba el corazón de su—*Ignacio Ormaechea.*»

Manolo devolvió a Rosa la carta.

—¿Y esto le hace a usted gracia?

—¡Oh! Es que usted no conoce al tipo. Es un pelele que seguramente no ha cumplido aún los quince años.

—No importa; si está enamorado, harta desgracia tiene.

—¡Por Dios! Si puede ser mi hijo...

Y soltó una carcajada llena de crueldad... o de disimulo.

—No se ría usted nunca de esas cosas, Rosita.

A Villena le bailaba una pregunta en los labios; tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltarla... ahora; porque, en rigor, formulada ahora, perdía toda su eficacia inquisitiva.

Fueron a comer; el único invitado era él, y pasó casi la mitad de la comida en un mutismo del que a duras penas le sacaban la charla constante de la dueña de la casa y de su hermano, y las travesuras inverosímiles de Rosita la pequeña. Apeló al vino para salir de aquella actitud ridícula, y fué consiguiéndolo poco a poco.

Tanto que, antes de llegar a los postres, ya era el de siempre. Se habían sentado muy tarde a la mesa, y la artista, casi con el bocado en la boca, tuvo que volver al teatro. Manolo la acompañó en el automóvil, junto con el hermano. Por el camino procuró llevar la conversación a terreno favorable, hasta que le preguntó:

—¿Qué cuplés ha cantado usted esta tarde, Rosita?

Ella, o no se enteró de la intención de la pregunta, o prefirió no darse por enterada. Fué enumerando los títulos que había cantado. Manolo esperaba ver aparecer de un momento a otro la canción fatal, y viendo que ella, sin nombrarla, daba por terminada la lista, quiso aclarar, corrigiendo si acaso algún posible olvido:

—¿Y no ha cantado usted «Mimí se aburre»? ¡Tan bonito como dicen que es!...

Ella cayó al fin en la cuenta, y contestó con una carcajada:

—¡Qué malito es usted!

Pero se puso grave para decir:

—No, en serio; no la he cantado. ¡Se lo juro!

—¡Pobre chico!

—No, mire; no crea que yo soy así... ¡Si usted supiera!... Ahora que yo, luego, he pensado una cosa.

—¿Cuál?

—La carta esa me la han entregado en el momento en que yo salía a escena la primera vez, y no había pensado cantar hoy ese cuplé; pero supongamos que sí lo hubiera pensado, y la carta me la hubieran dado tarde... Salgo y lo canto. Y el otro, en su localidad, tan contento.

El que quedó contento fué Villena cuando se separó de Rosita a la puerta del teatro. Quería creer, le era necesario creer, que las cosas habían ocurrido tal y como la Amerigo se las había contado. Era casi seguro, porque de lo contrario no le habría ella enseñado la carta, dándole una prueba de confianza.

Muy despacio, camino de su hotel—la noche anterior, en el tren, no había dormido nada bien, y quería meterse en la cama muy pronto—iba haciendo examen de conciencia. ¿Por qué se alegraba él de que Rosita Amerigo no hiciera caso a sus pretendientes? ¿Era que estaba enamorado de ella? La cosa venía a ser un poco difícil, porque el poeta Manuel Villena no se enamoraba nunca.

Sobre su mesa del cuarto del hotel, entre cinco o seis cartas, vió una que tenía en el sobre el sello del Ministerio de Relaciones Exteriores; debía ser de Atilio Casilari. En efecto, el buen amigo le enviaba en ella una porción de cosas sustanciosas, tales como una tarjeta de socio

del Jockey Club, valedera para un mes; un permiso para entrar en la tribuna de socios de dicho círculo en el Hipódromo, y unas invitaciones para asistir al «Te Deum», al desfile de tropas y al *lunch* subsiguiente en el palacio presidencial; solemnidades todas que tendrían lugar dos días después con motivo de la gran fiesta nacional del 9 de Julio.

Villena, agradeciendo el envío, pensaba aprovecharse bien de todo aquello; eran nuevos espectáculos, nuevos aspectos de la vida de una gran ciudad que se ofrecían a sus ojos codiciosos de verlo todo.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, encaminóse al espléndido edificio que el Jockey tenía en Florida, cerca del final de la calle. Era un palacio de piedra gris, como casi toda la de la edificación de Buenos Aires, con amplio templete guardando la entrada, y dos altorrelieves en los dos lados de la especie de atrio que se formaba por la diferencia entre la rasante del edificio y la del resto de la calle.

Desde que se pisaba el vestíbulo se notaba ese ambiente de *confort*, de bienestar sólido que se respira en los parajes donde desgranan su vida cotidiana los acariciados por la fortuna. Para ser socio del Jockey de Buenos Aires hacía falta ser millonario, o vivir como si se fuese, que, en muchos casos, viene a dar el mismo resultado.

En el gran *hall*, al pie de la majestuosa escalera, Villena tuvo la fortuna de encontrarse con Carlos María Solana, un ricacho porteño que pasaba grandes temporadas en Madrid y París, y con el cual acababa de hacer el poeta la travesía desde Europa, en el mismo barco. Se brindó a servirle de amable cicerone, después que ambos se despojaron de abrigos y sombreros en el guardarropa que había a la derecha del *hall*.

—Vamos a ver, lo primero de todo, la biblioteca de Castelar; a usted, como español, le interesará.

—Mucho. Pero presumo que me va a interesar más el resto de la casa.

En la planta baja se tomaba un ascensor que les dejaba en un pasillo, a cuyo fondo había una puerta modesta; un empleado de la biblioteca general del círculo, previamente avisado, les aguardaba en ella. Subieron los tres por una escalerilla de caracol y desembocaron en una habitación, no muy grande y bastante baja de techo, llena de estantes. Allí estaban, con relativa holgura, los volúmenes que pertenecieron al gran orador, y que el embajador Avellaneda, de gratísima memoria, adquirió en Madrid por una crecida suma, para regalar al Jockey.

Eran libros de diverso género, aunque abundaban los de Historia y Literatura, de acuerdo con las aficiones del egregio lector. Algunos ejemplares estaban avalorados con dedicatorias de los autores, destacando entre ellas la de Víctor Hugo, que decía así: «A Emilio Castelar, Víctor Hugo.» Parecía escrita con el palo de una escoba, por un niño, en un momento de mal humor.

Aquellos libros, probablemente ya no los leería nadie; eran reliquias, fetiches a los que había que adorar, por lo que recordaban, pero cuya vida se había terminado al enfriarse para siempre las manos que los hojearan.

Villena y Solana fueron a recorrer la casa; era un palacio del lujo y de la comodidad. Vieron las salas de juegos individuales—en el club no existía el juego de banca—, los salones de tertulia, la gran galería que circundaba el *hall* en el piso alto... Pero nada de esto llamaba la atención del poeta.

Su primer entusiasmo, lo que encendió en él el deseo de vivir bien, siempre en una atmósfera como aquella de buen tono, fué en el departamento de baños. A más de unas cuantas habitaciones individuales, con sus bañeras espléndidas y toda clase de refinamientos, vió las salas de duchas, en las que no faltaba ni una clase de

aparatos, por extravagante que fuese; los gabinetes para el baño ruso y la estufa para el turco; la sala de masajes... Pero lo que más llamó su atención fué la piscina de natación, una especie de patio amplísimo cubierto de cristales, y cuyo suelo era todo él un estanque lleno de agua, con una temperatura eterna de veintidós grados. Todo estaba previsto allí; el piso del estanque—una capa finísima de material hidráulico en el que los pies parecían hundirse con delicia—estaba en declive, para formar así distintos niveles, de modo que el que no supiera nadar pudiese mantenerse sobre sus pies con el agua a la cintura, al pecho o al cuello, y en cambio el nadador, avanzando más, pudiera forjarse la ilusión de que estaba en pleno Atlántico, a merced del oleaje.

A derecha e izquierda del recinto estaba la peluquería, el gabinete de la manicura y del pedicuro, unas habitaciones para dormir, el ropero y unas cuantas cosas más por el estilo.

—Sin salir de esta parte de la casa—decía Solana—, y sin demorar más de un par de horas, un tipo que llegase de la calle, sucio, cochambroso, que se hubiera estado dos horas revolcando por el fango, podía mandarse mudar otra vez a la calle, convertido en una azucena.

Se abrió una puerta de cristales y apareció un tipo alto, fornido, musculoso, y completamente desnudo. Iba seguido de uno de los bañeros y se dirigía al gabinete de masaje.

Al pasar saludó.

—Adiós, Carlos. ¿Cómo te va?

—¡Hola, Chino! ¡Qué bien te cuidas!

—Voy a limpiarme no más; he estado un rato haciendo gimnasia.

Era simplemente un socio que, orgulloso de sus formas, se paseaba en pelota por toda aquella parte del círculo, cuya temperatura tenía previstos estos casos. Parecía una estatua de un Museo que, provisionalmente, hubiera abandonado su pedestal.

El gimnasio y la sala de esgrima eran dos piezas espléndidas, y siguiendo a la derecha se llegaba a los comedores de la casa.

Eran varios; el general de socios era un local amplísimo, a cuyo fondo una *serre* daba sobre el jardín de la casa, ahora lluvioso y desolado.

—En verano esto es una delicia. ¿Ve usted aquella terraza que ahora está en obras?

—Sí.

—Pues en los meses de calor, en Enero y Febrero, trasladan allí todas estas mesitas, y por las noches es un encanto.

—Sí que será.

—Ahora vamos a ver los otros comedores.

—¡Ah! pero, ¿hay varios?

—Verá usted.

Un saloncito muy coquetón, que tenía adjunto un gabinete con su tocador al fondo, era el comedor de señoras. Aquél, como algún otro del círculo, eran rincones en los que la idea de casa social desaparecía en absoluto para evocar la del hogar; pero un hogar suntuoso de millonarios, en que los mil detalles íntimos que endulzan la vida llegasen a su más completa realización.

Un salón Imperio, un gabinete Luis XV y un comedor para banquetes, eran estancias palaciegas que acaso resultasen excesivas para un club. Esto iba pensando Manolo mientras las recorría; pero bien pronto suspendió el pensamiento al oir decir a Solana:

—Y ahora va usted a ver la maravilla, el orgullo de la casa.

—¿Aún queda más?

—Sí, señor. Va usted a ver el comedor del millón de pesos: como es lógico, se llama así porque no ha costado ni un centavo menos.

El criado que les acompañaba abrió una puerta de madera riquísima, con cierres y picaportes dorados. Prime-

ro había un gran salón, parecido a los anteriores, y de allí se pasaba a una estancia realmente suntuosa.

Los muros eran de maderas finísimas, de telas costosas, que en sus entrepaños lucían unos adornos del más puro gusto pompeyano. El techo y el suelo, como las tapas de un estuche construído para guardar joyas valiosísimas, eran también de una riqueza imponderable, lo mismo que los aparatos de luz y los muebles. Y, sin embargo, a pesar de tanta riqueza, a pesar de aquel alarde, la estancia no resultaba recargada ni chillona, acaso porque, con supremo acierto, se habían respetado en ella las líneas clásicas de la ornamentación, sin arriesgarse en innovaciones peligrosas.

En el centro había una mesa muy grande, de forma circular, que, abierta en el centro en otro círculo, permitía que los comensales se sentasen a ambos lados, en una forma original y pintoresca.

—Amigo Solana, en un comedorcito como éste ¡cualquiera se atreve a pedir un asado al cuero o unas vulgares chauchas!

—¡Oh! Aquí, mi hijo, se come oro casi siempre. Pero yo le garanto que como más a gusto en el comedor de socios que le he mostrado antes.

—Lo creo. A mí me pasaría lo mismo.

Una estancia en obras, con una preciosa chimenea vieja, estilo español, hizo decir al portero:

—Aquí fué la recepción de la Infanta Isabel. ¡Qué viejita simpática!

—Mucho.

Y Villena se quitó el sombrero saludando desde tan lejos a la buena anciana que tan bien había sabido pasear el nombre de España por las tierras de las que fueron sus hijas. *Fueron*. ¡No conviene hacerse ilusiones!

Abajo, muy cerca de la entrada, estaba la gran biblioteca y sala de lectura. Al poeta fué la habitación que más le agradó de la casa; amplia, alta de techo, severa,

sobre su gran mesa central se encontraban los principales periódicos del mundo, y en sus estanterías, de una madera obscura, había pasto espiritual para todos los gustos y aficiones. A esta hora estaba llena de socios, y aunque la mayoría hojeaba periódicos o escribían cartas, otros conversaban entre sí, pero en voz tan baja, con una suma tal de discreción, que no había miedo de que el vecino se molestase.

Allí mismo, cerca de los amplios ventanales que daban a Florida, Solana invitó a Villena a café: un café especial como se tomaba en pocos sitios del mundo, una bebida aromática y excitante que llenaba en seguida el cerebro de optimismo, que le sugería a uno mil ideas de grandeza, hasta el punto de creerse que el comedor del millón de pesos era de uno y que iba a instalar allí un tupi con pianola.

—Usted come conmigo, ¿verdad?

—Hombre; ya que es usted tan amable...

—¡Oh! Me será muy grato. Le garanto que aquí se come bien. Porque comeremos acá, ¿no le parece? ¿Dónde mejor?

Y Villena, que ya iba por la tercera taza de café, replicó al amable anfitrión:

—Yo como con usted esta noche acá, o en el centro de la Avenida de Mayo, o en la isla Maciel. Donde usted quiera. ¡Pues no faltaba más!

—Tampoco se come mal en la isla Maciel. Pero, vamos, es otra cosa.

—Ya me lo figuro.

Comieron espléndidamente; el comedor estaba lleno de socios, gente toda que llevaba la buena vida retratada en el rostro, alcohólicos algunos de ellos, pero alcohólicos de vinos caros, derrochadores de millones; hombres tristes otros, con una tristeza elegante y de buen tono.

A mitad de comida el anfitrión hizo destapar unas bo-

tellas de champán. Silenciosamente, sin bullicio, brindaron los dos por la Argentina y por España.

—Por la madre y por la hija—dijo Solana.

—Bueno, como usted quiera. Pero ya sabe usted que hay madres que abandonan a sus hijas, como hay hijas que, desde lejos, se acuerdan muy poco de sus madres.

—Es verdad... Es verdad...

No era cosa de terminar con melancolías una comida tan agradable, y Villena empezó a hablar de la fiesta patria que daría comienzo dentro de veinticuatro horas.

—He sido invitado al «Te Deum» oficial y al *lunch* de la Presidencia.

—Ché, ¿va usted a conocer al *Peludo?* Cuidado con él; es un hombre peligroso.

—Dígame; y ¿por qué le llaman ustedes el *Peludo?*

—Porque es un hombre hosco, salvaje, hace una vida retraída, nadie lo ve; por milagro asiste a las funciones de gala. Acá, donde hemos tenido presidentes, mi hijo, que eran dechados de gentileza, hombres de mundo que hacían de la Presidencia de la República el centro de la vida social de Buenos Aires.

El poeta sonrió, para decir:

—Ya sé que esta casa, el Jockey, tiene fama de ser el cuartel general de los enemigos del presidente.

Solana contestó de una manera indirecta.

—Ese hombre, con su política plebeya, está arruinando al país. Créame, la Argentina se deshace en manos de los radicales.

—No creo que sea tan fácil deshacer un país joven que, a pesar de lo mucho que ha hecho, puede decirse, viendo lo mucho que ha de hacer, que ahora está empezando a vivir. Lo que más nos llama la atención a los que venimos de allá es el patriotismo argentino: allá—no sólo en España, sino en otros países europeos, y a pesar de la guerra—una manera tan ardiente de sentir el pa-

triotismo ya no se lleva, está *demode;* cuando rara vez se presenta, se le llama patriotería.

Carlos María Solana, el eterno viajero errante por tierras de Europa, bajó un tanto la voz para decir:

—Y tienen razón. Acá abusamos un poco. Usted habrá tenido ocasión de observarlo en el tiempo que lleva entre nosotros: por cualquier motivo aparece la ciudad llena de banderas argentinas; de buena fe tenemos a nuestro Ejército por una de las mejores milicias del mundo; en política internacional queremos ser los gallitos de Sudamérica; el desfile de un regimiento es acá una apoteosis...; ya lo verá usted pasado mañana...

—Y lo aplaudiré.

—Cortesía de extranjero.

—Se equivoca usted, Solana; aunque me haya dado espléndidamente de cenar se lo digo con toda franqueza. Yo no niego los hechos que usted afirma: es cierto que aquí, el que viene de fuera, nota en seguida el vigor de un sentimiento nacionalista, que a veces resulta un poco agresivo: son modas que ya no se llevan en Europa, pero que aquí son de una suprema, de una imprescindible necesidad. ¡Pobre República Argentina si así no fuera!

—¿Usted cree?

—En absoluto. Es un caso de maravilloso instinto defensivo de un pueblo. Usted sabe lo que es este país: campo de experimentación de todos los aventureros europeos, orilla donde la resaca del mar trae lo que estorba en otros países, vertedero donde el mundo viejo envía sus detritus, y donde en cada trasatlántico que viene de allá suele llegar lo peor de cada casa. ¿Qué haría toda esa ralea de esta tierra si los que han nacido en ella no se aprestasen a defenderla, a conservar lo que en ella puede haber de núcleo sagrado de la nacionalidad? Y de ahí el amor a la Patria que al chico se le enseña en las escuelas, el falseamiento respetable de una parte de su Historia para hacerla santa y adorada, el recuerdo cons-

tante y con el menor motivo de todo lo que brilla y deslumbra en estas cosas del patriotismo: los colorines de la bandera, la sugestión de los uniformes, la música del himno nacional, tocada con una podrigalidad que en cualquier otra parte resultaría empalagosa...

—Pero es que eso no tiene base, es artificial; eso está bien para los países que tienen una historia, una tradición.

—Sí; la Historia es como la solera de los buenos vinos, pero es también un peso. ¡Hacen tantas tonterías los pueblos a veces para no desmerecer de su historia! La Argentina, por lo mismo que no la tiene, ha de creársela muy de prisa; si deja que se la hagan los de fuera con sus codicias, con su falta de comprensión, está lucida. De ahí ha nacido el teatro nacional, y luego vendrá la industria nacional, y un deseo muy vago aún por quitarse de encima el sambenito de las imitaciones.

—¡Eso es lo que a mí me indigna! Y no estoy solo, se lo garanto; somos muchos los argentinos que protestamos de ese llamado teatro nacional, cosa repugnante, cosa soez. ¿Usted ha visto nada más vacuo? Un teatro de compadritos y de patoteros, que se desenvuelve casi todo él en un ambiente de grosería de conventillo y de quilombo. Yo salgo indignado las pocas veces que voy donde los nacionales.

—Pues yo tengo fe en el teatro nacional argentino... Al tiempo.

—Si no cambia de rumbo, no irá a parte alguna.

Hubo una pausa: estaban ya tomando el café y fumando unos espléndidos cigarros. Villena quiso cortar el tema.

—¿No se va a enfadar por lo que le voy a decir?

—¡Mi hijo, por Dios! Diga no más; le escucho encantado.

—Pues digo que no deja de tener gracia que sea yo, un extranjero, el que tenga que defender a la Argentina de los ataques de un argentino.

—Es que usted es muy gentil.

—Le doy mi palabra de honor de que le he hablado con sinceridad.

—Y yo le creo, le creo... Yo también amo a mi país, ¡cómo no! Lo que tiene es que le amo a mi modo, y no estoy conforme con el rumbo que aquí están tomando las cosas.

Manolo Villena creía estar en aquel momento en Madrid, en una de aquellas tertulias de intelectuales, en las que, alrededor de algún hombre de talento, había siempre una fértil colmena de idiotas. También allí había unos cuantos tipos que sólo porque su patria había cometido el error de no proclamarlos genios, pasaban la vida hablando mal de ella, desde el hoyo de su fracaso. Y cuando alguien los llamaba al orden y les hacía ver lo canallesco de su conducta, repetían invariablemente:

—No, si yo quiero a España a mi modo. ¡No faltaba más!

Solana amaba a su país, como él decía, desde lejos, desde París o desde Madrid, que es, después de todo, la manera más cómoda de amar.

Manolo alzó la copa de kummel y dijo:

—Bueno, en vista de que, como pasa en todas las discusiones, los dos tenemos razón, vamos a bebernos esta copita a la salud del general San Martín y de Cristóbal Colón.

—Con mucho gusto. Y luego haremos que nos traigan otras de kirsch y las beberemos en honor de Sarmiento y de Américo Vespucio.

—¿Ve usted? Es uno de los inconvenientes que tiene la Historia.

—¿Cuál, mi hijo?

—Que en nombre de ella ¡mi padre! se coge cada curda... o cada pedo, para decirlo en criollo...

Aquel día, 8 de Julio, Manolo Villena se levantó muy tarde: eran ya las cuatro cuando salió a la calle, y como notara hambre pensó que lo más práctico era refugiarse en uno de los sitios de Florida donde se tomaba el te. Un te enciclopédico, con muchas ilustraciones, que pudiera servirle a uno de desayuno y almuerzo.

Cuando iba por la mitad de la Avenida, casi esquina a Tacuari, tuvo la fortuna de tropezarse con Santiago Rendón, que salía en aquel momento de la redacción de *La Epoca*. El pollo, con sus lentes de gruesos cristales y su rostro afeitado casi con ensañamiento, era un tipo muy Wilson, mezclado con algo de cachondería madrileña.

Rendón era español, y llevaba seis o siete años en Buenos Aires, que, según él, era el mejor país del mundo.

—Aquí se vive muy bien, amigo Villena; se vive más de prisa que en ninguna parte, que es lo interesante.

Para su espíritu, educado a la inglesa—hablaba el inglés mejor que Lloyd George—, el tono gris de la capital argentina, lejos de ser un inconveniente, resultaba un encanto más.

—Yo he vivido en Londres—afirmaba muy serio—y le aseguro que esto es un Londres algo españolizado, es decir, algo más divertido.

El poeta sentía por él una extraordinaria simpatía: le alegraba encontrarle, porque tenía la seguridad de pasar a su lado unas horas amenas, sin escuchar de los la-

bios amigos ni una sola impertinencia. ¡Y esto va siendo ya tan raro en el mundo!

—Iremos a lo de Harrod's, ¿no le parece? Es lo más suntuosamente teatral.

—Iremos donde usted quiera; yo poseo un hambre de periodista español.

—Bueno, pero no es cosa de ir a pie.

Ya hemos dicho que en Buenos Aires se toma un *taxis* como en otras partes un tranvía. Y, desde luego, con una mayor facilidad. Rendón detuvo uno gigantesco pintado de rojo y de una suntuosidad increíble, que iba a sumergirse en Maipú.

La casa Harrod's, estaba situada en Florida, al final, ya casi en la plaza San Martín; aquella parte de la calle no conservaba el bullicio y la animación que reinaba, sobre todo a estas horas, en las cuadras cercanas a la Avenida; seguía siendo Florida de nombre nada más, pero no en espíritu.

El colosal comercio, sin disputa el más elegante de Buenos Aires, animaba aquella parte de la calle con el torrente de luz de sus grandiosos escaparates, cada uno de los cuales era una exposición de lujo y de buen gusto. A la hora del te había siempre una fila de automóviles y coches que, arrancando de su puerta principal, seguía por la acera hasta doblar la esquina.

Para llegar al salón de te había que atravesar diversos pisos de la casa, en cada uno de los cuales se agrupaban las distintas secciones: de ropa blanca, confecciones, sombreros, calzado, perfumería... cuanto hace falta para vestir y adornar de la cabeza a los pies a estas grotescas figuras humanas, que, vistas al desnudo, recuerdan tanto al mono de los bosques.

Era aquél un verdadero palacio del lujo, la mansión ideal que la mujer más enamorada de los trapos pudiera soñar; y, sabiamente previsto todo, para el hombre no dejaba de ofrecer sus encantos el de la contemplación de

aquellas dependientas vestidas de negro, muchachas de quince a veinte años, guapas casi todas—pues las feas no las admitía la dirección—peinadas y compuestas con un buen gusto y con un instinto de la coquetería que era una lección más para las parroquianas.

El salón de te ocupaba casi un piso entero de la casa: a la entrada había un mostrador en el que unas muchachas despachaban al público paquetes de pastas para el te, bizcochos y confituras.

Los grandes ascensores subían a estas horas llenos de gente desde el primer piso; las mesas, llenas casi todas de mujeres en su mayoría, eran ramilletes vivientes, apoteosis de luz para los ojos. La música del sexteto tocaba unas piezas muy íntimas y recogidas: valses muy lentos, serenatas sentimentales, tangos, pero no el tango voluptuoso del *cabaret* o del cafetín, sino una cosa suave, resbaladiza, como si quisiera velar las picardías de la danza con la sordina de los violines.

—Fíjese en aquella muchacha rubia—decía Rendón después que resolvieron el arduo problema de encontrar mesa—: es algo excelso, amigo Villena.

Era un postre de cocina confeccionado por el Sumo Hacedor. Una de esas mujercitas que, de puro hermosas, llegan a inspirar rabia. En las portadas de los periódicos de modas se veían de cuando en cuando figuras así, creación arbitraria del lápiz de un dibujante: pero el encontrarse con una de ellas en la realidad producía un asombro tan agradable, que llegaba uno a sentirse acobardado.

Los ojos, muy azules, miraban con una serenidad que desconcertaba; en la boca, que era sólo una rayita grana, había un gesto de cansancio perenne; dos bandós de un pelo de oro le escapaban de la gorrita de terciopelo hasta rozarle las cejas... Y todo ello abrigado y como envuelto en una estupenda piel blanca que daba a su busto el aspecto de una montaña nevada.

Iba mojando en la taza de te, muy despacio, unos trocitos de pan tostado, que mordisqueaba con los dientes como si les hiciera una caricia. Villena, observándola, pensaba que hay circunstancias en la vida en que una torrija puede ser más dichosa que un hombre.

Realmente era un espectáculo soberbio el de aquel salón suntuoso, en el que resultaba incesante el desfile de mujeres estupendamente vestidas, que salían a la calle o venían a ocupar las mesas apenas libres. Todas no eran guapas, porque ello habría resultado milagroso; pero las feas vestían con un buen gusto tan irreprochable que, admirando el conjunto de la figura, no daban tiempo a fijarse en el rostro. Villena pudo admirar allí otra inapreciable cualidad de la mujer porteña: su impecable, su majestuosa manera de andar. Fuera de algún rato en el Hipódromo, ni en los teatros ni en otros sitios análogos era dable apreciar aquel nuevo encanto, y aun por las calles, las pocas veces que las grandes damas salían a pie, no era éste su caminar de ahora, lento, soberano, pero sin *pose*, moviendo el cuerpo con un sentido de la medida maravilloso, y marcando una nueva silueta encantadora en cada una de las breves detenciones de la marcha.

¡Era admirable! ¿Dónde habían aprendido estas mujeres tal modo de caminar, que parecía el de una emperatriz en un salón de la corte, en día de recepción solemne? Lo maravilloso es que muchas de ellas venían a ser hijas o por lo menos nietas de hombres modestos enriquecidos en poco tiempo; no podía hablarse allí de herencias, de elegancias transmitidas. Era, sin duda, fineza natural de la raza, instinto de unas bellas figuras femeninas que les hacía parecer herederas de reyes.

Al poeta, con tanta admiración se le había pasado el hambre: llevaba ya engullidas tres tazas de te, media docena de torrijas materialmente bañadas en mermelada, cuatro pasteles y diversos sandwichs; pero lo había

hecho de un modo mecánico, sin darse cuenta de lo que hacía, mientras los ojos se hinchaban de admirar.

Y como no era cosa de monopolizar una mesa por mucho tiempo, habiendo damas esperando de pie, abandonaron el local y se marcharon a la calle.

Se había hecho de noche, y la sorpresa grande de Villena fué al pasar frente al edificio del Jockey Club: una ola de luz inundaba materialmente la calle, y la silueta del elegante casino aparecía señalada en sus menores detalles arquitectónicos por bombillas eléctricas.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esto?

Pero antes de que Rendón le diera la explicación, cayó él mismo en la cuenta.

—¡Ah, ya! Las iluminaciones de la fiesta nacional.

—Es cosa curiosa; vamos a verlas.

En la misma Florida los edificios de alguna importancia tenían diseñado su esqueleto de aquel modo radiante: la casa central de Gath y Chaves, las galerías Güemes, alguna casa particular... Pero donde la luz llegaba al derroche era en la Avenida de Mayo: la hermosa vía era toda ella un gigantesco túnel de luz, gracias a los arcos que, cada cincuenta metros, cruzaban la calle de acera a acera. Venían a ser unas armaduras de hierro y en las que centenares de bombillas azules y blancas reproducían los tonos de la bandera argentina. A más de eso, eran muchos los edificios iluminados *a giorno* desde el alero del tejado al sótano: las casas de los grandes periódicos, el edificio de *La Prensa*, el palacio municipal, el club del Progreso, algunos hoteles y cafés. Todo ello hacía que hubiera en el aire un polvillo sutil de luz, como un nimbo dorado que patinaba los rostros de las personas que llenaban las aceras, y hacía brillar como piedras de colores obscuros el barnizado de los coches y automóviles de que estaba atestada la calle.

—Vamos a recorrer la Avenida de punta a punta—dijo

Rendón —. No le pesará. Iremos primero a la plaza del Congreso, y volveremos después a la de Mayo.

—Encantadísimo.

El poeta, en realidad, estaba excitado de admiración; aquellos millones de luces eran para él como un *exultate*, y también como un símbolo. Sin saber por qué, le vino a la memoria su conversación de sobremesa con Carlos María Solana, la noche anterior, en el Jockey.

Aquellas luces, aquella alegría de la calle, no era más que un himno vibrante de patriotismo, una sana borrachera de amor nacional, con que un pueblo celebraba la fecha feliz de su independencia. Manolo experimentaba el mismo contagio emotivo que nos oprime la garganta cuando oímos a una multitud prorrumpir en vivas a algo, no importa lo que sea.

Confirmaba una vez más su opinión de que así como las horas del día son en los campos las más bellas, las ciudades, como mujeres un poco cansadas de amar de prisa, salen ganando con la llegada de la noche. Porque Buenos Aires podría ser un pueblo gris, monótono a la luz del sol o en esas horas diurnas en que la niebla de un cielo ceniza hace aparecer opacas las personas y las cosas; pero ahora, convertido en un volcán vivo en que el fuego alumbra pero no quema, se iban al diablo las grisuras y las monotonías. A este tono, vista así, envuelta en el foco de su propia exaltación, era la ciudad latina de todas las alegrías y de todas las luminosidades, la urbe hermana de París, de Madrid, de Milán, que tan melancólicamente había echado de menos el poeta al asomarse el primer día al balcón de su hotel, minutos después de desembarcar.

El espectáculo de la plaza del Congreso, que se divisaba al frente desde el final de la Avenida, era de los que quedan grabados en la retina para siempre.

Ya la última casa de la izquierda de la gran arteria, esquina a la plaza, que era uno de los edificios más sun-

tuosos de la ciudad, parecía abrir la entrada de aquella verdadera apoteosis teatral, con sus nueve pisos dibujados con rayas de oro sobre el fondo obscuro de la fachada. Y al mirar al frente, la vista se detenía admirada ante aquel prodigio, que era la cúpula enorme del palacio del Congreso, destacando en el azul nocturno del cielo como un gigantesco globo incendiado.

Cuando la enorme atracción del espectáculo lo permitía, la vista descendía y se fijaba en los inmensos surtidores de agua del monumento a los dos Congresos, iluminados en tono azul, verde y rojo, gracias a una diabólica combinación; andando por el centro de la plaza, después de pasar la estatua «El Pensador», de Rodin, que ni aun en esta noche augusta se había creído obligado a mudar su eterna postura de hombre preocupado y algo dispéptico, se empezaba a caminar por un verdadero campo de luz, pues las líneas de los parterres, los bordes de los paseos, las orillas de los estanques, estaban iluminados con un festón de luces de diversos colores, gigantescos gusanos que parecía iban a enredarse en los pies del paseante de un momento a otro.

Villena tuvo un capricho.

—¿Y si subiéramos allí?—dijo señalando la plataforma del monumento de los Congresos, de la que arrancaba la gran columna central.

—Vamos, ¿por qué no? Debe ser fantástica la visión.

Y lo era, en efecto: desde allí, a espalda de los gigantescos caballos de piedra, ante los cuales salían los chorros de los inmensos surtidores, se veía toda la línea iluminada de la Avenida de Mayo, que venía a terminar en algo que a esta distancia era un enorme disco de metal fundido. Desde lo alto no parecían luces aquellas, sino que la línea de la gran calle era como una espada de fuego que había caído allí entre las sombras de la noche.

No se veía el cielo; el haz de luz que subía de la tierra

parecía haberlo borrado, como diluído en su propia obscuridad. Y al volver la vista atrás, las líneas elegantes del palacio del Congreso servían de telón de fondo a la fantástica decoración.

A Villena le entró prisa por ver de cerca aquello que se adivinaba al otro extremo de la Avenida.

—¿La plaza de Mayo?—dijo Rendón—. A mí en estas noches es lo que más me gusta; acaso no tenga la colosal grandeza de esta en que estamos; pero es más linda, más bonitamente fantástica.

Fueron allá; en pasar de nuevo la Avenida emplearon cerca de media hora; tales eran la aglomeración y el bullicio. Por fin desembocaron en la hermosa plaza, centro y cuna de todas las tradiciones porteñas.

No había en ella, en efecto, ningún edificio de la suntuosidad y grandeza del palacio del Congreso; pero el conjunto, por el tono acorde de toda su edificación, resultaba más agradable, más cordial. Y ahora, con todos los edificios convertidos en palacios de luz—cosa que no ocurría en la plaza rival—, el aspecto era de una belleza insuperable.

La concurrencia de público era relativamente escasa; las grandes aglomeraciones de la Avenida no llegaban hasta allí, y el recinto tenía así un aire de mayor tranquilidad, de oasis de relativa serenidad, en medio del estruendo ciudadano. Desde los soportales del Ministerio de Justicia, que con los de la acera de la calle Victoria tan clásico y evocador aspecto daban a la plaza, Rendón y Villena contemplaban el espectáculo: al fondo era la silueta elegante de la Casa Rosada, residencia del Gobierno de la República, que ocupaba todo un lado del cuadrilátero, con su sencillez de líneas, con su arquitectura llena de evocaciones coloniales, sin las cúpulas fantasmagóricas ni las altas torres epatantes de otros edificios, que parecen alzados para que los habiten gigantes.

A la izquierda, desde el ángulo del paseo de Julio, el

edificio del Banco de la Nación, las oficinas de la curia eclesiástica, el severo pórtico griego de la Catedral, tan evocador con sus columnas sutiles, que eran ahora como tallos de gigantescas flores de luz, hacían de aquel trozo de la población el más bello en estas horas de inenarrables bellezas urbanas.

Esquina a la Avenida lucía el palacio municipal una de sus fachadas, y en ella la iluminación acaso de mejor gusto de la ciudad; y en el lado contrario, dando la vuelta completa a la plaza, los hoteles y restoranes de la acera de los soportales derrochaban también la luz y el buen gusto en el adorno, como para mantener dignamente la competencia con sus poderosos vecinos de enfrente.

El centro de la plaza, por efecto de tanta luz, parecía como el interior de un horno muy caldeado, horno por el que se paseaba uno como dentro de un globo luminoso en el que no hubiese el menor riesgo de quemarse.

Villena había visto en otras partes iluminaciones públicas en los días de grandes fiestas; eran otra cosa tan distinta, que al recordarlas ahora le daban un poco de pena y hasta algo de risa. Por lo general, aparte el derroche de luz, no eran esta manifestación artística de aquí, este recreo para los ojos, este espectáculo de maravilla, en que se manifestaba un poderoso instinto del buen gusto. Y evocaba aquella iluminación de uno de los centros oficiales de cierta capital de un país lejano, en que cada balcón lucía una vela dentro de una especie de pecera de cristal: visto desde la calle—que era una de las principales de la población—, aquello parecía un puesto de buñuelos, lanzando tuforadas de aceite frito en medio de la noche.

Manolo quiso acostarse relativamente temprano, pues al día siguiente tenía que madrugar... también de un modo relativo. No quería perder detalle, y aunque el «Te Deum» no empezaba hasta la una, había que vestirse,

había que almorzar primero, pues de la Catedral se trasladaba la comitiva al palacio presidencial, empezaba en seguida el desfile, seguía después la recepción y el *lunch*... Total: faena hasta las cinco o las seis de la tarde.

Muy vestido de frac y sin quitarse el abrigo, el poeta almorzó en un restorán italiano que había en la misma plaza de Mayo, frente a la Catedral: a la una menos diez, saboreando aún el café, cruzó la plaza, y salvando, gracias a la exhibición de las invitaciones, el cordón de vigilantes que contenía a la enorme masa de curiosos, penetró en el hermoso templo por la puerta de invitados, bajo el pórtico.

Algunos diplomáticos, grupos de militares y altos funcionarios civiles, habían llegado ya, y formando corros y charlando discretamente en el centro de la iglesia, aguardaban la llegada de la comitiva presidencial.

Continuamente llegaban nuevos invitados: tipos altos y rubios, con uniforme inglés, en el que predominaba el color rojo vivo; militares de las repúblicas americanas del Pacífico, con uniformes tan calcados de los del ejército alemán, que parecían verdaderos subordinados de Hindemburg; diplomáticos menuditos de color aceitoso, con pelo muy negro y ojos muy vivos; chinos y japoneses, que entraban en el grandioso templo muy suavemente, como no queriendo llamar la atención... Los embajadores, ministros y secretarios llevaban casi todos un traje igual, con esa verdadera uniformidad de la ropa diplomática a través de los más diversos países del mundo, que parece ser como un símbolo.

De cuando en cuando un prelado, con su severo traje violeta y el brillo de su pectoral, aparecía entre la concurrencia, ya numerosísima; hombre de paz entre aquellos hombres de guerra o de intriga, era como un cordero que sin darse cuenta se hubiera metido en una cueva de lobos; pero los lobos le abrían paso, se inclinaban

ante él cortésmente, y él pagaba con el resplandor de su sonrisa aquel homenaje colectivo.

Villena había tenido la suerte de encontrar un sitio vacante inmediato al banco de los agregados militares, a la derecha del presbiterio; desde allí podría ver a sus anchas la ceremonia. Desde allí también divisó al simpático Atilio Casilari, enfundado en su uniforme de introductor de embajadores, que, sin descansar un momento, iba y venía de un lado para otro, recibiendo a los que llegaban, colocando a los que vacilaban en el puesto que les correspondía, y teniendo para todos una cortesía y un gesto amable.

Un jefe español, con uniforme de Estado Mayor, vino a colocarse casi vecino al poeta; sorprendió a éste la emoción que en él producía aquel recuerdo de la Patria lejana la simple vista de un traje militar con el que mil veces se habría cruzado por las calles de Madrid, sin parar siquiera la atención. Decididamente la ausencia es una gran cosa para toda clase de cariños.

Un movimiento especial de los invitados fué la señal de que llegaba la comitiva presidencial.

Replegóse cada cual a su puesto y, al poco rato, por el centro de la iglesia avanzó una doble fila de señores, entre los que el frac abundaba acaso más que los uniformes. A mitad de la fila, separado de los que le precedían y le seguían por una mayor distancia, signo de respeto, venía el presidente: Villena, recordando los retratos, le conoció en seguida.

Era alto, muy alto, derecho, joven aún: por debajo del chaleco de su frac lucía los colores azul y blanco de la banda presidencial, que le cruzaba el pecho como una coraza.

Ocupó un gran sillón que había a la izquierda del altar, y junto a él sentáronse ocho o diez señores más, todos de frac: eran los ministros.

La ceremonia no resultaba aburrida gracias a su bre-

vedad; un cuarto de hora después de haber comenzado, el primer magistrado de la Nación púsose de pie, y acompañado por todos, inició el desfile hacia la calle. Durante esos quince minutos, unos señores se habían dado el gusto de cantar sin que nadie les interrumpiese, en el coro alto, y unos sacerdotes revestidos habían hecho ante el altar unas muy pintorescas evoluciones. Era el modo que tenía la iglesia argentina de asociarse al júbilo de la Nación en la fecha solemne de hoy.

Villena, como iba de frac y tenía su invitación, se creyó en el caso de agregarse a la comitiva oficial; él también representaba allí algo: representaba a los emigrantes españoles con billete de ida y vuelta, que a veces resultan mucho más emigrantes que los que vienen a trabajar en el campo.

Entre un alto oficial argentino y uno de los diplomáticos japoneses hizo el poeta el trayecto, no muy largo, que separaba a la Catedral del palacio del presidente. Una multitud enorme, muy quieta y silenciosa, presenciaba aquel desfile, lento y solemne, desde la acera de la izquierda y desde el centro de la plaza.

Como uno de tantos penetró Manolo bajo el pórtico de la Casa Rosada, subió por la hermosa escalera de honor, atravesó unos cuantos salones iluminados con esplendidez, y se encontró en una galería, cuyos arcos daban a un gran balcón corrido; asomóse a él y vió toda la plaza de Mayo llena de gente, pero con un gran espacio libre en todo su perímetro, por donde había de verificarse el desfile. Al fondo, a lo lejos, a la entrada de Victoria, las primeras tropas esperaban la señal para ponerse en marcha.

Los balcones se cuajaron en seguida de invitados; entre ellos había varias señoras que, por lo visto, estaban ya dentro de palacio cuando llegó la comitiva.

De pronto Villena notó que todas las miradas de la multitud se clavaban en otro balcón más saliente que

había a pocos metros del suyo, y que hasta entonces permanecía desocupado: una salva de aplausos resonó en seguida. Entonces el poeta, sacando un poco el cuerpo sobre el barandal—pues el tal balcón estaba medio oculto por un saliente del edificio - vió al presidente saludando sombrero en mano a la multitud, rodeado, aunque a cierta distancia, de todos sus ministros.

Y comenzó el desfile. Pasó primero, a caballo, y seguido de su escolta, un general; llevaba el bonito y simpático uniforme de la época colonial, el mismo que vestía de ordinario la guardia de palacio, y que tal efecto evocador había producido a Villena, en la persona de un centinela, la noche de su excursión al paseo de Julio.

Venían después los regimientos, los escuadrones, las baterías; divinamente formados, impecables en la marcha. El desfile tenía toda la brillantez y toda la monotonía de esta clase de fiestas: sólo el paso alemán, marcado ante el presidente por los regimientos de infantes, resultaba una nota un poco dura, algo fuera de tono... después de lo que acababa de pasar en el mundo. En cambio, la figura del clásico tambor mayor de cada regimiento, con sus acrobatismos y sus juegos de manos con el gigantesco y legendario bastón, era algo que daba a la gran parada un sabor y una entonación envidiables.

El paso de cada bandera saludábalo con un clamor que era un rugido, la masa enorme de público concentrada ahora casi toda ella frente a la Casa Rosada. No era el saludo cortés a la enseña nacional que suele ser el homenaje usual en otras partes: era un acto de afirmación, de esperanza más bien. Y el poeta, ensordecido por aquellos vítores, pensaba que nada más legítimo allí que la esperanza; a la vista de aquello, sintiendo vagar por el aire el espíritu nacionalista que todo aquel homenaje suponía, comprendíase muy bien que la nación argentina era muy capaz de conquistar, en plazo relativa-

mente corto, todo lo que ahora, según censores aficionados a juzgar por apariencias, le faltaba.

Al desfilar ante el balcón presidencial el último soldado ocurrió algo esplendoroso: la multitud, sin gran violencia, sino como la cosa más justa y natural, quebró el cordón de vigilantes que la mantenían alineada, abrió una brecha, y se precipitó por ella como un torrente, hasta llegar a colocarse, lamiendo los muros del palacio, a los pies mismo del presidente Los vivas al magistrado, al hombre honrado, se sucedían como salvas de cañonazos; no había un sombrero que no se agitase en el aire ni una garganta que no gritase.

Manuel Villena estaba ebrio de satisfacción; creía en aquel momento que sólo la contemplación de espectáculo tal valía la pena de su viaje al Plata. Miraba la multitud, frenética allá abajo, ocupando toda la plaza, desde la estación del subterráneo hasta las gradas mismas de la Catedral; por las calles laterales, por San Martín, por Defensa, por Bolívar, venían más grupos de gente corriendo a engrosar la manifestación, como arroyuelos que se suman al cauce de un gran río para que su fuerza pequeña no se pierda.

Y de cuando en cuando, sacando el cuerpo, miraba también al presidente; con el sombrero en la mano, pero muy quieto, sin agitarlo, y con el semblante muy pálido, recibía aquel homenaje que le compensaba con creces de otras amarguras... En Buenos Aires había mucha gente que no quería al *Peludo:* los ricos, los aristócratas, con ese furor de selección que tienen las aristocracias de mentirijillas, veían en él a un hombre funesto que estaba destruyendo al país con sus radicalismos inconscientes. Era el hombre de la semana de Enero. Pero, por lo visto, había otra clase de gente que estaba muy conforme con él y que no tenía inconveniente en manifestar esta conformidad a gritos en plena calle.

Tres o cuatro veces habíase retirado el presidente al

interior, queriendo así cortar la manifestación, y otras tantas le habían hecho volver al balcón. Por fin, haciendo un ademán de abrazar al pueblo, se mandó mudar definitivamente.

El poeta se alegró, porque ya iba sintiendo hambre.

La comitiva, pero ahora ya no formada y solemne, sino por grupos algo más íntimos, fué poco a poco hacia los salones presidenciales. Cruzaron estancias lujosas, habitaciones que ya no tenían ese carácter de oficinas ricas, galerías con muebles y cuadros; de pronto, la masa de uniformes y tocados se paró en seco. En un saloncito de tonos claros, no muy grande y que, por su especial disposición, dedujo Villena que debía ocupar un ángulo del edificio, habíase detenido el presidente. La recepción iba a comenzar.

En el centro de la estancia se colocó el magistrado, y formando fila a ambos lados de él los altos funcionarios de la presidencia y los ministros; inmediatamente a su derecha estaba Casilari, dispuesto a hacer las presentaciones.

Los asistentes a la recepción se colocaban en fila, sin orden de categorías, y uno a uno iban pasando ante el presidente; éste estrechaba la mano a los hombres, tenía además una inclinación galante para las señoras, y con casi todos cambiaba algunas palabras, pero no muchas, para que la fila no se detuviera.

Iba a llegarle la vez a Villena: Casilari le vió desde lejos y le hizo un gesto que quería decir:

—Acérquese sin miedo; el presidente no se come a nadie.

Al llegar, hizo la presentación:

—El gran escritor español Manuel Villena, que ha venido a visitar y conocer nuestro país.

El magistrado le alargó su mano, estrechando con afecto la del poeta, dibujó una cordial sonrisa, y le dijo:

—Tengo mucho gusto en saludarle; sea usted muy bien venido.

Por lo visto el *Peludo*, el hombre hosco y salvaje, también sabía sonreir.

Villena se creyó en el deber de decir alguna cosa grande.

—Tengo el gusto de saludar a vuecencia, señor presidente, en nombre propio y en el de España.

Claro que si lo hubiera pensado a tiempo, lo habría dicho en verso.

Por una puerta, no muy grande, los invitados, después del saludo, iban a desembocar a un gran salón; al lado de él, y casi formando una sola estancia, había una hermosa galería de cristales, que daba al puerto y a los jardines del parque de Colón.

Allí iba a ser; ya se habían roto todas las filas y casi todas las etiquetas. Toda aquella gente, generales, diplomáticos, damas, ministros, altos funcionarios y... pelmazos como Villena y algún otro, estaban allí charlando por grupos con toda libertad, como el público de un teatro que espera en el vestíbulo el final de la sección anterior. Pero los grupos iban engrosando a medida que la recepción avanzaba; el poeta se encontró con unos muchachos de la secretaría del ministro de Relaciones Exteriores, que había conocido en el Colón algunas noches antes, y entre todos formaron una especie de Sindicato de la Alimentación, con vistas al *lunch,* que iba a comenzar en cuanto apareciera el presidente; un diplomático francés, muy joven, que hablaba el español mucho mejor que Ventosa, sindicóse también, adhiriéndose al grupo con idénticos nobles fines.

Por fin, terminada la recepción, llegó el presidente; en una hora había estrechado unas quinientas manos, y no todas limpias.

En el salón grande había una mesa con muchos cubiertos y grandes adornos de flores; los criados, llevando unas bandejas enormes con toda clase de viandas, depositaban en el plato de cada comensal lo que éste

pedía, y continuaban a la galería, en la cual otros invitados—pues en la mesa del salón únicamente tendría acomodo una tercera parte—engullían de pie y con los manjares a pulso.

Villena y los del Sindicato se portaban bien: en menos de un cuarto de hora, el poeta había destrozado los artículos siguientes: dos sandwichs, una copa de Jerez, un chocolate, dos de champán, un *consommé*, una loncha de jamón en dulce, un vaso de Oporto, treinta o cuarenta bombones, media docena de pasteles, media terrina de *foie-gras*, tres cafés y una servilleta de papel, que se tragó, pensando que era hojaldre. Seguramente, aquel año económico, el presupuesto de la Presidencia se saldaría con déficit por culpa de Villena.

En un momento de tregua Manolo se volvió, y se encontró con el propio presidente que, a dos pasos de él, conversaba muy amable con dos señoras. Atizóse otra copa de Jerez, separóse de la mesa, y aguardó a que las damas terminasen de dar la lata a su excelencia. Entonces se acercó él.

—Señor presidente: como escritor español, yo solicito día y hora para hablar con vuecencia.

Volvió a dibujarse la sonrisa en su rostro de hombre decidido, y dijo al español:

—Para hablar como amigos, de las cosas de España y de todo lo que usted quiera, con mucho gusto; ahora, con el carácter de interviú, nunca hacemos ninguna. Cuando esto se despeje un poco, búsqueme y nos pondremos de acuerdo.

El despejo empezó pronto... El despejo del local, porque las cabezas estaban cada vez menos despejadas. Manolo vió que el presidente, después de pararse a hablar con casi todo el mundo que encontraba al paso, se metía en un saloncito que había al fondo de la galería; como la puerta quedaba abierta, y algunas personas entraban por ella, él pasó también.

Era una estancia diminuta, con una gran chimenea, que casi se comía todo el espacio, y un velador en el centro: el presidente felicitaba a tres generales por el resultado del desfile militar; después se volvió a hablar con una señora, y al cesar con ella, vino hacia el rincón donde Villena había quedado aguardando.

—Mire—le dijo, poniéndole una mano en el hombro—; el martes, a las tres de la tarde. Para que no espere, lo mejor será que... verá.

Llamó a un muchacho, con uniforme de ordenanza, que estaba cuadrado ante una puerta muy pequeña.

—Mira: este señor vendrá a verme el martes, a las tres.

Manolo dió las gracias y se marchó; el mismo ordenanza le acompañó por la puerta secreta, y le metió en un ascensor.

—Usted pregunte por Freddy, el ordenanza del presidente.

El poeta salió a la calle, y se dió cuenta de que estaba completamente borracho. Lo notaba, más que en otra cosa, en la gran claridad con que lo veía todo, en lo muy lógicamente que discurría, y lo bien ordenadas y dispuestas que le parecían todas las cosas de este mundo.

El martes, a las tres, Manuel Villena se apeaba de un *taxis* a la puerta de la Casa Rosada; entró, con arreglo a la consigna, por la puerta principal, que era la que daba a la bajada del paseo de Julio.

Subió por la misma escalera por donde lo hiciera el día de la recepción, y al final de ella se encontró en una hermosa galería que daba la vuelta a toda aquella parte del palacio: en uno de los ángulos, ante una gran puerta de cristales, que permanecía cerrada, había un grupo de gente, más de doscientas personas. De vez en cuando una de las hojas de la puerta se abría, y daba paso a un ordenanza que llamaba en voz alta a alguien: el interesado o la interesada, pues en el grupo abundaban las señoras, acudía solícito, y entonces el ordenanza le despachaba, generalmente con una excusa.

—El señor presidente dice que ya contestará... Hoy no puede recibir el señor presidente, porque ha de marcharse...

Villena no se atrevió a meterse en aquel caos; cuando estaba indeciso en medio de la galería, vió aparecer en la puerta a Freddy, el ordenanza que había recibido la consigna de labios del presidente.

—Doctor Benisa - llamaba a gritos el muchacho.

Y cuando terminó el diálogo con el doctor Benisa, Villena fué hacia él; pero ya Freddy le había visto y acudía a su encuentro.

Se lo llevó lejos del grupo sin hablar palabra, y cuando ya calculó que no podían oirle, le dijo:

—Venga, doctor, por acá; si se suma al grupo, desde ya le garanto que no le llegaría el turno hasta las seis de la tarde.

Era un chico simpático, de un color moreno aceitoso y de un pelo muy negro, que hablaba con una dulzura especial. Volvió a sacar al poeta a la escalera, y metiéndolo por un laberinto de pasillos lo vino a ubicar, como él decía, en otra especie de galería regiamente amueblada, en la que había diez o doce personas aguardando: un comandante de infantería, que, de pie en el centro de la estancia, formaba grupo con dos señores muy serios; una dama bellísima, sentada en un sofá; un anciano venerable con una espesa melena blanca, y algún tipo más de poco relieve.

—Aguarde aquí sentadito no más—le dijo el ordenanza, acomodándolo en un espléndido sillón—, que yo he de venir a recogerlo.

Desapareció por una puerta blanca que había al fondo de un pasillo perpendicular a la galería.

Villena notó en los rostros de los que como él aguardaban, esa angustia tranquila de los visitantes de todos aquellos sitios en los que se conceden o se niegan mercedes. La dama guapa era la que parecía más resignada; otro ordenanza salía de cuando en cuando por la puerta por donde se había marchado Freddy, se acercaba a ella y cuchicheaban durante unos instantes; según las noticias, ella se alegraba o se ponía más triste. El mensajero volvíase a marchar, y la joven tornaba a su espera. ¡Quién sabe el tiempo que llevaría así! ¡Acaso años!

Villena, en cambio, no tuvo que esperar mucho: Freddy salió, y con asombro del comandante y de los demás, le hizo desde la puerta una seña para que acudiese. No hablaron nada: atravesaron dos o tres habitaciones, en una de las cuales había unos señores haciendo como que trabajaban ante una mesa, y el mozo abrió una puerta y le hizo pasar.

No tuvo tiempo de fijarse en la estancia, porque el presidente, de pie ante una chimenea, vestido de chaqué, y alargándole ambas manos, le dijo:

– Bueno, y ¿qué tal por España?

No supo qué contestar; verdad que el hombre tampoco le dejó tiempo para ello. Fué a un gran sofá que había en un ángulo, y sentándose en un extremo, le dijo:

—Siéntese acá, doctor... ¿Qué le parece la Argentina? ¿Es la primera vez que la visita?

—La primera, y espero que no será la última.

—¿Le agrada?

Pero muy pronto el diálogo se convirtió en monólogo; el presidente empezó a hablar de España, a la que, sin haber visitado nunca, conocía bastante bien. Era decididamente hispanófilo, y protestaba de que se pudiera interpretar aquello como una gentileza por estar hablando con un español. El veía en España, a través de su Historia, a través de sus amarguras de los últimos años, una vitalidad, una reserva de energías que nunca tuvo pueblo alguno después de una vida tan accidentada: Buenos Aires era un gran ejemplo de ello, con aquella labor colosal de la colonia española, que era dueña de casi todo el comercio porteño. El presidente no creía en la decadencia hispana; no podía creer...

El poeta, mientras el magistrado hablaba, se iba fijando en el hombre. Su rostro alargado, de frente amplísima, que lo parecía aún más por llevar el cabello echado hacia atrás, era un rostro de hombre de talento, una de esas cabezas en que la cara sirve de base a la bóveda del cerebro. No había en ella más que una interrupción: la línea breve del bigotillo recortado a la inglesa.

Manolo se fijaba atentamente en el bigote presidencial; ya, el día de la recepción, al ver de cerca al insigne hombre público, habíanle llamado la atención aquellos seis pelos -seriamente, no eran más—, que, repartidos tres a cada lado, tenían verdadera personalidad. Porque

no se trataba del bigote vulgar que todos llevamos, sino de una cosa rara, artística, casi mágica; porque tenía la magia de que, visto desde lejos, en la calle o en los retratos presidenciales, parecía algo, pero contemplado así de cerca, no era nada, más que unas cerdas incoloras con un enorme espacio calvo entre unas y otras. No sería ciertamente por la frondosidad de su apéndice subnasal por lo que la gente llamaría al jefe del Estado el *Peludo*.

Era un hombre simpático, dotado de verdadero don de gentes, atractivo y cautivador desde que se cambiaban con él las primeras palabras. ¿Por qué, pues, tenía esa fama de hombre hosco y retraído? Como político no sabía Villena lo que sería, ni le importaba en realidad; pero como hombre era... eso, un hombre, cosa cada vez más rara en esta invasión de mujerzuelas con pantalones que padece el mundo.

Púsose de pie, dando por terminada la entrevista: volvió a estrechar las manos del poeta, mientras le decía risueño:

—Conste que hemos hablado como amigos: nada de lo que le he dicho va destinado a publicarse. Sobre no tener interés ninguno para ello, es que no quiero celebrar interviús con nadie.

Salió Villena a la calle: era la primera vez que había hablado relativamente in extenso con el jefe de un Estado, y, juzgando por esta primera impresión, no le parecían tan nocivos como se dice en los mítines anarquistas.

Para aquella noche le tenía preparada Santiago Rendón una pintoresca y divertida excursioncilla: se trataba de ir a comer al *Cocodrilo*, el famoso restorán de la Boca. Desde que estaba en Buenos Aires, mil veces, siempre que hablaba con alguien de sus expediciones por la ciudad, había escuchado la misma pregunta:

—¿No ha ido usted a comer al *Cocodrilo?*

Ya, las últimas veces, contestaba que no con cierta vergüenza.

Y, ¡por fin!, hoy iba a ser: se trataba de comer allí y dar después un paseo por varios sitios pintorescos de los barrios de la Boca y del Riachuelo, aunque sin miras pecaminosas. Porque, además, lo pecaminoso se había acabado por aquellos barrios desde que el señor intendente municipal había puesto en vigor la nueva ordenanza, monumento incongruente de moralina.

El paraje ya lo conocía Villena. Algunas tardes antes había tomado un tranvía a la espalda de la Casa Rosada, y había llegado en él hasta más allá de Montes de Oca. Era el puerto, el verdadero puerto abigarrado y pintoresco de la ciudad, con su cosmopolitismo y su ambiente de melodrama y de novela policial. Lo otro, la dársena norte y los cuatro diques comunicantes con ella, era el puerto aristocrático, el de los grandes trasatlánticos, el de los viajeros distinguidos; a partir de la dársena sur, el decorado variaba por completo, y en aquel conglomerado de tres o cuatro mil barcos, entre los que predominaban los de vela, esos grandes aventureros de los mares, era donde radicaba la vida peculiar del gran puerto de la América del Sur.

Había visto desde la orilla de acá la famosa isla Maciel, y había rendido un saludo romántico al desaparecido «Farol Colorado», al que un incendio destruyó dos meses antes de arribar el poeta a las playas del Plata. Fuego del cielo debió ser, según los espíritus castos, porque el tal «Farol Colorado» era un cine popular al que concurría lo más distinguido de la prostitución de la isla; el espectador ocupaba su localidad, y cuando la película estaba en todo lo suyo, notaba que una dama sentada a su vera iniciaba palpables escarceos en la región de su periscopio; el caballero, recordando el dicho de que *manos blancas no ofenden,* dejaba hacer, y cuando venía a darse cuenta, ya el sacrificio estaba consumado;

la misma mano, fértil en frutos, se extendía ahora pidiendo un óbolo, el espectador depositaba en ella un billete de cincuenta centavos y... ¡a otra cosa! Era una nueva aplicación del cine, altamente civilizadora.

Pero el fuego había acabado con todo aquello; el poeta tuvo un sincero pesar cuando, recién llegado, se enteró de la catástrofe. Porque ahora ya la isla Maciel, como si toda su vida girase alrededor del cine famoso, ya no era ni sombra de lo que fué; la mayoría de sus quilombos se habían cerrado, la vida nocturna había desaparecido y los trabajadores y empleados de sus fábricas, de sus almacenes y frigoríficos, cuando querían echar una cana al aire cruzaban el río y se internaban en la ciudad.

Rendón llegó con un *taxis* al hotel en busca del poeta, puntual a la hora de la cita. Villena lo encontró más optimista que nunca. Por el camino le iba diciendo:

—Vamos a visitar un sitio estupendo. Hay que reirse de los que hablan de la monotonía de Buenos Aires, porque no lo conocen; podrá ser monótono y gris el centro, lo que ven todos los viajeros vulgares y adocenados, como ocurre en todas partes. Pero yendo a buscarlas, hay cosas pintorescas.

—Tal creo.

—Aquí verá usted una cosa que la hay en pocas partes del mundo como ambiente, porque también, fuera de un Londres o de un Nueva York, es imposible encontrar un sitio en que concurran tan diversos elementos como aquí.

Habían andado ya mucho; estaban frente a la dársena sur, y a la izquierda, al borde mismo de los muelles, se veían las luces de los vapores de la carrera a Montevideo, que aún tardarían una hora larga en salir.

—Estamos ya cerca—dijo Rendón.

En efecto, después de dejar a la izquierda un gran

almacén y de torcer una curva bastante pronunciada que hacía allí el cauce del Riachuelo antes de unirse a las aguas propiamente del Plata, el coche se detuvo al borde de la acera.

Guiando siempre Santiago, penetraron en un local que, a primera vista, recordóle mucho a Manolo las casas de comidas madrileñas; pero poco a poco, y mientras, acomodados ya en una mesa, Rendón arreglaba con un camarero los detalles del menú, fué fijándose en la estancia. No era muy alta de techo; la luz no era tampoco en ella muy abundante, y las mesas, grandes, estaban distribuídas por el local de un modo arbitrario.

Había un armario lleno de botellas con diversas clases de bebidas, con preferencia vinos y licores italianos. Pero lo más bonito de todo era el techo: colgados de él en sentido horizontal estaban unos cuantos cocodrilos auténticos, y no de los más pequeños, disecados y un poco cubiertos de polvo, sin duda para que tuvieran más carácter. Aquello, por lo visto, era lo que daba nombre al local; pero Rendón, que había terminado ya su conferencia con el camarero, señaló al techo precisamente encima de la cabeza del poeta, y no le dijo más que esta palabra:

—Mire.

Miró y vió, ocupando, de viga a viga, un espacio como de unos dos metros, el cuerpo muy estirado de uno de esos simpáticos bichitos que al ser nombrados delante de un andaluz hacen a éste prorrumpir en la clásica exclamación de «¡lagarto!, ¡lagarto!».

—Hombre, esto es estupendo. Muy simpática.

Y en verdad que lo estaba la infeliz alimaña. Como en esta clase de seres, hermanos nuestros según el santo varón de Asís, lo más repugnante es la viscosa movilidad; al perder en absoluto ésta, quedan convertidos en una cosa muy larga pero muy inexpresiva. Villena no pudo experimentar aquella sensación de terror asque-

roso que le invadió la tarde que visitó el Parque Zoológico ante la enorme jaula de cristales donde las tales señoras se arrastraban por el suelo, se enroscaban a los árboles o alzaban muy tiesas la mitad de su cuerpo, pasando la lengüecita por el vidrio que les servía de prisión. Esta tendida sobre su cabeza, le parecía un salchichón gigantesco, que estaba invitando a subirse encima de una silla armado de un cuchillo y cortar un pedazo para comérselo como entremés.

—Va usted a probar una cosa excelsa.

—¿Y es?

—En esta casa tienen un vino «Moscato», traído directamente de Italia, como no lo hay en ningún otro sitio de Buenos Aires. Los barcos de vela que vienen a cargar trigo le traen los barriles hasta ese mismo muelle al dueño de esto... Que es—agregó Rendón bajando la voz y señalando a un viejo que estaba sentado ante una mesa a dos pasos de los comensales—ese tipo tan estupendo que ve usted ahí.

Se fijó en él Villena: era realmente notable. Con toda la melena y la barba blancas, cubriendo a medias la cabeza con un casquete grasiento, se entretenía, muy echado sobre la mesa, en juguetear con un gato negro que tenía cogido con ambos brazos. Le decía muy bajito unas palabras que el bicho parecía entender, y hasta se diría que le contestaba con otras congruentes, acercándole el hocico a la oreja.

—¡Si usted viera la cantidad de pesos que tiene ese individuo!

—Pues parece un atorrante.

—Lleva cincuenta años aquí, y casi no se ha molestado en aprender el español; cuando se ve obligado a hablarlo chapurrea una jeringonza italiana, que resulta en verdad muy pintoresca.

Para comprobarlo, le habló:

—¡Eh! Pipo, ¿cómo va?

—*Va biene, mio siñor. ¿E osté? Ia faceba tiempio que non se le veía per aquis.*

—Es lo que le dice a todo el mundo—comentó Rendón—, aunque sea la primera vez que lo ve.

Y volviendo a alzar la voz:

—Y el señor—por Villena—también hacía tiempo que no venía.

—*Mocho. Lo meno due mesis.*

—He estado muy ocupado—dijo Villena.

El viejo, con un gesto que indicaba el cansancio que le había producido aquel breve diálogo, volvió a su conversación con el gato.

—¡Es un tipo admirable!

Lo era; sobre todo había entre él y el medio en que vivía una consonancia tal, que resultaba algo perfecto. En aquella casa, con aquel decorado, no podía haber otro dueño más que aquel viejecito, verdadero héroe de arrabal, tan perfectamente caracterizado, con aquella cabeza de evangelista decrépito. Y tampoco un tipo así podía vivir en otro ambiente, porque, de seguro, se habría desteñido, se le habrían deshecho aquellos que parecían detalles de un soberbio maquillaje.

Se comía bien y bebía mejor. Aquel «Moscato» era en realidad una cosa excelente: se trataba de un vinillo tostado, algo picante al principio, pero que, como si encerrase en sí un germen de vida, llenaba el alma y los ojos de una alegría especial apenas bajaba de la garganta.

—Habrá usted visto que esto no es un cafetucho ni un sitio inmundo de esos en que se asocia lo tenebroso con lo pintoresco. Y el público no es, ciertamente, un público de arrabal; aquí viene todo Buenos Aires. Cuando pase un rato vuelva usted la cabeza, con disimulo, y en la mesa que hay a su espalda verá un matrimonio. Él es el director de un Banco, no recuerdo ahora de cuál; hace cinco días se les murió una hija de cuatro años, una

criatura preciosa. Han venido aquí, sin duda, para quitarse del bullicio del centro, para estar en un sitio que no les recuerde lo que acaban de perder.

Manolo empezó a mirar al techo, como si dialogase con la bicha colgada sobre su cabeza; luego, con ese disimulo tan de circo que todos adoptamos en casos análogos, fué volviendo poco a poco la cabeza hasta lanzar una mirada sobre la pareja. Eran jóvenes aún, y ella tenía esa belleza un poco otoñal y tranquila, que parece como ennoblecida por el sufrimiento; pero nada había en los rostros de los dos de ese gesto misántropo y huraño de la persona que culpa a los demás de su propia desgracia; parecía que, por primera vez después de la tragedia, hubiesen llegado los dos a un remanso de olvido momentáneo.

Como la comida en el *Cocodrilo* no era más que el principio de la excursión, tras los postres salieron los dos amigos a la calle.

—Tomaremos el café en otra parte—dijo Rendón.

La acera estaba toda llena de bares, cafetines, tabernas y cafés cantantes; dos casas más abajo del *Cocodrilo*, había una puerta pequeña de cristales en los que se leía: *Al Príncipe de Gales*. Santiago la abrió, y pasaron.

Era un local pequeño, alargado, y con un mostrador al fondo: a la derecha de él, sentada en unas sillas al nivel de los parroquianos, había una reducida orquesta criolla: dos guitarras, un bandoneón—especie de acordeón, pero más largo—y un violín, tocado por una preciosa muchacha, con el pelo suelto, que no tendría más de quince años, y vestía de negro, unas ropas muy cortas.

Las mesas eran pocas y estaban casi todas llenas: encontraron una diminuta frente a la orquesta.

En la de al lado había cuatro marinos mercantes ingleses, rojos como pajeles frescos, y de los cuales, tres por lo menos, estaban completamente borrachos: borra-

chera tranquila y un poco solemne. Más allá, en otra mesa, bebían anís dos marinos de guerra argentinos; dos guapos mozos morenos, con la gorra encasquetada y el cuello del traje muy alto, uno de los cuales, apoyada en la mano la cabeza, miraba, sin quitarla ojo, a la chica del violín.

Y en otros sitios del local, changadores de los muelles, un señorito patotero, dos polacos, langostas rojizas con gafas enormes, que hablaban muy bajo, como si estuvieran planeando un crimen...

La orquesta, que estaba callada al entrar Rendón y Villena, empezó a tocar la serenata de Toselli; la música dulzarrona y lánguida de aquella especie de compadrito toscano que tan divinamente había tirado del carrito con la princesa Luisa de Sajonia, sonaba de un modo raro allí. La puerta de la calle había quedado abierta, y ante su marco de luz se aglomeraba de continuo un corro de oyentes: atorrantes en su mayoría, algún canillitas—como llaman en Buenos Aires a los vendedores de periódicos—, marineros y simples transeuntes.

Santiago Rendón, que a veces, sobre todo a la hora de la digestión, se ponía sentimental, dijo, aludiendo con cierta melancolía a la chica del violín:

—En medio de todo, es un poema la figura de esta muchachita, tan linda, tan frágil, rodeada de esta manada de lobos hambrientos, que si quisieran tan fácilmente la devorarían. ¿No habrá encontrado otro medio de vida esta muchacha?

—Puede que para ella esto no tenga peligro alguno; a lo mejor habrá nacido aquí, entre esta gente; acaso uno de esos tíos del bigote negro que tocan la guitarra sea su padre.

Era indudable que en el rostro de la muchacha había cierta perenne melancolía; además, cada vez que su mirada se cruzaba con la de algún hombre, se señalaba en

ella ese gesto inconfundible e inimitable de la timidez. Ahora ocurría esto con frecuencia, porque era ella la heroína, ya que la evocadora pieza de Toselli venía a ser casi un solo de violín.

—Pues hay en esta casa otra azucena más bonita—dijo Santiago.

—¡Caray! ¿Dónde?

En vez de contestarle, empezó a hablar a voces con una señora gruesa, de cierta edad, que era la que atendía al mostrador.

—Buenas noches, Agustina.

—Muy buenas noches. Hace tiempo que no se le ve por acá.

—He estado fuera. ¿Y Lucía?

—Está arriba, estudiando. Ahora va al colegio.

—Pero, ¿no va a bajar?

—¡Ah, no, mi hijo! De noche, no.

En pocas palabras explicó al poeta la película.

—Esta mujer, que es la dueña de esto, tenía cuatro hijas preciosas, que siempre estaban aquí en el *bar*, alternando con los parroquianos. Sucesivamente han ido desapareciendo; se escapaban con los novios, y después se casaban con ellos. Ahora no queda más que esa Lucía, por la que le he preguntado. Es casi una porota, pues no tendrá arriba de trece años; pero va a ser la más guapa de todas; ahora mismo ya es una tobillera estupenda.

—Y ¿no hay medio de verla?

—Voy a intentarlo.

Se acercó al mostrador, y al cabo de un rato de conferencia con la dueña, se volvió y llamó por señas al poeta:

—Tanto gusto—le dijo aquélla a Villena—. Vengan por acá.

Levantó una cortinilla que había detrás del mostrador, y, haciéndoles dar la vuelta, les pasó por una puerta de la que arrancaba una estrechísima escalera de madera.

Ella iba delante, y al llegar al primer piso, siguiendo un corto pasillo, golpeó en una puerta diminuta.

—Luci, ¿podemos pasar? Hay aquí dos amigos que quieren verte.

Se abrió la puerta y apareció una niña, vestida con un batín suelto, que casi no le bajaba de los muslos, y con unas melenas muy rizadas que morían antes de llegar al cuello. Era muy guapa, con una expresión brillante de malicia en la cara que, adelantándose a su edad, le hacía parecer una mujer que se hubiera quedado enana.

—Estos señores, que quieren veros.

Villena hubiera querido algo más, porque realmente la pequeña era una de esas criaturas dotadas de un poder magnético tal—había que creer en eso del poder magnético—, que a su vista sentíase uno capaz de los mayores crímenes, de las más estupendas aberraciones.

—Tiene usted una hija muy guapa, señora.

—¡Gracias!—contestó ella haciendo un mohín de ofrecimiento.

—¿Qué hacías ahora?—la preguntó Rendón.

—Estaba estudiando.

Aquella chiquilla reía siempre.

El poeta dijo por lo bajo a Rendón:

—Vámonos de aquí; no puedo más.

Y se fueron.

Villena salía entristecido, enfurecido más bien: sentía esa ira sexual que se apoderaba de él siempre que tenía al alcance de sus ojos una mujer apetitosa, y, por lo que fuera, no podía hacerla suya.

El espectáculo que ofrecía el *bar* le sacó muy pronto de sus negros pensamientos. Antes, mientras sonaba la serenata de Toselli, Villena había estado viendo cruzar casi incesantemente por la calle, frente al marco de la puerta, la figura de un vigilante negro, que, mirando al interior en cada una de sus pasadas, parecía esperar

algo. Y, por lo visto, su momento había llegado ya: de cuando en cuando entraba en el *bar*, y, sin decir palabra, se dirigía al parroquiano más borracho, a uno de esos que, de bruces sobre la mesa o casi caído en el suelo, no eran más que un fardo: lo cogía suavemente por el cuello de las ropas, y, casi a pulso, lo sacaba a la calle, dejándolo allí abandonado a sus propias fuerzas. Al momento, un parroquiano nuevo de los que esperaban en la calle entraba y ocupaba el sitio del expulsado. La escena, según le dijo Rendón, se repetía más de cien veces hasta las primeras horas de la mañana.

Salieron ellos también. En la calle abundaban los borrachos: cuando llevaban unos veinte metros andados por la acera, un poco viscosa de la humedad de la madrugada, Santiago le dijo:

—Cuidado aquí: este es el escalón de la muerte.

La acera hacía de pronto un escalón invisible en la noche y casi también de día.

—Aquí se han matado ya dos o tres borrachos. Claro: salen dando traspiés de cualquiera de estos tugurios, y, al llegar aquí..., el Viático.

—Sí que se las trae el filetito este.

Rendón, sin decir nada, se metió en un local que había cerca de allí. Se llamaba, modestamente, café de la Alegría, y, de acuerdo con su título, era uno de los sitios más tristes del mundo. No era muy grande, pero parecía mucho mayor porque en él sólo había cinco personas: el dueño, un camarero, dos parroquianos y una señora muy gruesa, que conversaba tranquilamente con los parroquianos, sentada a su mesa.

—Dos coñacs—pidió Rendón.

Mientras el camarero iba por ellos, Santiago dijo a Villena:

—Fíjese en el tipo que hay en el mostrador.

Era un sujeto alto, rubio, y con unas manazas que parecían turbinas.

—Es un dinamarqués: hace veinte años, en una casa de Chivilcoy, y en un momento de borrachera, mató a su mujer y a su suegra.

—¡Hombre! Eso está bien.

—Ha cumplido su condena, y ha salido de la Penitenciaría hace un año.

—¿Y esta dama gorda?

—Esta, antes de que se publicara la nueva ordenanza, bailaba aquí todas las noches, medio desnuda, unos bailes muy indecentes y muy divertidos. Ahora creo que está para cebar los mates y preparar y colar bien el café.

Pero Manolo Villena casi no atendía a la conversación del amigo: como obsesionado, con la vista fija en el mostrador, miraba al dinamarqués asesino, que, no sabía por qué, le había parecido una persona muy simpática. El hombre, atendiendo a la petición del camarero, se disponía a servir las dos copas de coñac que Rendón había pedido; de una alacena había extraído una botella un poco mugrienta, y ya iba a destaparla, cuando el corcho, sin duda en un rapto de bolcheviquismo, se negó a salir del cuello. Entonces el dinamarqués, con sus manazas de comadrona, oprimió el cuello de la botella y... Villena, al verlo, se espeluznó. Recordaba el momento en que aquellas mismas manos habían apretado el cuello de su mujer y de su suegra como ahora apretaban el de la botella.

Y poco después, cuando el coñac estuvo servido en las copas, Villena, al beberlo, creía estar bebiendo la sangre de aquellas dos pobres víctimas.

A las nueve y media de la noche ya estaban a bordo del *Ciudad de Buenos Aires*, Pepita, Leónidas Acacio y Manuel Villena. El barco que hacia la carrera a Montevideo no salía hasta las diez, pero no habían querido llegar a última hora.

Les habían dado un camarote de dos literas y un sofá.

—Yo dormiré en el sofá—había dicho Manolo desde el primer momento.

El viaje, que era el cuarto o el quinto que Manolo hacía a Montevideo en dos meses, tenía una nota triste: Pepita se marchaba a la capital del Uruguay, acaso para no volver; era un escalón más que bajaba y, cuando se han bajado tantos, es muy difícil volver a subir. Leónidas la acompañaba como quien acompaña un entierro... y además porque en Montevideo entreveía él una posible solución a su problema, que era bastante serio; en Buenos Aires no podía seguir, porque además de habérsele puesto mal la vida en el sentido económico, le amenazaba un proceso por haber... estropeado a una muchacha de diez y siete años.

Manolo iba a Montevideo porque le agradaba pasar de cuando en cuando cuatro o cinco días en la linda y españolísima ciudad y, además, para tener el gusto de conocer a la princesa de Borbón.

¿Quién era esa señora? En varas ocasiones, Troncoso, Insausti, Solar, Rendón, todos los amigos de Buenos Aires, al hablar de la estancia del poeta en Montevideo, le habían hecho la misma pregunta:

—Y ¿no ha conocido usted a la princesa de Borbón? Es lo más notable que hay allá.

Le ocurría con esto lo que con el *Cocodrilo*. Pero de éste, que puede que fuera su último viaje, no había de pasar. Julio Solar, que era el alcaloide de la bondad y de la gentileza, le dió para la princesa una carta que era un poema en prosa; en ella le hacía la presentación del poeta español, le decía que había hecho el viaje de España a América sólo por admirar sus bellos ojos, y lo recomendaba a su bondad para que le atendiera en todo.

La travesía de una a otra orilla del Plata era un sueño, en el sentido literal de la palabra: a las diez salían los barcos de Mianovich de la darsena sur, y como un fanal de luz, se deslizaban por las aguas turbias del Plata, y a las ocho de la mañana, cuando la mayoría de los viajeros no habían salido aún del lecho, atracaban al muelle de Montevideo.

En esta noche fué muy poco lo que durmieron los tres amigos; después de tomar café en el bonito comedor, y de coger un poquito de frío contemplando desde cubierta el desfile de las boyas luminosas del canal navegable del río, se encerraron en el camarote y se pusieron a hablar.

Manolo se fué enterando con detalles de lo que no sabía más que en principio; Pepita había quitado la casa de Buenos Aires, había vendido, es decir, le había vendido Leónidas, los muebles y los trastos, y se marchaba a Montevideo, donde Teresa le había arreglado un puesto en una amueblada de la calle Rincón, en la que con apariencias de pensión honesta se cultivaba por las tardes el libre juego del amor con todas sus consecuencias. Leónidas había aprobado el programa; en Montevideo, como mujer nueva, podría Pepita defenderse mejor; como él la quería mucho, se iba con ella para aconsejarla.

La madrileña ya no llevaba el brazo en cabestrillo, pero aún lo movía con bastante dificultad.

El poeta, como siempre, se hospedó en el hotel Lanata; le encantaba aquel comedor de la planta baja, en el que sonaban unos discos de Caruso, de la Barrientos y de Titta Rufo, acompañados por el sexteto durante la comida. Pepa y el señor de Acacio se fueron desde el primer momento a Rincón.

Aquella misma tarde, después de haber pasado un gran rato en el tupinamba frontero al teatro Solís, donde se reunía un grupo de españoles y de hispanófilos, presidido por el simpático Magariños, secretario del presidente de la República, Villena, coincidiendo con los primeros avances del crepúsculo, se encaminó a casa de la princesa.

Vivía frente al teatro Urquiza en aquel simpático barrio que salía a la izquierda de la Avenida del Diez y ocho de Julio; hacía frío, pero la ciudad, lo mismo en las luminosidades elegantes de los cines y comercios de la avenida, que en la soledad de las calles secundarias, tenía ese agrado de los crepúsculos invernales, que es la hora prócer de la vida urbana.

Manolo dió en seguida con la casa: a un lado de la puerta había una placa que decía: «Pensión Ideal».

—¡No está mala pensión!—se dijo el poeta—. Vamos a ver cómo me recibe este tío.

Porque la princesa de Borbón era un hombre; no vale confundir.

La historia que circulaba, y que Solar y los otros le habían referido muchas veces, era pintoresca. La princesa era un invertido, que aprovechando el rostro y las formas femeninas con que Naturaleza, siempre bromista, le había dotado, se lanzaba por las calles perfectamente disfrazado de mujer, y en cuanto un sujeto de aspecto pudiente se ponía a tiro, le hacía cara, subía con él a un coche y le desvalijaba tranquilamente, apo-

derándose del dinero, las alhajas y cuantas cosas fungibles llevara encima el conquistador; si éste quería protestar, avisar a la autoridad, la princesa le hacía ver el riesgo del ridículo, y acaso de otras cosas peores, de que le vieran en un coche con un hombre disfrazado de mujer; la mayoría optaban por callarse, pero algunos lo afrontaban todo con tal de rescatar lo robado. Y eran éstos los que, al repetirse el suceso, hicieron que un año antes la princesa de Borbón fuera expulsada de Buenos Aires, que había sido hasta entonces su principal campo de acción.

Manolo subió la escalera y oprimió el timbre de una puerta de cristales; una negra, fea como un ciclón en alta mar, salió a abrir. Y al preguntarle qué quería, el poeta se vió de pronto ante un conflicto. ¿Por quién debía preguntar? Por muy... feminista que fuera un señor, ¿no sería demasiado atrevimiento preguntar por él en su propia casa usando el remoquete ambiguo?

Pero se le ocurrió una idea feliz.

—¿Usted sabe leer?—preguntó a la negra.

—¿Yo?... Sí, señó.

Sacó la carta de Solar, cuyo sobre iba dirigido a la *Princesa de Borbón*. Se lo puso delante de las narices a aquel frasco de tinta.

—¿Vive aquí esta persona?

Tardó un rato en leer.

—Sí, señó... Es mi amo... Mas ahorita no está... Pero pasad, doctor... Suba, no más.

Subió: en un *hall* bastante bien puesto que había al final mismo de la escalera, esperó un rato; al cabo de él, de una habitación inmediata salió una señora, joven y guapa, con los pelos a medio peinar, y con esa palidez de rostro peculiar de los noctámbulos.

—¿Qué deseaba?... Mi marido no está, pero si quería algo para él, yo puedo decirle lo que usted quiera.

—Ah, ¿usted es...?

—La señora de ese caballero por quien usted pregunta.

—Tanto gusto. Entonces usted me va a hacer el favor de entregar a su marido esta carta y decirle que mañana, a esta misma hora, vendré por la contestación.

Y así fué: a la tarde siguiente, al llegar a la casa, Villena fué pasado a un comedor, puesto con bastante buen gusto, y en él esperó largo rato. En la habitación inmediata se oía hablar a dos personas, y el ir y venir de unos pasitos de mujer, como si estuviese terminando de prisa el arreglo de algo.

Manolo estaba un poco emocionado; por fin iba a conocer a aquel sujeto de quien tanto le habían hablado, que había realizado hazañas tan estupendas, y que le pintaban como tan peligroso. Si se trataba, en efecto, de un ladrón que había inventado una combinación pederástico-estafadora, y que la había ensayado varias veces con éxito, ¿no sería temerario venir a buscarlo a su propia madriguera, solo, sin armas, cuando él pudiera darse el caso de que estuviera colosalmente armado? Alhajas y dinero poco podían quitarle al poeta; pero ¿y si le quitaban algo que una vez quitado no se le puede sustituir, como el dinero y las alhajas? Bueno: Dios sobre todo.

Abrióse la puerta y penetró un hombre alto, vestido con un batín marrón y vueltas de seda morada, debajo del cual llevaba una camisa blanda, de cuello muy abierto: era guapo, y los ojos, aun aparte del ribete negro con que se los había orlado, eran en realidad de un tamaño y de un brillo extraordinarios: ojos de mujer andaluza; y aunque el individuo no hubiera tenido en su rostro y en toda su figura otra cosa ambigua que aquellos ojos, bastaba con ellos para borrar en su cara el rango masculino.

Acogió muy afectuoso al visitante.

—¿Y qué es lo que quiere usted de mí?... No creo te-

ner ningún interés para que nadie venga a verme solo por el gusto de conocerme. He leído la carta de Solar; ¿cómo está Julio? Hace un siglo que no le he visto.

Hablaba *en femenino* también, pero con una voz de chica simpática, arrastrando mucho las eses finales, recortando las palabras con cierta elegancia.

—Para mí sí tiene usted interés. ¡Se cuentan tantas cosas de usted!

Sonrió insinuante.

—¿Sí?... ¿Qué cuentan? Dígame...

—¡Bah! Lo sabe usted mejor que yo.

Se habían sentado ante la mesa del comedor: Villena se fijaba en las manos de la princesa, tan divinamente cuidadas, que parecían esas manos de cera que se ven en los escaparates. Llevaba en uno de los índices una gran sortija con una piedra azul, y, como si lo acariciara, jugueteaba de continuo con un cigarrillo egipcio que iba fumando lentamente con un hociquito de vulpeja.

Batín de seda, sortijas raras, cigarros egipcios... No faltaba nada de cuanto la literatura ha fabricado para adornar esta clase de tipos... que acaso sin la literatura misma no existirían. Lorrain, Pierre Louys, Hoyos, Retana: he aquí vuestros hijos. Para que el *atrezzo* de esta clase de entrevistas íntimas estuviera completo, la princesa oprimió un timbre y, cuando acudió la negra, pidió que les sirvieran el te.

La primera impresión de Villena era, en verdad, agradable: nunca pudo pensar que aquel ladrón elegante y afeminado fuera así. Él se imaginaba un tío sinvergüenza, algo basto y lleno de cinismo; y se encontraba con una princesa que, ciertamente, tenía muy bien puesto el mote.

El primer sorbo caliente del te parece que rompió el hielo de la conversación: se estaba bien en aquella estancia caldeada, íntima, en la que olía a tabaco inglés y a perfumes suaves. El poeta se animó.

—Vamos a ver; yo quiero que sea usted franco conmigo: yo he venido aquí para descifrar un enigma.

—¡Uy, por Dios! Un enigma. ¡Que me lo voy a creer!

—Hablo con sinceridad; antes de conocerle, sólo por lo que había oído me forjé la creencia de que en usted había algo raro. Usted no podía ser... eso que dice la gente.

—La gente es muy mala. La Humanidad es imbécil.

Lo decía sin acritud, en el mismo tono en que se dicen los piropos y las lisonjas.

—Una de las cosas que dicen es que usted está expulsado de la República Argentina.

—Es cierto. Hace un año.

—Y ¿por qué?

—Sin que yo me lo haya podido explicar, me incluyeron en la ley contra los ácratas y agitadores. ¡Mire usted que yo demoledor!

Sonrió de buena gana, y de pronto se puso algo serio para decir:

—¡Claro está que, a mi manera, sí que lo soy!

—Bueno, y ¿por qué no me cuenta a grandes rasgos la historia de su vida?

—Pero si yo no tengo historia, créame; me pasa lo que a los pueblos felices... Unicamente puedo decirle que nací en Madrid, donde he vivido mucho tiempo...

—¡Cómo! Pero ¿es usted español?

—¡Ya lo creo! Como usted. ¿De dónde creía que era?

—Yo pensé que era americano.

—No... Pues, como le decía, por unos disgustos con mi familia, salí de España y vine a Buenos Aires. Y... nada más. Ya ve qué poco.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

Quedó callado un momento mirándole fijamente, y sin dejar de sonreir: durante estas pausas, de cuando en cuando se le abrían más los ojos y despedían un brillo extraordinario. Por fin dijo:

—¿Para qué quiere usted saberlo?... No: yo no tengo más nombre que ese, el que me da Solar en su carta. Tengo mucha familia en España, tengo aún dos hermanas solteras, y por ellas, únicamente por ellas ¡se lo juro!, no quiero que mi nombre y apellido circule.

—Está bien. Y ¿quién le puso ese nombre de princesa de Borbón?

—Pues no lo sé; acaso la Providencia.

—Bueno, y ¿todo eso que cuentan, lo de los coches, lo de los procesos, lo de...?

—Mire usted, yo no he hecho más que explotar la imbecilidad humana para vivir lo mejor posible. Yo no tengo la culpa de que haya por el mundo tanta gente tonta, viciosa, cochina, y al mismo tiempo que los castigaba, me proporcionaba dinero para vivir, porque a mí me ha gustado siempre darme muy buena vida. Pero otra cosa no, aunque la imbecilidad de la gente lo diga y aun lo crea. Lo mío ha sido cálculo, no vicio.

Llegaban al punto interesante. Manolo tomó otro sorbo de te para animarse, y preguntó tirándose a fondo:

—Pero, ¿a usted le gustan las mujeres?

—¡Naturalmente! Vivo con una, y siempre he vivido así.

—¿Y con un hombre, nunca ha...?

La sonrisa de la princesa se trocó en una risa amplia, para decir:

—Yo, con los hombres, no he pasado nunca de la puerta de la habitación.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿Le sorprende?

—No. ¿Por qué?

Quedaron callados los dos, mirándose fijamente. La princesa no dejaba de reir; Manolo, por el contrario, estaba muy serio, con esa seriedad de la persona a quien le cuentan una cosa que no puede creer, pero que reniega de su escepticismo.

—¿Qué más quiere usted saber de mí?

—De palabra nada más. Sólo una pregunta un poco cursi. ¿Usted cree en el amor?

—Según lo que entendamos por amor.

—Eso está bien; quiere decir que no cree usted.

Se levantó para despedirse. La princesa le dijo:

—Bueno, a cambio de lo franco que he sido con usted, quiero pedirle un favor.

Manolo se echó a temblar: había llegado el momento trágico. Apoyándose con disimulo en la pared, le dijo:

—¿Qué quiere usted de mí?

—Yo tengo un álbum, que ahora lo voy a traer, en el que algunos amigos me han puesto unas cosas muy amables. ¿Quiere usted honrarlo con su firma?

—¡Ah!, pero ¿era eso.. ? ¿Y a eso le llama usted un favor? No faltaba más.

El poeta respiró. El otro salió un momento y volvió con el álbum.

—Estoy pensando en lo imbécil que es la gente: tiene usted razón.

—¿Por qué?

—Porque nadie podría creer lo que ha sido esta mi entrevista con el hombre terrible, con el hombre peligroso, sobre cuya cabeza pesa la acusación de tantos crímenes. Y el hombre terrible me ha obsequiado con te y buenos cigarros, me ha dado un rato de conversación agradable, y ni siquiera ha intentado robarme el reloj.

—Es verdad.

Villena empezó a hojear el álbum: en él vió las firmas de algunos de sus amigos de Buenos Aires. Julio Solar se había destapado: su autógrafo ocupaba dos páginas, y en ellas se hablaba de Grecia, de los romanos y de los papas del Renacimiento. En puridad, ¿de qué podía hablársele a un hombre así? Pergeñó una cosa parecida, y puso debajo su firma.

Se separaron con un cordial apretón de manos, des-

pués de haberle invitado la princesa a unas reuniones que daba en el salón de baile de su casa—que enseñó a Villena—en las últimas horas de la madrugada.

El poeta salió a la calle pensando que aquél, ante todo, era un hombre listo y simpático. ¿Qué importaba lo demás? Podrían ser verdad las cosazas que contaba de él el vulgo, pero eso era lo de menos: lo que probarían es que era un vividor, que para vivir bien había echado por un sendero algo desviado del camino derecho; pero, ¡hay tantos así! ¡Estrechamos a diario tantas manos, cuya pureza sólo la deben al jabón!

Hacía frío en Montevideo aquella noche; con el cuello del gabán subido y las manos en los bolsillos, el poeta subió en busca de la Avenida. Eran las seis y media, la hora crítica, la hora en que Villena, como muchos, sentían el espolazo aguijoneante del apetito carnal. Frente al *Velcome* se tropezó con una señora, que por su aspecto, y por habérsela encontrado ya varias veces sola a aquella misma hora por aquel sitio y por la calle Sarandí, dedujo que debía ir de pesca.

Echó a andar tras ella. Se diría que la entrevista con la princesa le había excitado... por analogía: allá, muy dentro de su alma, casi ya en los dominios de lo inconsciente, se alegraba de comprobar aquel su apetito de hembra que de repente le asaltara: ello probaba que el otro no le había convencido.

Pero la suerte no le ayudó: aquella señora, al sentirse seguida, tomó el primer tranvía que pasó hacia Pocitos. Acaso aquella subida fuese una invitación, y él debiera subir detrás; pero no tenía ganas de ir muy lejos, y prefirió, a lo dudoso, lo cierto.

Y lo cierto en Montevideo, para estos casos, era la calle del Yerbal y las inmediatas del barrio. El cual, aunque algo parecido al de Sunchales, de Rosario, tenía sobre él la ventaja de estar casi en el centro y de ser algo menos plebeyo.

En la calle del Yerbal, entre las dos aceras, había cuarenta y un quilombo: los había contado él, y la cosa resultaba imponente, porque las casas todas de la vía eran cuarenta y tres. Las dos que se salvaban eran una sórdida librería, en las que se vendían más postales jocundas que libros, y una casa de comidas.

El parroquiano, sin gastar mucho en calzado, tenía donde escoger; los quilombos eran como en Rosario, casas de dos pisos con la puerta de cristales esmerilados, y la pupila de guardia asomando por entre las dos puertas cuando la pareja de vigilantes que recorría sin cesar la calle se alejaba un poco.

Algunas lucían indumentarias fantásticas: trajes de *soirée* de colores chillones, tan faltos de tela por arriba como por abajo; camisas de un rojo vivo, que, a pesar del frío, eran todo lo que llevaban sobre su cuerpo; pantalones y blusa de marineros, sin duda para excitar a los clientes de gustos equívocos... Había tobilleras de cuarenta y dos años que se habían dejado el pelo suelto y llevaban vestiditos de niña; lo que abundaba más era el tipo de mujer del país, hembras del campo o de los pueblos del interior, de un moreno casi mulato, pelo aceitoso y ojos muy negros, que, aunque feas, resultaban atrayentes en su mayoría.

Manolo, cuando estaba en Montevideo, gustaba mucho de pasear por allí: nunca estaba solo, pues no faltaban marineros, soldados y gente del pueblo que, sin más que discurrir por la calle, se daban unas raciones de vista que luego acaso les fuesen de mucha utilidad. Era pintoresca esta calle del Yerbal, con su animación constante, su escándalo y su bronca de cuando en cuando, y sus gritos siempre, que eran las tentadoras llamadas de las mujeres a los parroquianos.

—Venite morenito.

—Escucha, el del sombrero.

—¿Vos no querés pasar, viejo?

—Oye, mi bien...

Manolo, en esta tarde, dió la vuelta al final de la calle y subió por otra en cuesta; ya aquélla, aunque abundante en comercios de la misma mercancía, estaba más obscura y silenciosa, pues muchas de sus casas eran almacenes o depósitos, cerrados a estas horas.

Por la acera de la izquierda subía el poeta muy despacio, pensando en qué sitio que no fuera muy inmundo saciaría él su gana, cuando al pasar por delante de una casa que estaba completamente a obscuras, y que tenía junto a la puerta una gran reja andaluza llena de flores, notó que alguien le llamaba siseándole. Miró a la reja, y al principio sólo vió en el interior un bulto que se movía; fijóse más, y a la poca luz de un farol lejano, que llegaba hasta allí como un reflejo, fué divisando la figura de una mujer que estaba sentada a la reja como esperando al novio.

La vista se fué acostumbrando poco a poco; la mujer era una mulata, casi negra, guapa de un modo relativo, con el pelo muy negro cayéndole por los hombros, y una bata de un rojo muy vivo que contrastaba de un modo violento con la piel de la individua.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué he de hacer?... Esperando.

—¿A quién?

—¡A quién! Al que pase...

—Yo creía que esperabas a tu novio.

Y eso parecía; era una manera original de cazar al parroquiano, que á éste, sobre todo la primera vez, le producía un efecto tan agradable como pintoresco. Villena, que desde luego había encontrado en aquella reja su camino de Damasco, quiso prolongar un poco la ilusión e hilvanó una conversación con aquella joven. Comenzó a hablar del tiempo, siguió hablando de amores y de cosas raras, y, al cabo de un rato no muy largo, cuando ya estaba entusiasmado, le dijo la mulata:

—Bueno, ché, ¿pasas o no?

¡El jarro de agua fría! Pero el poeta comprendía que la chica tenía razón; no había derecho a estar allí de pelmazo, arruinando a una mujer a la hora crítica en que podían caer los parroquianos.

Entró... y salió a la media hora.

Al día siguiente se marchó a Buenos Aires; Pepita fué a despedirlo al barco, y cuando se separó de él echóse a llorar.

Manolo Villena se volvía a España dentro de quince días; después de los meses pasados en Buenos Aires, ya, aparte del gusto de estar, no le quedaba nada que hacer.

Al día siguiente de su vuelta de Montevideo fué a la agencia de la Trasatlántica y arregló lo del pasaje de vuelta en el *Reina Victoria Eugenia*, que saldría en la primera semana de Agosto. Y una vez que se vió con la vuelta asegurada, al tener ya la certeza del abandono de la capital del Plata en una fecha fija, empezó a invadirle una melancolía suave, un cariño por la simpática urbe que tan gentilmente le había acogido, y un deseo por aprovechar aquellas dos últimas semanas, que fueron su delicia y su tristeza de aquellos días.

Sentía marcharse, pero comprendía claramente que no se podía quedar; aparte otras razones, el quedarse en el sitio de la aventura es el error más grande que cometen algunos aventureros.

En aquellos días postrimeros se dedicó a callejear furiosamente; descubrió sitios ignorados hasta entonces, bellezas urbanas desconocidas, no ya para el forastero, sino para la mayoría de los porteños. Y fué una tarde de estas, en la hora pálida del atardecer invernal, cuando Villena descubrió uno de los parajes más interesantes y evocadores de la calumniada ciudad.

No fué ninguna cosa escondida ni apartada; el descubrimiento tuvo lugar en pleno centro, a dos cuadras de la Avenida de Mayo. Iba el poeta por Bartolomé Mitre, en dirección a Callao—uno de sus paseos predilectos—,

cuando en la acera de la derecha vió una calle más estrecha que las demás, especie de callejón colocado fuera de la simétrica alineación general; miró el rótulo. «Pasaje de la Piedad». Ya el título de la calle era un hallazgo: vista desde Mitre se notaba que era muy corta y que no tenía salida.

Muchas veces había pasado por allí, pero nunca se había fijado; siguió andando, y cuando llevaría recorridos unos sesenta metros por la misma acera, volvió a encontrar otra calleja con el mismo nombre, y exactamente igual a la anterior.

Se quedó parado. Aquello debía ser una broma, y era cuestión de verlo. Se metió por la calle, y cuando llegó a lo que, visto desde fuera, parecía el tapón final, vió que el pasaje doblaba en ángulo recto, se ensanchaba un poco y ofrecía a la vista uno de los rincones más deleitosos de la ciudad; la parte de la derecha no era más que la espalda de la casa, que tenía su fachada principal en Bartolomé Mitre, pero en la de la izquierda había tres o cuatro hotelitos, con su pequeño atrio delante, en algunos de los cuales se había ensayado un conato de jardín.

¡Qué sosiego, que simpática tranquilidad había allí, lejos del bullicio neurótico de la ciudad, como un oasis de reposo en el centro mismo de la fiebre! Villena pensó que si él viviera de un modo estable en Buenos Aires, viviría en aquel rincón, desdeñando, si era preciso, un palacio en la Avenida Alvear, o un hotel en Belgrano. La calle volvía a doblar en ángulo recto, y tornaba a salir como entró, a Bartolomé Mitre, siendo así una de las vías más pintorescas y raras del mundo.

Pintoresca también, pero más conocida, era la calle de Rauch—donde estaba la amueblada más popular en la ciudad—, la de la exclamación de júbilo de Santiago Rusiñol, aquella vía en forma de ese entre Callao y Río Bamba, y que era como una mueca burlona que se hacía a la exagerada simetría de la urbe.

Pero hubo algo más lindo que todo esto, algo que al poeta, después de haberle deleitado durante largo rato, llegó a hacerle verdadera gracia. Lo vió una noche en que volvía a su hotel a eso de las siete, paseando muy despacio, deteniéndose ante todos los escaparates, y pidiéndole a Dios que pusiese en su camino una de aquellas girantas que hacían el corso por la Avenida, pues le pedía el cuerpo retozo.

Fué en una de las calles que nacen en Rivadavia, y en la esquina misma de la Avenida de Mayo: vió un escaparate con una luz algo tenue, y se detuvo ante su vidriera. Se quedó estupefacto.

Se trataba de una tienda de maniquíes modelados en cera, de esos que se exhiben tanto en las corseterías y tiendas de trajes, perfumerías y sitios análogos; pero allí estaban sin vestir, desnudo el cuerpo, divinamente desnudo, y luciendo unas actitudes y unas posturas verdaderamente peligrosas. Había señoras de cara divina y pelo ondulado que, con las manos en la nuca, sacaban adelante los dos pechos en erección, con un impudor que fascinaba; otras, al contrario, cruzando púdicamente los brazos ante el pecho, sólo dejaban adivinar el nacimiento de sus apetitosos limoncillos. Los ojos entornados y las bocas sonrientes de algunas, eran un semillero de malos pensamientos para el que las contemplara; pero lo que a Villena--¡y a San Luis Gonzaga!—puso fuera de sí, eran tres figuritas que había en primera fila: eran tres tobilleras, tres muchachitas de catorce a quince años, en las que las formas, iniciadas apenas, mostraban ya el desarrollo suficiente para incitar al pecado. A una de ellas, con refinada intención, le habían puesto una camisita muy sutil, muy tenue, que dejaba entrever unos senderos de delicia, por los que hubiera sido gratísimo perderse.

Manolo pensaba en lo gracioso que resultaba aquel espectáculo de lujuria, aquel aperitivo que parecía ins-

talado por los dueños de los quilombos, en el centro mismo de la ciudad, a la que una ola de moralina reformadora había invadido hace poco, matando una porción de diversiones y clausurando una serie de sitios amenos.

Claro que el dueño de aquello, y algún otro andrógino de los que escriben críticas, dirían que aquello era el casto desnudo de las obras de arte. Hipocresía inútil; mentira estúpida. Aquello era una inyección de cantaridina, cuya aplicación no había caído en la cuenta de prohibir la flamante ordenanza de higiene.

Ya descubierto el sitio, y como quedaba a dos pasos de su hotel, el poeta se detenía allí con bastante frecuencia. A la luz del día las figuras perdían parte de su prestigio diabólico; pero en las horas de la noche, con la tenue luz artificial sabiamente colocada, los ojos de aquellas mujeres parecían brillar más, los labios sonreían con picardía mayor, y la carne de cera adquiría una suave coloración de tejido enfermo, que era, a no dudarlo, un incentivo más.

Una noche, entregado Manolo a su labor contemplativa, notó que una mano le caía en el hombro, a tiempo que una voz conocida le decía:

—¡Ah, tigre! Tomando apuntes... ¿no?

Era Julio Solar.

—¡Ca! No, señor. Tomando el vermú.

—Eso está bien. Recién vengo de buscarle en el hotel. ¿Usted no ha visto «El Cabaret Montmartre»?

—¿La obra de Novión?... Sí. Pero no me importaría repetir; me gusta y me divierte mucho, y además la señora que canta «Flor de fango» es una socia a cuyo lado todos estos muñecos de cera se derriten.

—Tengo un palco y venía a traérselo. Yo puede que caiga por el teatro a última hora.

—Se lo agradezco mucho, pero yo solo en un palco... Aunque sí, tráigalo.

Se le acababa de ocurrir una idea feliz. Solar le acom-

pañó a tomar el aperitivo en el *bar* del hotel, y se marchó escapado, pues tenía, según él, que hacer setecientas cosas aquella noche.

Manolo fué al teléfono y llamó en casa de Rosita Amerigo; se trataba de ir a comer a su casa y convidarla luego al teatro; la artista había terminado por aquellos días sus compromisos con la empresa del Esmeralda, y tenía toda la noche libre.

Así lo hicieron; comieron en la mayor intimidad y se marcharon, en unión de la señorita de compañía.

Por el camino, al sentir, como siempre, Villena el contacto de las carnes de ella por efecto de las apreturas del automóvil, iba pensando en lo radicalmente que habían variado sus sentimientos hacia aquella mujer; cuando Solar le habló de llevarle a su casa, fué a ella con la curiosidad viva del que va a conocer en carne y hueso a una heroína de novela. Para él la Amerigo no era más que uno de tantos personajes de la tragedia; pero el verdadero interés radicaba en la tragedia misma.

Y ahora ¡cuán distinto todo! Gracias a la fuerza de atracción de Rosita, la tragedia había desaparecido; al hablarla, al verla, al pensar en ella, tenía que hacer un gran esfuerzo para recordar que ésta era la heroína de aquélla, rota la asociación de ambas ideas por haber adquirido demasiado relieve una de las dos.

Llegaron al teatro Nacional, el feudo de Arata, que era el cómico con más cara de cómico que se había visto en la vida. El alegre vestíbulo estaba atestado de gente; los llenos se registraban a diario desde que se había estrenado la pieza de Novión, que había días, como los festivos, en que se representaba hasta cinco veces.

Cuando Rosita y sus acompañantes entraron en el palco, «El Cabaret Montmartre» acababa de empezar. El teatro estaba hasta los topes, y *Cardoso* refería a su amigo la traición de la mujer amada, que lo había aban-

donado, marchándose al Brasil, después de extraerle—¡oh, la perfidia de las hembras!—cincuenta centavos para pan y queso.

Aquel primer cuadro, puramente de exposición, era acaso lo mejor de la obra, con su nota sentimental de la joven ilusa que se separa de los cariños de su hombre para ir a hacer la vida del *cabaret*, donde le aguardan, según ella, la felicidad, y sobre todo las alhajas. El hombre siente la separación, pero no se cree obligado a adoptar actitudes trágicas, acaso porque sabe cómo acaban estas aventuras, y presiente que al final de la obra volverá la golondrina arrepentida y caerá en sus brazos para siempre.

El segundo cuadro, lleno de luz, de movimiento, de gracia, no era más que la copia exacta del interior de un *cabaret*, pero era, indudablemente, el éxito de la obra.

Suárez Troncoso, a quien había visto en el Odeón algunas noches antes, le había dicho, hablando del triunfo de Novión:

—Aparte los méritos del observador, la pieza tiene, para una gran parte del público, un atractivo insuperable: el de que muchas personas que no pueden asistir a un *cabaret* de verdad, se enteran al detalle de cómo es la vida de estos antros, que muchos se figuran verdaderas sucursales del infierno.

Y era exacto. Ahora que a Villena, por encima de todo aquello, lo que le atraía, lo que le fascinaba de la obrita y le hacía asistir a sus representaciones con más gusto que al de un drama de Ibsen, era sólo un momento: aquel en que la golfa amiga de *Cardoso*, de vuelta ya del Brasil, y después de haber sacado en el primer cuadro a la otra de aquella *misiadura*, como ella decía, de su lugar pobre, para devolverla a la vida luminosa de la farra, iba con ella al *cabaret* y, a petición de la clientela, se adelantaba a la batería y cantaba el tango «Flor de fango».

La actriz que hacía este papel, además de ser una mujer muy guapa, tenía en la cara ese aire especial de la mujer que ha nacido para el amor y para el vicio. Al poeta le gustaba más que un plato de macarrones, y sentado allí en la delantera del palco, al lado de Rosita, le estaba siendo infiel a ésta con el pensamiento de un modo decidido.

La música del tango era la más voluptuosa, y al mismo tiempo la más elegante de cuantas se habían compuesto para piezas análogas; la orquesta, que era la clásica orquesta criolla, colocada sobre una tribuna al fondo del *cabaret*, lo tocaba con esa sabia lentitud con que se tocan los tangos en la Argentina, y que en Europa se desconoce, dándoles un aire más zumbón y más triste a un tiempo, que los hace altamente sugestivos.

La letra tenía lo suyo también:

«Mina que te manyo de hace rato
perdonáme si te bato
de que yo te vi nacer,
tu cuna fué un conventillo
alumbrado a kerosen.
Justo a los catorce abriles
te entregastes a las farras,
las delicias de un gotán;
te gustaban las alhajas,
los vestidos a la moda
y las farras de champán.»

Aquí la orquesta cambiaba por completo el tono, retorciéndose en unas notas más graves, de acuerdo con la parte triste en que entraba también la letra:

«Luego fuiste la amiguita
de un vejete boticario,
y el hijo de un comisario
todo el vento te cachó.
Empezó tu decadencia,
las alhajas empeñaste,
y una piecita alquilaste
en una casa de pensión.»

La orquesta se atropellaba aquí como adivinando el final:

«Fué tu vida como un lirio
de congojas y martirios;
sólo un pesar te agobió:
no tenías en el mundo consuelo
y el amor de madre te faltó.
Fuiste la papusa del fango
y por las delicias de un tango
te espiantaron del bulín;
los amigos te engrupieron
y ellos mismos te perdieron
no-che a no-che en el festín.»

Como verá el lector, se trataba de una perfecta lección de Moral, que debía servir de ejemplo a las jóvenes ganosas de pervertirse; la amiga de la cantante, la que acababa de abandonar su casa por venir aquí, debía sentir, al oirla, unas extrañas punzadas en la conciencia... mientras bailaba el tango en los brazos de un guapo mozo muy compadrito.

Villena, la primera vez que vió la obra, habíase quedado medio en ayunas respecto a la letra: todo aquello de *todo el vento te cachó*, *engrupieron, bulín* y demás palabrejas, eran para él caldeo puro. Mas ahora, gracias a su conocimiento del *argot* criollo y hasta del lunfardo y de las cosas de la milonga, el poeta se enteraba de todo.

El fondo del canto era la danza. Mientras aquella guapetona mujer, vestida con un traje negro, muy corto por arriba y por abajo, cantaba todo aquello, a sus espaldas, la rueda de bailarines ocupaba casi todo el escenario. Era el tango puro, el tango en su propia salsa; nada de esos saltos de mono neurasténico o de esos traspiés de borracho con que en Europa lo baila la mayoria de la gente. Había aquí algunas parejas que lo bailaban estilo compadrito, es decir, el tango con corte, muy ceñida la pareja, muy lentos, como si pensaran morirse en cada figura, y haciendo detalles.

A Villena eran los que más le gustaban: entendía que ellos eran los que estaban más de acuerdo con el carácter de esta danza, probablemente de procedencia española, los que la veían mejor, como debió ser en su nacimiento: un baile lúbrico de gente despreocupada.

Los otros, los bailarines de salón, no dejaban de ser grandes artistas, revistiendo al baile de una mayor finura, pero desnaturalizándolo un poco.

En el intermedio del segundo al tercer cuadro, Rosa y Manolo se retiraron al antepalco. Allí el poeta anunció a la artista su próximo regreso a España.

—¿Cómo tan pronto?

—Ya ve... Pero, ¿de veras le parece a usted pronto?

—Claro que sí. Si acaba de llegar.

—Comparado con usted, que por lo visto piensa quedarse a vivir aquí.

—¡Ah, no! Se lo juro: me gusta mucho esta tierra, pero mi España...

—¿Por qué no se vuelve?

—Pues porque no tengo dinero. De verdad. Si lo tuviera me iba mañana mismo.

A Manolo le venían ganas de hacerle una pregunta; pero era tan fuerte, que ni apelando a todos los eufemismos se atrevía a formularla: entre otras razones, porque seguramente Rosita no se la habría contestado con sinceridad.

Se la había sugerido de repente—aunque hacía tiempo que venía pensando en ello de un modo un poco vago—el ambiente que acababa de reflejarse en la escena, la vista de un tipo que había allí exactamente igual a Leónidas, el de Pepita, la declaración de Rosa de que no tenía un cuarto.

Manolo razonaba del modo siguiente: esta mujer lleva acá año y medio trabajando casi continuamente y con buenos sueldos; la casa que tiene y el modo como vive, demuestran que no ha debido pasar grandes apuros, pero

que tampoco hace una vida de derroche. ¿Qué ha hecho, pues, con el dinero? ¿No habrá oculto en la sombra algún Leónidas Acacio, ya que estamos en la tierra de ellos?

El que él no lo conociera no venía a ser una razón, y le amargaba la idea de que aquella mujer, buena indiscutiblemente, fuese, por su misma bondad, la víctima de uno de esos patoteros que, sin llegar a matarla de hambre, como acabaría haciendo el suyo con la Pepa, la tuviese allí sujeta para toda la vida, no dejándola reunir los miles de pesos que esta clase de mujeres necesitan para volver a su tierra sin avergonzarse.

Para preguntárselo ahora a boca de jarro no se sentía con fuerzas. Felizmente iba a empezar el último cuadro, y ya no había caso.

La obra terminaba con lo que podríamos llamar el triunfo de la virtud. La mujercita ambiciosa volvía desengañada a los brazos de su hombre, y Cardoso y sus dos compañeros, que por habérseles subido a la cabeza los aplausos del público de Chivilcoy habíanse atrevido a debutar en el *cabaret* como cantores criollos, volvían también arrepentidos y llenos de chichones.

La pieza tenía, entre otras ventajas, la de no deberle nada a nadie; no de todas las del flamante teatro nacional argentino podía decirse lo mismo.

Sin embargo, Manuel Villena era un defensor de dicho teatro contra los ataques y los gestos despectivos de muchos en Buenos Aires. Le acusaban éstos de ser un teatro demasiado popular, un teatro cuyos personajes y cuyo ambiente era demasiado... *de Callao pa fuera*, como se decía en la ciudad para señalar a las gentes y a los lugares nada distinguidos; pero no tenían en cuenta los que tal acusación formulaban, que todos los teatros de los países del mundo que lo tienen propio, han empezado así. Se diría que, como la savia de los árboles, también la que nutre el cuerpo de cultura de un teatro viene del suelo y va de abajo arriba, no manifestándose en

las frondosidades de las ramas y de la copa hasta que el árbol no está en sazón.

Porque no lo estaba aún el teatro nacional en la Argentina: en esto también había que desengañar a no pocos ilusos. Quedaba mucho camino por recorrer, y el Shakespeare, el Calderón, el Molière o el Lope sudamericano aún puede que tardase algunos años en presentarse.

Pero se presentaría: esto Villena no lo dudaba. En aquellas piezas, traducidas unas del francés, y volcadas otras del español por los eternos frescos y caraduras que hay en todos los países, había un germen, que es lo esencial de las cosas. Y el naciente teatro contaba a más con otra cosa, que es la más importante de todas: el público.

Esto sí que no podía dudarse. La derrota del teatro español en Buenos Aires tomaba ya caracteres de desastre; en este año sólo cinco teatros—la ciudad tenía muy cerca de los treinta—se dedicaban a compañías españolas. Uno de ellos, el Mayo, había cerrado sus puertas pocos días antes, y estaba anunciada su reapertura con una compañía criolla. A este paso, a la vuelta de cuatro o cinco años las compañías españolas serían en la capital del Plata compañías tan extranjeras como las francesas o italianas que hacen sus *tournées* de pocos meses. Y seguramente coincidiría ese agradable momento con un nuevo sarampión hispanoamericanista en Madrid, gracias al cual, quince o veinte idiotas de su Prensa y de sus círculos intelectuales entonarían de nuevo la balada del estrechamiento de los consabidos lazos.

A la noche siguiente, Villena, en vista de que a las diez nada tenía que hacer y... de que llovía, se refugió en el teatro Royal; en la luminosa simpatía de la calle Corrientes, con sus cincuenta cines y teatros, y su bullicio de todas horas, el vestíbulo del Royal venía a ser como el punto de concentración del ruido todo de la atrayente vía.

El Royal era el teatro verde de Buenos Aires. ¿Habrá que decir que era el de los eternos llenos, y el más simpático? Era como el Chantecler madrileño, pero más limpio, más amplio, más teatro; en la arcada del gran vestíbulo que daba a la calle se exhibían los retratos de los artistas de ambos sexos: entre ellas abundaban las mujeres guapas, culminando la primera figura de la casa, la sugestiva Blanca; los hombres, en los retratos, aparecían muy afeitados, muy compadres, con la cara que parecía empolvada y los ojos rodeados de sugestivas ojeras.

Villena tuvo la suerte de encontrar una butaca de la cuarta fila: a tal hora era un verdadero milagro. Iba a empezar la segunda sección; una *pochade* que el poeta ya había visto, pero que no le importaba volver a ver. Sin embargo, lo que le interesaba realmente, por lo que había oído contar, era la última pieza: una especie de revista completamente árabe, en la que había cosas que ver y que paladear.

En el programa de mano buscó Villena ávidamente en el reparto el nombre de la Blanca; no salía hasta el tercer cuadro, y el nombre de su papel era el de *La Crucificada*.

Se trataba de una mujer estilo cebra, o, mejor aún, serpiente, muy delgada y muy flexible, pero de esas hembras tan proporcionadas en su delgadez, tan supremamente armónicas en todas las partes de su cuerpo, que inspiran mucho más deseo carnal que muchas mujeres llenitas. La cara, sin ser un asombro de hermosura, era lo suficientemente atractiva para no descomponer el efecto producido por el cuerpo; la nariz, muy larga, iba en busca de la boca, que acaso pecase de grande; pero entre boca y nariz quedaba el espacio suficiente para que florecieran unos besos y unos frutos mayores del huerto masculino. El pelo, muy negro, lo llevaba siempre muy echado a la cara, formando así un óvalo que hacía más atractivas las facciones.

Los primeros cuadros de la obra eran graciosos: unos atorrantes, por azares de la vida, se veían obligados a trasladarse a la corte lejana de un sultán, y allí les ocurrían una serie de peripecias. En el último cuadro, convertido ya en sultán uno de los atorrantes, tomaba posesión del harem, en el cual, entre un montón de mujeres de las que obligan a ponerse a dieta en corto plazo, había una—la Blanca—que había cometido no sé qué charranada, por la cual acababa de ser implacablemente condenada a muerte, y a muerte de cruz.

La cosa, como ustedes ven, era un programa. Para que resultase más divertido, el sultán obligaba a la víctima a que, antes de ser clavada en el madero, se bailase ante los presentes la más voluptuosa de sus danzas.

La Blanca era una francesa que se había educado en España y llevaba ahora algunos años de residencia en Buenos Aires; de tal mezcla resultaba un todo diabólico, ya que la muchacha, nacida indudablemente para *eso*, había tomado de cada uno de los tres países las buenas cualidades de sus hembras.

La danza la bailaba con el clásico traje que sirve siempre para estas cosas, y que, más que traje, es una colección de retales: una falda de gasa roja que, aunque le caía hasta los pies, no tapaba nada porque, gracias a Alá, se subía hasta las nubes a los primeros pasos; el pecho se cubría tan sólo con las también clásicas pezoneras de metal, y en el resto del cuerpo no había más que el vello con que la Naturaleza nos ha favorecido a todos, y sin el cual se arruinarían los fabricantes de depilatorios.

Haremos gracia al lector de cómo bailaba aquella mujer: toda la lujuria, toda la incitante lascivia que era como la salsa de la danza oriental, la multiplicaba ella, ayudada por la inverosímil flexibilidad de su cuerpo, que le permitía unos movimientos de sacacorchos.

Manolo, en su butaca, iba llegando a la temperatura

del asado; sin embargo, esperaba llegar más tarde a la del frito, pues aquello no lo consideraba él más que como un aperitivo. Aguardaba con ansia el momento de la crucifixión, como si de ella—¡oh, pensamiento sacrílego!—dependiese, como de la otra del Gólgota, la salvación de su alma.

Y el momento llegó. La escena quedó un momento a obscuras, y al hacerse de nuevo la luz nada había variado en ella más que el fondo, en el cual, sobre un tapiz de rojo muy vivo, aparecía una gran cruz dispuesta para el sacrificio. El falso sultán—¡que era de lo más caradura!—daba la orden, y la víctima se presentaba en escena, conducida por dos sayones.

Venía compungida, cabizbaja, como si quisiera con su actitud alcanzar el perdón a última hora; y venía también, con un leve disgusto por parte de Villena, vestida con una especie de túnica muy transparente, pero que velaba algo su cuerpo desde los hombros a los pies. Los sayones la ayudaban a subir a la cruz, y, una vez en ella, hacían como que la clavaban; el efecto desde el público era igual. Cuando ya estaba pendiente del madero, el sultán daba orden de que empezase la orgía y el festín, y de que no cesase la danza hasta que aquella perra no muriese.

Salían unos eunucos, de muy buena familia, eso sí, con unas bandejas en las que debía haber unos manjares muy exquisitos, a juzgar por la voracidad con que los presentes se arrojaban sobre ellos. Tendidos por parejas en el suelo o sobre unos muebles *ad hoc*, aquellos tíos y tías se entregaban al revuelco con todas sus consecuencias, mientras comían de lo sano y bebían de lo bueno.

Y unas bailarinas, capitaneadas por una joven rubia que parecía un efebo, no dejaban de bailar las cosas más absurdas.

El cuadro tenía ya todo ese tinte sádico que indiscuti-

blemente hace falta en el amor para que produzca todas sus posibilidades de placer. La Blanca, en la cruz, mirando al cielo y haciendo muecas de dolor, se retorcía, como si no encontrase demasiado cómoda la postura, y los comensales, a quienes el espectáculo debía resultarles muy divertido, reían a carcajadas, dedicándola sus mejores porquerías y arrojándola algún huesecito de aceituna o la cáscara de algún plátano.

De pronto, la rubia efébica que actuaba de primera bailarina, en una de las evoluciones de la danza, como quien no se fija en lo que hace, iba andando de espaldas hacia el fondo del escenario, hasta llegar al pie mismo de la cruz; y una vez allí, sin volver la cara ni dejar de bailar, agarraba por un extremo la túnica con que la crucificada se cubría, tiraba de ella fuertemente, y el cuerpo de la muchacha quedaba desnudo, pero absoluta y verídicamente desnudo, no con uno de esos desnudos de teatro, que parecen de yeso o de mármol.

¡Y qué cuerpo, Alá el Grande! Era la forma perfecta, la sabia distribución de líneas, de entrantes y salientes, en que nada sobra y nada falta. Manolo notó que se ponía malo: le enfurecía la contemplación de aquello sin poder ir en seguida al pie de aquella misma cruz y empezar a mordiscos y a lametones.

La cosa estaba hecha con una malicia suprema, porque cuando más embebido se hallaba el público en la contemplación del divino despojo, el sultán hacía un gesto de mando, y la bailarina rubia volvía a acercarse a la cruz. Estaba ahora bailando una danza extraña, en la que esgrimía en la mano derecha un estupendo puñal curvado, que parecía un alfanje; y era con ese mismo puñal con el que, subida en lo alto de un taburete preparado de antemano, hasta llegar a la altura del costado de la víctima, hacía en él, debajo de la mama izquierda, una incisión de gran tamaño. La cara de ferocidad que ponía la joven rubia venía a coincidir con la aparición

de una gran línea roja en la piel de seda de la Blanca. Los comensales prorrumpían en una gran ovación... y el público en un inmenso rugido.

Entonces el sultán lanzaba unos improperios, llenaba de maldiciones a la agonizante, y ésta, con un arte supremo, empezaba a fingir los espasmos de la agonía hasta que en una convulsión suprema que era exactamente igual a la que una mujer haría en el lecho y en los brazos de un hombre de su agrado, inclinaba la cabeza y moría.

El telón bajaba y los espectadores salían corriendo en dirección al quilombo más próximo.

Villena se fué al de Cangallo, que, aunque quedaba algo más lejos, le resultaba de un superior ambiente cultural.

La última noche que pasó en Buenos Aires Manolo, comió en casa de Rosita.

Había almorzado en el Jockey, y por la tarde, encerrado a solas en el cuarto del hotel, mientras hacía las maletas iba también haciendo balance de su temporada argentina. Gracias a Dios no había perdido el viaje: aparte el ensanchamiento del espíritu que supone siempre el viajar, y el ensanchamiento de pulmones y de alma que procura el estar cuarenta y cinco días—entre ida y vuelta—en contacto con el Océano, el poeta había conocido un *lindo pais* por algo más que por referencias; sabía a qué atenerse respecto a ciertas macanas que circulan por Europa cuando de América se habla, y conocía el valor que debía dar al americanismo de algunos periodistas españoles que no habían estado nunca ni siquiera en Canarias.

Se había hecho de un grupo de amigos, gente toda simpática y comprensiva, a quienes difícilmente podría olvidar; había conocido a Rosita Amerigo; pagó con su visita—cortesía pura—la adhesión de su público americano, que por días iba creciendo... y, además, había aprendido a afeitarse solo. En el viaje de Montevideo acá, le había enseñado un muchacho argentino que comía en su misma mesa.

Desde luego, en los treinta y tantos años de su vida no recordaba haber hecho nunca tantas cosas en tan poco tiempo: a esto es a lo que los literatos llaman vivir intensamente.

Daba su adiós a la ciudad con melancolía y con gratitud. Tierra simpática, a la que sólo estropea un poco la confraternidad dulzarrona de los que no la conocen. Si es verdad que España ha sido tu madre, aunque ya te pareces poco a ella, ¡bendita sea tu madre!

Iba a despedirse de Rosita con un dejo de tristeza, pero libre ya de la preocupación que aquellos días le había atormentado. Porque Manolo, desde que decidió la fecha de su regreso a España, había pasado unas horas de cursilería espantosa. ¿Estaba él, en realidad, enamorado de Rosita Amerigo? Si estar enamorado de una persona es pensar siempre en ella y desearla con vehemencia, claro que lo estaba. Pero acaso el enamoramiento no consista en eso.

Pero lo estuviera o no—que en realidad la cosa no le preocupaba mucho—, ¿debía marcharse sin decir a la artista por lo menos que le gustaba?

De cierto modo ya se lo había dicho; pero la cosa era hacérselo saber de una manera clara. A veces pensaba que el callarlo y despedirse simplemente de ella, como de una buena amiga, sería una estupenda cobardía, un caso inaudito de timidez impropia de un hombre al que habían quitado el pecho hacía muchos años. Otras, en cambio, imaginaba lo espantosamente teatral y literario que resultaba declararse a una mujer en vísperas de tomar un barco y zarpar hacia la otra parte del mundo.

Y en esta lucha venció el sentido común, y se decidió por callar. Sería ridículo, sería grotescamente inútil lo otro. Acaso la artista y él no volvieran a tropezarse en la vida: si así era, ¿para qué revelarle con palabras lo que acaso no fuese más que momentánea exaltación del pensamiento? Y si volvían a verse... y a él no se le había pasado la fiebre, tiempo tendría de decidir lo que, llegado el caso, habría de hacer.

Satisfecho ya, como lo está siempre el que sale de una duda, resolviéndose por uno de los dos términos del dile-

ma, fué aquella noche a hacer la última comida en casa de la artista.

Estuvieron casi solos en la mesa: únicamente la señorita de compañía ocupó su puesto frente a los dos. Hablaron de lo que hablaban siempre: de cosas de una suprema indiferencia; y únicamente cuando pasaron a tomar el café al gabinetito inmediato al comedor, el poeta se atrevió a llevar la conversación al terreno que quería.

—De modo que ¿cuándo vuelve usted a España, Rosita?

—¡Qué sé yo! Cuando tenga dinero.

—¿De veras no es más que la cuestión del dinero la que la retiene a usted aquí?

—De veras. ¿Qué otra cosa iba a ser?

—¡Oh! Podrían ser muchas; yo he oído decir...

—¿Qué?

—No; nada. No haga usted caso; puede que sea un chisme.

—Pero ¿qué es? Dígalo con toda franqueza: ya sabe que a mí se me puede decir todo.

—No, en serio: a mí me han dicho que desde poco tiempo después de venir usted a Buenos Aires hay un hombre que... manda en usted. Ya sabe que aquí en este país abundan mucho.

Se echó a reir de buena fe, sin fingimiento alguno.

—¿Ya me han colgado a mí también eso? Bueno, por lo visto es que no se escapa ninguna.

Se puso repentinamente muy seria, como si fuese a decir algo gravísimo.

—No, ¡se lo juro! No hay nada: he tenido mis amigos, naturalmente, porque hace falta mucho dinero y no va una a vivir sólo de cantar cuplés. Pero otra cosa no.

—Lo creo, lo creo; no se enfade usted.

—No, si no me enfado.

Hablaba con mucha decisión, como quien está dicien-

do una verdad muy grande, o si lo que dice no es verdad, tiene verdadero empeño en que lo crean.

—Mire, voy a hablarle con toda sinceridad: hará cosa de medio año conocí yo a un muchacho, cuyo nombre no le digo porque seguramente no lo conocerá usted, al cual me presentaron en el teatro. A mí, no tengo por qué ocultarlo, me fué muy simpático, y me habían dicho además que era riquísimo. Era un tipo muy gracioso, así muy compadrito él...

—¡Adiós! Ya apareció aquello—pensó, sin decirlo, Villena.

—Total, que caí; al principio no se portó mal conmigo, me hizo algunos regalos... Pero luego, el muy... ¡patotero!, empezó a cerdear, a echarse para atrás, y por aquellos días yo, por una verdadera casualidad, me enteré de que no tenía plata, vamos, que ni un cobre. Reñí con él, y aunque luego me ha perseguido mucho, no me ha vuelto a ver: ahora hace un siglo que no sé siquiera si vive. Y ha sido lo único: fuera de eso, nada... No, no se ría usted, ¡se lo juro!

En el patio se oía a la porota de Rosita peleándose con la señorita de compañía, y dando, como de costumbre, unos chillidos espantosos. La madre se levantó.

—¡Ay! Perdone usted, que voy a ver si se calla esa chica.

Pero Manolo se levantó también, y, deteniendo a la artista, le dijo:

—Espere usted: voy a ir yo.

Salió y llamó a la pequeña. El diablejo rubio, con aquella cara tan divina que ponía cuando estaba enfadada, le replicó con un *no me da la gana*, que debió oirse en el Tigre. Entonces Villena la tomó en brazos y la metió en el gabinete; la piva, pataleando como un molino, y con la melena de oro agitada como por un ciclón, parecía una panocha que sufriera un ataque epiléptico.

La llevó junto a su madre, que empezó a reprenderla

con una energía y con una severidad completamente inútiles.

Manolo intervino en su favor.

—No, déjela usted ahora. Ella va a ser muy buena... desde primeros de mes. ¿Verdad, porota?

—Sí—afirmó la chica, casi en secreto, poniéndose mimosa.

Manolo aprovechó la ocasión, y colocando a la pequeña entre él y la madre, dijo a ésta:

—Vamos a ver: eso que me dijo usted antes, ¿es verdad?

—¿El qué?

—Eso de que no hay nadie que mande en usted.

—¡Claro que sí!

—¿Lo jura usted por...?

—Por lo que sea.

—Por ésta—dijo poniendo la mano sobre los cabellos de oro de la niña.

—Pues por ella lo juro.

—Basta.

Se levantó para marcharse.

—Ahora que tenga usted cuidado con ese, porque aunque haga un siglo que no sepa usted nada de él, cuando menos se lo figure volverá. Ese es de los que vuelven.

Había llegado el momento de despedirse. Pero ella lo aplazó de un modo muy agradable.

—¿A qué hora sale el barco?

—A las diez de la mañana.

—Ah, pues hasta mañana. Iré a despedirle a bordo.

—¡Qué disparate! Es una molestia inaudita: eso supone levantarse a las siete de la mañana.

—No importa, hombre: ¡por un día! No crea, si yo cuando quiero madrugo mucho.

—Bueno, Rosita, Dios se lo pague, y hasta mañana.

Dió un beso a la chica, porque ésta sí que seguramente no se levantaba a las siete.

Salió a la calle, y aunque tenía que madrugar al día siguiente, quiso hacer otra despedida aún. Quería despedirse de la ciudad.

Subió por Santa Fe hasta llegar a Callao, y una vez en la espléndida Avenida, torció a la izquierda en dirección a la plaza del Congreso.

Eran las doce: la gente aún no había salido de los teatros, y las calles, sin esa animación de última hora que les presta el público que va de retirada, habían perdido ya el bullicio de las primeras nocturnas. Villena caminaba muy despacio, gozando de la temperatura ideal de aquella noche de invierno, que parecía impregnarlo todo de una agradable serenidad.

Se fijaba en los espléndidos edificios, en los cafés y confiterías abiertos y muy alumbrados, pero con poca gente; en los pocos tranvías y carruajes que pasaban, como si quisiera darle el adiós a todo, grabarse bien en la retina aquellas imágenes que durante unos meses habían constituído el medio en que su vida se desenvolviera. Al cruzarse con algún transeunte, le miraba también con mayor detenimiento que de ordinario, rindiéndole con el pensamiento un cordial saludo de despedida; unas girantas invitadoras le sonreían al pasar, y él, devolviéndoles la sonrisa, seguía adelante sin recoger la invitación. Se trataba simplemente de un romanticismo, pues no quería mancillar la pureza del adiós... con un billete de cinco pesos.

Desembocó en la plaza del Congreso: la augusta mole legislativa parecía más grande y más blanca a las horas de la noche. Se metió por los jardines; saludó a los caballos de la gran fuente, y al pasar junto a «El Pensador», de Rodin, quitóse el sombrero, diciéndole en alta voz:

—Dios te libre siempre de los malos pensamientos.

Quiso recorrer de punta a punta la Avenida de Mayo; aunque ésta ya era una despedida relativa, pues forzo-

samente había de volverla a ver al otro día, camino de la dársena norte.

La plaza de Mayo la atravesó hasta la entrada del paseo de Julio. Ya de allí se volvió, pues la despedida iba resultando larga.

Pero aún quiso, al pasar de nuevo por el cruce de Perú, bajar a Florida, pues le interesaba dar también su adiós a la simpática calle. Viéndola ahora, solitaria, sin más alma que las luces del alumbrado público, era como se echaba de ver lo que pone el público de su parte en la fisonomía peculiar de las calles que la tienen; porque esta de Florida, con toda su historia galante, con todo su prestigio de encrucijada del vicio, de hoguera en la que se quemaban las alas de unas cuantas mariposas, engañadas eternas, era una vía urbanamente igual a las demás del centro de la ciudad.

Mejores edificios que en ella los había en muchas otras; mejores comercios, acaso en las dos Avenidas, la de Mayo y la de Callao, y en cuanto a animación, estaba su perpendicular de Corrientes, que era, con sus cincuenta o sesenta locales de espectáculos, el verdadero avispero de la ciudad.

Y, sin embargo, Florida era única: perla de la ciudad, de la República y del Continente, si, en un momento dado, un cirujano cruel la extirpase del centro de la urbe gigantesca, puede que Buenos Aires perdiera la mayor parte de su brillo esplendoroso de sirena, que al dejar caer su nombre en los oídos de todos los habitantes del planeta, parece como el tintineo de unas moneditas muy doradas.

El poeta la recorrió íntegra hasta la plaza de San Martín en esta su última noche argentina, a la que su *compañero* Ovidio hubiera llamado el tiempo supremo.

¿La última? Camino del hotel, con esa melancolía que indudablemente producen todas las separaciones, iba pensando en ello. ¿Volvería él a la Argentina? ¿Pasearía

de nuevo por aquellas calles, que, tan lejanas de la Patria, parecían a ratos estar tan cerca?

Nadie podía saberlo ahora; el Destino lo diría. Por si acaso, bueno era despedirse hasta... siempre.

A la mañana siguiente, con la luz del sol, todas estas melancolías, todo este suave dolor de la separación, parecía haberse disipado; Manolo Villena salió del hotel, tomó el *taxis* en la Avenida, y cruzó aquella parte de la ciudad hasta la dársena norte con la misma indiferencia que si hubiera de volver dentro de una semana.

Despedido el coche, y entregado el equipaje de camarote en las manos de un changador, emprendió Villena la nada fácil tarea de llegar a la escala del *Reina Victoria Eugenia*, que, pegado al muelle, parecía un monstruoso cetáceo que, con los periódicos resoplidos de la sirena, estuviese impaciente por partir.

El que no lo haya visto no es fácil que se forme una idea del movimiento, del formidable barullo que supone la salida de un gran trasatlántico de uno de estos puertos cabeza de línea. El *Reina Victoria*, entre pasajeros y tripulantes, llevaría muy cerca de las dos mil personas; pues bien: de esos dos mil viajeros, raro sería el que no tuviera un pariente, un amigo, un simple conocido que hubiese bajado a despedirlo; a muchos los despedían cuatro o cinco formando grupo, verdaderas comisiones.

La entrada en el barco para el que no fuera pasajero, había de hacerse mediante un permiso que facilitaba la agencia de la Compañía; los que no lo tuvieran, que eran los más, quedaban en el muelle, y ¡eran de oir las voces, los gritos con que, desde abajo, se entendían con los pasajeros, dándoles el último encargo, diciéndoles adiós una y mil veces, en las dos horas que duraba la despedida!

Dentro del barco, el bullicio no era menor; los grandes salones de la cubierta superior eran un hormiguero

de gente que iba y venía, de amigos que se buscaban para darse el último abrazo sin encontrarse nunca, como si estuvieran jugando al escondite dentro de aquel inmenso laberinto que era la nave.

Villena, una vez que hubo tomado posesión de su camarote, y—por consejo del camarero, un madrileño más castizo que un puesto de castañas—guardado la llave en el bolsillo, fué a instalarse tranquilamente en un rinconcito del *bar* que, de milagro, había quedado libre.

Era aún temprano para que hubiera llegado Rosita. Los demás amigos que le habían prometido ir a despedirle, si venían, más fácilmente le encontrarían allí que si se dedicaba a dar vueltas en su busca por todo el barco.

De Julio Solar, Insausti, Rendón, Suárez Troncoso, Terrerito y algunos otros se había despedido personalmente del que se había tropezado por la calle o en algún teatro en aquellos últimos días, y de los demás por medio de unas cartas que había escrito la noche antes; pues no era Buenos Aires una ciudad en la que pudiera uno dedicarse a la persecución de unas cuantas personas a plazo fijo y con tiempo limitado.

Y pensaba ahora Villena en lo estúpidamente convencional que es eso de las despedidas. De todos sus amigos de aquellos meses llevaba él un buen recuerdo; no había ni uno solo al que no tuviera que agradecer una deferencia, un obsequio, una orientación útil en la vida compleja de la ciudad, y, sin embargo, al separarse de ellos, con el corazón henchido de gratitud, había descuidado un poco la ceremonia de estrecharles la mano y decirles adiós.

Pasaba el tiempo y Rosita no llegaba. Manolo empezó a consolarse: eso ya lo sabía él; no era cosa de que la artista se molestase imponiéndose un madrugón tan extemporáneo sólo por darse el gusto de despedir a un sujeto que, después de todo, era un extraño para ella. Y hacía muy bien en no venir: la despedida hubiera resultado

una cosa demasiado ceremoniosa queriendo ser muy íntima, algo verdaderamente abominable. En lo que no había hecho bien era en decirle la noche antes que iba a venir; ¿a santo de qué ese engaño? Si fué una fórmula de cortesía, estaba de más, y si fué una burla, no tenía gracia. Las mujeres son siempre, se las mire como se las mire, un saco de estupideces.

Así hubiera seguido monologando Manuel Villena durante una temporada, a no ser porque una dama que se abrió paso poco menos que a codazos por entre los grupos que llenaban el *bar*, se le puso delante y empezó a sonreirle.

Era Rosita, que llegaba acompañada de su hermano.

—Llevamos una hora buscándole por todo el barco. ¿Dónde se ha metido usted?

—No me he movido de aquí desde que llegué.

Como pudieron se sentaron, y Villena les convidó a unas copas a modo de desayuno. Rosita venía en un agradable desarreglo matinal, como mujer que se ha tirado de la cama a última hora y no ha tenido tiempo para perfilar detalles de la *toilette* ni del tocado. Al poeta le gustaba más así que de otra manera.

—Bueno, confío en usted, Villena —le dijo la artista a modo de encargo último.

—¿En mí? ¿Para qué?

—Para lo que le dije el otro día: estoy cansada de cantar cuplés, y creo que sirvo para otra cosa. Yo ya he hecho aquí opereta y quisiera hacerla en Madrid; búsqueme un huequecito en algún teatro de allá.

—Por buscarlo no quedará; pero empiece usted por volver a su tierra.

—No deseo otra cosa.

—Pues... a ello.

Sonó por todo el barco como un estrépito infernal el toque de corneta que, anunciando la partida, invitaba a bajar a tierra a los que no eran viajeros.

Era el momento de mayor barullo: las despedidas se intensificaban; pasajeros y amigos iban de un lado para otro del barco buscándose mutuamente. Se andaba el mismo camino cien veces, se daban mil vueltas para venir a parar al mismo sitio.

Villena acompañó a Rosita y al hermano, todo lo despacio que hacía falta, a través de los salones y de la escalera del *hall*, hasta la escalera que bajaba al muelle, y que estaba en la cubierta del comedor. Y allí, entre el codazo del que quería bajar y temía se le hiciera tarde, y el empujón del que estaba decidido a abrirse paso como fuera entre el ovillo humano, que cada vez se liaba más, fué la despedida: natural, sencilla, como de dos amigos que se van a volver a ver al día siguiente.

No hubo ninguna de esas frases de un marcado sabor a chantilly, que los autores de comedias y de novelas suelen poner en boca de sus personajes en casos semejantes. Unicamente, por un momento, el poeta creyó notar que a Rosita se le humedecían los ojos levemente, levísimamente. Pero de seguro fué una ilusión suya; los hombres ¡son tan terriblemente vanidosos!

Aún tardó el barco un rato largo en ponerse en movimiento. El acto material de la partida, del arranque del muelle, podía decirse que no existía en estos grandes monstruos marinos; el pasaje, apiñado en la borda, sin notar movimiento alguno, veía que la masa de gente que había quedado en tierra, agitando los pañuelos, se iba alejando poco a poco. Parecía que eran ellos los que retrocedían y no el barco el que avanzaba.

Pasó éste frente al arsenal de marina, frente al dique seco, frente al faro después, y en seguida las aguas libres del río, que eran allí, salvo el color chocolate sucio, como las del mar infinito.

La nave entraba en el canal señalado a trechos por las grandes boyas, y desde allí era como si fuera pasando revista a la ciudad que desfilaba ante él barrio por ba-

rrio. Pero plana, monótona desde lejos, sólo se veía el techo de algún rascacielos, una masa exigua de arbolado, la gigantesca armadura de uno de los puentes metálicos de la Boca.

Y al momento, apenas había transcurrido un cuarto de hora desde que el buque zarpó, la colosal urbe que encerraba en su seno muy cerca de los dos millones de almas, desaparecía, se borraba en el horizonte. Aquella aglomeración urbana, que un buen andarín habría tardado más de tres horas en recorrer de punta a punta, no era en seguida más que una línea gris en el límite de la tierra y el cielo. Y esto a pesar de que era pleno día y de que ni una leve neblina envolvía el horizonte visible.

Villena no recordaba ninguna ciudad que tan pronto muriese a la vista del viajero, ansioso de prolongar la despedida; ni aun las diminutas ciudades y aldeas que se tienden al pie de un montecito y a la orilla del mar, y que parecen no tener otro fin que alegrar un poco la ruta del peregrino.

Pero Buenos Aires es demasiado llana. Es el inconveniente de las cosas demasiado sencillas, de los amores fáciles, de los éxitos sin lucha, de los triunfos repentinos; su recuerdo se borra en seguida, como se borraban ahora a pleno sol las casas y los monumentos de la Cosmópolis del Plata.

Al día siguiente, cuando Manolo despertó, el buque llevaba ya muchas horas atracado a uno de los muelles del puerto de Montevideo.

Se vistió de prisa, y al subir a cubierta se encontró con que aún no dejaban bajar a tierra al pasaje.

—Seguramente hasta después del almuerzo...—le dijo el mayordomo, un mozo gaditano muy simpático.

Como para el almuerzo faltaba una hora, Villena subió a la cubierta de botes y se instaló en su sitio predilecto, que era uno de los costados de la gran rotonda de cristales que había bajo el puente. Hacía frío en esta mañana de Agosto: un frío que hacía amable el baño del sol, espléndido y rutilante en lo alto.

A estas horas, como en las melancólicas y evocadoras de la puesta del sol, aquel balconaje, que caía directamente sobre el mar, era el sitio mejor del barco: Villena le llamaba el paseo de Rosales de a bordo.

Desde él veía ahora cargar en las bodegas de proa los enormes fardos de cueros que eran una de las riquezas del país: las grúas iban cogiendo un montón de pieles unidas por una cuerda en el centro, y después de balancearlo un momento en el aire, lo introducían en el agujero de la bodega, que por su profundidad parecía el cráter de un volcán.

Cuando Manolo se cansaba de contemplar la faena, paseaba muy despacio por la cubierta hasta el extremo opuesto; una de las veces, desde el barandal que caía a popa, oyó unos gritos hacia la parte de la segunda eco-

nómica, y vió que la gente, dando vuelta al castillo de popa, acudía a aglomerarse al extremo mismo del barco.

Como nada tenía que hacer y la cuestión era matar el tiempo, bajó él también a ver lo que pasaba.

Dió la vuelta por primera, descendió a la cubierta de emigrantes y, tornando a subir al castillo de la segunda económica, vino a dar en la misma popa del barco.

La concurrencia era allí extraordinaria; el pasadizo de segunda, la escalinata que conducía a la plataforma que servía de perrera y de gallinero del barco, y hasta la plataforma misma, estaban llenas de gente. Se trataba de un mitin: un mitin de controversia para hablar en puro lenguaje societario.

El *Reina Victoria*, en su viaje de regreso a España, llevaba un verdadero cargamento de emigrantes: gentes que habían hecho la aventura de América y regresaban la mayoría desengañados y sin ánimos de volver; otros, a quienes la fortuna había sonreído levemente y pensaban repetir el golpe para conquistarla del todo, y alguno quizás agazapado en el incógnito de sus propios harapos, pero con el dinero abundante cosido entre los forros de la americana. Junto al barco español, uniendo su proa con la popa de éste, acababa de atracar un trasatlántico francés que venía de Europa y tocaba en Montevideo, de paso para Buenos Aires; Villena lo había visto pasar casi rozando los ventanales del comedor mientras él tomaba el desayuno.

Se juntaban así los que iban y los que venían: los que llevaban en sus ojos el brillo sagrado de la alucinación, y los que amortiguaban un poco el amargor del desengaño con la esperanza de volver a ver la patria, tan anhelada desde lejos. Y, en un momento dado, aquellos dos grupos de almas se habían puesto en comunicación.

Del lado de allá llevaba la voz cantante una gallega—no había más que oirla hablar—, alta, cetrina, con un hijito pequeño en brazos que, por lo tostado y anguloso,

parecía un cacahuete al que hubieran quitado la cáscara. Los que mantenían con ella el debate del lado de acá eran varios, pero casi habían delegado su representación en un mozo andaluz que, montado sobre el barandal de popa con riesgo de caerse al mar, lucía una guayabera con muchos pliegues por debajo de un estupendo chaquetón con gran cuello de piel.

—Vayan, vayan—decía la paisana de Rosalía de Castro—, vayan y verán lo que es bueno; en España un huevo vale cuarenta céntimos, y el pan está por más arriba de las nubes. Yo vengo con mi marido y tres chicos, y aquí por lo menos comeremos. De mi pueblo solo vienen siete familias.

—¡Siete colecciones de primos engañados! —replicaba el hijo de la Bética—. Como vine yo hace tres años, como vinieron la mayoría de los que vamos aquí; y si miento que lo digan ellos, que me están oyendo. ¡América! Ya verán lo que es América. Aquí, para comer, hay que trabajar...

—Y a trabajar venimos, no se crea...

—Sí; pero ya verán cómo. Yo, cuando llegué, me pasé tres meses en Buenos Aires comiéndome unas pesetillas que traía, porque no encontraba trabajo; por fin, después de meterme muchas, pero muchas leguas campo adentro, me coloqué de peón en una estancia. El jornal no era malo; pero yo lo que me digo, y le diré a todo el mundo en España, para ver si puedo disminuir el número de tontos, es lo siguiente: yo no he jugado, yo no he bebido, yo no he gastado más que en comer y en mal vestir, y ahora, al cabo de tres años, ¿qué se ha hecho de mi dinero? ¡Ay, si yo pescara ahora las pesetillas que traje! cómo me iba a poner de pescao frito al llegar a mi tierra.

—Sí; pero usted ha comido tres años, y en España no se puede comer.

—¡Vamos! ¡Que también hay quien come en España!

—Los ricos... Y aun esos...

Villena oía todo aquello muy divertido; como en todas las discusiones, ambos discutidores tenían razón. Lo que más gracia le hacía de la polémica, era el tono de generalidad que la buena de la gallega daba a sus afirmaciones; seguramente la pobre mujer no habría salido en su vida de su pueblo, una de esas aldeas miserables que hay en las cinco partes del mundo, en las cuales los únicos elementos vivos y que se mueven un poco, son las moscas. Desde la aldea habría ido directamente al puerto de embarque como va el ganado, y, sin embargo, ella no sabía decir: «Porque en mi pueblo pasa esto». «En mi pueblo no se come o se come mal...» Tenía que decir: «en España», con la misma lógica con que podía haber dicho: «en Europa».

Conocía Manolo la canción, pues en el mismo Buenos Aires había llegado alguna vez a sus oídos; también allí, y hasta por gente que se cree culta y enterada, se habla de España viéndola a través del pobre emigrante hambriento que llega a las playas americanas con la estupidez estereotipada en el semblante. Para la masa, y aun para algunos intelectuales argentinos que se han construído su cultura leyendo libros nada más, España es un país muerto, viejo y pobre: Madrid, un poblacho capital de la Mancha, lleno de mendigos, y con sólo nueve edificios regulares, que son los domicilios de los nueve ministros; Barcelona, una especie de barrio obrero con algunas fábricas, y Sevilla un arrabal de callejas muy estrechas, en el que sólo habitan juerguistas y toreros.

En justa compensación, no era mucho más atinado ni cercano a la realidad el concepto que de América tenían la mayor parte de los españoles... incluso algún miembro de la Unión Ibero-Americana. Y Villena, que se llevaba lealmente en el corazón la simpatía argentina, que amaba a este país de un modo sincero, pensaba cómo podría ser verdad esa decantada unión lírica de España y Amé-

rica, mientras ambos países tuviesen el uno del otro esa ignorancia tan cordial.

Pero el andaluz seguía chillando, sacándole de sus reflexiones:

—Andad, andad a América. Ya nos daréis la razón dentro de poco. Si los que hemos nacido para pobres, somos pobres dondequiera que vayamos. ¡Dónde irá el buey que no are!

—Sí; pero en España yo también he arado mucho, y mis hijos no comían.

—No, si está muy bien: si esto de la estafa de la emigración no debe acabarse; hay mucha gente interesada en guardar el secreto. ¡Pues poco dinerito que ganan los agentes y las Compañías de navegación! Esos sí que hacen la América.

Sonó la corneta para el almuerzo allá en el recinto de primera de lujo: Manolo volvió en busca del pienso. Los discutidores seguían dando gritos, llenos de razón todos los de uno y otro bando, los ilusos y los desengañados. La discusión era tan inútil como todas, pero también tan inevitable: siempre viviría la ilusión en el alma de los miserables como ayuda necesaria para tirar del carro de esta pobre vida, y siempre, cuanto más alto se había puesto el anhelo, más sangriento era el desengaño posterior.

Después del almuerzo, el pasaje obtuvo permiso para bajar a la ciudad. Manolo se apresuró a hacerlo, y como la salida del barco estaba señalada para las diez de la noche, disponía de nueve horas.

Encaminóse a la pensión en que Pepita se hospedaba, con ánimo de despedirse de ella. No fué pequeña su sorpresa al oir de labios de la madame, dueña de la casa, que la española ya no estaba allí.

—No está, no señor. Y más valiera que no hubiera venido nunca.

Y como si conociera a Villena de toda la vida y tuvie-

ra con él una gran intimidad, empezó a referirle con detalles la breve y vergonzosa historia de unos días de la golfa madrileña.

—¡Oh! Usted no tiene idea, señor. ¡Qué escándalos! ¡Qué vergüenza para mi casa! Porque mi casa es una pensión de familias, y de ella nadie ha tenido que decir nunca nada. Pero, ahora... Ese don Acacio que venía con su amiga de usted...

—Don Leónidas.

—¡Don Demonio le llamaré yo siempre! Es un compadrito, pero de lo más fino; le pegaba cada paliza con el menor pretexto... A mí, en medio de todo, me daba lástima de la pobre señora; pero ella se tiene la culpa por aguantarlo. ¡Oh, los hombres de este país!

—Bueno; pero ¿dónde están?

—De mi casa se fueron hace una semana, dejándome a deber todos los días de pensión. ¡Vayan benditos de Dios! Y anoche precisamente, por una amiga mía, he tenido noticias de ellos. El don Acacio, realizado ya su negocio, se ha vuelto a Buenos Aires a buscar otra víctima seguramente.

—¿Qué negocio es ese?

—Uno de trescientos pesos uruguayos. No es mucho, ¿verdad? Pero para como está el mercado, y para la relativa abundancia de mujeres que hay ahora, tampoco está mal del todo.

—Pero, ¿quién ha dado ese dinero?

—Pues la dueña de una casa de dos pesos que hay en la calle del Yerbal!

—¡En la calle del Yerbal!

Manolo recordaba la fila de cuarenta y tantos quilombos de la citada calle; cosa para soldados y marineros. ¿Era posible que Pepita, tan pronto, hubiera caído tan bajo?

—No: pero en la parte alta de la calle. Ya le digo que es una casa de dos pesos.

—¿Sabe usted el número?

—No; pero es el único quilombo que hay por ese lado. Es una casa de dos pisos con cuatro rejas; está en la vereda de allá.

Villena salió a la calle con ánimo de ir en seguida a visitar a su amiga, pero era muy temprano — las dos de la tarde—y seguramente en el quilombo estaría todo el mundo durmiendo aún. Puesto que tenía tiempo, dejaría pasar las horas de sol.

Subió a la Avenida del Diez y ocho de Julio y tomó allí un tranvía de los que iban a la playa de Pocitos.

A las cinco, ya de noche, estaba de vuelta; se apeó antes de llegar a Sarandi y bajó hacia Yerbal por una de las calles de la derecha.

No le costó mucho dar con la casa. Oprimió el timbre de la puerta de cristales esmerilados; el aspecto era realmente de un quilombo relativamente digno.

Le abrió una de las pupilas, una francesa menudita y rubia cuya boca parecía una fresa en putrefacción. Al ir a preguntar por Pepa, Manolo cayó en la cuenta de que no sabía cómo hacerlo; era seguro que, para entrar allí, se habría cambiado radicalmente el nombre.

De pronto se le ocurrió el medio infalible.

—¿Está la española?

La de la boca de fresa le miró extrañada.

—¿La española?... ¿Qué española?... Aquí no hay ninguna española.

¡Tableau! Indudablemente le habían dado mal las señas y ya se veía buscando a su amiga por todos los quilombos de Montevideo, que era lo mismo que buscar una aguja en un pajar.

Porque no quería volver a España sin verla. Intentó una última indagatoria, dando detalladamente las señas de Pepita; por fin dijo:

—Es una muchacha que ha entrado en la casa hace muy pocos días.

—¡Ah, sí! Pero ésta no es española; es chilena.

—Bueno, sí, me da igual. La nacionalidad me es indiferente. ¿Puedo verla?

—¡Lina!—llamó a gritos la francesa, dirigiéndose al interior de la casa.

De un modo muy tenue contestó una voz:

—No puedo ir ahora.

—Aquí hay un amigo que te busca. Ya lo sabes... Pasa por aquí—dijo a Villena—. Ahora está ocupada, pero terminará pronto.

Pasó Manolo a un saloncito tapizado de rojo en el que había una pianola. El quilombo, sin llegar a la suntuosidad de los de Buenos Aires, ni mucho menos del de Rosario, estaba bastante bien puesto.

La francesita dejó solo al poeta; éste examinó la colección de rollos de la pianola que había sobre una mesita, y eligió uno de *Manon*. Lo colocó y empezó a tocar. Era aquello de San Sulpicio:

«O dispar visión
che a me fu
tanto cara...»

Como seguramente las notas se oirían desde toda la casa, el socio que estaba con Pepita y acaso algún otro, agradecerían al poeta que acompañase con música sus retozos carnales. Siempre es cosa que ameniza.

Pero no se había acabado el rollo cuando se abrió la puerta de cristales y apareció Pepa; venía fumando un cigarrillo, y semidesnuda, con sólo una túnica encarnada, cortísima, sobre sus carnes muy blancas.

—Hola, Lina—dijo Manolo, dejando de tocar.

Ella se quedó un rato absorta, y por fin se echó a reir.

—¿Ha sido casualidad, o has venido a buscarme?

—Me he enterado de que estabas aquí, y como me vuelvo a España esta noche...

—Ya lo sé; lo he leído en el periódico. Pero tú, ¿cómo has sabido...?

Manolo le explicó cómo. Después dijo:

—Bueno, y ahora, explícame tú.

—Pues nada, hijo; esto mío ha acabado como tenía que acabar. Ha sido la última hazaña de Leónidas; y te juro que, después de todo, no le guardo rencor. En los días que llevo en esta casa, donde me tratan bastante bien, me ha entrado una resignación, una conformidad tan grande, que parezco otra. Ahora todo mi afán es reunir el dinero necesario para... ser yo algún día dueña de uno de esos quilombos que habrás visto más abajo, a treinta y cuarenta centésimos la consumación. Creo que lo conseguiré, porque no se necesita mucho.

—Bueno; pero ¿es cierto que Leónidas te ha vendido a la dueña de esta casa?

—Me ha obligado a firmar un compromiso por dos años: en ese tiempo, fingiendo un préstamo que tengo que devolver, no puedo salir de aquí.

—Pero ¿qué derecho tiene él para...?

—¡Ay, hijo mío! No se trata de ningún derecho... Leónidas hubiera sido capaz de matarme si me niego; pero de matarme sin dejar rastro, sin exponerse a nada, a fuerza de palizas. Ya había empezado...

—Ya lo sé.

Y lo mejor del caso era que nada de todo ello le chocaba. Era lo natural. El pollo Leónidas Acacio era un tipo representativo: se daba en todas partes, era fruto que vivía en todos los climas; pero había que convenir que el de América favorecía la cosecha por modo singular. Artesanos y señoritos, labriegos de la Pampa y vividores de las ciudades, muy chulos, muy marchosos, como diríamos los madrileños, muy compadritos, como dicen ellos, veían en la mujer un terreno que había que cultivar, una mina, como le llamaban en el *argot* lunfardo.

Y el caso era que, a pesar de todo, resultaban simpáticos, como es siempre simpática la picardía que supone un esfuerzo. En su labor de asalto, si la mujer era rica iba el señorito patotero a la boda con ella, embaucándola con el prestigio de un nombre, de una figura, o simplemente de unos andares y unos gestos muy compadrones; si era pobre y bella, se la hacía ganar dinero como fuese. La cuestión era siempre tirar del carrito.

¡América! Villena pensaba ahora en el extraño y pintoresco sino de algunas cosas, que era suficiente para explicarlo todo por sí solo. Porque ¿qué había sido el señor don Cristóbal Colón, más que un compadrito que, empeñando las alhajas de una reina, había armado su flota? La faena había sido sublime; pero no podía negarse que el descubrimiento de América era fruto de una compadrada.

Pepita —o Lina— llevó a Manolo a su alcoba, porque en el salón no hubieran podido estar mucho tiempo. Claro que en la alcoba tampoco hicieron más que hablar: hubiera sido ridículo y cruel a un tiempo emporcar a última hora una amistad virgen como aquella.

En la pianola tocaban ahora *Flor de fango;* a Villena la cosa le hizo gracia, recordando la letra del tango famosísimo:

> «Empezó tu decadencia,
> las alhajas empeñaste,
> y una piecita alquilaste
> en una casa de pensión.»

¿No era aquello la historia de su amiga, la historia de muchas?

Al despedirse, Pepa, casi con lágrimas en los ojos, le pidió un favor enorme.

—No cuentes en Madrid cómo estoy. Inventa cualquier historia.

—No tendré que inventar nada; con callarme hay bas-

tante. Nadie me preguntará por ti. ¿No ves que nadie sabe que estás por estas tierras?

—¡Más vale así!

—Ahora que tú, de cuando en cuando, no dejes de escribirme, diciéndome lo que haces y cómo te va.

—¡No! Eso sí que no. No quiero que lo sepas. Figúratelo; ponte en lo peor, y así acertarás.

....

El barco no salió hasta la una de la madrugada.

Cuando se despegó del muelle, dada la hora, no había nadie en él; únicamente, por estar en huelga los changadores del puerto, una pareja de soldados a caballo, envueltos en sus capotones grises, iba y venía en servicio de vigilancia, turbando el silencio de la noche con el golpear de las bestias en el granito del pavimento.

La nave española salió como un vecino que se escapa de puntillas y a media noche de una casa, por miedo a que lo descubran.

Manuel Villena estuvo aún una hora larga en su sitio predilecto de la cubierta de botes.

Bajó a acostarse cuando las últimas luces de tierra americana se apagaron en el azul sombrío de la noche.

FIN

Buenos Aires, Junio-Julio 1919.


PLUS ULTRA
HISPANIA